



ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LA
"TOURNEE"
DE DIOS

NOVELA CASI DIVINA

EDICIONES SALOMON HNOS.

*Esta edición se efectúa de conformidad a lo previsto y dispuesto en el art.
6ª de la Ley 11.723 – Derechos reservados*

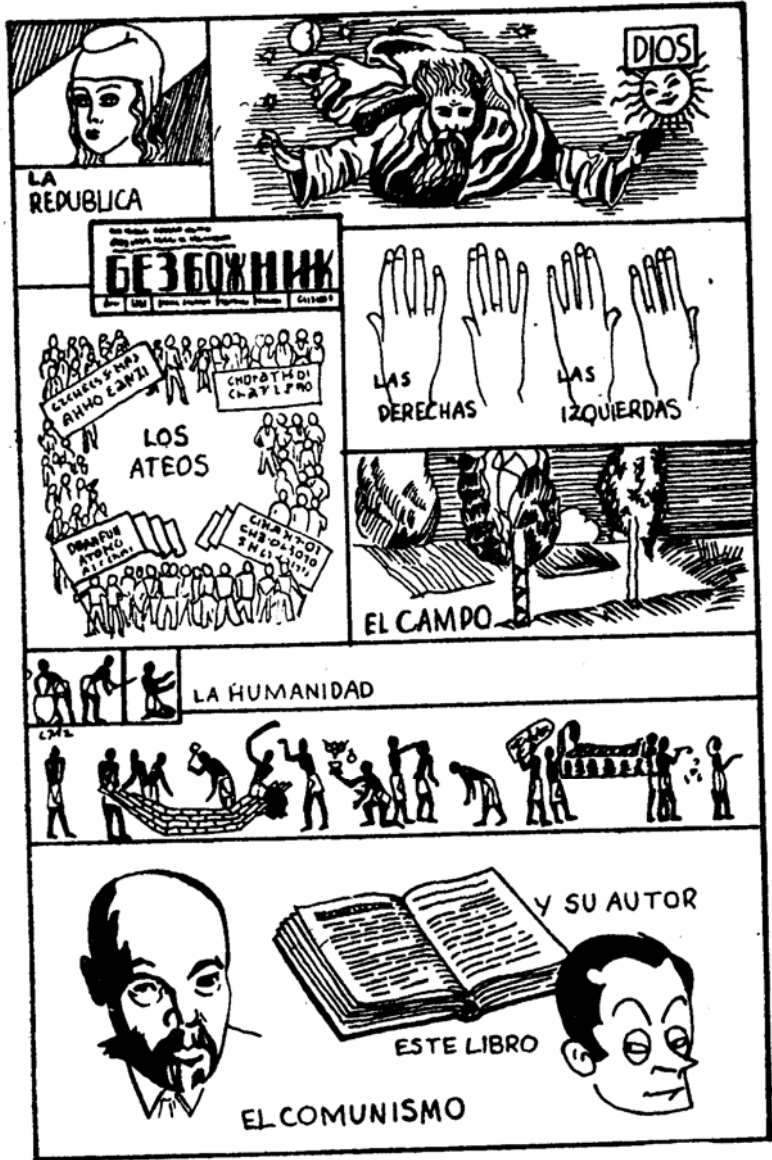
Impreso en enero de 1978

DEDICATORIA

A Dios, que me es muy simpático

PROLOGO EN MESA REVUELTA

*EL CAMPO, LA REPÚBLICA,
LAS DERECHAS, LAS IZQUIERDAS, ESTE
LIBRO, SU
AUTOR, DIOS, LOS ATEOS,
EL COMUNISMO Y LA HUMANIDAD.*



Quiero empezar por dejar dicho, antes de pasar adelante, que la idea, el tema y numerosos incidentes y frases de LA "TOURNEE" DE DIOS, cuarta novela que doy a la imprenta para justificación de mi presencia en el Mundo, no se me han ocurrido ahora en el día de la fecha.

Ideé y pensé este libro (cuya realización retrasaron otros trabajos) durante el verano de 1929 y bajo una tienda de campaña instalada en las cumbres de la Fuenfría (Guadarrama), adonde me retiré por entonces llevado de ciertas reacciones sentimentales y dispuesto a vivir una temporada en contacto directo con la Naturaleza. Me acompañaba un muchacho de once años que me servía de criado y al que denominaba *boy*, no por presumir de educación británica, sino porque jamás acudía cuando se le llamaba.

Ideé y pensé este libro una noche cualquiera de aquel verano, mientras el búho emulsionaba el aire con sus alas y lo ametrallaba con sus gritos lúgubres; mientras el girino corría sus últimas regatas en las charcas frías del deshielo; mientras el vencejo iba ya, como una saeta, a guarecerse y mientras el murciélago —trapequista del día y avión de la noche— extendía sus bracitos membranosos descolgándose de la madriguera para lanzarse al rápido viraje nutritivo.

Ideé y planeé este libro —en fin— ante el espectáculo misterioso y eterno de la Naturaleza, agobiado de estrellas, sitiado por inmensos bosques de pinos, junto a una hoguera perfumada de resina, con una barba de veinte días y pelando patatas para la cena.

Durante el reinado de Don Alfonso XIII y bajo el Gobierno de don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

Desde entonces las cosas han variado bastante y al disponerme a entregar a "*Biblioteca Nueva*" las primeras cuartillas de LA "TOURNEE" DE DIOS, hace justamente un año que España se rige por el sistema republicano.

* * *

Intento hacer comprender con este preámbulo que LA "TOURNEE" DE DIOS no es un libro de *circunstancias*.

Mas claro: que no me *valgo* de un régimen democrático, ni de la hegemonía del liberalismo, ni del éxito del laicismo *para burlarme de las derechas*.

Pero aun me interesa hacer comprender otra cosa.

Aun me interesa hacer comprender que, no sólo no *es éste un libro escrito contra las derechas*, sino que, a pesar de su aire irreverente.

ESTE

LIBRO NO ES

UN LIBRO

ANTIRRELIGIOSO

¿Y por qué?

¿Por qué no es antirreligioso este libro? ¿Quizá porque tampoco es antirreligioso su autor? ¡Ay! EL AUTOR (*suspirando*).—
¡Cualquiera sabe ya lo que es uno!

* * *

Generación cogida entre dos fuegos, ¿sabe nadie lo que somos los hombres nacidos al mismo tiempo que el siglo?

Generación que no se ha desprendido por completo del romanticismo trasnochado del 1900, y que no ha podido asimilarse del todo el espíritu indiferente-deportivo de la postguerra, ¿sabemos ninguno de nosotros lo que somos, lo que creemos ni lo que deseamos?

Término medio; ejército de choque; puente entre la época del corazón y la época del músculo; guión que separa la edad de lo imaginativo (*Edisson*) y la edad de la mecánica (*Ford*); generación transitiva, en fin, los que pertenecemos a ella vivimos aplastados entre el pasado y el presente, tan incomprensivos para el uno como para el otro, sin que ese pasado sea nuestro pasado ni este presente sea nuestro presente, y ajenos a los dos.

No somos viejos, porque tenemos treinta años, pero... tampoco somos jóvenes.

Con el pelo negro —y hasta un poco ondulado, ¡ qué caramba!, todo hay que decirlo — con la frente tersa, con los músculos bien dispuestos y los nervios excelentemente templados... uno no es joven ya. Y al mirar alrededor, hacia las juventudes pretéritas y hacia las juventudes actuales, uno ve claro que ni siente y piensa como aquéllas, ni siente y piensa como éstas.

En Religión, aquellas juventudes pasadas hicieron de Dios un personaje imprescindible.

Las juventudes actuales no se acuerdan de Dios para nada.

Y uno se acuerda de Él de vez en cuando.

En política las juventudes pasadas se lanzaban briosamente a la lucha por la libertad.

Las de ahora corren a combatir por la igualdad y por la fraternidad.

Y uno —que tiene siempre presente el espectáculo del Universo— al oír hablar de igualdad, de libertad y de fraternidad, vomita.

Patrióticamente, aquellas juventudes desaparecidas poseyeron un riego entusiasmo que las empujó a guerras horribles, al grito de "*¡Adelante por la victoria!*"

Las juventudes de hoy, con la otra ceguera de la solidaridad universal, no quieren pelear y proclaman: "*Hay que suprimir las guerras, que son una bestialidad inútil*".

Y uno —ni guerrero ni pacifista— piensa, con la seguridad de ser el único que acierte: "*Las guerras son una ley, como la gravedad o la atracción de las masas, y habrá guerras siempre, mientras el Mundo sea Mundo*".

En Amor, aquellas juventudes crearon el romanticismo y se suicidaron de un pistoletazo ante el daguerrotipo de una dama cualquiera, tenida por pura y excepcional.

Las juventudes actuales sustituyen el romanticismo con el deporte, y son indiferentes.

Y uno piensa que suicidarse por una mujer no *está mal* cuando *esa mujer merece la pena*; pero deja transcurrir la vida sin descubrir entre las mujeres conocidas la mujer *merece la pena de suicidarse*.

Ante el matrimonio, las juventudes pasadas adoptaron una actitud de sometimiento y se casaron enamoradas.

Las juventudes presentes se casan también, pero sin saber bien *ú* están enamoradas o no.

Y uno retrocede siempre ante el matrimonio, como un caballo queviese cruzada en el camino una culebra.

Y en lo Divino...

En lo divino, las juventudes pretéritas tenían fe y creían. Las juventudes actuales no tienen fe ni creen.

Y uno cree... y no tiene fe.

* * *

A uno le falta la fe, sí.

Pero quizá para creer no sea la fe absolutamente necesaria. *Tener fe es masticar sin dientes.*

¿Y quién ha dicho que sean imprescindibles los dientes para masticar? ¿Acaso no existen máquinas masticadoras? Se puede no tener fe y, sin embargo, creer.

Se puede no tener fe y, no obstante, llevar dentro, arraigado, letal, innato e incommovible el sentido de lo religioso.

* * *

Sentirse a veces triste o desvalido, o melancólico, significa religiosidad.

Reír sin ganas es religiosidad.

Disculpar la estupidez ajena; soportar el contacto de personas insoportables, alzarse de hombros ante lo indignante, es religiosidad.

Ir por carretera en automóvil, sin rueda de repuesto, y aguantar tres pinchazos, y tirarse al suelo una y otra vez a parchear las cámaras pinchadas, y hacer todo esto sin emitir blasfemias, es religiosidad.

Considerar el egoísmo como una de las facultades del alma — MEMORIA, ENTENDIMIENTO, EGOÍSMO Y VOLUNTAD— es religiosidad.

Querer a los niños y a los perros por el solo hecho de ser perros y ser niños es religiosidad.

Afeitarse a diario resignadamente es religiosidad.

Decir cada día diez veces: "¡Amigo mío!", mientras se da un abrazo a un bípedo despreciable que sabemos que nos difama es religiosidad.

Aguardar un tranvía de la Prosperidad sin protestas ostensibles, es religiosidad.

Fumar tabaco español sin pensar en cambiar de marca, es religiosidad.

No tener dinero, y simpatizar con el capitalismo, eso es religiosidad también.

A veces, al dejar el lecho después de habernos entregado con una mujer, que jura querernos, a un goce delirante, sentimos un desconsuelo, una gana de llorar —de, llorar hasta el hartazgo—, de llorar todo cuanto llevamos dentro de delicado, de tierno, de puro, de noble y que cada amor nuevo pisotea, envilece y ensucia un pozo más.

Pero reaccionamos porque la vida es reacción, y sonreímos y silbamos un cuplet cualquiera, y cuando aquella mujer pregunta:

—¿Estás contento?

Respondemos:

—¡Figúrate!

Eso también es religiosidad.

* * *

Uno no sabe ya lo que es. Si bueno, malo, inteligente, estúpido, ateo, creyente, romántico o realista.

Pero uno siente agazapado en su corazón el sentido de lo religioso.

Por eso no es antirreligioso este libro. Por eso no está escrito contra las derechas. Por eso no va contra Dios.

¡Y, sin embargo, qué éxito sería escribir un libro humorístico contra Dios en una época en que la moda es volverle la espalda!...

REÍRSE DE DIOS PRESCINDIR DE DIOS NEGAR A DIOS	ESA ES LA TENSION ARTERIAL DEL MUNDO AL ACABAR LA GUERRA DE 1914 – 1918
--	--

En INGLATERRA un socialismo laico —el laborismo— gana terreno y llega a conseguir el Poder (1924).

ALEMANIA prescinde de su imperialismo religioso y se constituye en República de izquierdas (1918).

ITALIA le vuelve la espalda al Vaticano y cae en un estado caótico anárquico-comunista (1922).

ESTADOS UNIDOS proclama la religión del oro, sustituye la Vía Apia con Wall Street y emprende la disolución del hogar patriarcal, tal como lo comprendiera un día la Europa vieja y cursi (1919).

ESPAÑA se sacude la Monarquía y hace nacer una joven República socialista, en la cual las primeras palabras de uno de sus ministros son este Mediterráneo de sabiduría:

Señores: yo no creo en Dios (1931).

CHINA abandona sus milenarias tradiciones y se viste a la europea (1920 y siguientes).

AMERICA DEL SUR continúa sus regímenes republicanos.

RUSIA echa a Dios fuera de sus fronteras, organiza los "sin Dios", sustituye sus iglesias con fábricas y, en lugar de mantener creencias, construye tractores (1918 y siguientes).

Reírse, de Dios, prescindir de Dios, negar a Dios, es la tensión arterial del Mundo al acabar la guerra (1918).

Veamos cómo marcha, a esa tensión arterial, el corazón del mundo algún tiempo después, en 1932:

INGLATERRA.—Depreciación de la moneda. Insurrección en la Marina de guerra. Dos millones de obreros parados. Disturbios y desórdenes continuos en las Colonias y en la Metrópoli.

ALEMANIA.—"Crak" económico. Suspensión de deudas de guerra. Se provee de ametralladoras a la Policía. Disturbios y desórdenes continuos. Hitlerismo. Represiones.

ITALIA.—Dictadura, Represiones.

ESTADOS UNIDOS.—4,000 millones de déficit. Quiebras, Hundimientos frecuentes del "templo de Salomón", de Wall Street. Siete millones de obreros parados, cuyas manifestaciones de protesta hay que disolver a fuerza de palos y de gases de cloro. Disturbios y desórdenes continuos.

ESPAÑA.—Retracción del capital. Gravamen de impuestos, Reducciones de sueldos. Desórdenes sociales continuos. Represión. Tiros, muertos y obreros parados. Policía con pistolas-ametralladoras. Deportaciones.

JAPÓN Y CHINA.—En guerra intermitente.

AMERICA DEL SUR.—Desórdenes y disturbios continuos. La Argentina doblegada a una dictadura avasalladora. Tiros y desórdenes también.

PORTUGAL.—Dictadura, Deportaciones y tiros.

RUSIA...

Pero Rusia, en cambio, es el paraíso del mundo. .. Un paraíso con una dictadura archiferoz. Un paraíso donde se ha descubierto la piedra filosofal destinada a resolver el problema obrero: EL MAQUINIS-MO, es decir la misma piedra filosofal que está asfixiando —y llevará a la ruina— a los Estados Unidos. Un paraíso con ideas únicas, traje único y aumento único: sopa de berzas y gachas. Un paraíso que se diferencia del de la Biblia en que a sus puertas no hay ángeles con espadas da juego que impidan entrar, sino soldados rojos con mausers que impiden salir (1).

Este es el balance que cualquier espectador imparcial puede hacer del Mundo al nacer el año 1932.

Como se ve, desde que el Mundo ha echado a Dios a un desván, igual que a un trasto inservible, el Mundo marcha perfectamente.

UN LECTOR (indignado).—¡ Basta ya! ¡ Estoy harto!

EL AUTOR.—¿Eh?

(1) Como no quiero hablar de memoria, copio a continuación un telegrama publicado en *Heraldo de Madrid* el 25 de febrero, página 16, 2a. columna, en el que se da cuenta de cómo los guardias rojos de la frontera rumana, ametrallaron, ea la noche del 24. a 70 campesinos rusos que intentaban escapar huyendo del hambre. Helo aquí:

UN CONOCIDO AVIADOR SE DIVORCIA

RENO (Estado de Nevada), 1.—El conocido aviador norteamericano Roger J. Williams, que hace algún tiempo realizó el vuelo trasatlántico de Old Orchard a Santander, ha venido a esta ciudad para divorciarse de su esposa, con la que contrajo matrimonio durante la Gran Guerra.—Associated Press.

Como se verá, este telegrama no tiene nada que ver con la cuestión rusa. Pero a última hora he preferido incluirlo en el lugar del otro, porque éste es mucho más corto. Siempre me esforzaré por no fatigar al lector.

UN LECTOR.—Que ya es demasiado. ¿Es que cree usted sinceramente que la crisis social y económica porque atraviesa el Mundo tiene algo que ver con Dios? ¿Es que se puede remediar algo dándonos golpes de pecho? ¿Es que el hambre se sacia con agua bendita, y se encuentra trabajo yendo a misa, y se mantiene a la familia rezando ante un Cristo?

EL AUTOR.—No, señor; no creo que el hambre se sacie con agua bendita; ni siquiera creo que el agua de Lithines favorezca la digestión o la de Mondariz cure la diabetes. No creo tampoco que se encuentre trabajo yendo a misa, a no ser que se dedique uno al noble arte de *afanar* bolsillos y carteras. Ni creo que se mantenga a la familia rezando ante un Cristo.

UN LECTOR.—Entonces, ¿a qué viene la bobada de decir que desde que le hemos vuelto la espalda a Dios todo va en el mundo de cabeza?

EL AUTOR.—Apunto una verdad.

UN LECTOR.—Según eso, ¿usted pretende que en 1932 piensen los hombres como en las épocas bíblicas? ¡No me haga reír! Todo ha cambiado y ha progresado y se ha civilizado. La humanidad de hoy no puede compararse con aquellos pobres israelitas que nombraron su tutor al Dios de las barbas y del triángulo en la coronilla. ¿Es que hemos de creer en el *maná*?

EL AUTOR.—Apunto una verdad, *maná*, en lugar de escribir, me tumbaría panza arriba al pie de una higuera.

UN LECTOR.—¡Ah, vamos!

EL AUTOR.—Pero en el Mundo de hoy hay otros *manas* y otros Moisés...

UN LECTOR.—¿Qué quiere usted decir?

EL AUTOR.—Quiero decir que el espectáculo de los israelitas creyendo en el *maná* y yéndose detrás de Moisés era probablemente grotesco. No obstante, ellos tenían una disculpa.

UN LECTOR.—¿La ignorancia?

EL AUTOR.—Eso es; la ignorancia. Pero ¿qué disculpa tiene la supercivilizada Humanidad de 1933 para creer, por ejemplo, en el *maná* del comunismo? Moisés, y su tierra de_ promisión, resultará grotesco, sí; pero Lenin, y su Unión de Repúblicas Soviéticas, es como para tirarse al suelo de risa. Y sin embargo, ahí tiene usted a la Humanidad de 1932 atontada por la voz de aquel apóstol y creyendo firmemente que la comunización la va a hacer feliz. Las Tablas de la Ley podrán ser una tontería risible, pero sustituirlas por el Plan Quinquenal me parece el alcaloide de lo cómico.

UN LECTOR.—¿Entonces usted no es comunista?

EL AUTOR.—No señor. Aborrezco todo aquello en que la masa tiene un papel principal. Donde actúa la masa y hay siempre sangre, ferocidad e injusticia. Ningún artista verdadero puede ser comunista: el arte no existe sin un sentido de aristocracia. Y las cosas bellas jamás pueden ser un bien común: *pulchrum est paucorum hominum...*

UN LECTOR.—¡Bah! Latín...

EL AUTOR.—Claro que latín. Ya haremos citas en ruso-soviético cuando un "camarada" ucraniano escriba la tempestad de la "*Eneida*".

UN LECTOR.—La "*Eneida*" me tiene sin cuidado.

EL AUTOR.—Y a mí también. Pero entre Virgilio y Katiussupoff me quedaré siempre con Virgilio, que no olía a sardinas.

UN LECTOR.—Usted habla de antiguallas y yo hablo de cosas modernas.

EL AUTOR.— El comunismo es la antigualla más vieja que existe. Sólo un retrasado mental, un albañil ignorante que sale del mitin, un pobre campesino o un estudiante que hace sus primeras lecturas, pueden creer que el comunismo sea una invención

moderna, una terapéutica nueva que vale la pena de probar. Basta con recordar al rey Sarganisar, que fundó en Babilonia el primer estado comunista para ver claro que la Tercera Internacional fue pensada hace dos mil ochocientos años. ¡Anteayer! Y no es eso lo triste. Lo triste es que, desde hace cincuenta siglos, en un orden de igualdad y de libertad a un fracaso, sigue otro fracaso, sin que la Humanidad se canse de fracasar y de planear de nuevo la experiencia para fracasar otra vez, arruinando sucesivas civilizaciones. Decía usted que la refinada Humanidad de hoy no puede compararse con los ignorantes israelitas de ayer. Tiene usted razón: la Humanidad de hoy es mucho más bestia.

UN LECTOR.—¿Quién habla de arruinar civilizaciones?

EL AUTOR.—En la Internacional se canta que *"hay que destruir el cosmos humano hasta los pimientos, hasta la tabla rasa"*.

UN LECTOR.—¿Y si destruyéramos una civilización para hacer otra mejor?...

ÉL ALJTOR.—Me ofrece usted un ensueño a cambio de una realidad. No es negocio.

UN LECTOR.—(*Despectivo*).—¡Negocio! Todo lo ven ustedes al través del negocio... No saben hablar más que de negocios...

EL AUTOR.—¿Y la Rusia soviética? ¿Le ha regalado sus minas de Siberia al Japón? ¿Le ha cedido los' petróleos de Georgia a los Estados Unidos? Rusia es hoy el país más negociante del globo. Y el más capitalista.

UN LECTOR.—Hay que vivir.

EL AUTOR.—Claro que hay que vivir. Todos deseamos vivir y eso es lo malo.

Porque queremos vivir, todos estamos en el trance de muerte. Y desengáñese: hay dos verdades infrahumanas que la Humanidad se resiste a aceptar: que LA DESIGUALDAD ES UNA LEY BIOLÓGICA INCONMOVIBLE y que MIENTRAS LA SOCIEDAD EXISTA ES IMPOSIBLE LA LIBERTAD.

UN LECTOR.—La igualdad y la libertad, imposibles...

EL AUTOR.—Sí, señor. Y la fraternidad, también...

UN LECTOR.—¿La fraternidad?

EL AUTOR.—¿No siente usted a los hombres odiarse? ¿No los ve usted freírse a tiros con cualquier pretexto? También hace siglos que se intenta, sin éxito la fraternidad universal. Saint-Pierre ideó, una Sociedad de Naciones. Y asimismo lo pretendió Enrique IV y Ravillac echó al suelo el proyecto asesinando al rey de una puñalada en el corazón. El Ravillac de nuestra moderna Sociedad de Naciones es el conflicto ruso-chino de Manchuria, que sigue y seguirá latente, a pesar de los *esfuerzos* de Ginebra.

UN LECTOR.—Entonces, si en el mundo se hacen imposibles la igualdad, la fraternidad y la libertad, ¿qué fue la Revolución francesa?

EL AUTOR.—Un *match* de pasiones confusas; una lucha de vanidades oratorias; no importaba morir al pie de la guillotina, el verdugo daba siempre tiempo para "hacer una frase". Fue un carnaval de sangre. Fue un barullo de abogados de lo criminal.

UN LECTOR.—Pero ¿inútil?

EL AUTOR.—Tan inútil —desde el punto de visto de la igualdad y de la libertad— que demostró la eficacia constructora de las dictaduras militares oreando a Bonaparte. Francia tuvo suerte, porque sin Bonaparte hoy sólo sería un recuerdo en el mapa de Europa.

UN LECTOR.—Entonces, ¿Rousseau?

EL AUTOR.—Rousseau... Juan Rousseau... Escribió el "*Emilio*" para enseñar a los padres cómo debían educar a sus hijos y él mandó sus propios hijos a la Inclusa. Escribió el "*Contrato social*" para enseñar a los hombre a vivir con pureza y él desde 1736 a 1740 hizo el chulo, viviendo a costa de Mme. de Warens, en Annecy... Pero dejemos a Rousseau. Estamos hablando de personas decentes.

UN LECTOR.—Estábamos hablando de Dios.

EL AUTOR.—Es que yo considero a Dios como una persona decente.

UN LECTOR.—¡Ah! Es verdad.

Pero hay mucha gente que no considera a Dios así.

EL PITECANTROPO

Otro día se descubrió el pitencantropo”, se ideó la teoría de las especies., se dedujo que la Humanidad solo era un peldaño más en la escala zoológica y se sonrió con orgullo, diciendo “*La creación del hombre es una fábula*”.

EL BATIBIO

Otro día se hallaron en las aguas oceánicas las masas protoplasmáticas del “*batibio*”, se comprobaron sus evoluciones orgánicas, diferentes densidades y se exclamó con satisfacción: “*La Creación del Universo es una fábula*”.

EL DETERMINISMO

Otro día, en fin, dándole la enésima vuelta a la manivela (esa ciencia que tiene por objeto demostrar lo que ya está demostrado), se errumbó el determinismo religioso y se ideó el determinismo de los motivos irresistibles y se dijo: “*Dios es una fábula*”.

Desde entonces y en progresión creciente, ser ateo ha sido una moda un “*snobismo*” una epidemia.

Y hoy, en cuanto un hombre tiene éxito en algo —uno de esos éxitos fugaces característicos de la época— el triunfador se organiza un banquete, se infla de vanidad, deja de saludar a las amistades y se hace ateo. A los hombres actuales se les oye decir “*yo no creo en Dios*” con el mismo énfasis petulante con que afirman: “*no hay una rubia que se me resista*” o “*yo sé jugar al “hockey” sobre hielo*”.

Es una risa.

El ateo da risa y da lástima, como da risa y da lástima el hombre

que asegura “*no necesito de nada ni de nadie para vivir*”; y como el que afirma: “*yo no me enamoro nunca*”; y como el que dice: “*no he estado enfermo jamás*”; y como el que declara: “*no he jugado nunca, ni me he emborrachado nunca, ni he sido nunca infiel a mi mujer*”. Cómo dan risa y dan lástima —en fin— todos los fatuos, todos los engreídos, todos los que presumen de algo.

No existe un solo ser que no atravesase por instantes de debilidad; no hay un solo hombre que se baste a sí mismo: el individuo más encofetado se ve obligado un día a esconderse debajo de un diván; el emperador más poderoso, el apóstol más puro, el genio más uni-

versal, sufre alguna vez un cólico que le obliga a pasarse toda la noche gimiendo y revolcándose en sudor frío.

El hombre es una pobre criatura inerme y, sin embargo, cada vez es más soberbio y está más orgulloso de sí y prescinde más de todo apoyo y se siente más autónomo.

Es posible que Dios no sea necesario para vivir. Dios no va a influir, naturalmente, para que triunfe un credo político o para que un ejército venza a otro, o para que un ciudadano gane una oposición a la Beneficencia Municipal. Dios no va a influir para que a un niño se le cure la tos ferina.

(Eso no lo creen más que cuatro viejas de esas que se arman un lío para cruzar las calles.)

Pero cuando todo se hunde alrededor de uno, cuando se advierte la soledad en que se vive, cuando se percibe la inmensa inanidad de la existencia, entonces ¿a quién se va a volver los ojos? ¿A Carlos Marx? ¿Al presidente del Sindicato de la madera? ¿Al doctor Marañón? ¿Al obispo de Canterbury? ¿Al director de *Izvestia*?

Y no me digáis que hay hombres que no atraviesan por esas crisis desoladoras.

Porque los hombres están contruidos "en serie", como los automóviles "*Chevrolet*", y sólo se diferencian de dios en que no tienen piezas de repuesto.

* * *

Si el creyente es un farsante, el ateo lo es muchísimo más.

El creyente es capaz de decir *yo creo* dirigiéndose sólo a su propia conciencia. Pero cuando el ateo dice *yo no creo* se dirige siempre a un público.

* * *

La Humanidad le ha vuelto la espalda a Dios y, desde entonces, anda más desquiciada que nunca.

Pero al decir que la Humanidad le ha vuelto la espalda a Dios, uno no acusa a la Humanidad de haber dejado de darse golpes de pecho, ni de haber olvidado el agua bendita o el ir a misa o el rezar ante un Cristo. . .

De lo que uno acusa a la Humanidad es de haber abjurado de todas sus cualidades espirituales.

Que es lo mismo que decir "divinas".

* * *

La humanidad, al sacudirse el suave yugo del espíritu, ha caído bajo el yugo implacable del Destino.

¿Dónde está la resignación? ¿Dónde está la humildad? ¿Dónde está la confianza en sí mismo? ¿Dónde está la serenidad? ¿Y la alegría por la alegría? ¿Y el esfuerzo individual? ¿Dónde está el concepto riguroso del deber? ¿Y el no esperar más de lo que puede esperarse? ¿Dónde está —en fin— la sencillez?

No se sabe dónde está, pero la verdad es que todo eso ha desaparecido del planeta.



La humanidad, desatada e impúdica, perdida la confianza en sí, un concepto ya del deber, engreída, soberbia y fatua, llena de altiveces, dispuesta a no resignarse, frívola y frenética, olvidada de la serenidad y de la sencillez, ambiciosa y triste, reclamándole a la vida mucho más de lo que la vida puede dar, desposeída de esa alegría por la alegría que es el único camino de la dicha, corre enloquecida hacia la definitiva bancarrota.

Ya no hay un hombre que no proteste de algo: de que los políticos lo hacen mal, de que el camarero eche el café fuera del vaso, de que haya que circular por la derecha, de que la tinta de los periódicos manche, de que el camisero le pase una factura a últimos de mes, de que el sastre le mande la suya el día primero, de que los novios se besen, de la organización general del Estado, de la trata de blancas, del Ayuntamiento, del clima, de las leonas de Laplace.

Todo molesta, todo fastidia, todo crispa.

Se es brusco.

A derecha e izquierda encuentra uno gentes que están a disgusto con su destino, que desdeñan lo que han logrado, que desean lo que no tienen y que, en el fondo, querrían que nadie tuviese nada.

Se respira descontento, se vive en plena desadaptación. Todos los nervios están a flor de piel. Se ha arrumbado la amabilidad. Hablar es discutir. Discutir es pegarse. Se opina con el bastón y se razona con la *browning*.

La palabra *derecho* sale de todas las bocas.

"Yo tengo derecho".—"¿Con qué derecho?". "Defiendo mis derechos".—"¿No hay derecho!".—"Estoy en mi derecho".

Perdida la confianza en sí mismo y en decadencia la virilidad, el hombre ya no lucha; pide. Y si le es posible, exige. Y si se encuentra en condiciones, quita. Nadie, cuando se trata de prosperar, piensa ya en multiplicar su actividad, ni en aumentar sus conocimientos, ni en poner en juego las condiciones —innatas o adquiridas— de que disponga para el combate del Mundo.

El individualismo duro y —heroico de otros tiempos ha sido sustituido por un colectivismo blando, cómodo, femenino y fácil. Y cuando se trata de prosperar, el hombre actual busca el apoyo de los demás hombres que están en su caso, organiza un Sindicato y se dirige a los Poderes públicos pidiendo esto o aquello. ¿Acceden los Poderes públicos a la petición? A vivir hasta que llegue el momento de pedir otra cosa. ¿No acceden a la petición los Poderes Públicos? Pues el hombre que deseaba prosperar y sus compañeros de ansias y de Sindicato se echan en brazos del sabotaje y se lían a tiros con la Policía. A esto lo llaman los periódicos "*el problema social*".

Al hombre se le ha sustituido por "*el partido*"; la dignidad humana se ha trocado en "*el triunfo electoral*", el libre albedrío se ha convertido en "*la sociedad de resistencia*"; el individuo ha pasado a ser "*la masa*"; y la iniciativa personal se ha transformado en "*el Comité*".

El hombre, que se ha vuelto cobarde para afrontar la vida él solo y de cara, se ha vuelto valiente para hacerse pistolero en pandilla.

Todos creen tener razón en un momento histórico que se caracteriza, precisamente, por la falta de razón de todos.

Todos amenazan: el obrero con la huelga, el Gobierno con los fusiles, el patrono con el despido, el hijo con el abandono, el padre con el Reformatorio, la hija con la fuga con el novio, la esposa con el divorcio, el marido con irse al Extranjero, el catedrático con el suspenso y el alumno con no entrar en la clase y romper los bancos.

Cada cual es rey de sí mismo y aspira a ser emperador de los demás.

Todo el mundo está engreído y es soberbio y sabe más que el de al lado, y más guapo, más inteligente, y más fuerte y más ingenioso. Todo el mundo aconseja, no por bondad y desprendimiento, sino porque el consejo lleva implícita la inferioridad del aconsejado. Y en los toros el oficinista le grita al torero: "*¡Maleta! A ese toro hay que obligarle*". Y el que toma un taxi dice del "chauffeur": "*Este tío no sabe conducir; ¡si agarrara yo el volante!*" Y el espectador de un teatro sale gruñendo: "*¡Majaderías! Mejor que eso lo escribo yo*". Y el ciudadano murmura: "*Si yo fuera Gobierno...*" Y el presidente del Consejo exclama: "*En mi puesto querría yo ver, señores diputados, a los que opinan que mi gestión no es acertada*".

Y así hasta el infinito.

La Humanidad, descentrada, puesta de espaldas a todas las cualidades espirituales, desdeñosa de lo estimulante y de lo consolador, y enfrentada con todos los materialismos perturbadores y entristecedores, ha perdido la perspicacia de ver dentro de sí, no sabe a qué achacar su mal sabor de boca y se revuelve contra esto y contra aquello, sedienta de venganza y convencida de que debe de haber "alguien" o "algo" culpable de que ella no se encuentre a gusto. *Esta indignación* es para la Humanidad un goce, porque para un miserable siempre es un placer el poder injuriar. Y la Humanidad recurre a esa *indignación* para hacerse la vida soportable.

Todo el mundo se aborrece y murmura y calumnia, y cada individuo se atrinchera en sí mismo para poder descargar su odio, sobre los demás. El bueno es tonto; el malo, un monstruo; el que

oculta la verdad, un hipócrita; el que la hace ostensible, un cínico. Frecuentar el trato de mujeres sin honor es para la sociedad libertinaje; pero ir siempre del brazo de una sola mujer honrada significa ser un desgraciado sin atractivos. Si a un hombre se le ve en compañía de su hija nadie dejará de pensar que es su querida; pero si se hace acompañar de su querida siempre afirmará alguien que ella es su madre. Un hombre que vive sólo es un egoísta; pero al que sostiene una familia dilatada se le tacha de pobre diablo. Si no tienes hijos te llamarán impotente; pero ten hijos, y asegurarán que son de un amigo, salvo cuando hablen de ese amigo, en cuyo caso dirán que son tuyos para reventar al otro. Al que triunfa se le considera como un bandido o un farsante y al que fracasa como un miserable o un incapaz. El que ultraja es un canalla, pero el que se deja ultrajar es un cobarde. Si estás de acuerdo con los demás dirán que eres tonto; si les compadeces te llamarán fatuo y engreído; si les discutes te odiarán, pero si te burlas dé ellos con sarcasmos y risas afirmarán que eres un amargado. Rico, te despreciarán por burgués; pobre, te despreciarán por inútil. Si tratas bien a las mujeres eres un ingenuo; si las tratas mal eres un chulo. Si te separas de la mujer con quien vives jurarán que ella se ha ido con otro; si no te separas dirán que "el otro" entra en tu casa. Para la Humanidad, en fin, el hombre, cuando va con una mujer, es un cornudo; cuando va con otro hombre es un pederasta y cuando va solo es un onanista.

Todo es odio, rivalidad, furia, bilis, y ácido clorhídrico.

La vieja "*ataraxia*" no cuenta con un solo representante entre la Humanidad de hoy, que ha logrado, sin embargo, millares de representantes para las máquinas "Singer", la salsa "Perrin's" y los billares "Brunswick". Nadie ya, ni los más viejos, gozan de aquella tranquila serenidad cantada por Epícteto— que proporcionan al espíritu el haber llegado a lo profundo de los impulsos, de los sentimientos, de las pasiones.

En lugar de llegar a lo profundo de las pasiones, de los impulsos y de los sentimientos para extraer la serenidad del alma y la sonrisa de la comprensión, el hombre actual se conforma con llegar al fondo de los mares y de las minas para sacar a la

superficie esponjas y buzos, carbón de piedra y cucarachas. Y a esto el Hombre lo llama civilización y progreso.

¡Bueno!

La ambición sin medida está en pleno éxito. Ya todo el mundo quiere ser rico y poderoso, y fumarse unos puros de sesenta centímetros, provistos de una sortija de platino y conducir un automóvil de cinco metros y medio provisto de un bar americano, y tener una querida de un metro setenta y cinco, provista de tres muslos.

Ya el ideal es hacerse famoso en una sola noche. Y llegar a ser un escritor genial sin escribir una línea. Y conseguir millones apretando un botón eléctrico. Y en suma, vivir sin luchar; conseguir el resultado con el esfuerzo mínimo.

Un viento de insensatez, de estupidez, de desequilibrio, de locura y de incongruencia agita las arboledas del Mundo, y todo tiene consecuencias inesperadas y absurdas.

Los partidos de fútbol acaban en batallas campales.

Un juego de tute concluye en una discusión política.

Las turbas se lanzan a la calle a derribar al Gobierno y derriban un tranvía.

Al mes de luchar como tigres los ejércitos de dos naciones se hace saber que la guerra entre esas dos naciones no ha sido aún declarada.

Mientras los tronos se derrumban y la realeza parece ser odiada por todo el mundo, nace la moda de nombrar cada día una reina nueva: "reina de la belleza"; "reina de las modistillas", "reina de las taquimecanógrafas rubias", "reina de las bizcas",

Se dictan y se ponen en vigor "leyes secas", para evitar la criminalidad, y por causa de esas leyes la criminalidad aumenta en un

500 por 100.

Se lucha, se trabaja y se muere por perfeccionar el motor de explosión de los aeroplanos, y cuando está perfeccionado, se empieza a volar sin motor.

Se consigue construir transatlánticos como palacios donde toda comodidad, todo progreso, todo refinamiento se puede disfrutar sin bajar a tierra, y entonces surgen docenas de "navegantes

solitarios", que atraviesan los océanos en barcas de pescadores luchando contra los elementos como el hombre primitivo o como Robinson Crusoe.

Todo el mundo habla de paz y todo el mundo se prepara para la guerra...

En fin...

LA HUMANIDAD

ESTA COMO

UNA



LA HUMANIDAD ES MÁS REPUGNANTE Y MÁS DESPRECIABLE CADA DÍA.

LA HUMANIDAD DA ASCO.

Y lo más triste es que uno pertenece a la Humanidad.

¡ ¡ Qué pena tan grande!!

(Pausa)

<p>EL AUTOR LLORA..... (DEJÉMOSLE LLORAR AL PROBRECITO)</p>
--

EL AUTOR (*Enjugándose las lágrimas*).—En resumen, señores, ni contra las derechas ni contra Dios. De ir contra alguien este libro

va contra la Humanidad

¡ Y ya es bastante !

ADVERTENCIA

IMPORTANTÍSIMA

(QUE NO HACE FALTA LEER)

El lector va a observar que la numeración de los capítulos de la presente novela no guarda un completo orden correlativo; que empieza por el 20; que el 4 aparece antes que el 3, etc., etc. Ello obedece a que, a veces, se interrumpe la narración por la necesidad de referir sucesos anteriores. Esta forma de novelar, interpolando el pasado en el presente, es clásico. Lo que hasta ahora no se había hecho y yo he encontrado natural hacer, es numerar con arreglo a la cronología de los acontecimientos que se narran.

Por lo demás el hilo de la historia se desarrolla normalmente y su lectura tal como aparece es sencilla, rítmica y apropiada para lectores tranquilos y sedentarios.

Sin embargo, existen lectores inquietos y de imaginación ardiente.

A ellos les repugnaré la forma normal de leer, y les recomiendo, encantado, dos sistemas nuevos, que son los siguientes.

1o. Leer saltando de capítulo a capítulo, buscando el 1 luego el 2, luego el 3, etc., y

2o. Desencuadernar el ejemplar, alterar las páginas hasta situar ordenadamente los capítulos, mandarlos encuadernar de nuevo y, ya encuadernado de modo correlativo, emprender la lectura.

Finalmente, aun hay otro sistema: coger el libro sin leerlo y arrojarlo por el libro sin leerlo y arrojarlo por el balcón.

Pero no está bien que yo recomiendo este último sistema.

Ya lo recomendarán mis compañeros.

La "tournée"

de Dios

Una superproducción que tira de espaldas

Más de 15.000 líneas impresas

La atracción del año

El espectáculo más grande de España
en el mundo. Un espectáculo de valores
que se repiten en todas las ciudades.
El espectáculo más grande de España
en el mundo. Un espectáculo de valores
que se repiten en todas las ciudades.



En toda España
15 días 15'

Argumento, o
ocasionales, de la
opinion de
Enrique
Jardiel Ponzelo

LIBRO PRIMERO

DIOS ANUNCIA SU "TOURNEE"

SE ADQUIEREN DATOS DE PERICO ESPASA Y DE SU
CARRERA PERIODÍSTICA

(En realidad se llamaba Pedro Cadafalch, pero Medio Madrid lo conocía por "Perico Espasa", nombre de guerra al que se había hecho acreedor por cinco razones, a saber:

- 1a. porque hablaba de todo sin profundizar demasiado en nada;*
- 2a. porque algunas veces daba detalles extraños de las cosas;*
- 3a. porque cuantos se acercaban a él lo hacían para informarse de algo;*
- 4a. porque había venido de Barcelona, y*
- 5a. porque era un poeta pesado.*

Otro detalle le caracterizaba: un detalle íntimo. Un detalle difícil de expresar. ¿Cómo lo diremos? . . .

Lo diremos de un golpe:

"Si Perico Espasa hubiera tenido que elegir entre una mujer y un ingeniero agrónomo, hubiese elegido al ingeniero agrónomo"
¿ Queda entendido?

ÉL LECTOR— ¡Desde luego!

Perico Espasa se había apeado del tren —procedente de Barcelona, como las sardanas y el betún "Servus"— hacía ya quince años.

(Ahora tenía treinta y siete.)

Rodó por los cafés, las bibliotecas, los periódicos y las editoriales y Perico Espasa empezó a sospechar que el triunfo literario en Madrid era lento, y conseguir la vida brillante con que soñaba, por medio de la Literatura, más lento todavía.

A los diez meses de "lucha", únicamente había logrado colocar y cobrar un artículo: 5 duros.

Reflexionó. Y acudiendo a los números, merced a esa contumacia guarísmica propia de los biznietos de Roger de Flor, se planteó la siguiente "regla de tres".

Si en conseguir 25 pesetas he tardado 10 meses, en conseguir las 150.000, que es mi cifra, tardaré X.

—Y de los sinvergüenzas.

—Y de los.. . *(Etcétera, etc.)*

Díaz entró en el despacho en cuya puerta se leía.

DIRECTOR

Saludó brevemente a un joven de aire aburridísimo que fumaba medio derribado en un sillón:

—Buenas noches, señor Orellana...

Y se encaró con otro joven, menos joven, que se hallaba sentado ante una mesa enorme:

—Lea usted esto, director...

Mientras le alargaba la hoja de papel.

Perico Espasa, director de *La Razón*, leyó el papel y exclamó:

—¡Sopla!

Luego se hecho a reír.

El joven del aire aburridísimo, que fumaba medio derribado en un sillón, inquirió perezosamente.

-¿Qué es?

Perico Espasa rió con más ganas todavía.

—¡ Esto parece el argumento de un libro tuyo!

—¿De un libro mío? —murmuró el joven del aire aburridísimo incorporándose a medias.

—¡Hombre! ¡Menuda novela podías hacer basándote en este telegrama! ¿Verdad, Díaz?

—¡Ya le creo! ¡Menuda novela, señor Orellana! ¡Una novela estupenda!

El "señor Orellana" volvió a dejarse caer en su sillón, como si, de pronto, hubiera cesado de interesarle aquello. Susurró:

—¡ Ah! Se trata de un telegrama...

—De un telegrama de *L'Osservatore Romano*, transmitido por *La Correspondenza* a la Agencia Reuter, y de ésta a la Agencia Fabra...

—Un telegrama que ha dado la vuelta al Mundo en bastante menos tiempo que Fhileg Foasg... —comentó Orellana.

—¿Qué tiempo tardó Fhileas Fong?

—Cuarenta días.

—A este telegrama le han bastado cuarenta minutos.

—Agárrate antes de leerlo.

Y Perico Espasa se levantó de la mesa, avanzó hasta el sillón de Federico Orellana y le alargó la hoja do papel, que era como sigue:

Día 3 de Marzo. AGENCIA FABRA Hoja de la 1.30

Londres. 3, 6. tarde.— El corresponsal de la Agencia Reuter, en Roma, comunica que —según informes facilitados por *L'Osservatore Romano* a *La Conespondenza* — la noche pasada ha ocurrido en la Ciudad del Vaticano un hecho verdaderamente increíble. Cuando Su Santidad el Papa atravesaba la galería que da al patio de San Dámaso para dirigirse a sus habitaciones, tuvo una aparición sobrenatural en la Persona del Supremo Hacedor. Según brevísima declaración del Supremo Pontífice, Dios ha tomado forma corpórea para anunciarle su visita a la Tierra en fecha muy próxima. El Papa, que durante el milagroso trance permaneció en éxtasis, sufrió después un intenso ataque de nervios a consecuencia de la fuerte impresión recibida. Recogido por dos familiares y trasladado a su cámara, se agravó al llegar a ella, y se vio

precisado a guardar cama por rigurosa prescripción facultativa. Le asiste el doctor Bruquenelli. El hecho está siendo comentadísimo. Infinidad de personalidades han desfilado en el día de hoy por la Secretaría del Vaticano en demanda de detalles y a interesarse por la salud del Santo Padre. La reserva es, sin embargo, absoluta y nos resulta imposible añadir un solo dato a los expuestos.—FABRA.

Perico Espasa indagó:

—¿Tiene gracia o no tiene gracia?

Federico Orellana torció la boca.

—Me parece una simpleza.

—Pero ¿no tiene gracia?

—Chico, yo no se la encuentro.

—Estás de mal humor. . .

—Sí.

—¿Por culpa de Natalia?

—No. A Natalia hace veinte meses que no la veo. Ni me importa.

—¿Entonces?

—Tengo enfermo al niño.

Díaz, de pie a unos pasos de distancia, aguardaba órdenes. Y en vista de que Perico Espasa se había sentado en el brazo del sillón que ocupaba su amigo y no parecía dispuesto a ordenarle nada, Díaz se decidió a preguntar:

—¿*Damos* la noticia, director?

Perico Espasa re escorzó para devolverle la hoja de "Fabra" y resolver:

—Sí. Dadla escuetamente, pero con titulares grandes y sugestivas.

—Bien, director.

Abrir y cerrar de puerta.

Perico Espasa y Fedenco Orellana quedaron solos.

El primero fue al teléfono privado, gritó unas voces breves dedicadas al redactor - confeccionador, aludiendo a la información de cierto crimen misterioso reciente, y regresó junto a su amigo. De nuevo se sentó en el brazo del sillón, pasó el suyo propio por el

respaldo, donde reposaba su cabeza el novelista, y le preguntó maternalmente:

—Cuéntame. . . ¿Qué es lo que tiene el niño?

LIBRO PRIMERO

20

EN DONDE SE TIENE LA PRIMERA NOTICIA DE QUE DIOS SE LE HA APARECIDO AL PAPA

—¡¡Arrea!!

Seis redactores alzaron la cabeza.

—¿Qué pasa, Díaz?

—¡¡ Atiza!! ¡¡Aguanta!!

—Pero ¿qué ocurre?

Díaz se levantó con una hoja de papel en la mano, se dirigió a una puerta de cristal, donde se leía

DIRECTOR

llamó, abrió y desapareció vertiginosamente.

Esto sucedía en las primeras horas de la madrugada del 3 al 4 de Marzo y en la sala de Redacción de

LA RAZÓN

DIARIO "INDEPENDIENTE"

Porque lo mismo se ponía al lado de las derechas que junto a las izquierdas: todo "dependía" de las repercusiones que la postura pudiera tener en la Administración

Hubo comentarios amables:

—¿Qué pasará?

—Cualquier bobada. Este Díaz es un majadero.

—Un imbécil.

—Yo me pregunto cómo ciertas gentes pueden llegar a formar parte de la Redacción de un periódico serio.

—Injusticias...

—El éxito es lo de menos.

De donde resultaba que x era igual a

$$\frac{150,000 \times 10}{25}$$

Hizo las operaciones y le resultó que, para conseguir por medio de la Literatura las 150,000 pesetas que deseaba como capital inicial con que emprender una existencia brillante, tenía que seguir "luchando" durante

60.000 meses

los cuales, reducidos a años, daban la cifra de

5 000

Entonces Perico Espasa, que, a pesar de su temperamento optimista, nunca había pensado en vivir 5.000 años, se dijo:

—No es negocio.

Y renunció a la Literatura.

¿Qué hacer?

Por fortuna, tenía ya muchos amigos, sólidamente situados en la vida. Y recurrió a ellos para situarse a su vez.

Aquellos amigos eran todos tipos extraños que vestían de un modo detonante, se hacían afeitar rabiosamente tres veces diarias, hablaban con suavidad, llevaban sortijas de piedras inverosímiles en el dedo índice de la mano derecha, calzaban zapatos de telas estampadas y únicamente se lanzaban al mundo como los ratones y los serenos aprovechando las sombras de la noche. Todos vivían en pisitos amueblados con lacas, situados en los barrios "*baymatters*", donde había —indefectiblemente— un criado, al que tomaba el pelo la vecindad, y un saloncito, que olía a claveles pochos. Y en esos pisitos se reunían de vez en cuando y, tirados como náufragos en

unos almohadones, hablaban de arte y de marineros vascos, tocaban el arpa y maullaban versos, para acabar galopando por los pasillos en juegos de escondite inexplicables.

Todos eran "*amateurs*" de algo y profesionales de nada.

Y vivían de sus rentas o de ingresos incomprensibles.

Y ninguno se trataba con la familia.

(Porque cuando lo intentaban, la familia les echaba a la calle a escobazos).

Al enterarse aquellos ciudadanos de la situación del camarada, hubo un coro de ofrecimientos angelicales, y al saber que deseaba ser periodista y obtener una plaza de redactor en *La Razón*, prometieron hablarle a uno de los consejeros el Conde de Carr, que era "de los suyos"...

Efectivamente, hablaron al Conde de Carr.

Y una noche le llevaron a su casa: un palacio inmenso con treinta y seis criados y doscientos cuadros del Greco (*tres mas de los que el Greco había pintado en toda su vida*).

Perico Espasa hizo una relación detallada de los méritos literarios que podía alegar para aspirar a la plaza de redactor de *La Razón*, y el Conde permaneció unos instantes en silencio, luego se enderezó, se pasó una mano por los ojos, como si despertara de un sueño, se encajó fuertemente el monóculo y dijo con dulzura y tuteándole.

—Entrarás en *La Razón*, hijo mío. . . ¡No faltaba más! ¡Con ese pelo tan bonito que tienes!

Veinte días después, Perico Espasa formaba parte de la redacción de *La Razón*. Seiscientas pesetas de sueldo y los artículos firmados aparte. (*Iba a cobrar más que el director*).

Se le recibió de ese modo hostil con que se suele recibir al compañero nuevo en las redacciones de los periódicos de Madrid y en los corrales de las granjas de Angulema. Pero él se apresuró a desarrollar su indudable fascinación personal y pronto se hizo estimar y querer.

Porque Perico Espasa era, aparte de su anormalidad sexual, un excelente sujeto, listo y sagaz, como hay que reconocer que suelen serlo los de su gremio; de carácter jovial; lo bastante discreto y hábil para no alarmar ni descubrirse ante las gentes que

ignoraban la índole de sus debilidades, y lo suficientemente serio, servicial y amable para hacerse perdonar y disculpar de los que las conocían; no exento de sensibilidad para comprender e interpretar el arte, aunque con criterio pequeño y estrecho (1); muy hablador y con frecuencia rico en ingenio, pero siempre pobre de gesto y acción (2); alto, muy alto, corpulento y musculoso, caso abundantísimo entre los de su *gremio* también; de cabellos rizados, copiosos y perennes (3); manos y pies grandes: facciones abultadísimas, pero delicadas como la salud de un príncipe heredero: estrategia de las circunstancias y de las personas: capaz de escucharlo todo, comentarlo todo y aconsejar en todo, pero incapaz de guardar un secreto (4)

Había nacido, indudablemente, para el periodismo.

Rápido y ágil, a pesar de sus ochenta kilos, era capaz de escribirse cinco docenas de cuartillas narrando un suceso con el que cualquier otro sólo hubiera podido escribir seis líneas, o contar en seis líneas el acontecimiento que nadie hubiese podido contar y en menos de cinco docenas de cuartillas. Entreviador generoso, en todas sus entrevistas les hacía inventar algo divertido o interesante a sus entrevistados, para lo cual utilizaba un procedimiento infalible: inventarlo él mismo.

Era, en suma, uno de esos periodistas "cien por cien", que llegan a los incendios antes que los bomberos, y a la catástrofe ferroviaria antes que el tren de socorro, y a la casa del crimen antes que el asesino.

Había hecho cosas extraordinarias. Por ejemplo: con motivo de un gran "affaire" de las finanzas yanquis, había descrito maravillosamente la ciudad de Nueva York sin disponer para ello de más documentos de consulta que un plano de Cáceres.

Total: quince años de éxitos.

Y la popularidad máxima.

(1) Primera característica femenina. (Véase *Iván Block*)

(2) Segunda característica femenina (Véase *Marañón*),

(3) Tercera característica femenina. (Véase *Havelock-Ellis*.)

(4) Cuarto característica femenina. (Véase *el vulgo*.)

Al año decimoquinto fue nombrado director de *La Razón*.

El Conde de Carr había muerto. Todo el pasado no era ya más que eso: pasado. Y cuando sonaba el nombre de Perico Espasa, los comentarios eran de color de rosa:

—Un gran periodista. . .

—Un cerebro. . .

—Un hombre encantador. . .

—Y ágil. . . Y preparadísimo. . .

—Y muy europeo. . .

(*En fin, las idioteces que suelen decir las gentes para elogiar.*)

Tenía: un *Packard*, quince trajes, dos *smokings*, un *frac* y una baraja de *pases* gratuitos (Toros, Fútbol, Tranvías, Metro, Aviones, Ferrocarriles y Estanque del Retiro). Entrada libre: en todos los Teatros, Cines, Circos, Salas de concierto.

Frontones, Clubs Deportivos y Exposiciones. Grandes amistades: en el Ejército, el Clero, la Banca, la Política, el Arte, la Ciencia, la Armada, la Administración y la Asociación de Camareros, Reposteros y Similares.

Y extensos conocimientos: en la Masonería, los Rotarios, el Partido Comunista, en la Dirección General de Seguridad, en 10 juzgados, en el Sindicato de Profesionales del Robo y en 33 Sociedades Teosóficas, 11 Cabarets, 17 Policlínicas y 208 Casas de Prostitución.

EL INCREÍBLE "CASO" DE DOS ESCRITORES QUE NO SE ODIABAN

Entre Perico Espasa y Federico Orellana serpenteaba desde hacía años una fuente corriente de simpatía.

Ello obedecía, indudablemente, a que coincidían, a que se tenían una mutua estimación y a que se compraban en la misma tienda las corbatas.

Federico, hablando de Perico Espasa, solía decir:

—Es el número uno de los periodistas españoles.

Y Perico Espasa opinaba de Federico:

—Es el primer novelista de España.

Ciertamente que los dos vivían en ese mundo venenoso y corrompido de la letra impresa, donde todo es odio, donde cada cual desea que el compañero y el amigo se rompa las dos piernas (y, mejor que eso, que se haga astillas la caja torácica y, mejor que eso aun, que se fracture la base del cráneo), pero no menos cierto que uno y otro se saltaban a pie puntillas la ley general para mantenerse

fieles en el afecto y en la admiración. Ellos mismos habían comentado lo excepcional de su conducta.

—Bueno.... ¿y tú y yo por qué no nos odiamos?

—A lo mejor por faltar material de tiempo.. .

Pero en las cosas incomprensibles de la vida, como en las Audiencias provinciales, hay siempre alguna causa. Y la causa de aquella lealtad excepcional radicaba en que Federico Orellana y Perico Espasa *se* diferenciaban en muchos aspectos y en que entre ambos existían profundas divergencias.

A fuerza de talento, ellos solían mantener las divergencias existentes, y así por ejemplo, con respecto a la profesión, ni Federico había extendido nunca su actividad hacia el periodismo, ni a Perico Espasa —después de sus primeros pasos— se le había ocurrido jamás dedicarse a la Literatura.

<i>Tener un oficio y mezclarse en otro es tan estúpido como tener el pelo negro y empeñarse en teñírsele de rubio – opinó un día Perico Espasa.</i>	<i>- Y el resultado es igual: nunca se llega a tener un pelo completamente negro – concluyó Federico Orellana al oírle.</i>
---	---

Además.. . . . estaban de acuerdo en innumerables cosas y en desacuerdo en infinitas más.

Gracias a lo primero podían permitirse *la conversación*, ese goce purísimo que inventaron los griegos (1), y merced al desacuerdo, se permitían el placer de *la controversia*, estimulante vivificador que evita el agotamiento de las conversaciones.

Lo que más en desacuerdo les ponía era, naturalmente, el problema sexual.

—¿Cómo pueden gustarle los hombres, Perico?

—¿Y a ti? ¿Cómo pueden gustarte las mujeres?

Pocas veces abordaban la cuestión, pero si por casualidad, alguna noche, al cerrar el periódico, se suscitaba entre ellos aquel tema siniestro, sucedía que les alumbraba el amanecer anda que te anda,

peregrinando desde el portal de Espasa al portal de Federico y viceversa, parándose en todas las esquinas, despertando a todos los vecinos de todas las plantas bajas, exprimiendo razonamientos contrarios y es-pantando a todos los gatos que merodeaban por las bocacalles del trayecto.

A las siete de la mañana, cuando ya les habían sacudido encima diez o doce alfombras, era frecuente que llegasen a una conclusión cruel, casi siempre enunciada por Perico Espasa: — Desengáñate: las mujeres son unas estúpidas.

Y Federico, que poseía cierta cultura de la cuestión, gracias a "estudios prácticos verificados en el ramo", aprobaba:

—Sí. Realmente son unas estúpidas.

Perico Espasa intentaba, en vista de su éxito, sacar consecuencias del axioma.

Agregaba:

—De manera que lo lógico es volver los ojos hacia los hombres. .

Pero Federico "ya no le seguía hasta allí".

Habían llegado a una *divergencia*.

Y contestaba:

—Eso, no. Son unas estúpidas, conformes. Pero están estupendas... Entonces Perico Espasa hacía un gesto de asco.

Y Federico echaba una ojeada al reloj de pulsera.

Y ambos se despedían para dirigirse a sus respectivos domicilios.

Sus porteros decían entre dientes al ponerles en marcha el ascensor:

—¡Estos artistas se dan la vida padre!

(1) Para compensar la invención de otros goces impuros.

CONTINUA EL

20

Perico Espasa, indagó maternalmente:

—Cuéntame. . . ¿Qué es lo que tiene el niño?

—No lo sé. Fiebre alta. Probablemente, infección.

Pero eso no es nada.

—Lo puede ser todo, Perico.

Se oía lejano y rumoroso el trajín de veintiséis intertipias trabajando a compás en la sala de máquinas.

—¿Qué tiempo tiene el pequeño?

—Dos años.

— ¡Dos años ya! Entonces ¿cuántos hace que te presenté a Natalia?

—Seis

Seis años. Pero los dos lo recordaban perfectamente.

Todo había nacido del encuentro de ambos, un mes de febrero (cierta noche que la luna tenía más cara de "pierrot" que nunca y las estrellas parecían "confetti"), en la esquina de las calles de Alcalá y de Sevilla.

SE REFIERE EL ENCUENTRO DE LOS DOS
AMIGOS Y COMO TOMARON "VERMOUTH"

Fue un verdadero "encuentro" pues ambos habían coincidido en la esquina con la cabeza vuelta hacia atrás, a causa de lo cual se dieron un empujón involuntario.

Y al reconocerse cambiaron de una piel a otra de sus guantes varios trillones de microbios. Quiere decirse que se dieron las manos.

Mientras enderezaban su sombrero, ladeado por el golpe, explicó Federico:

—Venía mirando a aquella rubia, que ahora cruza la calle. . .

Y Perico Espasa aclaró a su vez:

—Yo estaba embobado por aquel muchacho moreno, que ahora cambia de acera. . . Orellana protestó: —¡Pero, Perico, hombre!

Y el otro:

—No me llames hombre, que me da mucha rabia.

—Bueno; no seas ganso.

—Siempre me pides algún imposible, ¿Adonde ibas?

—A ningún lado.

—Entonces no te entretengo. . . Adiós.

Federico le sujetó por una manga.

—Vamos a charlar un rato. No te veo nunca el pelo.

ESPASA (*Quitándose el sombrero y descubriendo la espléndida cabellera a la que debía su elevación social.*).—
¡Voilà!

FEDERICO.—Bueno, di . . . ¿Dónde te metes?

—¿Dónde voy a meterme? ¿En el periódico? Me tiene preso. Ya sabes tú lo que es un periódico. . . Un vampiro de la inteligencia, un calabozo bien iluminado. . . Palanca de la edad moderna, alzavoz de las acciones humanas. . .

— . . .multicopista del pensamiento, trampolín de la gloria...

— . . .espuela de las actividades ajenas, faro de la cultura..

— . . . *Kodak* de la casualidad...

— . . .tractor de las vanidades, resorte de las muchedumbres...

— . . .opinión de los que no la tienen...

— . . .desesperación del gramático...

— . . .apóstol de la mentira, cristalización del medio ambiente, palacio de la errata. . .

PERICO ESPASA (*Interrumpiendo con cierto asombro*).— ¡Chico! ¿Sabes que valdríamos para oradores?

FEDERICO.—Quizá, pero no hay para enorgullecerse.

—¿Pues?

—Porque la oratoria es el talento de los cretinos.

—¡Buen aforismo! ¿Aparecerá en tu próxima novela?

—No.

—Entonces aparecerá en mi próximo artículo. Precisamente tengo que "meterme" mañana con el presidente del Consejo. ¿Has comido?

—Ni quiero. Me he pasado la tarde trabajando. . .

—Todo ser humano está sujeto a error

— . . . Y a las nueve he tirado la pluma y me he echado a la calle sin rumbo.

—Yo tampoco tengo ganas de comer. Sin embargo, esta es la hora en que los españoles acostumbran a sentarse a la mesa. Deberíamos tomar juntos cualquier chuchería,

aunque sólo lo hiciéramos por solidaridad con la vieja raza que venció en Lepanto, en Pavía y en Otumba. Y entre tanto, charlaríamos de cosas que no tuvieran nada que ver con Otumba, con Pavía, con Lepanto y con la raza. . . ¿Eh?

— Un programa admirable. Haz tu mismo el menú.

—Cualquier comida fría. Por ejemplo: *consommé* doble, *buffet riche*, ensalada *mimosa*, helado *Berberina*. .

—¿Y de beber?

—Oporto.

—Bien.

—Y *cup de champagne*.

—Bueno. ¿Quién paga?

—Eso no hay ni que preguntarlo; yo he convidado, así es que pagas tú.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—Que me des diez duros en el acto.

ESPASA (*Sacando un billete de la cartera y dándoselo a Federico*).—Tómalos, pero yo también impongo una condición.

—Venga.

—Que me obsequies ahora mismo con cincuenta y cinco pesetas de lotería.

FEDERICO (*Entrando en un estanco inmediato, adquiriendo once décimos de duro y entregándoselos a Perico Espasa*).—Ahora tú págame un cigarro de cuatro pesetas.

ESPASA (*Obedeciendo*).—Y tú, convídame ahora a "*Aristones*".

—Y tu, ahora, regálame cerillas de cuarenta.

—Y ahora, tu, dame un real para un sello.

—Y tu, cómprame *La Voz*.

—Y ahora tu entrégale cinco céntimos de mi parte a aquel mendigo.

—¡Alto! ¿A ver cómo andamos de cuenta?

—Nivelados.

—Entonces, ¿la comida?

—La pagamos a escote.

FEDERICO (*Cogiéndose al brazo de Perico Espasa y enfilando la calle de Alcalá hacia Cibeles*).—¿Qué hay de nuevo por el periódico?

—Hoy se le han roto dos teclas a una máquina de escribir.

—¿Dais la noticia?

—En primera plana. ¿Y tú? ¿Qué haces ahora?

—Una novela.

—¿Buena?

—Más buena que San Ezequiel.

—¿San Ezequiel? No conozco la historia de San Ezequiel.

—Yo tampoco.

—Pues tienes razón; fue un santo admirable. ¿Y de qué se trata, de una novela "de amor y de placer"?

—No. De una novela "de dolor y de reuma".

—Me agrada ver que enfocas temas filosóficos. ¿Muy larga?

—Lo imprescindible: 800 páginas.

—¿Y el asunto tiene tesis?

—No. Pero el protagonista tiene tisis.

—Es una compensación importante. ¿Cómo acaba?

—Con la palabra FIN

—¿Y empieza?

—En la primera página.

—¿Sabes que ya me va interesando tu novela?

—Lo creo.

—Acabará leyéndola.

—Es una cosa que no haré yo.

ESPASA (*Deteniéndose en la puerta de un bar alemán — "Flutusgénchen" - "Vergaelichen" - "Dobigóechen" o una cosa por el estilo— y deteniendo también a Orellana*).— ¿Un aperitivo, Federico?

—¡Siempre! (*Entrando y dirigiéndose al "barman"*).—Dos "vermouths". . .

—El mío, seco. (*A Federico*). ¿Tú lo quieres seco o con seltz?

—Pues no sé si tomarlo seco o con seltz.. . Me explico las dudas de "*Hamlet*" en su monólogo: "¡SELTZ O NO SELTZ: HE AQUÍ EL PROBLEMA!"

—Olvida a "*Hamlet*" y decídete.

—Con seltz.

—¡ Brindo por tus éxitos!

—Y yo por los tuyos.

—¡Puaf! ¡Qué porquería!

—¡Qué asco! . .

—Oye, "*barman*" ¿esto es *vermouth* o extracto de pulgas?

—El zotal no se debe vender en vasos.

—Los señores son los únicos clientes que se han quejado de nuestro "*vermouth*".

—Quizá eso obedece a que somos los únicos supervivientes.

—En fin... ¿Pagas tú o pago yo?

—Voy a pagar yo.

—¿ Por hacerte el original?

—Por pasar un duro falso.

—¡¡ Animo y suerte!!

—Cobra, "*barman*".

—Perdone el señor, pero este duro es malo.

—¿Y porque es malo me lo devuelves?

—Naturalmente, señor.

—¿Es costumbre en este *bar* devolver todo lo malo?

—Sí, señor.

—Pues, con tu permiso, vamos a devolver los *vermouths*. .
. (Federico) ¡ A la una! ¡ A las dos! ¡ Y a las.. .!

—¡ ¡...tres!!.. . . (Devolviendo los "*vermouths*") ¡Ya está!

—En paz, "*barman*"

Y se marcharon.

SE CUENTA LO QUE SUCEDIÓ ACTO SEGUIDO EN
EL RESTAURANT "THERMIDOR"

La "comida fría" que había propuesto Perico Espasa:

CONSOMÉ DOBLE
BUFFET RICHE
ENSALADA MIMOSA
HELADOS BERBERINA
OPORTO
Y CUP DE HAMPAGNE

Se la sirvieron en el



The logo for 'Thermidor' is written in a stylized, cursive font. The word 'Thermidor' is the central focus, with decorative flourishes at the beginning and end. The letters are bold and have a slightly irregular, hand-drawn appearance.

Un minúsculo *restaurant* recién abierto por allí cerca, donde todo había sido elegido escrupulosamente para obtener un conjunto refinado y abrumador: los porteros negros, las pantallas moradas, la vajilla de esmalte y de cristal de roca, los grandes búcaros donde se desmayaban lirios, la orquesta de cosacos, que entonaba melodías lúgubres de

estepa arrasada por un ciclón y la dentadura postiza del *maitre*.

—Sentémonos en esta mesa —indicó Perico Espasa—. El camarero es amigo y...

—No. Nada de camareros amigos —rechazó Federico—. Un camarero amigo es siempre demasiado amable; nos pregunta si nos hemos casado ya: nos habla del último éxito literario; nos aconseja que no pidamos mariscos, porque aquel día no han llegado frescos y no nos permite que comamos ternera, porque *precisamente* es de anteayer y está podrida. No, no... Nada de camareros amigos y amables. Me gusta que los criados sean mudos, y me encanta que los mariscos estén pochos, y que la ternera haya sido muerta durante la primera guerra carlista.

Cruzamos el salón al ritmo lento de "La *Russalka*" (1), de Dargomijsky, que la orquesta de cosacos ejecutaba como ejecutan siempre los rusos: en masa y creyendo en serio que hacen algo importante para el progreso del Mundo.

El salón de "Thermidor" se hallaba medio vacío, como los pantanos de la provincia de Huesca.

Diez o doce personas comían entre bisbeos tenues de conversaciones y esguinces de fatigado snobismo. Sólo se oían claramente las voces de tres ingenieros que discutían, entre plato y plato, un problema de resistencias y no pensaban que el verdadero problema de resistencia era oírles diez minutos sin darles un silletazo. Desde la mesa central un viejo cínico le hacía gestos a una dama que se hallaba frente a él en compañía de su marido y de un pollo delgadísimo (*del que ya se había comido un muslo*). La dama le agradecía al viejo don Juan su cinismo, pero no le perdonaba sus setenta años; así es que le rechazó tácitamente, dedicándole al marido, de allí en adelante, todas sus palabras y todas sus sonrisas. (*Hay una época en el matrimonio en que la esposa sólo se comporta agradablemente con el esposo para mostrarle su desagrado a un seductor o para que no note que un seductor le es agradable*). Más al fondo comían dos enamorados, que denunciaban lo reciente de su pasión cambiando entre sí el contenido de sus platos: porque el amor sólo es intercambios

(de alimentos, de besos; de caricias, de espasmos, de lágrimas, de reproches, de insultos, de injurias; y —a veces cuando los amantes son personas educadas— de bofetadas: y —frecuentemente cuando los enamorados son seres exquisitos— de gonococos). Junto a la mesa elegida por Federico, una mujer sola (*cabellos negros, pupilas azules, boca pálida y tez color de noche de bodas*) consumía en silencio unas setas con mermeladas. Su pensamiento parecía estar lejos de las setas, pero su corazón sin duda estaba cerca de las mermeladas.

—¡Me gustan! —declaró Federico al sentarse.

—¿Las mermeladas o las setas?

—Las piernas.

Tenía la dama, en efecto, unas piernas atormentadoras, largas, rectas, y mórbidas: dos piernas de esas que están pidiendo unas ligas con la inscripción de: **PRIMER PREMIO EN LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE LA LUJURIA DE LA HAYA**".

—La verdad es —exclamó Federico con la atención atornillada a las piernas de la desconocida— que la Naturaleza no ha ideado un espectáculo superior en belleza al de las piernas de la mujer.

—Yo prefiero un amanecer en los Alpes —protestó Perico que

(1) "La Ondina", ¿saben ustedes?

había tenido buen cuidado de sentarse de espaldas a la dama, siempre fiel a su misoginia.

Pues, yo, no —insistió Federico—. En los Alpes, al amanecer, hace frío, y las piernas de las mujeres son mucho más confortables.

Y se extendió en una divagación sobre las piernas femeninas y su triunfo sobre el Mundo.

Aquel triunfo era un triunfo logrado en la Edad Moderna.

En los primeros albores de la Humanidad las piernas de las mujeres habían pasado inadvertidas. Persia, Egipto y Grecia tampoco les había concedido importancia. Roma nada y moría sin pararse igualmente a considerar que las piernas

de las mujeres podían llegar a ser algo autónomo y simbólico dentro de un canon de belleza y de excitación sexual. La Edad Media, con su barbarie, sus castillos edificados junto a los precipicios, sus cinturones de castidad ceñidos sobre los vientres y sus piojos sepultados en las cabelleras, imitaba la conducta de Roma, Grecia, Egipto y Persia. . Y era preciso que, ya en plena civilización occidental, se inventase la media de seda para que las piernas femeninas avanzasen a un primer término y adquiriesen todo su esplendor.

¡Y qué esplendor el conseguido desde entonces! ¡Qué predominio! ¡Que tiranía!

¡¡ Piernas femeninas!! La Tierra estaba sojuzgada a ellas . . Nunca ninguna invasión había sido tan general, tan absorbente y tan completa; ni había impreso con más vigor sus huellas en la dócil arcilla del mundo.

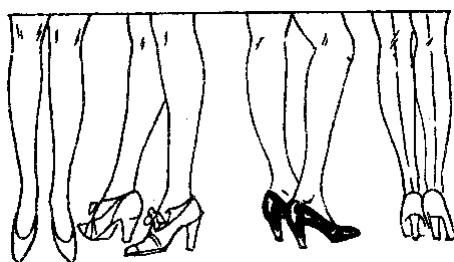
El hombre caía extasiado, rendido e inerme ante las piernas de las mujeres. En cada convulsión de la Historia había ya un par de piernas femeninas como causa eficiente. Los reyes ponían sus cetros en el altar de las piernas de sus favoritas. Estas mismas piernas, al agitarse en un minué, creaban Revoluciones. Luego Napoleón trastornaba el mapa con el pensamiento puesto en las piernas de Josefina, y Nelson le daba la primera puñalada al Corso, en Aboukir, espoleado por las piernas adorables de lady Hamilton.

De allí en adelante, la mujer, convencida de la importancia decisiva de sus piernas, iba a hacerles objeto de cuidados especiales y de coquetearías inéditas. Y tan relacionados iban a hallarse ya el cuidado que las mujeres ponían en sus piernas con el éxito de los negocios del Estado y con el refinamiento de cada edad histórica, que, en los finales del siglo XIX, en que la mujer abandonaba la elegancia de sus piernas cubriéndolas con toscas medias a rayas, surgía una decadencia visible en el arte, en el poderío de los pueblos y en el buen gusto general. Fue el momento en que, por ejemplo, España perdía sus colonias y leía folletines de Luis del Val y aplaudía en los teatros el repugnante crimen "pasional" de "*Juan José*" y bailaba en la Bombilla entre aguardiente, "morapio" y flamenquismo sucio. . .

Pero volvía a surgir la media de seda; y luego, la de encaje, y después, la de seda transparente, y, por fin, la de gasa. Y la liga subía hasta medio muslo y su aro emocionante se convertía ya, para siempre, en el aro simbólico por el que pasa de modo inexorable el Hombre cuando se lo propone resueltamente la Mujer . ¡¡Piernas!! (1) ¡¡ Piernas femeninas!!

Total: que serías capaz de enamorarte de esa mujer ¿verdad?

—¿Por qué no? ¿Te parece inverosímil?



—No. Estoy harto de comprobar que basta que una mujer tenga un buen par de pantorrillas para que existan hombres dispuestos a hablarle de cosas del alma.

—¿Qué quieres? Las pasiones más grandes empiezan por una pequeñez, y los ríos más inmensos empiezan por un sencillo arroyo.

—Sí. Y las borracheras más formidables empiezan por la primera copa —replicó Perico Espasa.

—Y sin embargo, las piernas de las mujeres, que son el estímulo y la piedra-imán del hombre, se ven pretendidas cuando ya la mujer se ha decidido a rendirse y a dar su boca.

—Ciertamente que al llegar, en el amor, *la hora de la verdad*, poco caso haréis los enamorados de las piernas de vuestro ídolo.

—Ningún caso. Nos las echamos a la espalda— concluyó Federico.

(1) No hay que advertir que las piernas dibujadas han salido del lápiz de *Demetrio*, ese artista extraordinario, el único del Globo que ha hecho sustentar su *gloria* en piernas ajenas. . .

SIGUE LA CONVERSACIÓN Y SE SABEN
CIERTAS
CIRCUNSTANCIAS DE LA ACTRIZ
NATALIA LORZAIN

Y de pronto, con la sencillez con que suelen ocurrir las cosas más trascendentales de la vida, Perico Espasa le anunció a Federico:

—Por cierto... Ahora que me acuerdo.. . Una mujer está deseando conocerte. Me habló ayer, . .

—Si no es joven y guapa, dile que me he ido a vivir a las islas Malvinas —contestó Federico empuñando una cucharilla y atacando el helado a la bayoneta.

—¡Hombre! Joven. . . Nunca se sabe cuándo una mujer es joven.. Las mujeres modernas han aplicado al físico lo químico y son todas Ninones de Lenclos.

—Pero . . ¿qué representa?

—Comedias de Benavente.

—¿Eh?

—Sí: es actriz. Dicen que tiene veinticinco.

—¿ Comedias de Benavente?

—Años de edad. Sin embargo, no representa arriba de quince.

—¿ Años de edad?

—Comedias de Benavente.

—En fin... ¿ en qué quedamos? —exigió Federico.

—¿Respecto a las comedias de Benavente?

— Respecto a su edad.

—Pero. . . ¿la edad de Benavente?

—¡La edad de ella!

—¡Ah! Pues eso.

—¿El qué?

—Que dicen que tiene veinticinco. No obstante, tú calcúlale veintiocho hasta que se te presente ocasión de ver su cédula y comprobar que ha cumplido los treinta. . . hace cuatro. En cuanto a belleza.. . ¡Pchs!. . No sé. Te consta que para mí la belleza de la mujer no *existe*.

—Hay cosas que no existen y son innegables.

—Cítame una. . .

—El "*Parthenón*". Isabel la Católica. El sombrero hongo.

—Con una tenía bastante.

—Pero de regalo dos.

—Agradecidísimo. Me quedo con el "*Parthenon*".

—¿Quién es ella? ¿La conozco?

—Supongo. Por lo menos estarás harto de verla retratada en los periódicos. Tiene el pelo rubio, de un color de hierro mohoso, la piel muy blanca, los ojos muy negros. . .

—¡ Magnífico!

—Es elegantísima. . .

—¡ Colosal!

—No tiene madre.

—¡ ¡ Maravilloso!!

—Lee tus libros en cuanto salen.

— ¡¡ Sublime!!

—Y a todo el que la quiera escuchar le dice que eres el hombre de más talento y más interesante de España.

—¿ ¡ Dónde vive!?

—En cierto piso, que forma parte de cierta casa, situada en cierta calle.

—¡ Su nombre! —rugió Federico apartando el plato del helado.

—Nicasio Gallego.

—¿Quéé?

—¿No me preguntas el nombre de la calle?

—¡ ¡ El nombre de ella es lo que te pregunto!!

Y fue entonces cuando Perico Espasa pronunció un nombre que, más tarde, había de llenar casi toda la vida de Federico. (*Por lo cual bueno será que ahora llene gran parte de la página del libro.*) Dijo sonriendo compasivamente:

N A T A L I A
L O R Z A I N

Federico quedó estupefacto:

— *¿La primera actriz del "Teatro de la Princesa Juana"?*

—La misma. ¿La conoces?

En realidad, el triunfo como actriz de Natalia Lorzain había sido muy rápido: en el principio de una temporada se reveló; a la mitad de la temporada se hizo imprescindible; y al final de la temporada era contratada, como *primera*, por la Empresa del *"Teatro de la princesa Juana"*.

Y Federico sólo la conocía de nombre.

—Ya sabes que yo voy poco al teatro —se justificó—.

Cuando voy, salgo malo de ver las bazofias que se representan. Pero hoy iremos al *"Princesa Juana"*. Me has picado la curiosidad.

Y así había empezado "aquello": picándole la curiosidad a Federico.

Pero no por mucho mas empezaron los mayores acontecimientos del Universo.

Si el pueblo hebreo le hubiera gritado a Pilatos: "¡CRUCIFICA A BARRABAS!", en lugar de gritar, como le grito: "¡ CRUCIFICA A JESÚS DE GALILEA!" nuestro Mundo no sería este Mundo, ni el Cristianismo lo hubiera cubierto con el manto de su influencia, ni se habría inventado la máquina de moler café, ni hoy (31 de marzo de 1932), a las seis de la tarde, estaría escribiéndose el presente libro.

Todo eso tienen ustedes que agradecerle al pueblo hebreo.

En donde se asiste a uno de esos enamoramientos súbitos, que se llaman "flechazos".

En la puerta, a la izquierda, un haz luminoso inundaba de claridad la cartelera en donde se leía:

<p>TEATRO DE LA PRINCESA JUANA Empresa Valverde</p> <p>COMPAÑÍA DRAMÁTICA PRIMER ACTOR Remenbracio Ponthcasy</p> <p>PRIMERA ACTRIZ NATALIA LORZAIN</p> <p>13 representaciones de la comedia en tres actos de</p>	<p>Cuando iban a entrar, Perico Espasa detuvo a Federico. —Un momento.... —le dijo—quiero hacerte una advertencia. —Si no es muy larga, venga. —Voy a presentarte a Natalia.. —Gracias por la noticia. —Puede ocurrir que te enamores de ella..... Va a ocurrir seguramente... —Nadie a negado el "<i>posum</i>" —Y es imprescindible que ahora mismo me prometas que si te enamoras de ella y Ella de ti y organizáis uno de esos barullos de tres o</p>
---	---

Teófilo Milagros. El Secreto de la Baronesa	cuatro meses, que reciben el nombre de "amores ternos", no me echarás la culpa, al cabo de cuatro meses, de haberte presentado a Natalia.
--	---

Federico rompió a reír.

—Descuida...

—No. Nada de descuida. Prométemelo, prométemelo.

Y Federico tuvo que prometérselo.

Entraron en el momento en que los tramoyistas hacían la mutación de decorados del primer acto (salón lujoso en casa de la Baronesa) al acto segundo (terrazza de una "villa" en Biarritz).

Atravesaron el escenario. Detrás del telón rulante se percibía al abejorreo del público. Perico iba repartiendo sonrisas y palabras diabéticas.

—¡ Simpaticote! —¿Sigue bien la obra? Yo predije el éxito
—Martillando, ¿eh? Estás que das el golpe— ¡Los tíos enrollando alfombras!

— Déjame pasar, "Chato" —El decorado, soberbio, Lagua. Pinta usted de un modo que dan ganas de hacerse autor —Maestro, se le ha fundido esa bombilla. . .

Aquellos hombres, con sus *monos* azules, sus grandes cinturones de cuero y sus largos martillos, le veían pasar sonriendo con agrado. Este don Pedro era un buen punto. ¡ Lástima que.. ..! Pero algo había que perdonarle a las personas.

Llegaron al pasillo de "cuartos". Perico Espasa se detuvo infinitas veces y siguió echando a volea palabras diabéticas y sonrisas.

—Muy bien la escena de la bofetada, Fernando. . . —¡ Hola, cascarrabias! —Salud, don Elias, enhorabuena; este año se está usted hinchando. — Monísima, Elena, monísima. — ¡ Estupendo *smoking*, Céspedes; así se visten las obras! —No sabía que estuviera usted sustituyendo a Fresnedo, Zacarías. . Me alegro por él. —Buenas noches. María. — Adelita, ¿y ese

novio? Decídete y habrá regalo de boda. — No seas tonto, Juan; acude al Sindicato.. . Eso no se puede tolerar. . .

Etcétera, etcétera.

La peregrinación tocaba a su fin, gracias a una razón absolutamente inevitable: que se acababa el pasillo de "cuartos".

Al final, en la última puerta —cerrada— se detuvieron. Una plaquita de cobre decía:

Sta. LORZAIN

Perico Espasa llamó con los nudillos y cierta música parecida a la voz humana contestó:

Entraron. Una habitación decorada y amueblada en rojo. Retratos con dedicatorias. Un versito de los Quintero, Un chiste, que se veía que no le había quedado a su gusto, de Muñoz Seca. Unas líneas serias, de Arniches. Una vista general de Tucumán. (*¡inexplicable!*) Sobre una butaca un perrito pekínés color tabaco-de-colillas, de hocico espachurrado y genio epiteploide. Y al fondo dos cortinas, también rojas, corridas sobre una segunda habitación.

La música de antes volvió a sonar detrás de las cortinas:

—¿Quién es?

Y el pekinés contestó:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¡Perico Espasa!

—¿Quién?

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! (*Era un ladrido nervioso, agudo, apremiante, irresistible, como el frotar de un cuchillo contra un plató o el cantar de una vedette de Revista. Hacia pensar también el S. O. S. del Morse lanzado por un buque en pleno naufragio*).

—¡Cállate, "Whisky"! ¿Quién dice?

Perico tuvo que meter a "Whisky" bajo un almohadón, sobre el que se sentó seguidamente, para hacerse entender:

—¡Perico Espasa!

Una voz de criada sonó detrás de las cortinas:

—El señorito Pedro, señorita.

—¡Ah! ¡Buenas noches, Perico!. . ¡Salgo enseguida!... Los zapatos blancos, mujer . . ¡Ahí tiene cigarrillos! ¿Cómo

le va?. . . Qué estás arrastrando el abrigo.. . ¿Qué hay por el mundo? Cuente algo, ¡usted que anda por ahí! Torcido no hay zapato que entre, Anastasia. . Hija mía, qué calamidad eres . . ¿Viene usted solo?

Perico Espasa declaró:

—No. Le traigo una sorpresa ¿No adivina? Federico Orellana.

De golpe se descorrieron las cortinas.

Entre ellas, Natalia Lorzain. Vestía una sinfonía en blanco; cinco blancos diferentes, de graduaciones imperceptibles, entre los cuales el menos blanco resultaba de las pieles de armiño de un *bebé* (1) que traía en la mano y que dejó al entrar sobre el respaldo de los sillones. El descote comenzaba en la conjunción de los senos para aprisionar los antebrazos, dejando al descubierto los redondos ángulos de unos hombros perfectos, y abrirse luego por detrás hasta la sinuosidad de la cintura. A partir de allí, el vestido se ceñía rabiosamente al cuerpo, lamiendo el vientre, las caderas y los muslos —de una morbidez que daba frío— y a la altura de la rodilla se esparcía en audaces vuelos escarolados.

Parecía un lirio colgando.

Una oleada de "*Córcega y Cerdeña*" de Coty embalsamó la atmósfera.

Y la música parecida a la voz humana sonó nuevamente. ¿Qué dijo?

¡ Ah! Pues nada. . Dijo nada más que esto.

—¡No sabe usted las ganas que tenía de conocerle!

E iba a agregar algo, cuando se oyó un ruido extraño:

—Grrrrrrgrrr. . .

—¿. ?

—¿. ?

—¿. ?

Perico Espasa se incorporó y levantó el almohadón donde se hallaba sentado. Debajo apareció "*Whisky*" con síntomas agudos extraplanez.

—¡Dios mío! ¡"*Whisky*"!

(1) Abrigo corto.

—¡ Animalito!

Perito Espasa les tranquilizó.

—No es nada —afirmó, cogiendo a "*Whisky*" de la piel del cuello y dirigiéndose con él hacia la puerta—, un ligero accidente. Me lo llevo...

—¿Qué se propone usted?

—Voy al pasillo, a hacerle la respiración artificial.

* * *

Se miraron de un modo tenaz a los ojos.

—Leo todos los libros de usted —empezó Natalia.

—Le falta uno por leer, sin embargo, —replicó Federico.

N.—No creo.

F.—Sí. El libro de mi corazón.

N.—Repito que no creo.. . —insistió ella sonriendo.

F.—¿Lo ha leído usted ya?

N.—Al descorrer las cortinas y ver la expresión de su cara.

F.—Hay que reconocer que lee usted deprisa.

N.—Me interesaba el tema.

F.—¿El tema o el estilo?

N.—Las dos cosas.

F.—¿ Y el libro de usted?

N.—Está en blanco.

F.—Entonces ¿nadie ha intentado escribir en él?

N.—Lo han intentado, pero yo les he roto la pluma.

F.—¿ Por echar borrones?

N.— Por rasgar el papel.

F.—En el libro del amor el papel se rasga siempre.

N.—Pero ha de ser a gusto de uno. . .

F.—Entonces se sufre más.

N.—¿Es posible?

F.—Eso dice la ley.

N.—¿Qué ley?

F.—La Ley de imprenta.

N.—¿Es buena?

F.—Es la mejor escrita.

N.— ¡ Lógicamente!

F.—Y a mí ¿me permitiría usted trazar unas líneas en el libro de su corazón?

N.—¿No se torcería?

F.—Escribiría con falsilla.

N.—¿Qué falsilla?

F.—La voluntad de usted.

N.—Es débil.

F.—Pero estoy seguro de que se transparenta.

N.—Usted escribiría maravillosamente, ¡ya lo creo!

F.—¡Pondría mi alma!

N.—Pero lo haría con todas las estratagemas del oficio...

F.—Olvidaría por completo las estratagemas.

N.—¿Cómo escribiría entonces?

F.—Con espontaneidad, con sinceridad, sin artificio...

N.—Mi libro está en blanco, amigo mío... Pero ¿y el de usted? ¿Cuántas ediciones no llevará?

F.—Vendidas, muchas; regaladas, ni una sola. Y a usted se la regalo integra.

N.—¿Generosidad?

F.—Arte, que sirve al amor.

N.—¿Y cuando acabase usted de escribir en mi libro?... .

F.—Lo uniría al mío.

N.—¿Para qué?

F.—Para formar un solo tomo.

N.—¡Qué dicha!

F.—Luego le pondríamos unas cubiertas.

N.—¿También?

F.—Claro. Habría que resguardarlo para que no se estropeará...

N.—¿Y de qué color serían las cubiertas?

F.—Blancas; como el azahar.

N.—Pero, ¿es que en esto iba a intervenir el azar?

F.—Habría azahar y no habría azar.. .

N.—¿Cómo se explica eso?

F.—Quitándole y poniéndole una hache.

N.—¡Siempre hay una letra decisiva!

F.—En los libros, la *letra* es importante.

N.—¿Y después de ponerle cubiertas a nuestro libro?

F.—Meteríamos una flor entre sus hojas y lo guardaríamos en el rincón preferido de nuestra habitación predilecta.

N.—¡ Ay! ¡ Con tal de que no se desencuadernase algún día!

F.—No. Los libros bien cuidados no se desencuadernan. Se desencuadernan los que no importan y pasan de mano en mano...

N.— ¡Infelices de ello!

F.— Al cabo del tiempo, la flor metida entre sus páginas nos haría vivir otra vez lo vivido.

N. —Eso es triste.

F.—Pero ennoblece el amor, cuando el amor empieza a envilecerse..

N—Lo malo es que nuestro libro acabaría, fatalmente, en un puesto de viejo. . .

F.—¿Y qué más da? ¿No se acaba en el sepulcro?

Callaron. Todo en sus miradas estaba ya diáfano y claro. Él avanzó hacia ella estableciendo realidades inmediatas. Halló la entrada fácil a la dársena del tuteo. (¡Hola!)

—En suma, Natalia: quisiera escribir en tu libro.

—¿Por dónde empezarías?

—Por la dedicatoria.

—¿A ver?...

—"*A Natalia, con un beso sediento y profundo*".

La cazó entre sus brazos y exigió:

—Déjame imprimírtelo en la boca.

Y ella repuso sonriendo:

—Imprímelo, pero no lo publiques.

La besó largamente, con un beso que hizo temblar sus piernas y que a Natalia la dejó sin sentido.

Los dientes de él quedaron clavados en los labios de ella. Fue como si en un sello de lacre se grabase la huella de unas armas nobiliarias.

Sobre sus cabezas estallo tres veces un timbre. Natalia se desasó bruscamente:

—¡ Me llaman a escena! Ha empezado el segundo acto.

Desde ese momento hasta la una y media de la madrugada, Federico.

Tuvo que elogiarle la obra que se representaba, y que no había visto, a un señor grueso y calvo del que todos hablaban mal cuando volvía la espalda (*en esto conoció que era el empresario*) y resistió, a pie firme, diez o doce presentaciones: actores, actrices, autores, un escenógrafo, un peluquero, diez amigos de la Casa.

Remembracio Ponthycany, el primer actor —más cursi que partir plátanos con cuchillo— hizo exagerados aspavientos al conocer su nombre:

—¡Federico Orellana! ¡El gran Federico Orellana! ¿Quién no ha leído sus libros?

Federico contestó:

—Usted.

Y todo el mundo rió aquel rasgo de humorismo en el que Federico no había puesto humorismo en absoluto

La característica, Celia Bartan, poseía las características de todas las características: era gorda v reumática.

—¿Que haría yo para adelgazar? —le preguntó a Federico.

—Pruebe sufrir un poco.

—¿ Piensa usted que no sufro? No encuentro ningún sombrero que me siente bien...

Una damita joven —Luisita Panzó— le pidió una definición del amor.

—¿Quiere usted una definición para hombres o para mujeres?

—Para mujeres.

Y él dijo entonces con la intención de que Luisita se ofendiera:

—El amor es el puente que sirve para pasar del onanismo al embarazo.

Pero ella, en lugar de ofenderse, encontró la definición encantadora y fue repitiéndola de cuarto en cuarto.

A las doce y media, Perico Espasa le comunicó:

—Has tenido un gran éxito.

SE CONOCEN ALGUNAS INTIMIDADES DE LA
ACTRIZ NATALIA LORZAIN

Natalia Lorzain, primera actriz del *"Teatro de la Princesa Juana"*, admiraba al escritor Federico Orellana desde hacía dos o tres años.

Y en aquella admiración —muda y a distancia— bullía crepitantemente el Amor. Y el Deseo, su hijo político.

Muchas noches, en la caliente intimidad del lecho, había Natalia interrumpido la lectura del último libro de él, asombrada de la fuerza de una observación, del ingenio cruel de un análisis o de la elegancia de una réplica, para quedar quieta y callada, pensando:

—*¡Qué hombre!*

—*¡ Cuánta superioridad!*

—*¡ Qué segura debe sentirse una mujer a su lado! con este fetichismo que la mujer siente hacia el artista, al que se obstina en mirar como a un Dios, sin querer considerar que detrás del ídolo fascinador está siempre el Hombre con sus vulgaridades y sus defectos con sus tirantes "Tolbiac" y sus faldones de camisa demasiado largos.*

—*¡Ser suya! —había pensado también—. ¡Ser suya por amor! ¡Sentir su boca en mi boca! ¡Ver extraviarse, sobre mi los ojos que han conducido la pluma al través de sus páginas!*

¡Notarme acariciada por la mano que ha escrito esto que estoy leyendo! ¡Y hacer reposar sobre mis senos la cabeza que ha imaginado todo cuanto me maravilla! ¡Oír que habla para mí sola! ¡Y conseguir que escriba GRATIS únicamente para mí! . . .

Se excitaba y acababa recurriendo al veronal, sin el cual no conseguía dormirse. (En un año, consumió dos bidones). Por las mañanas, coincidiendo con el momento de la ducha, se enfriaba y alejaba lejos de sí los ensueños. ¡ Ay! Nunca sería realidad nada de aquello. .. Lo que deseaba ella lo desearían también otras mujeres. . . Y, para consolares, iba empapelando las paredes de su *boudoir* con fotografías de Federico recortadas de los periódicos ilustrados. Una de ellas —muy vulgar— en la que él aparecía vestido de campo y con el codo apoyado en la cabeza de un cazador furtivo, la tenía repetida 43 veces.

Esta admiración silenciosa, esta devoción reprimida que sentía Natalia por un hombre solo, al que encontraba superior a todos y con el que nunca había cruzado la palabra, la hacía detestar a los que se veía obligada a tratar a diario.

Y en el teatro hablaba desdeñosamente a sus compañeros, les dirigía los sarcasmos y las burlas feroces que recordaba de sus lecturas de Federico y miraba con verdadero desprecio a los autores: gentes de poco más o menos, que escribían con arreglo a un patrón del tiempo en que San Isidro labraba las tierras; gentes que para provocar la risa recurrían a que un personaje fuera tartamudo o idiota, o a juegos de palabras que ya los celtas hubieran considerado como viejos y sobados. *Juguetes*, hechos a base de confundir a unos con otros, en los que el insulto y la grosería estaban elevados a la categoría de elemento común. O comedias de una burguesía que olía a axilas sin lavar. O altas comedias, donde se tomaba té por obligación, llenas de cursiladas que querían ser ironías... ¡ ¡ Qué asco!!

Se asfixiaba en el marasmo de una existencia estúpida y lóbrega, sitiada por la vulgaridad y el comadreo de entre bastidores, las vanidades cretinas, la fatigosa monotonía de ensayar y representar, las envidias delirantes del oficio y la insuficiencia mental de cuantos la rodeaban.

EN DONDE SE DESCUBRE UN IDILIO Y SE
AVERIGUA POR QUE NATALIA SE RETIRO DE LA
ESCENA

Con el conocimiento de Federico, con su trato de todos los momentos, la admiración de Natalia no hizo sino crecer.

Era, en efecto, el hombre que ella había imaginado en sus insomnios. Era, en efecto, el hombre vital que sobresale de los otros el hombre-pararrayos que atrae la atención sobre sí allí donde surge y se presenta sin que eso le ensoberbezca, le falsee y le enerve. Humano, comprensivo, con ternura abierta integra. Era, en efecto, el hombre que ilumina la vida con su presencia, que la alegra, que la realza. Era, en fin lo contrario de la gran masa de hombres cuyo trato deja indiferente o deprime: era el *hombre estimulante*.

Al contacto con él, Natalia estalló como una caja cargada de haloxilina.

El primer beso desbarató sus nervios, la tediosa partida de ajedrez de su vida quedó súbitamente en tablas.

Ya no pensó sino en entregarse a él. Y se le había entregado la misma noche en que se conocieron, de un modo alucinado; ni despierta ni dormida; en un estado de sonambulismo y superrealidad; rebosando en premeditación el subconsciente, con los párpados muy abiertos sobre las pupilas ciegas; sin ritmo en las venas; extática, como un pájaro nictálope aturdido por el resplandor de unos focos.

Y para Federico, náufrago de varios amores concluidos matemáticamente en el bostezo y Robinsón de la mujer ideal, Natalia fue la isla desierta "*en donde hay de todo*" y cuyo clima recomienda el doctor Juarros. También él estalló al contacto de ella, las condiciones innatas se le aguzaron y halló el eje vertical de su existencia.

La consecuencia no se hizo esperar: daban largos paseos por el campo; se buscaban a todas horas para refugiarse en la campana neumática del aislamiento, atacados de tristanismo y de adoración mutua; algodónaron sus oídos de egoísmos y se hundieron en la mina del amor adonde los ruidos ensordecedores de la realidad sólo llegaban convertidos en murmullos.

Eran una de esas parejas que los excursionistas que vuelven de la Sierra se encuentran al tomar una curva, dentro de un coche arrimado a la cuneta y con las cortinillas bajadas.

* * *

Eran una de esas parejas que, desde las alturas de un palco, asisten a una sesión de cine con los rostros juntos y las manos imbricadas fuertemente.

* * *

Eran una de esas parejas que en los *restaurants* tardan siglos enteros en decidir el *menú*.

* * *

Eran una de esas parejas que se detienen en los parques para contemplar a un niño rubio.

* * *

Eran una de esas parejas que entran de pronto en cualquier portal, fingiendo visitar a alguien para darse un beso en la escalera.

* * *

Eran una de esas parejas que van a llorar a los conciertos.

* * *

El no escribía ni una línea. Y ella llegaba tarde al teatro y soltaba unos camelos en escena que Teófilo Milagro, autor de "El Secreto de la Baronesa", estaba consternado.

—No dice nada de lo que yo he escrito —confesó una noche en el saloncillo.

—Eso va el público ganando —contestó Perico Espasa.

—Está como loca. Anoche me exigió que le cambiase el nombre al galán, ¡después de 32 representaciones!, porque la escena del tercer acto no le sale bien diciendo: "*¡Tuya soy, Roberto!*".

—Pues ¿cómo quiere decir?

—"*¡Tuya soy, Federico!*".

Hubo sonrisas, toses y guiños entre los actores que esperaban su momento de ir a escena.

Al acabar la función, Federico la aguardaba a la puerta con el coche para recluirla avaramente en su casa.

La acariciaba con imaginación inagotable.

Llevaba a cabo su posesión haciéndola cambiarse vestidos con lo cual lograba que Natalia pareciese siempre una mujer distinta. O se apoderaba de ella vistiéndola únicamente la chaqueta de un pijama. O totalmente desnuda y con sombrero. O ciñéndola medias de dos pares de distinto color. O sin medias, pero con ligas. ..

Era extenuante.

(Ella se deslumbraba de día en día, de hora en hora, ante aquel hombre, que, estampaba en todo el poderoso sello de una personalidad extraña).

La fraseología de Federico estaba también atacada por los ácidos de su originalidad. Y en la intimidad de los momentos de amor, cuando ambos veían ya arenarse los corceles piafantes del último estremecimiento, el bautizaba a Natalia con nombres extraños:

—ESMERALDA — ORALINA — MILEZIA —
GOLONDRINA — TERCIOPELO — MARIONETA —
GEMA FLORDELISADA .

Y establecía, en honor de ella, insospechadas comparaciones:

—*Tienes la elegancia de un ciervo de tapiz.*

—*Me escurro por tu cuerpo como por un paisaje nevado.*

—*Te tiemblan los párpados igual que el corazón de un pájaro miedoso.*

—*Encerrando en frascos el aire que sale de tus pulmones se podría arruinar a "Houbigant".*

Y los elogios que tributaba a su cuerpo eran igualmente exasperados:

—*En tus ojos hay la tristeza de una puesta de sol indecisa.*

—*Tu vientre es aquella almohada maravillosa del cuento persa en la que bastaba recostar la cabeza para tener sueños idéales.*

—*El día que se construya un templo dedicado al Espíritu, tendrán que copiar tus muslos para edificar las columnas.*

—*Tienes los senos tan exquisitos que, cuando seas madre, saldrán por ellos "champagne".*

—*Tu lengua es mi comunión.*

—*Tus cabellos parecen hechos para cortar huevos cocidos. Etcétera, etc.*

Naturalmente. . . después de aquellas cosas, Natalia iba a su teatro, se veía obligada a hablar con Antonio Paso, por ejemplo, y sentía la misma sensación que si, después de bañarse en Trouville, tuviera que meterse hasta las rodillas en un charco con ranas.

Cierta noche (la habitación estaba a oscuras y en las tinieblas chispeaba, como un faro-piloto, la lumbrecita del cigarro que fumaba Federico) Natalia apoyó una mejilla en el pecho desnudo de él y susurró después de la larga pausa producida por el cansancio del amor:

—No quiero volver más. . .

El no preguntó a dónde. Lo suponía. Lo esperaba. Pero indagó la causa, que adivinaba asimismo:

—¿Por qué?

—Me repugna. . . ¡Aquella gente! Aquel ambiente. . . Tanta pequeñez, tanta vulgaridad. . .

—Pues no vuelvas.

—¿Y cómo haré para no volver?

—Es fácil. ¿A qué hora tienes que ir mañana?

—A las seis. Hay función de tarde.

—Pues a las cinco sales de casa, saltas al coche, enfilas la carretera de Francia, llegas a Burgos, te provees de gasolina y vuelves a Madrid. Al entrar en Madrid serán ya, poco más o menos, las nueve de la noche: entonces nos vamos a comer a "Achuri", después al cine y luego a casa. Y cuando hayas

repetido este programa durante once meses todo el mundo comprenderá que te has retirado del teatro.

Ella rió jubilosamente.

—¡Chiquillo! ¡Encanto mío!

Y echándose de pechos sobre él le apesó los labios con los suyos.

El cigarrillo que estaba fumando Federico ardió solo en el cenicero.

Ellos ardieron juntos.

TRANSCURREN CUATRO AÑOS Y NATALIA SE
ENTERA DE QUE VA A SER MADRE

Y así fue como y por qué se retiró del teatro Natalia Lorzain cuando había alcanzado el alto peldaño de la popularidad y de la consideración artística.

Así fue cómo consagró a Federico su belleza, su cuerpo, su alma y su albedrío (1).

Así transcurrieron para ella cuatro años de felicidad: cuatro años de adorarle, de admirarle, de considerarle un ser superior, un ídolo, cuatro años al cabo de los cuales sentía igual que él, *veía* igual que él, definía como él, hablaba como él: hasta se le había apropiado, no sólo su vocabulario y sus tecnicismos, sino sus muletillas, sus gestos y sus ademanes (2).

Y así —finalmente— un día Natalia comprendió que iba a tener un hijo

¡Un hijo de ÉL!

Creyó morir de emoción.

Pero nadie muere de emoción. De lo que sí se muere mucha gente es de la *grippe*.

Cuando le comunicó de noticia, Federico dijo:

—Está bien.

—¿Es todo cuanto me dices? —replicó ella con voz estrangulada.

—¿Qué he de decirte? Hace cuatro años que dormimos juntos. Nos habremos amado unas mil ochocientas veces, aproximadamente. ¿Cómo va a chocarme que tengamos un hijo después de eso? Me chocaría si lo tuviéramos después de haberte poseído una única vez, en una calle solitaria, al pie de una valla y con el sobresalto de que nos descubriese el sereno. . . .

—¡¡Oh!

(1) Del latín "arbitrium"; Libertad de la voluntad humana para elegir lo bueno o lo malo de que depende el mérito o el demérito del ser. También significa perchero.

(2) Véase la página 69 ahora mismo. O espérese a verla después.

TRANSCURREN NUEVE MESES MAS Y NATALIA Y
FEDERICO "HACEN CUENTAS"

Nueve meses transcurrieron aún.

Y, al cabo de ellos, una noche Federico y Natalia "hicieron cuentas":

Casa	190 pesetas
Carbón	100 "
Gas.....	25 "
Compra	540 "

Y también:

del 7 de junio Primera "falta";
al 7 de julio un mes;
al 7 de agosto dos meses;
al 7 de septiembre tres meses;
al 7 de octubre..... cuatro meses;
al 7 de noviembre..... cinco meses;
al 7 de diciembre seis meses;
al 7 de enero siete meses;
al 7 de febrero ocho meses;

El "niño" nacerá cualquier día a partir del 7 de marzo.

Al acabar las "cuentas" ella le había preguntado:

—¿Y a cuántos estamos hoy?

—A doce.

—Entonces ¿qué días van ya que debía de haber ocurrido?

—Cinco días.

—¿Y qué te parece que hagamos?

—Marchamos al cine.

—Me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza?

En aquel momento Federico pudo soltar un discurso sobre la maternidad, desarrollando la brillante tesis de que *"la maternidad es una función santa, una ley divina, un imperativo tan elevado y tan hermoso que —lejos de dar vergüenza— debe enorgullecer"*, como hacen en los mítines sanitarios esos sociólogos calvos que no han tenido hijos nunca; pero Federico no era hombre de discursos. Y sin dejar de creer que la maternidad es realmente importante en el Mundo —tan importante que a lo mejor resulta cierto que sin la maternidad el Mundo no existiría—, sin dejar de reconocer eso, Federico reconocía también que a una mujer sensible, como Natalia, tenía forzosamente que darle vergüenza la exhibición de su maternidad por los sitios públicos. Porque las mujeres sensibles saben de sobra que las gentes, al contemplar un embarazo en su cenit, no piensan con lágrimas en los ojos: *"He aquí una santa dama ungida por la Ley divina de la maternidad"*, sino que piensan con una sonrisa en los labios: *"Hace nueve meses, esa individua estaba bastante más divertida que ahora"*.

Así es que Federico no soltó discurso ninguno. Lo que hizo fue proponer a Natalia:

—Podemos ir a un cine de barrio, donde nadie nos conozca.

—Pero no dejaré de sentirme mirada por todo el público.

—Iremos a palco.

—Me hace daño subir escaleras. Además desde los palcos el cine se ve tan mal que se pasa uno la noche creyendo que todos los personajes son el traidor.

—Entonces quedémonos en casa.

Y cuando le vio resuelto a quedarse, ella se decidió a ir al cine (*Lo suponíamos, lo suponíamos...*)

II

EN DONDE LOS PROTAGONISTAS PRESENCIAN UNA SESIÓN DE CINE Y SE VAN ANTES DE TERMINAR

Fueron al cine de barrio, un cine que olía a desinfectante de ozono, a esencias baratas y a gaseosas de bolita, donde se apretujaba una masa de muchachas ávidas de hombre, matrimonios bostezantes, dependientes de comercio, señoras gordas que protestaban de la rapidez de la proyección, ancianos que se dormían, niños que se negaban a dormirse y parejas de novios, que en la oscuridad, se sometían al masaje mutuo del amor insatisfecho.

Hablaron poco. Al entrar ella dijo:

—¿Qué hacen?

Y él contestó mientras doblaba el abrigo sobre el respaldo de la

butaca:

—"*Ensueños de lujuria*" una "*cosa*" cómica y un "*Noticiero*"

El "*Noticiero*" les entretuvo con la diversidad de sus siete temas:

Vida de los pescadores de la Groenlandia los días de calor;

Monsieur Millerand se afeita solo;

Un árbol con cuya madera se han construido trece pueblos, dos navíos, un violín y seis mondadientes;

Estacazos en Bombay;

Cómo se fabrican los rabos de boina;

Travesía de las cataratas del Niágara sobre velocípedo;

Una gallina se equivoca y, en lugar de poner un huevo, pone un limón.

Al acabar, Natalia torció la boca, murmurando:

—Sabe a poco...

Después soportaron la película cómica.

ELLA.—No tiene gracia.

EL.—(*No contestó*).

ELLA.—Es una estupidez.

EL.—(*No contestó, pero miró a Natalia con dureza*).

<p style="text-align: center;">DESCANSO</p> <hr/> <p style="text-align: center;">ESMERADO</p> <p style="text-align: center;">SERVICIO DE BAR</p>

Luces.

Desfile de anuncios por la pantalla (el 80 por ciento, anuncios de medias). al cabo, la iluminación se hizo total.

Natalia promovió la expectación de siempre. Su próximo alumbramiento, que sentada y arrebuja en las pieles pasaba inadvertida, en lugar de restarle belleza le proporcionaba otra belleza inédita, más serena, más quieta y más sólida. Pero también un poco crepuscular.

Era muy hermosa. Y, sin embargo. . . .



Venus de Milo
tal como está
en la actuali-
dad.



Natalia un
año antes de
empezar la no-
vela.

ADVERTENCIA IMPORTANTE: *Y, sin embargo, no se parecía a la Venus de Milo (afortunadamente para ella). Aun prescindiendo de los brazos, cualquier persona de buen gusto que hubiese comparado la Venus de Milo con Natalia habría encontrado notables diferencias. No. No era la Venus de Milo, Era algo mejor. Era la Venus siglo XX (Después de J. C.) Blanca, con una blancura mate e inmóvil que triunfaba de todos los "rouges". (Por las mañanas, al salir del baño con ese aire lustral que el baño da cada mañana a las mujeres, parecía una planta enferma.) Era tan blanca que sólo se la concebía echada en una cama de operaciones. O sonriendo desde las páginas de un libro editado en papel couché. O perdida en la nieve. Y sobre aquella blancura, fulgían las dos gotas de barniz de los ojos, que eran NEGROS, NEGROS, NEGROS y estaban siempre tristes y repletos de ansias remotas. Y sobre aquella blancura brillaba también el rubio de los cabellos, pero no ese rubio*

alimonado y salvaje que los managers cinematográficos yanquis prefieren en las stars, sino ese otro rubio pensado, trabajado, elaborado por los siglos, alquitranado y europeo que abarca una escala de matices dentro de un tono general de hierro enmohecido. Rubio veneciano. Rubio de Renacimiento.

La frente ancha noble, e infantil.

La nariz pequeñita, provista de un aire cándido.

Y debajo —como es natural— la boca: sinuosa, fresquísima, irregular con no sé qué de pervertido y de impuro; perturbadora, fascinadora. Decisiva.

Mentón recto, garganta cincelada y el cuerpo ágil y flexuoso, con rigideces donde debe haber rigideces y blanduras dulces donde debe haber dulces blanduras. Dos pantorrillas internacionales. Y rematándolas, dos pies españoles. Elegancia no pensada. Gracia innata. Gentileza que ignora lo que es.

En suma: una mezcla extraña. Tiziano y Millieres. Recta y curva. Niñez y madurez. Mujer y antílope.

(Que hubiera dicho Víctor Hugo, el gran poeta austríaco.)

Muchas cabezas de mujeres se volvían para mirarla. Los hombres desfilaban por el pasillo central hacia el vestíbulo mirándola igualmente y disimulando todo lo mal que suelen disimular los hombres cuando les interesa una mujer o cuando pertenecen a la Policía secreta. Se cuchicheaba.

—¡ Muchos pendientes!

—Y el abrigo. . .

—Petit -gris-legítimo.

Algún caballero murmuraba entre dientes una de esas delicadezas propias de los españoles, raza como se sabe, de gran sentido romancesco, raza de hombres galantes y espirituales:

—¡¡Qué tía!!

Del vestíbulo venía el humo apestoso de cien cigarrillos.

Un empleado recorrió el local moviendo el émbolo de un pulverizador lleno de desinfectante (*segunda vez en la noche.*) Pero hubiera sido mejor que en vez de desinfectar la

atmósfera con un pulverizador recorriera las filas aconsejando:

¡BÁÑENSE USTEDES!

¡EL AGUA SOLO HACE DAÑO CUANDO SE PRESENTA EN GRANDES MASAS LLAMADAS OCÉANOS!

Las luces fueron apagándose gradualmente.

Y comenzó el desarrollo de *"Ensueños de Lujuria"*, cinedrama de la vida moderna, en ocho partes.

Era tan perfectamente idiota, que, diez minutos después, todo el público estaba ya emocionado.

En el segundo rollo de celuloide antes de que la protagonista se acostase con el pintor pobre del pelo rizado y de que el marido se enterase del adulterio por la carta caída en el jardín, Federico propuso a Natalia bruscamente:

—Vámonos.

Se detuvieron en el vestíbulo.

Vitrinas: *zapatos, cristalería, gorras, pipas, objetos de tocador, lubricantes de automóvil y relojes de pesas para bolsillo.*

Un botones, que vendía caramelos de frutas, entretenía su ocio pintando monigotes en las paredes.

Una taquillera salió por una puertecita donde la Empresa había escrito *"Prohibido el paso"*, cruzó el vestíbulo, llevando el cestillo de la recaudación y el billete sobrante y desapareció por otra puerta donde el botones de los caramelos había escrito *"Chevelier es un hacha"*.

Federico encendió un cigarrillo.

Natalia se miró en el espejo de una de las vitrinas y se ciñó cuidadosamente el abrigo; comprobó, con ese optimismo de las mujeres próximas a dar a luz, que —después de todo— "se la notaba muy poco" y se acercó a Federico.

Avanzaron más.

Todavía se detuvieron un momento bajo los chorros de luz roja de la fachada.

EN DONDE SE INICIA EL PLANTEAMIENTO DE
UNA CATÁSTROFE SENTIMENTAL

La calle se alejaba a derecha e izquierda, embozada en una niebla suave y melancólica.

Apareció y desapareció rápidamente en la zona luminosa un perro vagabundo, cuyos huesos tableteaban al trote como el disparador de una ametralladora.

En la esquina de enfrente había una mujer de pie, callada y vigilante. Una de esas mujeres de aire fatigado, de profundas ojeras negras, que, en la alta noche, espían el paso de los hombres y que, cuando les tienen al lado, les cogen por una manga y les dicen...

—Tabaco, cerillas. Cómpreme lotería, señorito...

Allá lejos —de una taberna— salían voces de analfabetos que discutían no se sabía si el resultado de una partida de mus o las consecuencias de la paz de Westfalia.

En un horizonte invisible tintineaban tranvías.

Natalia indagó:

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

Gesto de asco.

—¡ A casa!. .. Encerrarnos en casa... Ver a los mismos objetos y las mismas paredes, ojear los mismos libros, sentarse en las mismas butacas, apoyar los codos en las mismas mesas, oír los mismos *tic-tac* de los mismos relojes. . .

—Puedes trabajar... —aventuró ella.

—Trabajar.. . —gruñó él mientras uno de los paréntesis del mal humor de su boca se torcía hacia el lado derecho—. ¡Trabajar! Las mujeres le proponéis siempre al hombre como una diversión aquellas cosas que para vosotras serían un suplicio.. .

Ella contemporizó:

—Pues no trabajes. Lee.. .

El mal humor de él subió tres atmósferas.

—¡Leer! ¡ Buen festejo! Tragarse, página tras página, todas las majaderías que se le han ocurrido a un bípedo. Enterarse de lo que ya sabía; ver repetido lo que uno mismo ha dicho otras veces. Al que se dedica a escribir para que lean los demás es demasiado pedirle que lea lo que los demás escriben. Natalia...

Natalia insistió todavía proponiendo:

—Puedes dormir.

La amargura y el mal humor de él explotaron.

—¡Dormir! ¡Es el colmo! Dormir; es decir: anestesiarse, perder la noción de todo, dejar de ser un hombre para convertirse en una masa inerte: morir... ¡ Qué soluciones las tuyas!

Natalia murmura.. .

—Si no nos hubiéramos ido del cine una hora antes de acabar, habríamos retrasado una hora esta escena...

Él la miró con el desdén con que el diplodocus del Paraíso Terrenal debió de mirar al galápago.

—¿Y qué íbamos a hacer? ¿Quedarnos allí a soportar una película cretina?

A los demás les gustaba...

—¿VAS A COMPARARME A MÍ CON LOS DEMÁS?

—No grites.. .

—Apuesto cualquier cosa a que a ti también te gustaba...

Natalia, que había llegado a emocionarse realmente con "*Ensueños de Lujuria*", no se atrevió sin embargo, a declararlo.

Exclamó:

—¿Cómo iba a gustarme aquella bobada?

Él le disparó una frase que era una puñalada certera:

—Pudo gustarte de la misma manera que no te gustó la película cómica, estando muy bien...

Natalia se mordió los labios. Se notó en falso. Se sintió descubierta.

Cuatro años de adorar a aquel hombre, de admirarlo, de considerarle un ser superior —un ídolo— la habían arrastrado a sentir igual que él. Y a ver igual que él, a definir como él, a hablar como él, a apropiarse no sólo de su vocabulario y sus tecnicismos, sino sus muletillas, sus gestos y sus ademanes. (VÉASE LA PAGINA 61.)

(En las mujeres no hay nada personal. Todo es adquirido, inyectado, contagiado del hombre que aman. Cuando topéis por los caminos del Mundo con una mujer de apariencia inteligente, no dudéis en diagnosticar: es que ha amado a un hombre inteligente, y quien habla por su boca no es ella sino aquél. La misma mujer será a temporadas grosera o refinada, malhumorada o exquisita, según pertenezca a un chauffeur de Arganda o a un Par de Inglaterra. Si duerme con un hombre de arte, la mujer será tan pedante como él; si con un humorista aparecerá a los ojos del espectador como una mujer que se burla de todo, y os dirá, con acento fatigado: "Amigo mío. .. Yo no creo en nada. .." si con un pintor opinará de escuelas y de tendencias cuanto le haya oído opinar y decir a él; si es deportista el que la ayuda a revolver sábanas, ella no tendrá otra conversación que el músculo; si él es un revolucionario, ella adoptará un aire de Rosa Luxemburgo con sostén; si es un autor de tangos, hablará del tango y hasta se lanzará a escribir la letra de uno por su cuenta; en fin: si a quien ama es a un abogado, la mujer os citará a cada paso la Ley de Enjuiciamiento, y si quiere a un boxeador, andad con ojo, porque acabará atizándoos un puñetazo, en el estómago.)

Así, Natalia —que desde el primer momento que oyó hablar a Federico quedó fascinada por la fuerte personalidad de él y que a lo largo de cuatro años de amor y de convivencia, se asimiló todos sus gustos y aficiones, sus virtudes y sus vicios, sus ideas y sus teorías—. ahora se sintió en descubierto, había encontrado estúpida la película cómica que a Federico le había parecido excelente y hasta había

comenzado a interesarle la otra, que él juzgó abiertamente cretina: *"Ensueños de Lujuria"*. Todavía podía negar esto último, porque se había guardado de confesarlo; pero lo otro era innegable. Recordaba perfectamente sus frases de comentario:

—No tiene gracia.

—Es una estupidez.

Y recordaba el silencio de Federico y su mirada dura, adivinada al través de la semioscuridad de la sala.

(Todo aquello era pueril; pero, ¿acaso lo pueril no es lo único trascendental?)

¿Qué hacer?

Dudó. Ya iba a batirse en retirada, ya iba a buscar explicaciones y justificaciones, cuando de pronto, sintió dentro de sí un extraño furor, una agresividad inédita, un desquiciamiento de su personalidad, un sentimiento combativo y pugnaz, nuevo en ella hasta entonces.

—Tú dirás lo que quieras, pero la película cómica era una majadería.

Federico alzó la cabeza. Ella remachó.

—¡ Una majadería completa!

Y, dejándose llevar de aquel extraño furor, de aquella agresividad, de aquel sentimiento pugnaz y combativo, todavía agregó otras frases más graves:

—¿Por qué has de ser siempre el que tenga razón?. . . Permíteles a los demás alguna vez que valgan tanto como tú... Estás muy engréido por tus éxitos que soy la primera en reconocer; pero, hombre, piensa que no eres el único escritor de talento... Hay otros que tienen también talento, y que también escriben. . .

Y, de súbito, sin saber por qué, se calló.

Se miraban: ella comprendió que sin moverse de la esquina, quizá había ido muy lejos; él con una expresión fría, helada, boreal, como se mira el espectáculo más despreciable. Como se mira lo que, habiendo constituido toda nuestra existencia, deja de un golpe de importarnos.

La noche pareció obscurecerse alrededor.

Fue a hablar Federico. Pero tal vez lo que iba a decir se le antojó demasiado. O acaso le pareció poco.

Sus ojos ya no se enfocaban hacia ella; ahora se clavaban en la muestra de colorines de un bar próximo:

CERVEZA - MARISCOS – CAFÉ

con igual atención que si la muestra fuera un paisaje del Piamonte.

Alguien, al fondo de la calle, vociferó llamando a un sereno y el sereno acudió lentamente, pero agitando muy de prisa el farol para que, de lejos pareciese que corría.

Natalia murmuró:

—Federico. . .

Federico, por toda respuesta, retiró la vista de la muestra del bar

CERVEZA - MARISCOS – CAFÉ

y la fijó en la muestra de la tienda de al lado

PARAGUAS - SOMBRILLAS – BASTONES

Una súplica emocionada:

—Óyeme.. . Escucha...

Nueva media vuelta del hombre, que ya no leía sino

PARAGUAS - SOMBRILLAS - BASTONES FERRETERÍA DE LA VIUDA DE LÓPEZ

Las pupilas de Natalia comenzaron a hacerse líquidas. Algo brillaba entre las pestañas retorcidas y atormentadas por el rimmel. Apoyó su mano derecha enguantada de cabritilla sobre el brazo de él:

—Nene. . . Federico. . .

La mano enguantada subió hasta la barbilla del hombre, la cogió tiernamente y trató de que aquel rostro desviado se enfrentase con el suyo .

Pero fue inútil.

Natalia entonces acudió a sus últimos recursos, y agregó dejando caer las palabras:

—Federico...

**Mañana
a estas
horas
quizá
tengamos
un hijo. . .**

Efecto contrario. Una lividez lúgubre se extendió por el semblante de Federico.

Después echó a andar en dirección a un boulevard que se abría a la izquierda, con las manos en los bolsillos del rangland y sin mirar atrás.

Natalia rompió en un llanto febril y le siguió, escoltándole con el trémulo de sus sollozos.

LA CATÁSTROFE SENTIMENTAL QUEDA
DEFINITIVAMENTE PLANTEADA

Embocaran el boulevard, que era una de esas calles de construcción reciente, orilladas de árboles y respunteadas de bancos de piedra, que empiezan en un barrio extremo de la ciudad para acabar frente a un solar lleno de gatos.

Federico marchaba adelante, a paso largo, y Natalia le seguía arrebujada en el petit-gris y empapando en lágrimas diez milímetros cuadrados de batista color crema a los que ella denominaba "pañuelo".

Se cruzaron con un transeúnte, el cual se detuvo ante aquel siniestro desfile de un hombre que va hablando solo y una dama que le sigue sollozando. Federico se detuvo también, y, deseando desahogarse con alguien, interpeló al transeúnte:

—¿Qué? ¿Qué le pasa a usted?

El transeúnte bajó la cabeza y desapareció rápidamente en la niebla. Por lo visto, no le pasaba nada.

Natalia aprovechó la detención de Federico.

—Perdona... —dijo dulcemente, con esa inquebrantable dulzura que sustituye con éxito a la energía más violenta. — Perdona... Pero no puedo ir más allá... Me duele...

Se dobló sobre la cintura, muy despacio, y se dejó caer en uno de los bancos que respunteaban la calle, oprimiéndose el estómago con la mano izquierda, una pierna encima de la otra, el

brazo derecho plegado en ángulo recto sobre la rodilla y cubriéndose los ojos con los diez milímetros cuadrados de batista color crema.

Federico, de pie a su lado, no abandonó su actitud hostil. Por el contrario: la robusteció.

—¡Ah! Si ella creía que iba a ablandarle con lágrimas y con el espectáculo de sus dolores de madre...

Después de varios meses de explotar su maternidad próxima. . .

Después de varios meses de concluir las discusiones crispando el rostro y desplomándose en su asiento, mientras exclamaba débilmente:

—¡37-8-59!

que era el número del teléfono de la matrona...

¡Las mujeres! Federico las conocía bien. Estaba al tanto de sus trucos, de sus estratagemas, de los recursos a que acudían para ejercer su dominio sobre el sexo fuerte.

El candor. La ingenuidad. Su debilidad. El llanto. El deseo sexual. La maternidad

A todo acudían para dominar al hombre.

Y cuando la vejez, los achaques y el derrumbamiento de la belleza no las permitían ya recurrir al candor, ni a la ingenuidad, ni al llanto digno de compasión, ni a la exasperación del deseo sexual, ni a la explotación de la maternidad, entonces echaban mano de su último recurso:

La galantería.

Y así, se daba el caso de que viejas repugnantes obtenían los mejores asientos en los tranvías, quedaban vencedoras en las conversaciones más arduas, se hacían servir las primeras en las comidas, y, en suma, seguían teniendo al hombre de siervo como en sus días más triunfales de dominadoras.

Y el hombre era tan burro que seguía cayendo en estas trampas..

Pero él no caería, no.

Ya podía Natalia quejarse y llorar en el banco. Estaba sordo.

Y para demostrarlo, se dedicó a contemplar, entornando los párpados, la perspectiva del boulevard, cuyas hileras de faroles, emergiendo vigorosamente de la niebla de la noche, parecían las

dos hileras de faroles de un *bulevar* contemplados en una noche de niebla.

Se oyó la voz suspirada de Natalia:

—Perdóname lo que antes te dije... Ven. ..

Se entreabrió el *petit-gris*, tiró con fuerza hacia abajo del amplio descote de su vestido, rasgó crespones interiores y, llevando la mano del amante hasta la intimidad de su carne, la dejó allí, perdida entre morbideces perfumadas.

Por un momento, él sintió bajo sus dedos el doble temblor de los senos y notó esa rigidez aguda que el amor del hombre —y el frío del termómetro— da a los vértices de los senos de las mujeres en Europa, Asia, África y América (1).

Pero sólo fue un momento, porque enseguida Federico retiró su mano, de un tirón brusco y, levantándose con la rapidez del muelle, barbotó:

—¡No! ¡No!

Primero había recurrido a explotar su situación de madre. . . ¿Y ahora iba a recurrir a la voluptuosidad?

—¡No! ¡No!

El último eslabón quedaba roto con esta tentativa.

Los ojos de Natalia se posaron en el rostro del hombre, al que un farol iluminaba azuladamente, como dos cuervos sobre un cadáver. (*Cuervos, porque los ojos eran muy negros, y cadáver, porque el rostro estaba descompuesto. Tan descompuesto como un meccano sin tornillo*). Y aquellos ojos leyeron tales cosas en el rostro iluminado por el farol, que se ensancharon con el espectáculo de la angustia.

—¡Federico! ¡Federico! ¿Es verdad. . . eso?

El se notó implacable.

—Es verdad —exclamó—. ¡Es verdad!

—Ya no me quieres. . . ¿Me odias? —insistió ella.

Los dientes masculinos desgarraron una sílaba terrible:

—Sí.

(1) El autor ignora si le sucede lo mismo a las mujeres de Oceanía. Promete enterarse para otra vez.

¡Ah! ¡ Qué diáfano lo veía ahora! Cómo comprendía, de súbito, la causa de su amargura de los últimos tiempos; aquella desazón que le hacía huir de las cosas y de las personas, aquel hallar tristeza donde los demás hallaban alegría, aquel encontrar agrio lo que los otros encontraban dulce, aquel tropezarse con el tedio donde sus semejantes se tropezaban con la amenidad. . .

LA CAUSA ERA QUE "LA ABORRECÍA". LA CAUSA ERA QUE CREÍA QUERER AUN A UNA MUJER A LA QUE YA ODIABA.

Y con voz ronca comenzó su confesión, una confesión que, conforme avanzaba, iba asustándole a él mismo, pues la necesidad de expresar el pensamiento por medio de la palabra, le descubría lo tenebroso que en realidad era aquel pensamiento, todos los horrores que encerraba el desván de su espíritu, hasta qué límites pavorosos había llegado su alma con respecto a Natalia sin que su propia conciencia lo sospechase.

—Sí. Te odio —le dijo—. Te odio cuanto te he amado. . . Y más furiosamente. Te odio porque advierto que me has estafado y me has engañado vilmente en todo... ¡En todo!

Respiró con ansia el aire de la noche y se inclinó para deslizar las frases en el oído de ella, por entre el hierro enmohecido de sus cabellos.

Todas estafáis; no eres tú sola.... Todas estafáis y engañáis, pero no con eso que la gente llama "*engaño*". Y que al fin y al cabo es lo único que quizá no tiene importancia, sino con los otros múltiples y dolorosos engaños que son la esencia del vivir.

Engañáis cuando le decís al hombre "*yo te comprendo*", a sabiendas de que sois incapaces de comprensión. Engañáis cuando decís: "*eres el primer hombre que me habla así*", y os consta que todos los hombres os hablaron igual. Engañáis cuando afirmáis estar necesitadas de apoyo y de consuelo en la vida, teniendo como tenéis la certidumbre de que vivís apoyadas exclusivamente en vosotras *mismas* y que para consuelo os basta un vestido nuevo o una alhaja deseada. Engañáis cuando decís que vuestra familia ocupó en tiempos una elevada posición social. Engañáis cuando

hacéis general a vuestro padre; y cuando contáis cómo a los dieciséis años pidió vuestra mano un anciano marqués, al que dijisteis que no porque os dan asco los viejos. Y engañáis al declarar vuestra edad. Y al jurar que es natural el rizado de vuestro pelo. Y cuando aseguráis que os repugna el piropo de la calle. Y cuando decís que amáis la música de Beethoven. Y cuando afirmáis que preferís en el hombre las cualidades del alma. Y engañáis cuando lloráis en los crepúsculos.

Y cuando señaláis con el dedo al joven que se cruza con vosotras por la calle, confesando: *"aquel muchacho se quiso suicidar por mi"*. Y engañáis al declarar que una vez os llevasteis un premio de belleza.

Y que otra vez, en un balneario, os confundieron con Raquel Meller.

Y engañáis cuando describís con todo detalle el *"Rolls"* que tuvo vuestra abuela, y que fue el tercer *"Rolls"* que circuló por España.

Al llegar a lo del *"Rolls"* frenó unos instantes. Resumió:

—Engañáis siempre en todo, por todo y para todo. Engañáis, porque lleváis el engaño en la masa de la sangre, revuelto con los leucocitos, los eritrocitos y los bacilos de Eberth.

Calló otra vez y, al seguir, ya personalizó la acusación.

—Te quise —explicó— porque me pareciste diferente a las demás, razón por la cual se deciden siempre a querer los imbéciles. Y al cabo de cuatro años, advierto que eres como las otras... Peor que las otras, puesto que has podido cloroformizar mi perspicacia a lo largo de esos... (*Calculó mentalmente*):

$$365 \times 4 =$$

$$1460$$

. . de esos 1,460 días.

Hizo una nueva pausa —sin duda para descansar de la rápida multiplicación— y agregó:

—Me has estafado, me has engañado desde el primer momento. Me hiciste creer que tenías los mismos gustos y aficiones que yo; te declaraste entusiasta de la Literatura sobre las demás bellas artes; aseguraste que te encantaban los hombres morenos de ojos grises. Al saber que me llamaba

Federico, dijiste con alegría inmensa: "*¡igual que papá. ..!*" Y afirmaste que odiabas esas mil frivolidades que preocupan a las mujeres. Y que tu ideal era existir lejos de las mentiras y de los convencionalismos del Mundo y sacrificando las glorias del teatro por mí: tu ídolo y tu Dios.

Natalia se enderezó, como una serpiente que quisiera contemplar el paisaje.

—¿Y no es cierto todo eso?

Federico soltó tal carcajada que la piedra del banco se partió por la mitad. (*Afortunadamente, Natalia acababa de enderezarse, según ya se ha dicho, y a eso debió el no caerse al suelo, como un clown de circo o el Imperio Romano*).

Cuando la carcajada expiró en su garganta, Federico exclamó: —¡Nada de eso es cierto! ¡ ¡Todo es mentira!! —
¿Y qué podía yo perseguir mintiéndote? —barbotó Natalia.
—¿Qué podías perseguir? Lo único que una mujer persigue cuando lucha por hacerse agradable a un hombre: ¡acostarse con él! Ella hizo una mueca de desdén y de repugnancia. —
Acostarse. . .

—¡Sí! ¡Acostarse! ¡Acostarse! Estoy harto de farsas, de ocultaciones y de medias palabras. . . Me duelen los nervios de ver cubrir con telas de púrpura las miserias del cuerpo y decir *ideal* por *realidad* y *alma*, por *organismo*. ¡ ¡Acostarse, sí!! ¡Acostarse es el *leit motiv* de la vida del hombre y de la mujer! El Príncipe y la Princesa, cuya boda se celebra con majestuosa pompa, no se casan *por hacer la felicidad de sus pueblos respectivos*: eso es lo que dice el Chanciller en su discurso y lo que creen las porteras que leen la reseña de los esponsales en los periódicos, pero por lo que realmente se casan Sus altezas es *porque el Príncipe quiere acostarse con la Princesa y la Princesa quiere acostarse con el Príncipe*. Y esa dama que se une al sabio famoso, no se une a él, como ella propala en las interviús, *para ayudarle en sus investigaciones biológicas* (felizmente para el sabio y para las investigaciones, claro está) ; se une a él *porque se le ha metido en la cabeza acostarse con el sabio*, sin importarle que el sabio tenga sesenta años y que salga con chanclos en agosto y que se deje olvidado un salmonete entre las páginas del libro que está leyendo durante la comida. Y la actriz y el actor que se casan

tampoco se casan *para hacer unidos el repertorio de los hermanos Alvarez Quintero*: eso es lo que ellos les dicen a los hermanos Alvarez Quintero, pero en realidad se casan *para poder estar más horas juntos en la cama*. Y, así, miles de millones de casos. Tú me mentiste, tú me estafaste, tú me engañaste *para acostarte conmigo*. Simplemente. Exclusivamente, Natalia.

Ella fue a responder, pero Federico, ya embalado, no se lo permitió. Por el contrario, inició su "sprint".

—No tenías, ni tienes, ni tendrás nunca los mismos gustos y aficiones que yo sino que espíaste mis gustos y aficiones para decir que esos eran los tuyos. Es mentira que te encanten los hombres de ojos grises y cabellos negros: lo cierto es que te da igual el color del pelo y el color de los ojos y que tanto te importa un tipo árabe, como un escandinavo, como un zulú, como un guerrero comanche. Te dijiste entusiasta de la Literatura, nada más que porque la Literatura es mi campo de acción. Aseguraste que eras toda espíritu, que para ti el problema de la carne no existía y que cuando cedieras al arrebató sexual sería —exclusivamente— para dejar satisfecho al hombre amado, pues de sobra comprendías que el hombre, por el contrario que tú, sólo piensa en el sexo. . .

—¿Y también en eso te he engañado? —bisbiseo Natalia.

—¡Más que en nada! —rugió él—. ¡Más que en nada! Te consta que eres cien veces más sensual y más lasciva que yo.

. . .

—¡Haría falta probarlo!

—No hace falta probarlo. Pero si hiciera falta, te lo probaría recordándote que, siempre que te hallé de mal humor por asuntos ajenos a nuestro cariño, bastó que te cogiese en brazos, que te echara en un diván y que te trasladara a las regiones del espasmo, para que tu mal humor desapareciese al punto.

—¡Claro!

—No es claro, porque a mí eso nunca me ha sucedido.

—¿Iba yo a cogerte en brazos y a echarte a ti en un diván? — protestó Natalia, con ese prurito femenino de

responder a la exposición de un hecho con el planteamiento de una incongruencia.

Pero Federico, acostumbrado a razonar con la precisión, la claridad y el método del intelectual, hizo como si no la oyese y prosiguió su apabullante tesis:

—Me engañaste cuando, al saber que me llamaba Federico, declaraste que era un nombre precioso y que también tu padre se había llamado así, pues —a los pocos meses de nuestra vida en común— sorprendí entre tus papeles un retrato de tu padre con una dedicatoria que decía "*A mí adorada hija, su padre, Fernando*". ¡Vamos!... ¿Que dices a esto?

Y Natalia dijo lo siguiente:

— ¡Pobre papá! Morir tan joven. . . —mientras se llevaba de nuevo a los ojos los diez milímetros cuadrados de batista color crema.

Federico volvió a despreciarla con un gesto y remató:

—¡Y me engañaste al decir que odiabas cosas frívolas, pues harto he podido comprobar cómo sólo lo frívolo es capaz de sacudir tus superficiales nervios!

Agregó:

—¡Y me engañaste al decir que querías huir de los convencionalismos y las mentiras del Mundo, cuando tú misma eres más mentirosa que un diplomático y más convencional que Robespierre!

Insistió:

—¡ ¡ Y me engañaste al decir que yo era tu ídolo!!

Remató:

—¡ ¡ Y me engañaste al jurar que yo era tu Dios!!

Aquí Federico se detuvo, francamente cansado.

Detengámonos nosotros también.

SE LLEGA AL ULTIMO ACTO DE LA CATÁSTROFE
SENTIMENTAL

Natalia aprovechó el cansancio de Federico —y el nuestro— para iniciar su propia defensa.

—Aún suponiendo que todo fuera verdad —dijo—, ¿qué importancia tienen esos pequeños engaños si, en cambio, el otro "engaño", el engaño grande, el que destruye la felicidad y el amor y arruina la vida del hombre, ese no puedes reprochármelo?

Federico crispó los labios:

—Y ¿a mí qué? No me has "engañado" en amor, ciertamente; pero no lo has hecho porque estabas sexualmente satisfecha... Por lo mismo que no te he engañado yo... Pero el que no me hayas engañado en cuatro años no quiere decir, de modo alguno, que no puedas engañarme en cuatro horas... Para ponerte de acuerdo con uno cualquiera de mis amigos más entrañables, decirle: "*Federico no me comprende*", encerrarte con él, quitarte los zapatos, el vestido y la combinación, consumir el monótono acto de siempre, disolver en agua la mitad de un comprimido "Stucker", ablucionarte de un modo honorable, vestirse de nuevo, murmurar entre dos besos: "*Hasta mañana, mi vida. Nunca había sido tan feliz*", bajar la escalera y saltar a un *taxi*, para hacer todo eso, aun hubieran sobrado tres horas y media de las cuatro concedidas...

—Canalla... —gimió ella.

Federico silabeó:

—Y, sin embargo, yo hubiera preferido ese "engaño" a los demás...

Explicó:

—Yo hubiera preferido verte sincera en todo. Y cuando una tarde te hubieses acostado con uno cualquiera de mis amigos más entrañables, yo habría sufrido mucho, pero hubiese acabado por decirte:

"Natalia: olvidemos esto. Que no ocurra más y olvidémoslo. Me has "engañado", pero de un modo fugaz, momentáneo y fisiológico. Me has "engañado" con la carne. No me importa. Los "engaños" de la carne no dejan señal, especialmente cuando una mujer está lo bastante civilizada para llevar en su bolso un par de comprimidos "Stucker", recomendados como infalibles por los mejores higienistas.

En cambio, jamás me has "engañado" con el espíritu, Natalia. Siempre has sido sincera conmigo, y puesto que nuestras afinidades nos atan, sigamos juntos apoyados el uno en el otro —como dos excelentes camaradas que se comprenden y se disculpan —hasta que lleguen la vejez y la muerte".

Volvieron a aparecer los diez milímetros cuadrados de batista color crema: Natalia lloraba. Ahora, mansamente, sin sollozos ni convulsiones. Federico resumió:

—Si eso hubiera ocurrido; si me hubieras engañado con la carne, de un modo momentáneo y fugaz, es posible que no habría dejado de amarte...

Natalia suspiró.. .

¡ ¡ ¡ Qué tonta he sido!!!

—Pero me has engañado con el espíritu, hora a hora, día a día y año a año; igual en las circunstancias tristes que en los momentos alegres... En medio del éxito... Y en medio del fracaso... Y eso es repugnante.

Finalizó:

—Y POR ESO TE ODIO.

Ella adujo:

—Pero yo aun te quiero, Federico. Yo aun te admiro. Para mí sigues siendo un ser extraordinario. .. Sigues siendo mí ídolo y mí Dios...

La rechazó ferozmente, como a algo inmundo.

¿Más mentiras, más engaños, más farsas, más estafas?

¿Qué hablaba de amor? ¿Qué hablaba de admiración?

¿No le había dicho, media hora antes, frente a la muestra que *"él estaba muy engréido por sus éxitos, pero que no era el único escritor de talento y que había otros que también tenían talento y que escribían"*.?

¿Cómo se atrevía aún a hablar de idolatrías y de admiraciones?

Natalia sintió que todo se desplomaba a su alrededor.

—¡Ahora sí que comprendía el odio de él y cómo ese odio iba a ser perpetuo, rotundo, insobornable, imborrable!

Sin pensarlo había herido de muerte lo que más ama en el Mundo un artista; lo único que le arrastra, le mueve, le guía y le impulsa: el pundonor del oficio, la vanidad del arte, la soberbia de la creación personal.

Ya no quedaba nada que intentar.

Todo iba a ser inútil para reconquistarle: hasta aquel hijo próximo a nacer...

Y la niebla de la noche se la antojó más densa.

Y sintió frío.

Fría y sola.

PARA SIEMPRE

Una pausa.

Una pausa larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga, larga.

Muy larga. . ., muy larga..., muy larga..., muy larga. . ., muy larga, muy larga, muy larga..., muy larga..., muy larga.

Larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima, larguísima.

Tan larga que, para imaginárnosla, nos tendríamos que estar, en silencio y mano sobre mano, tres cuartos de hora.

Pero no es cosa de estarnos tres cuartos de hora así.

De suerte que ¡adelante!

De la garganta de Natalia salió un hilo de voz:

—¿Entonces, Federico?

—Que todo ha concluido entre nosotros. Natalia.

El hilo de voz siguió desarrollándose del carrete de la garganta:

—¿Y nuestro hijo?

—Esperaremos a que nazca para separarnos. Hasta ese día nuestra vida en común será sólo aparente. Y no intentes una aproximación, porque entonces huiré abandonándote a ti y al niño. Te hablaré lo imprescindible: tú procura imitarme. ¡Y ni una sonrisa, ni un abrazo, ni un beso! Graba en tu cerebro estas ideas: que te odio, que te desprecio, que me causas repugnancia y que, sólo sacrificándome por el niño, soportaré tu presencia los pocos días que me faltan para que el niño nazca.

Natalia se desmayo.

(Todos lo estábamos esperando desde la página 71).

Federico llamó un taxi.

(Esto no lo esperábamos).

Subió a Natalia y dio las señas de su domicilio.

Al llegar, Natalia continuaba inerte.

Federico y el chófer la trasladaron al principal.

Después, entre la doncella y Federico, la desnudaron, la tendieron en el lecho, colocaron bajo las sábanas un calentador eléctrico y apagaron la lámpara central, dejando encendida una pequeña "veilleuse".

Federico aconsejó a la doncella:

—Acuéstate. Si la señora necesita algo, ya te llamaría yo. La doncella obedeció y Federico se encerró en su despacho. Quedó inmóvil, en el centro de la habitación, con los sentidos perdidos en el dibujo enloquecedor de la alfombra.



Luego avanzó hacia un diván y se sentó entre almohadones y muñecos. Volvió a quedar pensativo. Suspiró:

—¡Hemos llegado al final!

Su frente se plegó en arrugas atormentadas.

Y de pronto se dejó caer de bruces en el diván, con el rostro hundido entre los almohadones, sollozando, gimiendo.

—¡Dios mío! ¡Con lo que yo la he querido! ¡Con lo que yo la he querido! ¡Dios mío! .

Era la una y media de la madrugada.

A las dos se incorporó, porque se le había dormido una mano.

Y a las dos y cuarto estaba nuevamente echado de bruces en el diván.

Porque se había dormido todo él.

NATALIA LORZAIN PARECE DECIDIRSE A DAR
A LUZ
SU PRIMER HIJO

Al día siguiente.

Por la tarde, Lilas en un jarrón. El triedro de cristal del tocador devolvía idealizadas las imágenes.

Federico leía. Natalia se entretenía poniendo discos en el gramófono. A las siete y diez puso la "*Rhapsody in blue*", de Gershwin. Y a la cuarta vuelta del disco, Natalia se levantó emitiendo un grito.

—¿Que ocurre? —exclamó él, tirando el libro.

—¡Ay! ¡Aaaaay!

Se oprimía la cintura con las manos.

—¡Valor!

—Federico...

—¡Estáte aquí quieta un momento!

—No puedo me caigo...

—¡Cógete al picaporte de la puerta!

—¡ No puedo, no puedo! ¡ ¡ Dios mío!! Se me doblan las piernas...

—¡Resiste! Voy a avisar a alguien...

—¡No. no! ¡ ¡ Ay! ¡ ¡

(En el gramófono giraba el disco llevando a todos los rincones de la habitación la melodía de la "Rhapsody in blue").

—¡No te vayas! ¡No te separes de mí! ¡No me dejes sola!

—Pero ¡es necesario avisar a alguien!

—¡No avises a nadie!

—Natalia...

Ella no contestó ya. Lloraba. Lloraba abrazándole, y así permanecieron unos minutos (*Seguía sonando la "Rhapsody in blue"*).

—Estoy mojándote las solapas... —murmuró, al cabo .

—¡Bastante importan ahora las solapas! —gruñó él con impaciencia.

—¿Te has incomodado?

—No.

—Sí, sí...

—Te digo que no.

—¡Aaaaaaay!

Fue un alarido perforante. A él se le pusieron los pelos de punta y se le secaron por completo las solapas.

Se embarulló. Dejó a Natalia sobre la *chaise-longue*. La cogió de nuevo en los brazos. La empujó suavemente.

—Prueba a andar...

{Las lilas del jarrón emanaron ese perfume de rosas característico de las lilas}.

—Federico...

—¿Qué?

—No puedo más...

—¡Animo! Cógete a mí. Intentemos llegar a la alcoba.

—¿A qué distancia estará la alcoba, Federico?

—A unos tres metros.

—¿Lo has medido?

—No

—Pues ¿cómo lo sabes?

—Lo calculo, mujer ..

—¡Tres metros! , Imposible!

—¿Qué?

—Que no llego...

—¿Qué vas a hacer?

—Llevarte en brazos.

—¡De ninguna manera!

—¿Eh?

—Nos caeríamos los dos.. .

—¿Los dos?
—Los tres...
—¡Qué tontería! Me sobran fuerzas.
—¿Cuánto pesaré yo?
—Sesenta kilos, máximum.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo calculo.
—No te fíes de los cálculos, Federico.
—Todo el mundo se fía de los cálculos. Incluso los ingenieros...

—¿Los ingenieros también? ¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero tú no eres, Federico, ingeniero. Digo tú no eres ingeniero, Federico... ¡ ¡Dios mío!! Tengo la cabeza loca.

(Del gramófono salía ya un "ro-ro" que indicaba el agotamiento de la "Rhapsody in blue". Las lilas se pusieron mustias. Las páginas de cristal del tocador se cansaron de devolver imágenes idealizadas).

Federico logró apretar un timbre. Acudió la doncella. Dio voces de alarma. Toda la casa se movilizó, como el ejército de un país que ya tuviese al enemigo friendo pimientos en las fronteras. La cocinera. Los porteros. Dos vecinos: la una, morena; la otra, empleada en el Banco de España.

—¡ Jesús!...

—¡Dios mío!...

—¡ Señorita!.. .

—¡ Qué es esto, amigo Orellana?

—Pueden ustedes figurárselo, señoras.

—Pero, ¿tan pronto?

—Nueve meses y siete días.

—Oyéndole a usted, parece una condena.

—Y a lo mejor lo es...

—¡ Pronto!

—¡ El médico!

—¡La matrona!

—Acuéstenla.

—Una inyección. ..

—¿A quién aviso?

—¡37-859!

—¡ Aaaaaaaay!
—¿Qué se hace en estos casos?
—Armarse uno un lío, ya lo ve usted.

Entraban y salían. Se tropezaban unos con otros. La doncella recorrió todas las habitaciones de la casa sin saber adonde iba ni lo que pretendía hacer, y acabó asomándose a una ventana del patio para contarle lo que sucedía a la cocinera del segundo.

Llamaron a la puerta. Era Perico Espasa.

—Pero ¡ chico!
—Vienes que ni avisado...
—¿Qué? ¿Ya?
—Al parecer. Vete a buscar al médico.
—¿A qué médico?
—A uno cualquiera.
—¿Dónde vive ese cualquiera?
—Míralo en la Guía.
—¿Natalia?
—No hables más y vete, ¡ corre!
Lo echó. Esta es la verdad.

___ 10 MINUTOS MAS DE DESORDEN GENERAL

Al cabo llegó la matrona: una mujer delgadísima. —No parece una matrona —pensó Federico.

La matrona lo organizó todo en un abrir y cerrar de paraguas Media docena de órdenes secas e inapelables:

—Aquí sobra gente: ¡fuera! ¡Al pasillo!

Se marcharon todos menos Federico, la cocinera y la doncella.

—¡ *El trousseau!*

Le dieron un cajoncito que estaba en la casa desde un mes antes.

—¡Más algodón! ¡Cinco sábanas limpias! ¡Enciendan esta salamandra! ¡Agua caliente en abundancia! ¡Seis toallas! ¡Un calienta-piés! ¡Traigan una mesa grande! ¡Pongan en la alcoba una lámpara de más bujías! ¡Coloquen la cama en el centro de la habitación!

Luego desparramó en su torno varias preguntas:

—¿Es la primera vez que da a luz esta señora? ¿Cuántos años tiene? ¿Han avisado al médico? ¿A qué hora ha sentido el primer dolor? ¿Están abiertas todavía las tiendas de préstamos?

Cuando todo quedó ya dispuesto y arreglado, sonó otra vez el timbre de la puerta. De nuevo, Perico Espasa. Venía acompañado de un caballero, que traía un maletín de cirugía en la mano.

Aquel caballero era el doctor Flagg.

EN DONDE SURGE NUESTRO ANTIGUO Y
MENTIROSO AMIGO EL DOCTOR FLAGG

El doctor Flagg, antiguo amigo de Perico Espasa y nuestro (1) tenía un pelo amarillo rabioso y vestía de color kaki deslucido.

Parecía un limón veraneando.

Había nacido en Praga—según él mismo contaba— durante una huelga de picapedreros, y —según él contaba también— le habían criado con biberón de leche de elefante. A los dieciséis años asesinó a su padre porque se había negado a fabricarle una cometa. (2)

El doctor entró, tiró del revés el maletín de cirugía que llevaba en la mano, como si fuera un objeto inservible, se encaró con Federico.

(1) Recuérdese "Amor se escribe sin hache".

(2) ¡Basta! No es prudente narrar aquí la vida y las mentiras realmente extraordinarias, del doctor Flagg. Parte de sus portentosas aventuras están referidas en "Amor se escribe sin hache", novela del mismo autor, editada también por "Biblioteca Nueva", y allí debe acudir quien desee conocer sus episodios con el Faraón Amenophis, y con lady Silvia Brums, así como otros muchos detalles biográficos de tan interesante y embustero personaje, uno de los más singulares del siglo.

—Caballero —dijo— este momento de conocer a usted personalmente hace que él de hoy sea uno de los días más felices de mi vida. Le leo a usted con furia y le admiro con toda mi alma. Mi más cordial enhorabuena. Y me complazco en hacer saber a usted que su fama llega a todas partes. ¿Sabe dónde me encontré yo su primer libro? En una selva de las márgenes del Amazonas.

—¿Eh? —moduló estupefacto Federico.

—Sí. Lo tenía el viejo hechicero de una tribu de indios *darkoios*.

—Pero ¿y cómo había llegado el libro hasta allí? —indagó Federico.

—Flotando en el río. Toda la tribu lo consideraba como un objeto sagrado y el hechicero les daba a comer, sus hojas a los indígenas enfermos por picadura de reptil. Me interesó el libro, lo robé para leerlo y con este motivo se insurreccionaron los *darkoios* y tuve que huir. (¡Qué fuga!) Recorrí ciento trece kilómetros de selva saltando de árbol en árbol. Federico estaba maravillado.

—¿Y después? —preguntó.

—Después —continuó el doctor Flagg sentándose entre Federico y Perico Espasa y encendiendo un cigarrillo— me encontré con que tenía qué atravesar el Amazonas sin disponer de medios para ello. Pero no soy hombre que se arredre. En un mes amaestré un hipopótamo, lo cargué de cocos y de plátanos y atravesé el río montado en el hipopótamo. Tardamos ocho días con sus ocho noches. Y al llegar al otro lado, previniendo que alguna vez se viese otro viajero en el mismo aprieto que yo, solté al hipopótamo no sin haberle colgado del cuello un cartel, redactado en tres idiomas, que decía:

HIPOPÓTAMO-PIRAGUA

Puede usarse

Está amaestrado

Atraviesa el río en ocho días

GRATUITO

Entonces comprendió Federico que el doctor Fragg era un embustero en toda regla, pero como en sus mentiras había una imaginación que no hubiera sido útil buscar en la literatura más desatada del Mundo, le instó a que continuase:

—¿Qué más?

—¡En la otra orilla hallé a las pocas jornadas una caravana de belgas, que habían salido de Bruselas tres años antes para estirar las piernas y lo habían conseguido de tal manera que cinco de ellos las tenían ya de metro y medio. Les enseñé a hacer juegos de manos y merced a uno de ellos, me quedé con el dinero de todos. Ellos, asombrados me nombraron. . .

—¿Jefe de la caravana?

—No. A mi madre. Regañamos y los maté a voces.

—¿A voces?

—Sí. Murieron con el tímpano roto: de hemorragia.

—¿Y entonces? —exclamó Federico, pendiente de aquella narración despampanante.

—Entonces me apoderé de la documentación de uno de ellos y escribí a su padre, un rico comerciante de Manila, fingiendo la letra del muerto, una carta que decía: "*Querido padre: Estoy entre los grados 58° de longitud y los 2,5° de latitud, a orillas del Amazonas. Envía tabaco. Tu hijo Louis*".

Dos años después, el comerciante llegaba hasta allí al frente de otra expedición, y me abrazaba llorando y diciendo: "*¡Hijo mío! Te traigo el tabaco y mi testamento a tu favor, ¡Toma!*" Y me dio el testamento. Al día siguiente, cuando salió el sol al verme la cara comprobó que yo no era su hijo, falleció en el acto del desengaño.

—¿Qué más, qué más?

—Me trasladé a...

—¡Aaaaaaaaay!

Era Natalia...

Se habían olvidado de ella.

EL DOCTOR FLAGG DEMUESTRA QUE LOS
DOLORES DEL PARTO NO TIENEN IMPORTANCIA

Flagg entró en la alcoba con el cigarrillo humeante, se acercó al lecho y besó ceremoniosamente la mano de la exactriz:

—¿Sigue usted bien, señora?

Ella olvidó sus dolores para mirarle con estupor. ¿Qué clase de médico era aquél, que entraba en la habitación de una mujer próxima a dar a luz como si entrase en los salones de baile del Elíseo?

El doctor Flagg le tomó el pulso. No se lo encontró. En vista de lo cual, exclamó:

—Perfectamente.

Luego se volvió hacia la matrona.

—¿Todo bien? ¿La ha reconocido?

Sí, doctor.

—¿Presentación?

—Normal.

—Avisé cuando se presenten los dolores de dilatación. (A *Natalia*). Señora: ánimo; está usted guapísima.

Dio media vuelta buscando la puerta de salida. La matrona le abordó con timidez, en son de protesta:

—Es que me parece que esto va muy deprisa, doctor.. .—
Los partos y los ferrocarriles españoles no van nunca muy deprisa. Apréndase el aforismo matrona.

Y salió de la alcoba seguido por Perico Espasa. Al darse cuenta de que Federico se quedaba dentro, le llamó:

—Venga usted también, señor Orellana.

Y en el pasillo le explicó, haciendo uso de otro aforismo:

--Las mujeres próximas a dar a luz cuando están solas gritan menos.

Volviéron a sentarse los tres en el despacho y entonces el doctor Flagg se creyó en el caso de aclarar su actitud.

—¿LE extraña a usted que tome la cosa con tanta calma? .—dijo—. En realidad yo tengo ideas particulares sobre Ginecología. .

Agregó fumando voluptuosamente:

—He vuelto a mi profesión, después de largos años de no practicarla, porque me aburría ya el danzar de un lado para otro, metido en asuntos absurdos y me he dedicado a partos, porque, dentro de la Medicina, el parto es lo único que *sin ser enfermedad hace que se busquen los auxilios del médico*. Es decir: la especialidad más fácil...

Federico le miró fijamente. Nunca se le había ocurrido esta verdad.

—Llamar al médico para que ayude al desarrollo de un parto, continuó Flagg —es tan idiota como llamarle para que ayude a hacer una digestión. La digestión se hace por sí sola y el parto se desarrolla por sí solo también, porque son *funciones naturales*. Eso no quiere decir que a lo mejor no se corte una digestión o no haya un niño que se empeñe en nacer asomando primero la mano derecha... y en esos casos es lógico que se avise al médico para que recete bicarbonato o para que le dé al niño media vuelta sobre su eje. Pero, fuera de dichos casos — excepcionales— llamar al médico es, repito, absolutamente idiota.

Y sonrió para añadir:

—Claro que, desde Hipócrates, los médicos vivimos de la idiotez humana...

Federico y Perico Espasa rieron: no sabían si porque se consideraban fuera de la Humanidad o porque no tomaban en serio a Hipócrates (1). Flagg siguió:

Por lo demás, el acto de (diremos "dar a luz" que es más delicado) carece de trascendencia y ese halo de martirio y de heroísmo con que aparece rodeado a nuestros ojos proviene de dos únicas causas: *primera*: lo que realmente tiene de maravilloso todo fenómeno de reproducción, y *segunda*: aquella especial manifestación del histerismo —muy común en las mujeres y en los poetas líricos de la escuela de Bécquer— que se basa en el prurito de aparecer como víctimas.

Calló un instante para explicar:

—Sabido es, de otra parte, que las mujeres le dan una importancia excesiva a todo lo que hacen, sea vestirse para ir al teatro, lanzar al mundo un nuevo niño o regalarle un ricito de pelo al hombre que las ama. Pero conviene no dejarse arrastrar por los falsos aspectos de las cosas. El parto, en cuanto a sufrimiento, es inferior a un reuma, a un dolor de muelas, a un puñetazo en el estómago...

—¿Inferior? —preguntó Federico—. ¿Quiere usted decir que el dolor del parto es más tolerable que esos otros?

Flagg se echó hacia atrás en el sillón y expuso:

—Muchísimo más tolerable. En primer lugar, los dolores de parto son los *únicos* que se sabe de antemano *cuándo van a concluir*. A usted, por ejemplo, le sobreviene una ciática, y lo mismo puede estarse aullando en un sillón seis horas, que quince días, que veintidós años. En el parto, en cambio, el lance no pasa nunca de una jornada, por mal que las cosas se presenten. Al cabo de esa jornada o el niño ha nacido o lo han extraído los fórceps. Y lo frecuente son dos o tres horas de duración. Y menos.

(1) Hipócrates o euillvrjxc, que de las dos maneras puede escribirse, aunque cuando se escribe de la última manera no lo entiende nadie, nació en la isla de Cos en 460 y murió en Larissa en 870. (A. de C.), ideó la curación de las enfermedades por medio del régimen novedad que han puesto de moda ahora los médicos de fama, diciendo que es cosa de ellos. (Hipócrates, hombre correcto, no les ha llevado la contraria). Más tarde, y valiéndose de sus extensos conocimientos, cerebro privilegiado y atenta observación, escribió acerca de las mujeres la frase más feliz que se conoce: "femina est quod est propter uterum". (Preferimos no traducirla del latín para evitarnos cartas insultantes de las lectoras).

—Pero hay casos de muerte por parto... —replicó Federico con el miedo de convencerse demasiado pronto.

—También hay casos de muerte por caerse en las escaleras del Metro —atajó Flagg— ¿Y es esa una razón para que se les rinda homenaje a todos los ciudadanos que bajan y suben las escaleras del Metro al cabo del día?...

Federico calló sin acertar qué replicar. El doctor siguió así:

—En segundo lugar, los dolores del parto son los *únicos intermitentes*. Es decir que cesan y vuelven; se calman y se aguzan varias veces en el espacio de su duración. ¿No?

—Sí. Es cierto.

—En tercer lugar, son los únicos dolores al final de los cuales *existe algo nuevo*. Todo dolor, humano se combate únicamente para lograr su desaparición. Y cuando el dolor ha desaparecido, el enfermo se da por satisfecho y paga sus honorarios al médico; incluso, a veces, le paga después de que el médico se ha quedado con algo suyo; un riñón, un trozo de estómago, el apéndice, un brazo, metro y medio de intestino... En el parto las cosas suceden de un modo mucho más agradable: al final del parto, no sólo los dolores cesan automáticamente, sino que en el lado izquierdo del lecho de la madre se agita un nuevo ser. Son *dolores-tómbola*.

—¿Dolores-tómbola?

—Sí, señor. Dolores con premio.

Rieron.

—En resumen... —pidió Federico.

—En resumen —contestó el doctor Flagg aplastando en el cenicero la punta de su cigarrillo y rematando sus opiniones sobre el parto, que es peor pillarse un dedo al cerrar un cajón. . .

EN DONDE EL DOCTOR FLAGG DESCUBRE SU
"MÉTODO" Y LO PONE EN PRACTICA

La matrona apareció en la puerta del despacho anunciando, como si se tratase de un "cuadro" de gran Revista:

—¡ Los dolores de dilatación!

Vamos allá —contestó el doctor Flagg levantándose. Federico expresó su asombro:

—¿Cómo, doctor? ¿Y a pesar de sus teorías especiales sobre Ginecología, aun opinando que el parto es una *función natural*, se cree usted en el deber de asistir a él?

—Asistir a una función es cosa bien corriente —replicó Flagg sonriendo—. Pero, además, yo tengo mi *método*. Sería incapaz de cobrar por no hacer nada, señor Orellana...

—¿Y qué es lo que hace usted?

—Hago olvidar sus dolores a la paciente.

—¿Con la anestesia?

—Sí.

—¿De cloroformo?

—De conversación.

—¿Eh?

—Les cuento cosas y ellas, distraídas, dan a luz sin sentirlo. Ninguna de mis clientes ha gritado jamás. De las ochocientas que he asistido en tres años sólo una dejó escapar un breve ¡ Ay!... pero eso en el momento en que nacía el tercer niño de un parto triple... {Y entró en la alcoba seguido de Federico).

Natalia los miró con ojos dilatados y ausentes. Por momentos permanecía tranquila y por momentos se crispaba, distendiendo su hermoso cuerpo como un arco próximo a desplomarse. A su lado, la matrona, sentada en una silla baja,

perdía de vez en cuando sus manos bajo las sábanas para practicar rápidos reconocimientos. En el gabinete, la cocinera y la doncella rezaban. Todo parecía transformado. Se había improvisado una mesa operatoria con el instrumental del doctor Flagg. Cundía el algodón y las toallas puestas a calentar ante la salamandra.

Alguien había traído un cuadro de la Virgen del Buenparto, que había sido colocado en un rincón y en que ardían seis velas y un trozo del marco.

La matrona se levantó precipitadamente a apagar el naciente incendio. Luego indagó de Flagg:

—¿Qué hago, doctor?

Ponga en marcha el gramófono. Algo alegre, ¿sabe usted? Algo muy alegre. ..

La matrona se movilizó desganadamente. ¡Vaya un médico, que recurría al gramófono para asistir a un parto! Pero obedeció y en el gabinete sonó una copla de *cantejondo*.

Flagg protestó:

—¿Qué entiende usted por alegre, matrona? Quite ese disco y ponga usted un *couplet* de Luisita Esteso.

La matrona maniobró de nuevo en el gramófono y la voz aguda (*la-si-do-re-mi*) de Luisita Esteso se extendió por toda la casa.

Entonces el doctor Flagg ocupó la silla que había dejado libre la matrona y, aprovechando un momento tranquilo de Natalia, empezó a hablar como sólo él sabía hacerlo:

—¿Ahora duele menos? Bien. Anímese. Y procure que no le ocurra lo que le ocurrió en su primer parto a mi amiga, la condesa de Lahis...

—¿Qué le ocurrió a la condesa de Lahis, doctor? —preguntó Natalia con la esperanza de que pudiera ocurrirle a ella lo que a la condesa.

—La condesa de Lahis se hallaba en idéntico trance en que se halla usted ahora cuando su marido el conde Edgar entró en la habitación. Al verla sufrir tanto, el conde, que era muy sentimental, se echó a llorar desconsoladamente, gimiendo: "*¡Pobrecita, pobrecita! ¡Lo que estás pasando!..*" Y entonces la condesa posó una de sus manecitas pálidas sobre la cabeza del conde, que se había arrodillado junto al

lecho, y le dijo con voz dulce: "*Edgar: no llores por esto.. . ¡Tú no tienes la culpa!*"

Natalia estalló en risas. Rieron también la matrona, la cocinera, la doncella y el propio doctor. Detrás de la puerta del pasillo, se oyó reír asimismo al grupo, que escuchaba con el oído pegado a la cerradura. En fin: rió todo el mundo.

Menos Federico, a quien se le puso una cara muy larga.

—No, no. . . —exclamó todavía sonriente Natalia—. A mí no me ocurrirá lo que a la condesa. . .

Federico le agradeció aquellas palabras colocándose de pie al otro lado del lecho y estrechando una mano de ella con las suyas.

Flagg siguió hablando.

—Le advierto a usted que hay países en los que durante el parto el que llora es el padre del niño.

—¿De veras? —murmuró Natalia interesada.

Y el doctor comenzó a poner en práctica su "*método*" mientras él guiñaba un párpado a la matrona queriéndola decir que estuviese atenta a los "*acontecimientos*".

—Sí —añadió Flagg—. Los tracios, los escitas y los habitantes del Tusquestán chino tenían por costumbre que el padre se acostase y llorara mientras la madre daba a luz sin abandonar sus quehaceres domésticos. . .

—¡Pobrecillas!

—Pero todavía era peor. . .

Y el doctor Flagg se extendió en un relato alucinante acerca del parto y sus variaciones en distintos pueblos y latitudes.

Contó que durante la Edad Media se daba a luz en un sillón agujereado; que en Inglaterra, Suiza y Alemania se prefiere que la mujer se eche de costado y que las parturientas chinas se sientan sobre una artesilla de madera, completamente desnudas. Refirió que en Annam la costumbre es utilizar un lecho de bambú, a cuyo extremo se coloca en cuclillas la matrona, llamada *ba-mor*, cuya misión se reduce a dar masaje, mientras grita: "*¡Kan! ¡Kan!*" (¡Esforzaos, esfuerzaos!). Y que en Darfur y en las orillas del Nilo, así como en la isla de Ceram, en algunas regiones

de Finlandia y en Siam, lo corriente es hacerlo colgando a la madre de un árbol o de una viga.

—¡Dios mío! —exclamó Natalia impresionada por las palabras del doctor Flagg—. ¡Qué horror!

Pues eso no es nada —siguió éste— si se tiene en cuenta lo que sucede entre los árabes...

Y contó que entre los árabes las prácticas para acelerar el nacimiento eran mucho más crueles y que no sólo se recurría a colgar a la madre por las axilas, sino que se colocaban sobre su abdomen los discos de barro utilizados para moler cebada y se le pisoteaba si el parto comenzaba a prolongarse demasiado. Y que en el sur de Argelia es habitual quemar debajo de las narices de las mujeres en trance varios pelos de la melena de un león, con objeto de provocar náuseas violentas. Y que los finlandeses, para lograr lo mismo, matan un pollo. Y que en el Bari (África Central) se acompaña el parto de ensordecedor redoble de tambores mientras el hombre más anciano de la tribu afila un cuchillo al que habrá de recurrir si el nacimiento no se verifica antes de la salida del sol...

Muchas cosas extraordinarias contó el doctor ante los ojos atónitos de Natalia y mientras la matrona se agitaba activamente alrededor del lecho Y estaba Flagg refiriendo cómo los indios *Kiovas* se valían de un cinturón especial para lograr el parto, cuando Natalia cortó sus palabras con un grito breve:

—¡Ay!

—¿Qué ocurre?... —Me duele... —No es posible, señora.
—¿Qué no es posible?

—No. Porque su hijo hace ya medio minuto que ha nacido... Helo aquí.

Y señaló un chiquillo rubio, amoratado y gordito, que la matrona acercaba echado sobre un almohadón.

—¡¡¡HIJO MIÓ!!!

Así "asistía" el doctor Flagg.

(Se lo recomendamos a las señoras).

(Y a los imitadores de "estrellas" de variedades).

NATALIA Y FEDERICO RESUMEN POR COMPLETO
SU CATÁSTROFE SENTIMENTAL

—El amor es una goma elástica que los humanos, a fuerza de tirar, consiguen que se alargue. Pero, al cabo, uno de los que tiraban se cansa y suelta su extremo y la goma le da un porrazo en las narices al que todavía seguía tirando...

(Este fue el comentario que, tres horas más tarde, se le ocurrió a Perico Espasa cuando Federico le contó su escena de la noche anterior con Natalia).

Después se informó:

—¿Y a pesar del niño, piensas separarte de ella?

—No aguardaba más que el nacimiento del pequeño para hacerlo.

—Realmente siempre he creído que en amor lo único que desune es los hijos.

—En cuanto Natalia pueda levantarse y se reponga, nos iremos cada uno por nuestro lado. Ella volverá al Teatro.

—La gloria no da dinero: pero nutre —aforismo Perico.

—Al niño le acostumbraremos al biberón.

—Bien hecho. Respecto a la lactancia, no hay más que una cosa superior a los procedimientos naturales: los procedimientos artificiales.

—Luego le buscaremos una ama seca que consienta en tenerlo en su casa.

—También me parece una idea excelente para que el niño se críe bien. Sólo los padres poseen el arte de criar mal a los hijos.

—Y cuando, el chiquillo tenga cuatro o cinco años, lo traeré a que viva conmigo.

—Acertadísimo y lógico. El instinto maternal es exclusivo del padre.

—Lucharé por él, me sacrificaré por él. . .

—Lo justo. Uno debe sacrificarse por las cosas que no compensan.

—Y el día de mañana —siguió Federico con tristeza— cuando el niño sea ya un hombre, querrá a Natalia más que a mí.

—Naturalmente. Siempre se ama lo que no conviene.

—Yo le suplicaré: "*Debes quererme; soy tu padre*".

—Y él te contestará: "*Te quiero a pesar de lo que eres*".

—Yo me desesperaré...

Y él se irá al fútbol...

* * *

Todavía transcurrieron dos meses.

Natalia y Federico no habían vuelto a abordar el tema de la separación.

Ella confiaba en que el amor del hijo volvería a adherirla al corazón de Federico. Pero el corazón de Federico, como el mármol rojo del Lan, ya carecía (para ella) de toda

Véase cómo:

Perico Espasa, con sus paradojas sonrientes, se hallaba en lo justo:

"EN AMOR LO UNICO QUE DESUNE ES LOS HIJOS"

Desde que Federico notaba el corazón lleno por su hijo, el desvío hacia Natalia era más fuerte, más intenso, más definitivo. ¡Ay! Ahora sí que la odiaba...



calidad adherente. Y, además, estaba ocupado por completo.

Por la noche en la forzada intimidad del lecho, huía su contacto como algo impuro.

Y ella lloraba todos los llantos que le habían sobrado de un año en que la Empresa de cierto teatro de provincia la obligó a darle doce representaciones a "*La dama de las camelias*".

Un día dejó de llorar. Como deja de llover: de pronto.

Dijo:

—¡Se acabó!

Y encerrándose con Federico:

—¡Voy a contratarme!

—¡Me parece una idea espléndida! ¡Ya era hora!

Estuvieron dos semanas sin dirigirse más que frases imprescindibles: esas frases imprescindibles de la persona que, más que vivir juntas, coinciden en las mismas habitaciones de la misma casa:

—HAZ EL FAVOR DE DARME EL SALERO. —
PÁSAME LA MOSTAZA. — NO VENDRÉ A COMER. —
¿QUIERES APAGAR LA LUZ? — CREO QUE TE HAS
DEJADO ABIERTOS LOS GRIFOS DEL BAÑO. —
¿TIENES LA BONDAD DE ABROCHARME EL
SOSTEN? — OIGO RUIDO; ¿NO HABRÁN ENTRADO
LADRONES?

— LE DAS DEMASIADO ALIMENTO A ESE NIÑO.
— EL PORTERO HA SUBIDO EL RECIBO. — MAÑANA
TENEMOS FUMISTAS.

Etcétera, etc.

Una tarde Federico atalayó en la pared de cierta calle la interjección roja de un anuncio.

Teatro de la Princesa Juana

EL JUEVES 12

REPARICION

DE LA PRIMERA ACTRIZ

NATALIA LORZAIN

con la Comedia en tres actos de Jacinto Benavente

L O S C U R S I S

Al llegar a su casa, Natalia se lo confirmó:

—Reaparezco el jueves.

—Lo he leído en la esquina de no sé qué calle.

El despecho de ella se diluyó en una frase orgullosa:

—Todavía soy alguien. Empiezo de nuevo mi carrera estando anunciada en todas las esquinas.

Y él, a su vez, diluyó su odio en la respuesta:

—Estando en todas las esquinas es como acaban su carrera otras mujeres.

Natalia le insultó (¡ay aquellos tiempos en que él era su Dios) y cuando el insulto la hubo tranquilizado observó:

—Creo que ha llegado el momento de buscar ama para el niño...

—Yo me ocuparé de eso.

Se ocupó y encontró el ama. Una mujer obesa, de ojos color tranvía en domingo. Ajustaron el precio. *El señor* iba a quedar contento. Ella estaba acostumbrada a criar niños.

—¿Y dónde están?

—Se me murieron todos.

Era un dato alentador.

—¿Cuándo puedo traer al pequeño?

—Mañana mismo, caballero. Ya estoy deseando conocerlo. ¡Hijo mío!...

Y los ojos color tranvía en domingo echaron el "completo".

Queremos decir que se llenaron. De lágrimas.

(Nadie como las mujeres gordas para poder expulsar lágrimas cuando el barómetro de las circunstancias señala EMOCIÓN).

* * *

Al llegar a casa Federico encontró novedades.

Natalia acababa de despedir a la doncella, a la cocinera y la niñera "por no necesitar ya de sus servicios" y se hallaban haciendo el equipaje.

De sobre los muebles y las repisas habían desaparecido objetos, retratos y chucherías de su pertenencia. Iba de un lado para otro, guardando ropas emanantes de "*Córcega y Cerdeña*" de Coty con el rostro contraído por un gesto duro.

Federico entró, fue a sentarse en un diván, y anunció:

—Lo del niño está resuelto. Le esperan mañana por la mañana.

—Así, pues, ¿puedo irme esta tarde?

—No hay ametralladoras que lo impidan...

La voz de él era clara, diáfana, serena y firme. Estaba tranquilo y se notaba feliz, como todo el que ha llegado a un final deseado largamente. Miró el ir y venir de ella de un modo benévolo. ¡Pobre mujer! Le ahogaba la rabia y la dureza, la agresividad de su gesto resultaba grotesca. Nunca se le había antojado más inferior.

Pensó:

—Parece que está representando un "tercer acto"...

Esto le hizo gracia y se sintió súbitamente inyectado de alegría.

Ahora Natalia apartaba ciertos objetos con visible repugnancia. Los fue echando en el diván que ocupaba Federico.

—Toma. . . Regalos tuyos. .. No los quiero. No quiero nada tuyo.

Él los recogió sin dejar de sonreír.

Entre los regalos de Federico le tocó el turno en la requisa al abrigo de *petitgris* (19,000 pesetas), y a un zorro plateado (6,500 pesetas), y a una salida de teatro con guarniciones de armiño (4,750 pesetas), y a una pulsera de zafiros (2,800 pesetas).

Pero Natalia no tiró en el diván ni la salida, ni el zorro, ni el abrigo, ni la pulsera.

(Posteriormente, al contarle la escena a Perico Espasa, había dicho Federico:

—No creas que me extrañó. Cuando regañan con un hombre, las mujeres suelen devolver todos los regalos. . . excepción hecha de los que valen algo. . .)

Al fin el equipaje quedó listo.

A ella ya no le importaba ni el hogar, ni el hijo, ni el pasado, ni el futuro. Estaba llena de odio, de ese odio acre y corrosivo, capaz de sacrificarlo todo, del que la mujer se siente invadida cuando comprende que ya no significa nada para el hombre amado; odio de despecho, de furor y de venganza —principal propulsor de las revoluciones y de los crímenes— que convierte el corazón humano en una ciénaga sin orillas. Y ese estrato de epilepsia que cubre el fondo de los caracteres débiles flotaba en la superficie del alma de Natalia proporcionándole la violencia y la ceguera necesarias para llevar a cabo la separación que Federico había propuesto.

No vería más a este hombre que huía de ella y que consideraba el contacto de su carne como algo impuro. No vería más esta casa paraíso adonde la había traído con sus sonrisas un creador supremo: el Amor y de donde la arrojaban con sus espadas de fuego dos ángeles guardianes: el Hastío y el Aborrecimiento de Federico. No vería más aquel hijo fruto de dichas pasadas y testimonio de lo que ya no existía.

La Especie debía de estar satisfecha.

Y Federico, también.

Desde el despachó, oyó él cómo Natalia telefoneaba al *garage* pidiendo el coche.

Y, media hora después, percibió la llegada del "chauffeur".

Y el arrastrar de baúles y cofres por el *parquet* del pasillo.

Luego sonaron unos golpecitos en la puerta. Abrió. Era Natalia.

Vestía un traje negro con cinturón rojo, un sombrero rojo con el ala levantada por media docena de claveles

negros; bolso rojo, zapatos negros de tacones rojos, y, sobre los hombros, el zorro plateado.

Al aparecer en la puerta, tiró sobre la mesa un manojo de llaves. (*Así debió arrojar Boabdil las llaves de Córdoba ante los caballos de los Reyes Católicos*) (1).

—Supongo —dijo— que no será para ti un sacrificio atender al niño durante las pocas horas que faltan para entregarlo al ama.

Federico ni se molestó en contestar.

Ella agregó:

—El biberón le toca cada tres horas: el último, a las doce de la noche; el primero, al despertar por la mañana.

Tampoco recibió respuesta. Insistió:

—¿Cuáles son las señas del ama?

Él dio un nombre y una dirección, que Natalia apuntó en el respaldo de una tarjeta. Al concluir alzó los ojos.

—Adiós —murmuró—, que seas feliz...

—Igualmente.

Dio media vuelta y desapareció. Sonaron sus pasos. El abrir y cerrar de la puerta. Un rumor de bajar escaleras. Y después, un silencio absoluto.

* * *

Aquel *silencio* lo tradujo Federico por *tranquilidad*.

Recorrió la casa vacía, con las manos en los bolsillos, silbando, disfrutando el goce intenso de la soledad y de la independencia recobradas. El Amor. . . Una gran diversión, pero ¿y la dicha de sentirse solo?. . .

Lloró el niño y él corrió a la cuna. Le habló como a un amigo:

—Bueno, bueno. . . No hay que protestar tanto. . . Ten un poco de paciencia, camarada.

Y en un santiamén, con su destreza de hombre habituado a afrontarse con todas las circunstancias, preparó el biberón,

(1) Perdón. Ahora recuerdo que las llaves que entregó fueron las de Sevilla. Digo, las de Jaén.

trasladó al pequeño al diván del gabinete, lo acomodó entre almohadones y apoyando el frasco en uno de ellos, dejó al chiquillo chupar glotonamente; feliz.

Lo contempló. El pequeño le miraba también con sus hermosos ojos, anchos, absortos y negros. La mano izquierda se tendía hacia el padre: tenía aquella mano esa terrible expresión de las cosas inexpresivas. En el rostro infantil se inició una sonrisa. Entonces la alegría de Federico se hizo melancólica; se arrodilló junto al diván y de nuevo le habló al niño: sus palabras resonaban en la soledad de la casa.

—Ya estamos solos, chiquillo: Vamos a vivir el uno para el otro, sin que haya entre nosotros nadie que interrumpa nuestras conversaciones diciendo que necesita comprarse dos sombreros y seis pares de medias. Aquí me tienes, dispuesto a defenderte hasta que me toque el turno de morir. Yo no diré nunca que haya un muchacho más guapo, ni más listo, ni más gentil que tú. Y el día de mañana tú no creerás que existan escritores que puedan compararse con tu padre. El pacto está firmado, chiquitín. . .

Lo besó en los cabellos. Se levantó y dio unos pasos hasta llegar al ventanal, en cuyos cristales apoyó la frente.

Anochecía. Ráfagas moradas le daban al cielo la turbulencia triste del crepúsculo.

También en su alma se ponía el sol.

Estuvo un gran rato con las miradas fijas en el horizonte.

Sonó un ruido a sus espaldas: era el biberón vacío, que había rodado hasta la alfombra. El niño dormía con la leche en los labios. Federico lo tomó en sus brazos nuevamente y lo devolvió al calor de la cuna.

Densas tinieblas habían invadido la habitación.

Las ondas sonoras de una campana, volteada lentamente, avanzaron en círculos concéntricos y rodearon el grupo momentáneo que formaban el hombre, la cuna y el niño.

CONTINUA
Y TERMINA EL
CAPITULO

20

El trajín rumoroso y lejano de las veintiséis intertipias que trabajaban en la sala de máquinas se habían trocado por el ruido violento de dos rotativas, que comenzaban a escupir ejemplares y más ejemplares de *La Razón*.

Eran las cinco de la mañana.

Perico Espasa, ya con el abrigo y el sombrero puestos, animó a Federico:

—Respecto a lo de la enfermedad del niño no creo que debas preocuparte.

—Se le ha hecho un análisis de sangre...

—¿Lo tienes ahí?

—Sí. Mira.

Y le alargó un papelito en que se leían los siguientes camelos:

Recuento y Fórmula leucocitorias	
Número total de leucocitos por mm ³	21,300
Polinucleares neutrófilos.....	77,5%
Polinucleares eocinófilos	0,0 „
Polinucleares baciofilos	0,0 _M
Monocitos.....	4,0 „
Linfocitos	13,5 „

Intensa leucocitis con polinucleosis.

—Sí —murmuró sonriente Perico Espasa—. Verdaderamente, después de leer esto, cualquiera se siente acobardado,...

—A mí me ha dejado hecho cisco.

—Y, sin embargo, es bien claro.

—¿Claro?

—Clarísimo. De aquí se desprende que el chiquillo se defiende contra la infección.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¡No supones el peso que me quitas de encima!

—De todas maneras, mañana sin falta avisa al doctor Flagg.

—El doctor Flagg entiende incluso de Numismática.

Hizo una pausa, para indagar:

—¿Sabe Natalia que. . . ?

—No. No sabe nada. Esta en provincia,

—¿Desde cuándo no ve al niño?

—Desde hace año y medio.

—¿Te lo cuida bien, al menos, esa ama?

—Hace con él todo lo que su absoluta carencia de inteligencia le dicta.

—Bueno; tampoco por eso debes de preocuparte demasiado. La inteligencia resulta inútil; especialmente para aquellas cuestiones en que es absolutamente necesaria.

Habían abandonado el despacho. Atravesaron la Redacción, cruzaron unos pasillos y bajaron varias escaleras.

Perico Espasa echó una ojeada a los talleres.

Y al salir ya llevaban sendos números de *La Razón* en las manos.

En primera plana *venía* el telegrama relativo a la aparición de

Dios al Papa.

Efectivamente: Díaz había obedecido con todo escrúpulo la indicación de su director, encabezándolo con unas titulares grandes y sugestivas.

EL PAPA VE VISIONES

SE LE APARECE DIOS PARA ANUNCIARLE SU PRÓXIMA "TOURNEE" POR LA TIERRA

—Me parece que al Papa le vendría de perlas pasarse una tem-poradita en el campo. . . —dijo Perico Espasa.

—Y, sin embargo, es bien claro.

—¿Pues?

—Porque, por las señas, tiene una neurastenia del tamaño de la cúpula de San Pedro, . .

—Los tiempos cambian, no cabe duda. .

—Ya me explicarás qué es lo que ha motivado en ti esa brillante reflexión. .

—Pienso —declaró Federico— que hace justamente trescientos sesenta y un años que Dios se le apareció ya otra vez al Papa cierto día de octubre. . .

Y la voz del novelista adquirió tonos tradicionales para contar como en 1571 dos hombres rubios, católicos inteligentes y elegantes, hijos de un mismo padre glorioso, alumbraban el Universo con el fulgor de sus nombres: el uno —Felipe— desde el trono gigantesco de España; el otro —Juan de Austria— desde la silla de un caballo infatigable, que piafaba y agitaba sus crines de Italia a Flandes, de Flandes a Maguncia y de Maguncia a las Alpujarras.

Eran momentos decisivos para la paz y el porvenir del Mundo. El poderío formidable de los turcos, con Selim II, se cernía aullante sobre la Cristiandad. Toda la civilización de Occidente se estremecía ante las emanaciones cada vez más perceptibles de aquellos guerreros bestiales que desbarataban los ejércitos, degollaban a los heridos y asesinaban a los prisioneros llenándoles la boca de pólvora, cosiéndoles los labios y prendiéndoles fuego después. La cultura y la

espiritualidad se hallaban en peligro de muerte. Era un nuevo caos próximo y una próxima Apocalipsis.

Europa, temblando de pavor y de agonía, volvió sus ojos hacia el hombre rubio, heredero de los Estados donde no se ponía el sol, y este hombre rubio contestó a Europa enviando contra los enemigos de la civilización a su hermano, el otro hombre sabio llamado Juan.

"Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes", se leía en el Evangelio: "Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan".

Juan de Austria se aprestó al combate.

El monstruo turco era un *Leviathan*: venía por los mares y a los mares había que ir a buscarlo. Y hacia los mares azules, que salpican con sus espumas las islas Curzolari, partieron las altivas galeras españolas, las galeras majestuosas del Papa y las ligeras polacas de la Señorita de Venecia. En las puntas de los mástiles flameaban los colores de la Liga, y quizá alrededor de tantas viejas y triunfadoras banderas describían —unidas— sus círculos las ariscas gaviotas mediterráneas y las palomas dóciles de San Marcos.

El monstruo aguardaba agazapado en Lepanto, con una armada terrible, ocupando cinco kilómetros de olas, afiladas las uñas, que ansiaban la lucha, e inflamadas las narices, que venteaban la sangre.

El 7 de octubre se hallaron cara a cara Oriente y Occidente, Cristo y Mahoma, el dragón y San Jorge, Goliath y David.

El aire olía a hecatombe.

Las cubiertas se baldeaban con aguas de odio.

Hasta la forma de las armas simbolizaba las ideas que rebosaban los corazones e impulsaban los brazos: de un lado, espadas en cruz; del otro, cimitarras en media luna.

El hombre rubio se santiguó pausadamente, se quitó del pecho un crucifijo, lo colgó del estanterol y mandó disparar el cañonazo de desafío. De las galeras del monstruo partió otro cañonazo. Las flotas avanzaron al abordaje escupiendo fuego. Eran las doce del día.

Federico calló un instante para añadir:

—A esa hora, a las doce del día, a muchos centenares de millas de aquel sitio, en Roma, el Papa Pío V, anciano y enfermo, despachaba con su tesorero, monseñor Busotti de Bibiana. Sufría un cruel mal de piedra, cuyos dolores se le calmaban paseando. De pronto, el Papa interrumpió sus paseos, quedó unos momentos inmóvil, extático, iluminado el rostro por una extraña beatitud y cayó de rodillas. Al incorporarse lloraba. Dios acababa de aparecérselo para anunciarle el triunfo de Lepanto. Hasta veintiún días después no llegó a Roma el emisario del Dux Mocenigo, que traía las nuevas de la victoria y hasta cuatro más tarde que el emisario del Dux no se presentó al Papa el conde de Priego, enviado por don Juan de Austria con el mismo objeto.

Federico agregó, a guisa de resumen:

—En 1571 al Papa se le apareció Dios y esta aparición influyó poderosamente para que luego se le canonizase. Hoy un telegrama nos da cuenta de que Dios se le ha aparecido al Papa, y todo lo que decimos es que el Papa está neurasténico y que le vendría de perlas una temporadita en el campo... ¿No cambian los tiempos?

—Sí, cambian algo... —concedió Perico Espasa—. Pero, en fin... Es lógico que cambien.

—¿Lógico?

—Claro está. Hoy el Papa anuncia a España, por medio del corresponsal de la "Agencia Reuter", que se le ha aparecido Dios y los españoles, nos reímos. Pero nos reímos con razón, porque sabemos que en nuestros tiempos no ocurren milagros como éste...

—Es verdad. Ni ganamos batallas como aquélla... —concluyó Federico.

EN DONDE SE INDICA LO QUE PASO EN EL
MUNDO COMO
CONSECUENCIA DEL TELEGRAMA DE LA
"AGENCIA FABRA"

Pero Perico Espasa se quedó corto.
No fueron sólo los españoles los que se rieron. Fueron también.

los franceses,	los italianos,	los checos,
los belgas,	los alemanes,	los suecos,
los ingleses,	los rusos,	los noruegos,
los japoneses,	los canadienses,	los tibetanos,
los suizos,		los chinos,
los daneses,		los árabes,
los yanquis,		los rumanos,
los portugueses,		los lapones,
y los americanos del centro y del Sur,		
y los habitantes de África		
y los de la Australasia y Oceanía,		
y los de las Hurdes.		

Fue toda la Tierra la que se rió.

La noticia de la aparición de Dios al Papa, extendida en varios minutos por el Mundo, provocó una risa unánime. Una carcajada internacional.

Fue el delirio en sesenta y tres idiomas y mil doscientos dialectos.

* * *

Diez horas después de aquella en que el telegrama extraordinario llegó a *La Razón*, de Madrid una infinidad de seres, que se disponían a tornar su desayuno, y otra infinidad de seres, que se disponían a acostarse, hallaron idéntica noticia impresa en su periódico favorito.

(Esta infinidad de seres que se disponía a acostarse cuando los demás se disponían a tomar el desayuno, eran, naturalmente.

LOS ANTIPODAS

Y al día siguiente, 5 de Marzo,

1,730 MILLONES DE PERSONAS

hablaban de lo mismo, y se reían de lo mismo, y gastaban las mismas bromas, y pensaban las mismas chuchufletas respecto al Papa y la aparición de Dios en el Vaticano.

Las Prensa intervenía en esta juerga universal con sus comentarios irónicos, sus reflexiones humorísticas y sus dardos sarcásticos.

Desde un grave *The Times*, de Londres, hasta un popular *IL Corriere della Sera*, de Roma, pasando por *La Voz*, de Madrid; *Le Petit Journal*, de París; *O Século*, de Lisboa; *Berliner Tageblatt*, de Berlín; *Hamburger Nachsichten*, de Hamburgo; *Pravda*, de Moscú; *L'Etoile Belge*, de Bruselas; *Morgenbladet*, de Oslo; *Der Bund*, de Berna; *Hed Vaderlan*, de la Haya; *Svenska*, de Estocolmo; *Nationaflinde*, de Co-penhague; *La Prensa*, de Buenos Aires; *Excelsior*, de Méjico; *El Liberal*, de Asunción del Paraguay; *El Comercio*, de Lima; *El Nuevo Tiempo*; de Bogotá; *El Diario de Costa Rica*, de San José; *El Diario de la Marina*, de la Habana; *La Vanguardia*, de Manila; *El Republicano*, de Cochabamba; *Listín Diario*, de Santo Domingo; *Viener Journal*, de Viena; *Pesti Naplo*, de Budapest, y la *Quemokpathja*, de Belgrado; el *New York Herald*, de Nueva York; *La Roumanie*, de Bucarest; el *Sidney*

Herald de Australia; el *Eztia* de Atenas; *The Liberian News*, de Monrovia; *The Times of India*, de Bombay; *Le Moniteur*, de Haití; el *Chung-Sai-Yat-Po* y el *Flog l'Engeovina*, de Samaden, de un paralelo



a otro, de un meridiano a otro, en países helados, en pequeñas aldeas y en urbes babilónicas, miles y miles de hojas impresas en todos los tipos de letra conocidos, dirigidas a centenares de razas, hicieron críes a costa del suceso ocurrido la noche del 3 de Marzo en la galería de cristales del Vaticano que da al patio de San Dámaso.

Las opiniones mundiales se dividieron en seis grupos:

A— Los que decían que se trataba de un *canard*.

B— Los que aseguraban, con Perico Espasa, que el Papa estaba neurasténico y que debía retirarse, a una villa del Posilipo.

C— Los que veían en ellos una maniobra religiosa política.

D— Los que afirmaban que el Papa no estaba neurasténico, sino más loco que una cabra de los Alpes Dolomíticos.

E— Los que se divertían sin buscar una explicación.



F.—Y los que lo tomaban en serio. (Qué eran cinco: tres pastores protestantes de Illinois (U. S. A.), un vendedor de plátanos de Guanabacoa (Habana) y el Rajah de Copsala, que creía en la aparición del Dios de los cristianos con esa fe ardiente propia de los budistas).

La chunga universal duró muchos días. De los diarios pasó a los hogares y de los hogares

a los sitios públicos. Se abordó el tema en los cafés, en los vestíbulos de los teatros, en los casinos, en los *clubs*, en los *halls* de los hoteles, en las esquinas de las calles, en las piscinas de natación y en los patios de vecindad. Por último,

saltó a los semanarios cómicos y lo cogieron por su cuenta los escritores festivos y los caricaturistas.

Algunos trabajos de estos últimos dieron la vuelta a la Tierra reproducidos de unas páginas en otras.

Se hizo muy popular aquella caricatura que representaba a dos novios hablando en un jardín y cuya leyenda decía:

LA NOVIA:—*¿Cuándo nos casaremos, Roberto?*

EL NOVIO:—*Espero a que se me aparezca Dios y me lo ordene.* También fue celebrada aquella otra, del "*Simplicissimus*", en la que se veía al Supremo Hacedor en el Cielo, probándose un *frac* y diciéndole a un sastre con alas de ángel:

—CONVIENE MUCHO PRESENTARSE BIEN...

La aparición de Dios al Papa hízose, pues, famosa.

Constantemente —y ya habían transcurrido dos semanas de ella— era objeto de las más diversas alusiones.

En la Cámara francesa, un diputado pacifista, partidario furioso del desarme, que quejándose de la resistencia que oponía el Gobierno a aquella idea, había dicho una tarde, como apóstrofe final de su discurso, congestionado y elevando los brazos:

C'est Die-u qui parle de mon nom!! (1).

Y el Presidente del Consejo había murmurado:

—*Te comprends bien. .. Vous êtes le Pape. . .* (2).

Lo que había provocado el regocijo de toda la Cámara.

Los fabricantes de aparatos de radio encontraban una nueva fórmula de

(1) ¡¡ Es Dios el que habla por mi boca !!

(2) Comprendido...¡Usted es el Papa!

de anuncio que se hacía simpática al comprador, con esa simpatía que todo lo que tiene un tinte ingenioso provoca siempre:

"HETERODIN"
LOS MEJORES
APARATOS
DE RADIO
¡SE OYE ROMA!

Cuarenta y tres empresas editoriales del Mundo tuvieron y pusieron en práctica la misma idea: fundar un semanario satírico titulado *Dios* y lanzar a la calle el primer número haciéndoles gritar a los vendedores:

¡Dios! ¡Ha aparecido Dios!

Y cuarenta y tres ciudades compraron en pocas horas la edición integra de los respectivos semanarios, diciendo sonrientes al comprarlo:

—Esto debe de estar bueno...

Por último, la casa *Bayer* tuvo una ocurrencia de éxito universal, que fue agregar una banda de papel a sus envases de *Cafiaspirina* en la que los habitantes de las cinco partes del planeta pudieron leer:

Recomendado al Sumo Pontífice por eminentes especialistas.

Y la *Cafiaspirina Bayer* se agotó en todas las farmacias del Globo.

* * *

El Papa estaba consternado.

Se pasaba el día llorando y los esfuerzos de sus familiares por consolarle resultaban completamente inútiles.

Él se hallaba bien seguro de que se le había aparecido Dios. Él se hallaba bien seguro de haberle visto, tal como lo viera Moisés en el Sinaí, sólo que Sin Tablas de la Ley y sin truenos. Él se hallaba bien seguro de haber oído su Palabra anunciándole la próxima venida a la Tierra.

¡ Y he aquí que la Humanidad, los mil setecientos treinta millones de seres que componían la Humanidad, en lugar de caer de rodillas ante el Creador de todas las cosas, se reían como en el estreno de una cinta de *Charlot!*

Y el Papa volvía a dejar correr sus lágrimas exclamando con su perceptible acento milanés:

—/ *Ohmio! Come va il mondo! ¡ Mío Dio! ¡ Come va il mondo!* (1).

(1) ¡Ay de mí! ¡Cómo está el mundo! ¡Dios mío! ¡Cómo está el mundo!

—¡ Y todavía, si este escepticismo universal no hubiera afectado a Italia! Pero al Papa le constaba que en aquel momento no había un sólo italiano entre los de la Metrópoli, los de las colonias y los expatriados, que no murmurase al referirse a él moviendo la cabeza con el gesto de lástima que se utiliza al referirse a un enfermo:

—¡*Poverello!* (2).

¡Y si al menos ese escepticismo universal no hubiera afectado al Vaticano! Pero también al Papa le constaba que en el Vaticano no había tampoco una sola persona, desde el primer cardenal al último "*sampietrino*", pasando por camareros secretos, familiares, chambelanes, gendarmes suizos, cocineros, criados y *flabelos*, que al oír hablar de la aparición de Dios no guiñase un ojo como diciendo: "*¡A nosotros con éstas!...*" Todos en el Vaticano estaban de acuerdo con la cuestión. Todos menos los médicos de cámara: Bruquenelli, Bechini y Spoleto.

Entre los médicos, efectivamente, existía discrepancia respecto a la aparición de Dios, pues mientras Bruquenelli se la explicaba por un estado pasajero de debilidad mental del Pontífice, Bechini la concebía cómo un fenómeno de naturaleza histórica y Spoleto la justificaba recordando que el Papa solía hacer mal la gestión de la noche.

De aquí el que Bruquenelli recomendase la "*Fitina*" y la "*Promonta*", y el que Bechini fuese partidario de un tratamiento intenso de baños fríos, y el que Spoleto se pronunciase por la "*Magnesia bisurada Pellegrino*".

En cuanto a creer como cierta la aparición de Dios, eso, ¡ni las ratas del Tíber!

Y en día 21 de marzo, dieciocho después del de la aparición de Dios, el mismo Papa comenzó a dudar de que Dios se le hubiese aparecido nunca.

(2) ¡Pobrecito!

EN DONDE SE DESARROLLAN SUCESOS TAN
MARAVILLOSOS COMO EL DE LA TORRE
INCLINADA DE PISA

Sin embargo, el Papa no dudó más que unas horas.

Aquella misma noche, al filo de las doce, cuando el Vaticano dormía su sueño de mármol, se oyó un grito agudo e inexplicable en la Cámara pontificia. Los dos suizos que montaban la guardia en la puerta privada se miraron escamadísimos.

—*¡Per la Madona!* —dijo uno.

—*¡Cloglioni!* —exclamó el otro usando de la interjección preferida por Bonaparte.

Después pegaron el oído a la puerta. Percibieron distintamente la voz del Papa, que decía lo que mil y pico de años antes había dicho San Pedro a Jesús en la Vía Apia:

—*¿Quo vadis, Domine?*

A continuación distinguieron unos rumores extraños, cuya naturaleza no acertaron a precisar.

Después oyeron gemir dulcemente al Pontífice, y luego, nada.

Los suizos volvieron a mirarse. Uno de ellos se llevó el dedo índice a la sien derecha y lo movió en forma de barrena. Y el otro repitió la palabra tan usada por aquellos días en Italia:

—*¡Poverello!*

Pero no bien amaneció, la noticia estupenda se extendió por todo el Vaticano, desde la Basílica al Museo y desde la Capilla Sixtina a las logias de Rafael: Dios había vuelto a aparecérselo al Pontífice, a medianoche y en su propia Cámara, emergiendo de dos llamaradas que, por cierto, habían chamuscado un tapiz.

Esta vez Dios tenía un aire triste.

Estaba desconsolado por el escepticismo ambiente. Y en un italiano purísimo, se había dirigido al Papa con estos términos:

—No me creen, *Fides intrépida* (i), ya lo sé. En sus corazones hay recelo. Piensan saberlo todo y no saben ni que nada saben. No importa. Verdaderamente te digo que mi venida a la Tierra es próxima. Difúndelo así. Yo obraré milagros para que tu voz sea oída. Al fin del día que ha nacido derrumbaré la torre de Pisa, y al fin del día que le siga volveré a edificarla.

Dijo y desapareció con un gesto amistoso.

El Papa ya no cayó enfermo, ni sufrió ningún ataque de nervios, ni suspendió sus audiencias. Ahora el Papa, con la fe y la seguridad del iluminado, con la serenidad y la tranquilidad del persuadido, con la *firmeza*. —En fin— del que obedece órdenes superiores, refirió a todo el mundo el suceso e incluso invitó a los *repórters* de los periódicos romanos y a cuantos quisieron venir de provincias a pasearse por la Secretaría, donde les serían facilitados abundantes datos sobre lo acaecido.

Las agencias de Prensa volvieron a sembrar con sus hojas de papel cebolla todos los diarios del Mundo, facilitando información de la segunda aparición del Dios. El teléfono, el telégrafo y la radio, multiplicaron, centuplicaron, millonizaron la noticia. Ya no era un telegrama lo que se traducía en letra impresa a los sesenta y tres idiomas conocidos, ahora era una multitud copiosa de datos; una extensa acumulación de referencias. Se incluían opiniones e interviús.

Los guardias suizos exageraron lo oído la noche anterior al través de la puerta. Interrogados acerca de por qué no habían avisado lo que sucedía, uno de ellos afirmó que Dios, apareciéndosele también a él, se lo prohibió terminantemente. El otro guardia, no sólo corroboró las palabras de su compañero, sino que agregó que Dios le había preguntado amablemente por su mujer y sus hijos, dándole recuerdos para ellos.

Volvieron los comentarios periodísticos mundiales, de contera a las informaciones recibidas de Roma. Pero ningún periódico reía esta vez: los católicos no opinaban; los conservadores se lanzaban a preguntar si dichas apariciones de Dios al Papa no perjudicarían al propio Papado; y los diarios de izquierdas atacaban ya resueltamente al Pontífice, acusándole: unos, de ignorancia supersticiosa; otros, de palabrería impropia de su Vicariato, y otros, de venalidad política recusable.

(1) Nombre que le corresponde al Papa, según la Profecía de San Malaquías.

Se establecían paralelos molestos entre él y Alejandro IV; hubo quien citó a los Borgias, pero los Borgias no acudieron a la cita (i).

En Madrid la opinión de la Prensa seguía siendo sonriente. No obstante, varios periódicos no comentaron el asunto, y *La Razón* publicó un artículo de su director, titulado "*Esperemos a ver que pasa con la torre*", que fue celebradísimo.

(1) Lo que podía considerarse como una grosería del Renacimiento.

Realmente, lo que sucediera con la torre de Pisa podía aclarar mucho la cuestión. Las palabras que el Pontífice decía haberle oído a Dios eran terminantes y se hallaban impresas en la memoria de la Humanidad entera: "YO OBRARE MILAGROS PARA QUE TU VOZ SEA OÍDA. AL FIN DEL DÍA QUE HA NACIDO DERRUM-BARE LA TORRE DE PISA Y AL FIN DEL DÍA QUE LE SIGA VOLVERE A EDIFICARLA".

Lo único que no se veía demasiado claro era aquello de "*el día que ha nacido*".

Dios se le apareció a las doce menos cuarto del 21 de marzo, o sea cuando estaba concluyendo dicho día; luego sólo al día siguiente podía referirse. Pero y entonces, ¿cómo a las doce menos cuarto de la noche daba por nacido el día siguiente? ¿Es que Dios no estaba seguro de la hora a que nace el día en la Tierra?

"*Tan confuso como siempre...*" —escribían irreverentes los periódicos de la izquierda avanzada.

El Papa dio al Mundo la solución del problema. Había reflexionado durante toda la noche las palabras divinas y las encontraba clarísimas. Era evidente —y natural— que Dios se guiaba por el Calendario hebreo (1), por lo cual, para Él, *a las doce menos cuarto del día 21 hacía seis horas largas que ya había nacido el día 22*. En consecuencia, la torre de Pisa debía de derrumbarse *al concluir al día 22*; esto es: momentos antes de ponerse el sol; es decir: a las cinco y treinta y siete de la tarde.

(1) En el Calendario hebreo, como en el musulmán, el día empieza a contarse a partir de la puesta del sol.

La aclaración sólo sirvió para provocar algunas bromas aisladas. Pero esas bromas ya no tenían ambiente. Un interés folletinesco había acogotado al Mundo. La pregunta universal era:

¿ SE D E R R U M B A R A

L A T O R R E D E P I S A ?

Y había respuestas para todos los gustos.

El planeta en masa volvía los ojos hacia la encantadora ciudad del Arno y a su famosa torre inclinada.

Las horas que siguieron lo fueron de máxima expectación.

Italia entera, anhelante, parecía contener la respiración, y desde la Lombardía hasta Sicilia, desde el Adriático al Tirreno, todas las ciudades italianas, puestas de puntillas, contemplaban a Pisa.

En Pisa, la emoción había llegado a hacerse tan angustiosa como un chaleco demasiado estrecho.

¿Se derrumbaría la torre? ¿No se derrumbaría?

Los cafés aparecían abarrotados por un público febril, impaciente y turulato. Las gentes se abordaban en las calles, sin conocerse, para cambiar impresiones y hacer vaticinios. Algunos creían en el milagro; muchos, no, y otros esperaban ver para creer. Había una efervescencia que sólo podía encontrarse en la magnesia.

En las primeras horas de la tarde la ciudad era un hervidero. Se suspendieron las oficinas y las clases. Se hizo huelga en todos los oficios y el comercio entero cerró a medianoche. No hubo nadie que no almorzase precipitadamente con la idea de *coger sitio*. Los puestos en los balcones de la plaza de la Catedral se habían pagado a 19 liras. A las cuatro de la tarde ya se cotizaban a 40 y a las cinco era imposible encontrar uno por menos de 250 liras y un arpa. Todo Pisa en las calles. ¡Qué absurdos resultaban ahora los versos con que Dante la había descrito...!

".. *cita monta é cadutta*..."

La orilla izquierda del Arnó se había volcado en la orilla derecha y por el barrio de San Esteban era ya un ensueño pretender andar. Compactas masas humanas intentaban llegar a la plaza de la Catedral. Inútil. La inmensa plaza estaba acordonada por agentes del Municipio: había que prever el posible derrumbamiento de la torre de las desgracias que ello

podía causar. (*Se comentó mucho esta fe en la seriedad de Dios de que dio muestras aquel día el Municipio de Pisa*).

Los centenares de almas que lograron un puesto en la plaza se miraban unos a otros con simpatía de correligionarios o de seres pertenecientes a la especie superior y privilegiada.

Aquel público, con su fragor de conversaciones nerviosas, se replegaba empujado por los guardias contra las fachadas y el nacimiento de las bocacalles. La Catedral estaba atestada. En sus gradas de mármol se apiñaban cien personas más de las que el mayor optimista hubiera calculado que cupiesen. Al pie del graderío un cordón de agentes servía de dique a la avalancha. El Batisterio era otro racimo de seres humanos. Y la muralla se hallaba también erizada de espectadores. Y no quedó un tejado ni una azotea en todo Pisa en donde no se viera un grupo de ciudadanos perforando la atmósfera con prismáticos y comiendo a dos carrillos, mortadela.

La plaza, la extensa pradera de musgo de la plaza, aparecía— en rudo contraste— limpia y desierta y en ella, inclinado hacia poniente, con una audaz inclinación inverosímil, se alzaba el monumento donde convergían en aquel instante todas las miradas del Universo, la famosísima torre, el "*tubo*" de mármol que ocho siglos antes construyera Bonanus: el "*campanile pendente*", con sus siete pisos de esbeltas columnas, su diadema maciza y sus cinco campanas.

A las cinco y cuarto de la tarde la expectación se había ya trocado en sufrimiento. Un sol con fulgores de crepúsculo doraba a fuego el espectáculo de aquella multitud de la que se desprendía, como el vapor de la caldera, el clamoreo de la impaciencia y de la nerviosidad.

A las cinco y media, sobre el clamoreo de la multitud, dominó cierta poderosa voz, gritando con acento toscano:

¡¡MANCANO SOLTANTO
SETTE MINUTI...!!
(¡¡FALTAN SIETE MINUTOS!!)

Un silencio absoluto siguió a estas palabras.

La muchedumbre era ya un solo corazón y aquel corazón se había paralizado de repente.

En ese instante cada hilo telefónico y telegráfico del Mundo y cada onda hertziana de la T. S. H., vibraba a impulso de lo que sucedía en Pisa. Y millones de altavoces se expresaban así:

¡FALTAN SIETE MINUTOS!

¡LA MULTITUD AGUARDA SOBRECOGIDA!

**¡AVIONES DE TODAS LAS FUERZAS
AEREAS DE ITALIA HAN COMENZADO A VOLAR
SOBRE LA TORRE INCLINADA!**

¡TOMEN PASTILLAS VALDA!

¡ATENCION!

A las cinco y treinta y cinco el silencio de la plaza de la Catedral se había extendido a la ciudad. Era un silencio tan denso que alteraba el pulso.

Todos los párpados temblaron del esfuerzo de permanecer abiertos por no perder de vista ni un segundo la torre inclinada.

Las 5 y 36... Las 5 y 36 con 20...

Las 5 y 36 con 40..

Las 5 y 36 con 50...

Las cinco y treinta y siete.

Era la hora.

Entonces...

La sorpresa, la admiración y el espanto hicieron que la multitud iniciarse un movimiento de retroceso... *La torre se movía.*

La torre *se inclinaba progresivamente*, progresivamente, progresivamente. ..

En aquel momento, un niño, escapado del gentío que ocupaba las gradas de la Catedral, cruzó la plaza. Mil gargantas gritaron enloquecidas:

—¡He! *¡Bambino! ¡Bambino!*

El niño, asustado, fue a situarse bajo la torre, precisamente por el lado por donde empezaba a desplomarse.

Un alarido, un rugido unánime.

Pero...

Todo el mundo pudo verlo: la torre se *detuvo en su caída.*

Permaneció *inmóvil unos instantes*. Luego se *enderezó*. E inició un nuevo desplome de *espaldas*; esta vez sin dudas ni vacilaciones hasta pulverizar sus mármoles contra el suelo con terrible estruendo.

Se oyó otro rugido general.

El niño estaba salvo. Pero treinta y cinco hombres, tres soldados y catorce mujeres, que al ver caer la torre hacia adelante se habían puesto detrás, se hallaban despachurrados por completo.

* * *

Las veinticuatro horas que, después de aquel suceso inadjetivable, vivió el Mundo, fueron sencillamente frenéticas.

En doce minutos llegó la noticia a Roma, Turín y Nápoles.

A los dieciséis se supo en París, Londres, Berlín, Viena, Madrid, Lisboa, Estocolmo, Moscú y Copenhague.

A los veinte minutos se enteraban de ella todos los buques en ruta por el Mediterráneo y el Atlántico.

A los treinta se extendía a Nueva York, Buenos Aires, Sidney, El Cabo y Yokohama.

Y a las nueve y media (hora de Greenwich), la incluía la Prensa de todo el Globo.

Fue un estupor planetario.

Y a la mañana siguiente en unos sitios, y a media tarde en otros, surgió la reacción: las conversaciones, los comentarios, los borbotones de preguntas, de respuestas, de exclamaciones, el indagar, el suponer, el calcular, el quitarse las palabras de la boca unos a otros. ..

Y el criterio humano se dividió en dos grupos.

Los que decían..

—No hay duda. Es cierto. Se ha cumplido lo que fue anunciado con toda clase de detalles y se ha cumplido de un modo riguroso y exacto. Las apariciones de Dios al Papa son, pues, verdaderas. Dios va a venir a la Tierra en fecha próxima. Esperémosle con la alegría respetuosa con que los hombres honrados deben esperarle. Y pongámonos a bien con él: que Dios nos coja confesados.

Y los que decían. ..

—Una casualidad por lo que afecta a la hora de la caída y eso es todo. El que se caiga una torre que se está inclinando desde el siglo XII, sólo prueba que se había inclinado ya cuanto podía tolerársele que se inclinara. Eso sin contar con que, de acuerdo con el Papa, alguien pudo socavar el terreno... En resumen: política, política y política. Es decir: una verdadera vergüenza. ..

Ambas opiniones tenían muchísimos mantenedores en todos los países y resultaba difícil determinar qué grupo era más numeroso.

En Italia dominaban los creyentes. Allí se conocía la solidez de la torre y se sabía lo inverosímil de un desplome natural. Lo del socavado tampoco podía aceptarse por la imposibilidad de llevarlo a cabo en secreto en una pequeña capital de provincia como Pisa. Además (y aquello era lo importante) la torre, que comenzara a desplomarse *a favor de su inclinación*, se había detenido y se había enderezado para acabar *derrumbándose en el sentido opuesto*. Miles de personas lo atestiguaban... ¿Probaba esto que Dios había modificado la caída de la torre para no hacer daño a aquel niño que se colocó, imprudentemente, debajo? No, puesto que al caer hacia el otro lado había hecho papilla a cuarenta y nueve espectadores y a tres soldados...

¿Entonces?

La cosa no podía estar más clara. Dios no rectificó el derrumbamiento por salvar la vida de un insignificante *contadino*; fue con un fin más alto por lo que lo hizo: fue porque Dios previó que si *tiraba la torre del lado de su inclinación iba a decirse que se había caído sola*.

En el Vaticano la impresión había sido inmensa para todos menos para el Papa. Le dieron la noticia en el momento en que tomaba su colación de la tarde. Se levantó en silencio, se acercó a uno de los amplios balcones desde los que se descubría el soberbio panorama de la plaza de San Pedro, limitada por las arcadas de la Columna Bernini, y extendiendo sus manos pálidas hacia el horizonte murmuró:

—*¡Factum est urbi et orbi!* (1).

Y se retiró a orar a su Capilla Privada cuando supo que la torre, al derrumbarse, había dejado hechos cisco a tres militares y a cuarenta y nueve paisanos.

¿Y Pisa?

Pisa entera se puso de rodillas.

Toda la ciudad era ya una sola mirada a lo alto, un solo rezo y un solo temor.

Por la noche hubo Oficios extraordinarios en la Catedral aplicados por el alma de los cincuenta y dos muertos de la tarde. Concluyeron con el *Veni Creator* nunca más oportunamente cantado que en aquellas circunstancias en que Dios estaba al llegar.

* * *

Y ahora...

Falta "la segunda parte"... Una nueva pregunta se instaló en todos los labios:

**¿VOLVERÁ
A LEVANTARSE LA
TORRE DE PISA...?**

Porque las primeras palabras divinas se habían cumplido: "AL FIN DEL DÍA QUE HA NACIDO DERRUMBARE LA TORRE DE PISA". PERO, ¿se cumplirían también las restantes?: "Y AL FIN DEL DÍA QUE LE SIGA VOLVERE A EDIFICARLA"...

—"*Eso quizá le cueste un poco más...*" —decía, siempre arma al brazo en su campaña irreverente, la Prensa de la izquierda.

Y los mismos creyentes no se atrevían a afirmar del todo.

El ansia general era que el tiempo volara, que Cronos metiera el acelerador al autor de las Horas (¡hermoso giro!), que esas horas se convirtieran en minutos y los minutos se transformasen en fogonazos.

Una jornada aún más emocionante que la anterior se preparaba aquel día 23 de marzo en Pisa.

Los trenes de Génova y Florencia llegaron abarrotados, con gente subida a las locomotoras, sentadas en los techos de los vagones y colgada de las empuñaduras de los timbres de alarma.

A mediodía no quedaba una sola habitación desocupada en hoteles, fondas, casas de huéspedes, *albergos* y *trattorias*. Y los antiguos palacios del patriciado rebosaban de tal modo de viajeros que se habían visto obligados a instalar camas en las aceras. Las anunciaban diciendo: "*Molta ventilazione*".

Se esperaba con ansia enfermiza las cinco y treinta y siete...

Se pagaban a 1,000 liras los puestos de la plaza de Catedral.

Pero todo el interés quedó defraudado.

A la una y media de la tarde el cielo se puso blanco; luego, plomizo; después, negro: truenos espantosos comenzaron a restallar acompañados de lívidos relámpagos de millones de kilovatios. Una lluvia rabiosa sacudió personas y edificios. A la lluvia se unió un vendaval epiléptico y un pedrisco que rompía cristales, destrozaba chimeneas y hería transeúntes.

El parte del Observatorio Astronómico decía:

CLIMA SECO — CIELO DESPEJADO — BUEN TIEMPO
(*Hubo que rectificar el parte del Observatorio*).

(1) "¡Hecho ha sido ante la ciudad y ante el Mundo!".

La tempestad, sin ceder un instante su violencia inaudita, duró toda la tarde y toda la noche.

Un rayo muy bien disparado destrozó la Central eléctrica. Tinieblas absolutas sepultaron la ciudad.

Las calles eran ríos y las plazas, verdaderas lagunas.

Los viajeros que habían llegado a Pisa en las primeras horas de la mañana y que para descansar del viaje se acostaron en las camas instaladas en las aceras, se sintieron, en mitad de su sueño, arrastrados por las aguas. Jamás habían recibido más justamente unos turistas el nombre de "población flotante".

Y otros muchos viajeros, que llegaron a media tarde en todo el fragor de la tormenta, al ver inundada la ciudad, pensaron que se habían equivocado de línea y que aquello era Venecia y se marcharon en el primer tren de la noche.

Todo el mundo se encerró en su casa.

Y Pisa quedó desierta bajo los elementos en pugna.

Al amanecer, cuando el cielo despejó, el milagro increíble estaba hecho.

La torre se erguía de nuevo, como si nada hubiera ocurrido, en la plaza de la Catedral.

Era la misma: la que edificara Bonanus en el siglo XII, con sus mármoles patinados por el resbalar del tiempo, sus siete pisos de aéreas columnas, su barandilla, su escalera de peldaños inmensos por lo que un caballo hubiese trepado fácilmente, su diadema maciza y sus cinco campanas.

Pero había sufrido una pequeña modificación.

Y fue que, como Dios no podía hacer nada torcido, al reconstruir la torre inclinada de Pisa, la había levantado vertical.

EN DONDE SE PRESENCIA LA LUCHA DE
"NEGROS" Y "BLANCOS" Y DIOS
DICE LA ULTIMA PALABRA
SOBRE SU VIAJE

El Gobierno italiano se llevó las manos a la cabeza. ¡ La torre de Pisa, vertical!

—¡Italia pierde tres millones de liras al año de los que ingresan en las arcas del Tesoro por turismo —manifestó al día siguiente el ministro de Hacienda a los periodistas—. Habrá que crear nuevos impuestos. ..

* * *

Pero si los ingresos del Tesoro italiano iban a disminuir, en cambio —merced a aquel milagro portentoso— el número de los seres creyentes del Mundo aumentó en un setenta por ciento..

Lo cual exacerbo la furia de los que no creían.

Y surgió la rivalidad, con todos sus ataques, sus injusticias, sus apasionamientos y sus crueldades.

Dos partidos quedaron resueltamente formados: los *blancos*, que estaban al lado del Papa y creían en la venida de Dios, y los *negros*, que acusaban de impostor al Papa y decían que el viaje de Dios era un *vaudeville*.

La prensa mundial se dividió también definitivamente y unos periódicos se hicieron defensores de los *negros* y otros de los *blancos*. Estos últimos habían editado unas tarjetas postales (que por el anverso ostentaban la fotografía de la torre de Pisa antes y después del milagro, y por el reverso contenían palabras de

cálida fe y exhortaciones de arrepentimiento ante la próxima venida de Dios) y sembraron la Tierra con ellas.

—¡Ciegos! —gritábanles a los *negros*—. ¿Todavía no lo veis claro? ¿Qué más queréis?, insensatos. ¡Dudar ya de una verdad tan rotundamente apoyada por hechos maravillosos demuestra algo más que mala fe: demuestra insuficiencia mental, estupidez, cretinismo!...

Y los *negros* se revolvían rugiéndoles a los *blancos*.

—¡ Los estúpidos, los insuficientes mentales, los cretinos sois vosotros! ¡Vosotros sois los que obráis de mala fe! ¡Guardaos vuestras tarjetas postales ilustradas! ¿ Pensáis que ignoramos ciertas habilidades de laboratorio y que no sabemos lo fácil que es amañar una fotografía?... .

Pero el razonamiento resultaba débil. Porque no se trataba de una fotografía amañada. La reconstrucción vertical de la torre de Pisa era una realidad tangible.

Y el ministro de Hacienda italiano se equivocó. Lejos de perder tres millones de liras al año por retracción de turismo, aquella torre, enderezada por la mano divina, convirtiéndose en el imán de la Humanidad, y de tal modo afluyeron los turistas a Pisa, que tres millones de liras fue la cantidad que recaudó en quince días el *cicerone municipal* encargado de enseñar por dentro el histórico cilindro ex inclinado.

Y, si las cosas continuaban así, se iba a dar el insospechado caso de que pronto serían más los humanos que visitaban la torre por estar derecha que los que habían ido a contemplarla por hallarse torcida.

De aquellos seres privilegiados a los que la posición social y la fortuna les permitía un viajecito a Italia muchísimos volvían a sus países convencidos, hechos *blancos* de los pies al sombrero. Pero siempre había una minoría de incrédulos, de envenenados de superioridad que torcían la boca en una sonrisa compasiva para acabar preguntándole al *cicerone* de la torre:

—¿Y está usted seguro de que la torre no la ha endezado el propio Municipio de la ciudad?

O incluso:

—¿Y no será que la torre no ha estado inclinada nunca?

Entonces el *cicerone*, que llevaba treinta años subiendo las escaleras y repitiendo el mismo disco arqueológico y que había caído varios días enfermo de la escachufante impresión que le produjo ver su torre en el suelo, hecha pedazos, gemía:

—¡*Signore!* ¡ Oh, *signore!*

Y rompía a llorar.

El Papa ordenó cantar un *Te Deum laudamus* en todas las iglesias de la Cristiandad y se dispuso a esperar las nuevas palabras de Dios.

Entretanto, día a día, la lucha de Prensa se hizo cada vez más enconada.

Cuando ambos bandos agotaron los insultos, cuando *blancos* y *negros* se hartaron de ponerse verdes, comenzaron a discutir con razones.

L'Humanité, *Pravda*, *Swit*, de Wieden; *Het Volk*, de Amsterdam; *Ossó*, de Hungría; *La Tierra*, de Madrid, y en general el bloque de diarios de ideas francamente comunistas, es decir, los *rojos* recrudecieron su campaña de sarcasmos y de burlas feroces, ya iniciada en la primera aparición de Dios.

Le Pettit Parisiën, *Heraldo de Madrid*, *O Primeiro Janeiro*, de Oporto; *Die Voss*, de Berlin; AOITCIA, de Atenas; *La Tribune*, de Berna; *El Pueblo*, de Salónica; *Crítica*, de Buenos Aires; *Negotia*, de Góttemburgo; *Samou Prava*, de Belgrado, y, en fin, los defensores de los *negros* se encaraban con los *blancos* para argüirles:

"*Vuestra locura y vuestro fanatismo os arrastran hasta destrozar los propios principios en que os apoyáis. Defendiendo y dando por buenas las alucinaciones que, en estos últimos tiempos, sufre el Sumo Pontífice, creyendo, aceptando y esperando la venida de Dios a la Tierra pecáis contra el dogma, que sólo admite la llegada de Dios con el Apocalipsis para asistir a la Resurrección de la Carne y dar principio al Juicio Final. . .*"

Estas palabras levantaron polvo y millones de seres se miraron absortos, pues la verdad era que todos se sentían creyentes, fervientes católicos o purísimos protestantes, pero también era cierto que todos ellos tenían grandes baches acerca de lo que admitía el dogma o lo que el dogma rechazaba.

En el trance, alguien alzó su voz erudita para rebatir las palabras de los *negros* y tranquilizar definitivamente a los *blancos*.

Fue el conde de la Torre con un artículo publicado en *L'Osservatore Romano* y reproducido en medio de justos elogios por millares de diarios. A dicho artículo pertenecen los siguientes párrafos, que copiamos como más sustanciales:

"*Nada nuevo puede maravillar a los cristianos* —aseguraba el conde de la Torre—. *El dogma potencialmente, puede dar siempre nuevas sorpresas, como se demuestra por los dogmas de la Inmaculada Concepción, y de la Infalibilidad Pontificia, que, hasta*

después de cerca de dos mil años de catolicismo, no han sido declarados".

Y afirmaba rotundamente:

"Por lo tanto, nada se opone tampoco a declarar "dogmática" e "histórica" la aparición de Dios sobre la Tierra".

Y aun añadía para que ya no cupiese ninguna duda:

"De otra parte, muchos Padres de la Iglesia, en especial los de la Iglesia de Oriente, han defendido la teoría —no explícitamente recusada por la Iglesia— del Milenarismo, o sea el Reinado de mil años inaugurado por una segunda presencia de Dios entre los hombres".

Estas terminantes palabras del conde de Torre fueron un bálsamo para la tranquilidad general. Los *blancos* respiraron como si les hubieran quitado de encima un monte:

—¡Ahí

Y muchos *negros* se pasaron resueltamente a los *blancos*.

Así fueron cayendo hojas del calendario de todos los hogares hasta llegar a esta que incluimos:

ABRIL	CONOCIMIENTOS DE
10	COCINA
VIERNES	Alcachofas fritas — Po-
Santos Ezequiel,	nerlas, partidas, en agua fría.
Miguel	Bañarlas en huevo batido o
de los Santos	rebozarlas en alguna pasta de
Apolonio	freír. Colocarlas en una
y Pompeyo	sartén y a la lumbre con
	suficiente manteca y cocerlas
	hasta que hayan tomado buen
	color.
	Solución a la charada
	ADEFICIOS

Amaneció como otro día cualquiera, pero ¡qué acontecimiento gigantesco iba a desarrollarse en aquel día! Los sucesos de por sí extraordinarios que venían sucediéndose en los últimos tiempos, iban a quedar casi olvidados por él.

En las primeras horas de la mañana, Dios hizo su tercera aparición al Pontífice en la Capilla Privada del Vaticano.

El Papa ya no se extrañó: esperaba con ansia desde hacia dos semanas. Su instinto le decía que ésta iba a ser la aparición definitiva y, probablemente, la última.

La capilla se iluminó de pronto con una luz esplendorosa: deslumbrante. Nunca se había iluminado así, si se exceptúa un día en que los operadores cinematográficos de la casa "Ufa" estuvieron tomando unas vistas del Vaticano con destino a cierta gran superproducción en proyecto. En medio de la deslumbrante claridad surgió Dios. El Santo Padre se postró de rodillas y apoyó su frente en el suelo como vil gusanillo: *servus, servorum dei*.

Dios habló:

—Oigo las voces de la Tierra —dijo.

—Están locos. . . —se aventuró a murmurar el Papa.

—No. No están locos, sino que le tienen miedo a la Verdad — contestó Dios.

Y agregó con un tono de celestial sencillez:

—Eso le pasa a cualquiera. . .

Hubo un silencio. Se percibía dulcemente el apagado rumor de las fuentes que corrían en la plaza de San Pedro.

Dios prosiguió de esta suerte, con voz más armoniosa que el rumor de las aguas:

—He aquí que he resuelto mi venida a la Tierra. Ello ocurrirá dentro de siete lunas. Descenderé en el centro del centro de mi afecto. Y a ti te digo que mi afecto es aquel pueblo que más trabajó y sufrió por mi expansión. Luego visitaré lo restante. Mi presencia será en figura humana, sujeto a su pequeñez, fragilidad y padecimiento. Me honrarás a la llegada. Y para que la duda se borre del corazón del hombre, al fin del día en que te hablo derribaré la Iglesia de cada ciudad del Mundo y al fin del día que amanezca volveré a edificarlas. Hizo otra pausa y, a modo de despedida, agregó: —Quedo contigo. El Papa besó el suelo.

Y la Capilla volvió a su anterior obscuridad: Dios había desaparecido.

El Sumo Pontífice invirtió el resto de la mañana en explicarse las palabras divinas.

No fue trabajo fácil.

Pero, gracias a una severa metodología, el Papa lo fue consiguiendo poco a poco.

"HE AQUÍ QUE HE RESUELTO MI VENIDA A LA TIERRA". Esto aparecía perfectamente claro.

"ELLO OCURRIRÁ DENTRO DE SIETE LUNAS" — Tampoco en esto había oscuridad. Dentro de siete lunas; es decir: el 17 de Abril.

"DESCENDERÉ EN EL CENTRO DEL CENTRO DE MI AFECTO".—Aquí se abordaba el tema más importante; el tema sobre el que ya había reflexionado mucho el Papa; ¿en qué lugar de la Tierra iría a aparecer, o descender, Dios? Y Dios anunciaba: *Descenderé en el centro del centro de mi afecto* para explicarle después al Pontífice: "Y A TI TE DIGO QUE MI "AFECTO" ES AQUEL PUEBLO QUE MÁS TRABAJÓ Y SUFRIÓ POR MI EXPANSIÓN". El Santo Padre meditó largamente. ¿Qué pueblo era aquél? ¿Roma? Hasta que una idea centelleante inspiró su mente: ¡España! España, sí. España era el pueblo que más *había trabajado y sufrido por la expansión de Dios*: las luchas contra todos los pueblos de Oriente; el golpe de gracia a Cartago; sus peleas contra el Imperio de los Cesares, su resistencia a los germanos; la expulsión de árabes y moriscos; la conquista y colonización de América; la derrota infligida a los turcos. Hasta en la época moderna, en pleno siglo XX, guerreaba con el beréber.. . España, no cabía duda. Sólo a España podía Dios referirse. España era "su afecto". *Descenderé en el centro del centro de España*. ¿Cuál era el centro exacto de España? El Santo Padre recurrió a un mapa minucioso.

El *centro* de España era la provincia de Madrid, y el *centro del centro*, el Cerro de los Angeles. Dios iba a descender junto al monumento a su Hijo.

"LUEGO VISITARE LO RESTANTE".—También esto aparecía claro. Visitada España, Dios se dirigirá a visitar el resto de la Tierra.

"MI PRESENCIA SERA EN FIGURA HUMANA, SUJETO A SU PEQUEÑEZ, FRAGILIDAD Y PEDECIMIENTO". — Lo cual quería decir que Dios iba a venir como hombre, tal como mil novecientos y pico de años antes había venido Jesucristo.

"ME HONRARAS A LA LLEGADA".—O lo que es igual, el Papa debía de hallarse presente.

Y por último:

"Y PARA QUE LA DUDA SE BORRE DEL CORAZÓN DEL HOMBRE, AL FIN DEL DÍA EN QUE TE HABLO DERRIBARE LA IGLESIA DE CADA CIUDAD DEL MUNDO Y AL FIN DEL DÍA QUE AMANEZCA VOLVERE A EDIFICARLAS". Lo cual era igualmente claro: dos milagros universales que iban a verificarle aquella misma tarde y la siguiente:

Cuando el Papa hubo aclarado las palabras divinas, dio el mensaje de ellas a la Cristiandad.

Lo que siguió es presumible.

Cuanto sucedió en Pisa la tarde del 22 de Marzo se repitió en todas las ciudades del Mundo el día 10 de abril, a la puesta del sol. Y cuanto en Pisa había ocurrido el día 23, tormenta fragosa inclusive, sucedió el día 11 en todas las ciudades del Mundo también.

Derribadas y vueltas a edificar millones de iglesias en el breve lapso de veinticuatro horas, la Humanidad, aterrada y atónita, cayó en un enloquecido silencio.

Nunca, a través de sus portentosas hazañas de la Biblia, se había visto más patente y asombroso el poder formidable del Dios del Sinaí.

En el haz del planeta no quedó un solo *negro*. E incluso los amarillos, los cobrizos y los aceitunados, confundidos por lo que contemplaban, empezaron a creer que Aquel era el verdadero Dios.

Al día siguiente, 12 de Abril, la Prensa de todo el Globo publicó otro telegrama sensacional.

Decía así:

U L T I M A H O R A

EL VIAJE DE DIOS, APLAZADO

Una cuarta aparición divina

Londres, 12, (6 tarde).—Despachos recibidos de Roma dan cuenta de una cuarta aparición de Dios al Sumo Pontífice cuando Su Santidad paseaba, después del almuerzo, por los jardines del Vaticano. En ella manifestó el Creador que aplazaba hasta el 10 de Mayo próximo su venida a la Tierra. Según parece, al aplazamiento obedece a que, después de los últimos milagros de derribar y reconstruir en dos noches las iglesias de todas las ciudades del Mundo, Dios se encuentra fatigadl-si-mo. —Associated Press.

Y la Humanidad se preparó para el 10 de Mayo. Como si fuera a

¡ AHORA VIENE LO BUENO!

LIBRO SEGUNDO

EL
ENCONTRARAN USTEDES
PASANDO LA HOJA SIGUIENTE

* * * * *

LIBRO PRIMERO
TERMINA EL
ASI

examinarme

LIBRO SEGUNDO

DIOS COMIENZA SU "TOURNEE"

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

34

LOS DOCE PRIMEROS KILÓMETROS DE LA CARRETERA DE ANDALUCÍA EN LA NOCHE DEL 9 AL 10 DE MAYO

ANOCHECER

Comienzan a encenderse las luces en pueblecitos próximos y lejanos. Vallecas, Móstoles, San Martín cía la Vega, Perales de Tajuña, Pinto, Navalcarnero.

Arriba centellean estrellas, y Venus —la *charca* de los antiguos peruanos— abre en ojo de gato el objetivo de su claridad fulgente.

Parpadean millares de faros "*Marchal*".

Once kilómetros de carretera alquitranada están totalmente ocupados por un rebaño inacabable de automóviles qué, de tres en fondo, pretenden avanzar hacia el Sur. Las aletas delanteras rozan los faros pilotos. Los estribos se tocan con los estribos. Los motores braman como bestias anhelantes. Los escapes lanzan chorros de humo.

Benzol y "*Gargoyle*".

Polvo.

Desesperado rugir de claxons y bocinas se extiende hasta el infinito.

Un clamoreo insólito formado por miles y miles y miles de conversaciones mantenidas en un área de treinta kilómetros cuadrados se une al bramido de los motores y al rugir de los

claxons y bocinas para organizar un guirigay infernal en el que nadie se entiende.

La noche, cayendo en barreta sobre el campo, parece hacer más confuso todavía el gigantesco barullo.

Gritos, exclamaciones, protestas, voces de mando. Una especie de tablero de ametralladora se acerca por momentos. De un megáfono parten aullidos desesperados.

—*¡Dejen libres las cunetas! ¡¡Dejen libres las cunetas!! ¡¡¡Dejen libres las cunetas!!!*

Un rosario de sombras humanas, que desfilaba por las cunetas, se tiran a los campos y salta a los ribazos. Y una moto, dos motos, tres motos, una hilera de motos llenas de soldados se deslizan por las cunetas, por entre el rebaño de automóviles y los palos de teléfono, con sus *siete caballos y medio* inflamados puestos a ochenta y escupiendo tufaradas de aceite de ricino quemado. Pasan como perros rabiosos.

En la lejanía se va apagando la orden apremiante, que parte de la primera:

¡Dejen libres las cunetas!!

¡ ¡Dejen libres las cunetas!! ¡dejen li. . .!

Y cuando la última ha desaparecido, el rosario de sombras humanas salta de nuevo de los campos y desciende de los ribazos para volver a ocupar la cuneta en su lenta e incesante marcha hacia el Sur. Se las descubre al resplandor fantasmagórico de los millares de faros: de todas las edades, hombres, mujeres y niños; obreros, gente del pueblo, campesinos, ciudadanos, clase media, burgueses. Se llaman unos a otros.

— ¡ Por aquí! — ¡ Marianooo! — ¡ No os separéis! — ¡ . . .co!

Se mezclan los nombres propios con las risas y los llantos de chiquillos perdidos en el tumulto. Muchos montan caballos, borricos o mulas, y llevan espoliques o impedimenta a la grupa.

Palabras de impaciencia. Regaños. Toses. Relinchos. Arrastrar de incontables pies. Un burro no quiere andar: palos y juramentos. Los que vienen atrás empujan. Un caballo se desmanda, se pone de manos y cae sobre los ocupantes de un seis cilindros turismo. Ayes. Más juramentos. Heridos. Dos disparos. Muere el caballo. Disputa. Estacazos. Se forma un apretado corro. La mayor parte sigue adelante, no queriendo perder tiempo. El polvo, como un denso telón que se corre y descorre alternativamente, ya los oculta o ya los muestra, con sus paquetes y morrales y sus cestas, donde llevan la cena de aquel día que ahora acaba y el desayuno del día siguiente.

Grupos de muchachos y muchachas pasan corriendo, cantando y atropellando a las gentes de edad, que protestan. Familias, que se esfuerzan por caminar unidas, con los niños sentados en los hombros del padre o del tío, gruñen entre el ruido y el polvo. —¡ A este paso no vamos a llegar nunca! —¡ A buena hora cenaremos hoy! —Si cenamos. —Todo sea por Dios —dice alguien.

Y esta frase provoca infinidad de comentarios.

Unos mozalbetes se han cogido de las manos gritando:

—¡*Marana tha! Marana tha*, que se ha roto la fuenteeeee! .

Sus gritos se pierden.

Y miles de voces repiten en todos tonos.

—*Marana tha! Marana tha! Marana tha!*

—¿*Marana tha?*

Sí, señor. Eso es: *marana tha!*

El bramido de los motores y el rugir de bocinas y claxons continúa incesante. De pronto, a lo largo del rebaño de autos corre un estremecimiento, es que la cabeza, allá en la lejanía, ha comenzado, sin saberse por qué, a movilizarse. Los motores aceleran, las palancas encajan primera, los escapes lanzan más chorros de humo. Lentamente los coches se ponen en movimiento conservando sus distancias de centímetros. Así avanzan tres metros, cuatro; y el rebaño de acero y de goma recauchutada vuelve a detenerse.

Son las siete y media de la noche.

¡NO LLEGAMOS!

A las once de la noche se sigue igual. El rebaño de autos apenas ha adelantado kilómetro y medio. Todo el mundo se desespera. Muchos se han quedado sin gasolina y los que aún tienen les proveen. ¿Generosidad de automovilistas? No. Es que si ellos se quedan allí los que vienen detrás no podrán pasar adelante.

Empiezan a verse agentes de circulación. Todos los agentes de circulación de Madrid han sido trasladados a aquel trozo de carretera, de una docena escasa de kilómetros, y sus cascos blancos despiden destellos emergiendo de la oscuridad y a las zonas de luz.

Nuevo avance, exageradamente lento. El tumulto ensordece y aturde. Luz roja. Luz verde.



El rebaño de autos cruza en desorden, mezclado con los peatones sudorosos, con las bestias de tiro y los animales de montura. Los motores braman ya con verdadera rabia, recalentados por esa marcha inaudita en la que se tarde una hora para recorrer cien metros. Los tubos de escape están al rojo y por entre su humo babeaban rápidas llamas. Los peatones se agarran a las aletas; muchos se suben a los estribos. Los chiquillos cogen piedras y escriben sus nombres en la carrocería, rayando el duco.

—¡Niño!

—¡Maldita sea!

—¡Tu padre!

—Su padre soy yo. ¿Ocurre algo?

Bocinazos. La caravana inmensa salva el paso a nivel.

A derecha e izquierda, en toda la extensión inmensa de los campos, hasta el límite lejano del horizonte, brillan centenares de miles de hogueras.

—¿Qué es aquello?

—Gente acampada.

—¿Gente acampada?

Sí. Se ha acampado en aquel área de treinta kilómetros cuadrados desde donde el mundo espera poder "*asistir al acontecimiento*". Familias enteras de Madrid y de provincias se han instalado —varios días antes— con sus utensilios más indispensables colocados bajo tiendas de campaña. Muchos se han construido barracas. Las cocinas se han situado al aire libre en anafes, estufas o simplemente sobre los montones de piedra. Pequeños comerciantes hacen su agosto. Hay centenares de puestos de churros, de patatas asadas, de gallinejas, de chuletas empanadas. Altramuces, cacahuetes, castañas, almendras, aceitunas. Faroles de carburo parpadean aquí y allá. Por el campamento inmenso caracolean, dando tumbos, grandes camiones de los municipios próximos vendiendo carne, legumbres y pan. La Cruz Roja ha establecido hospitales de campaña. El vocerío de aquella multitud, que es como una horda que corriera a una conquista o un pueblo que emigrara de una inundación, sube hasta el cielo en nube tangible. Pregones innumerables. Un caos de palabras.

La brisa de la noche trae ruidos de millares de vajillas, canciones, llamadas, sonar de acordeones y guitarras, ayes

lejanos y un olor anárquico de guisos, de transpiraciones, de respirar aglomerado, de seres en promiscuidad, de gas y de fritangas múltiples.

En la carretera continúa el lento desfile, la enorme serpiente de autos y de sombras humanas.

—¡ Cuidado con atropellar. . . animal!

—Pues sálgase de la carretera y vaya por el campo.

—¡ El campo "está ocupado"! . .

—En el campo no cabe un alfiler. ¿No lo sabe usted ya, so idiota?

—¡ Más le valía a usted tener un poco de. . .!

—¡Usted a mí. . .!

Desde el estribo de un "Ford" interviene un fraile dominicano:

—¡ Hijos míos, hijos míos, no regañen la víspera de la presencia de Dios. . .

De pronto, agudos pitidos llegan rebosando de auto en auto.

—¿Y eso por qué?

Miles de luces anaranjadas se encienden en las traseras de los coches, junto a las maletas y las ruedas de repuesto.

STOP — STOP — PARE — STOP — PARE — STOP.

Chirrían los tambores de los frenos. Y el rebaño trepidante vuelve a quedar inmóvil. Más protestas. Más gritos. Nuevo rugir delirante de claxons.

—¿Y ahora?

—¡ Pues estamos arreglados!

—¿Qué kilómetros hemos recorrido?

—Tres. ¡ En siete horas!

—¿Y nos faltan?

—Cerca de nueve.

—Entonces es inútil. No llegamos.

—No llegamos.

—No llegamos.

Y en el interior de todos los autos se repite:

—NO LLEGAMOS.

— ¡ Qué organización!!

—¡Un asco!

—¡ Un puro asco!

—¡No llegamos!

EN DONDE QUEDA COMPROBADO QUE LA
HUMANIDAD TENIA MÁS MIEDO QUE
VERGÜENZA

DESPUÉS DEL SILENCIO

Después de aquel silencio atónito en que había caído la Humanidad cuando Dios derribó y reconstruyó en dos noches las iglesias de todos los pueblos, y después de la cuarta aparición al Papa en la que el Supremo Hacedor indicó que retrasaba un mes su presencia en la Tierra, señalándola para el 10 de mayo, a las once de la mañana, el Mundo entero pareció volverse loco.

Una ola de religiosidad furiosa barrió el planeta desde Alaska a la Tierra del Fuego, desde la Tierra de Francisco José al Transwaal, desde Portugal a las islas Hawai y desde la Florida a Kioto.

Millones de templos vieron centuplicado su culto: los donativos al Clero se pusieron de moda: los habituados a rezar, rezaron más que nunca; los que habían olvidado el rezo, lo recordaron, y los que no sabían rezar, aprendieron. En catedrales, iglesias, ermitas, santuarios, la Humanidad se prosternó. Y se levantaron altares improvisados. Y cada amanecer sorprendía a multitudes de los dos hemisferios hincadas piadosamente de rodillas ante una imagen.

Todo el mundo empezó a oír misa diariamente en ciudades, pueblos, "ranchos", haciendas, aldeas, plantaciones, saltos de agua, talas de bosques, minas, pesquerías, faros, aeródromos, puertos, dársenas flotantes, acorazados, submarinos, transatlánticos, barcos de fletes,

lanchas, dirigibles, aviones de pasajeros, trenes, autobuses de línea y funiculares de montañas.

VENTAS

En quince días se vendieron:

400 millones de "*Biblias*",

260 millones de ejemplares de los Evangelios.

180 millones de "*Hechos de los Apóstoles*".

890 millones de Cristos en la Cruz.

630 millones de otras imágenes religiosas.

Y 280 millones de litros de agua bendita.

CONVERSIONES

En quince días se convirtieron en católicos 102 millones de gentiles e hicieron la primera comunión 83 millones de seres.

PRURITO DE SANTIDAD

Un sentimiento religioso, un prurito de santidad, un deseo de rectitud y de buena conducta aleteó sobre la Tierra, e individuos de seis razas se confesaron, buscando la absolución de sus culpas, y se presentaron a sus enemigos para hacerse perdonar por ellos, y pagaron sus deudas, y cumplieron promesas que jamás habían soñado en cumplir. Los mentirosos declararon sus mentiras, los calumniadores sus calumnias, los estafadores sus estafas, los ladrones sus robos, los criminales sus crímenes, los médicos sus equivocaciones, los comerciantes sus engaños, los catedráticos su ignorancia, los adúlteros sus adulterios, etc., etc. Y en cada piso de cada casa de cada ciudad se armó un lío fantástico que no acabó a tiros, porque todos habían decidido ser buenos y lo resolvieron atizándose abrazos, llorando lágrimas del tamaño de limones y entonando el *Ave María*.

CUANDO.....

Cuando en un hogar desordenado se aguardan huéspedes de importancia, se hace todo lo posible porque el hogar quede ordenadísimo.

Cuando un hombre sucio sabe que va a tener que desnudarse delante de gente, se apresura a bañarse.

Cuando la Humanidad adquirió la certidumbre de que Dios iba a venir a la Tierra, la Humanidad se obstinó en hacerse buena, pura, digna y perfecta.

LOS CAMINOS DE DIOS

Nueve son los caminos que la Religión Cristiana señala como conducentes a la perfección:

*** la vía martium * la vía religiosorum * la vía virginum**

*** la vía conjugalorum * la vía pauperum**

*** la vía divitum * la vía castitelt *la vía esleciaterum**

*** la vía prelatorum**

Y al final de ellas está Dios, en la cumbre de un montecillo:

Mons perfectionis

La humanidad comenzó a avanzar en caravanas por cada uno de los caminos, y, si fueron millones los que se convirtieron y los que hicieron la Primera Comunión, millones fueron también los que disciplinaron sus carnes, los que ingresaron en conventos, los que lloraron océanos de lágrimas, los que hicieron voto de pobreza y de castidad y abstinencia, y los que abrazaban definitivamente la carrera eclesiástica.

Al final de todo, estaba Dios.

Dios en la cumbre de un montecillo.

De un cerro.

Del Cerro de los Angeles (Madrid-Getafe).

Mons perfectionis.

MIEDO

¿A qué obedecía semejante sentimiento de carácter universal? ¿ Por qué la Cruz aparecía en todas las solapas y pendía de todos los escotes? ¿ Por qué las multitudes perseguían a los pocos herejes que aun quedaban,

quemándolos como en los tiempos del Santo Oficio? ¿Lo decimos?

—¡Sí!

Declarémoslo de una vez: esto era MIEDO.

Miedo. Y del más gordo.

La Humanidad tenía nuevamente miedo de Dios, al Dios del Sinaí, al Dios Creador, *que volvía a acordarse de los hombres*. A aquel Dios, que organizara siglos antes la Gran Temporada de Baños Públicos denominada Diluvio. Al Dios que acababa de tirar y reedificar la iglesia de cada ciudad del Mundo en dos noches, y que lo mismo que había reedificado, podía quedarse a mitad del camino. . .

Esto es: destruir el Universo y no molestarse en reconstruirlo otra vez.

Porque, después de todo, para lo que servía el Universo.

. .

EN DONDE SE RESEÑA EL SOLEMNE
"TE DEUM" QUE SE CANTO EN LA BASÍLICA
DE SAN PEDRO EL 20 DE ABRIL

UNA ENCÍCLICA

A la semana siguiente de la cuarta y última aparición de Dios, cuando se halló repuesto de las emociones sufridas, el Papa había dictado una Encíclica.

Se titulaba "*De gratii*"; estaba encabezada con las palabras "*Hijos míos en Cristo*", y en ella el Santo Padre exhortaba a todos los obispos del mundo cristiano a que celebrasen el correspondiente "*Te Deum laudamus*", *pergratia plena*, en cuantos templos abarcasen sus respectivos obispados.

Este "*Te Deum*" mundial, que celebraron escalonadamente todas las iglesias en un lapso de seis días, constituía la "acción de gracias" por los beneficios que la Cristiandad había recibido, con intermedio del Sumo Pontífice, en los últimos tiempos, y por los que esperaba recibir.

LOS ESFUERZOS DEL PAPA

El Papa, por su parte, también hizo cantar en Roma el "*Te Deum*" correspondiente.

Su organización fue prolija y erizada de trabajos. Sólo una voluntad de acero como la del Santo Padre, sólo aquella energía suya, inquieta y desbordada, aquella energía que le llevaba a dar golpecitos de impaciencia con el pie cuando

una audiencia era demasiado larga o a levantarse dejando con la palabra en la boca al embajador que se ponía un poco pesado en su presentación de cartas credenciales, sólo aquel carácter firme, rectilíneo o inconvencible, podía lograr el pasmoso resultado de aunar tantas voluntades dispersas y someter a un mismo fin tantos caracteres, intereses y pasiones encontrados.

El "*Te Deum*" de la Basílica del Vaticano prometía ser una cosa grande, y lo fue. Tan grande, por lo menos, como la propia Basílica.

El primer esfuerzo del Papa tendió a convencer a Mussolini y al Rey de Italia para que asistiesen. Entre la Corte y el Vaticano "había etiqueta" (1) y el Santo Padre tuvo que luchar bastante, pero acabó arrancando del Duce la promesa de acudir. Convencido el Duce, la Corona no haría sino obedecer las indicaciones del Palacio Chigi.

Luego el Sumo Pontífice redactó una lista de monarcas destronados y envió un propio a cada uno con sendos *buletos invitatorios*. Y a un mismo tiempo, y casi a una misma hora, rompían el sello triposopico (2) de su respectivo *buleto* varios reyes, que paseaban por el Mundo sus melancolías de inquilinos desahuciados, tales como:

Manuel de Braganza, de Portugal.

Pedro, de Grecia;

Pedro, de Montenegro;

Guillermo de Hohenzollern, de Alemania;

Hupreth de Baviera, Etcétera, etc.

Y hubo uno —*Carol, de Rumania*— a quien el Papa tuvo que dejar por imposible, porque tan pronto rey destronado como rey coronado, no había manera de saber con él a qué carta quedarse. Era la Pastora Imperio de los monarcas.

Enterados de la invitación del Santo Padre, la mayor parte de ellos prometió asistir.

Sin embargo, hubo excepciones. Por ejemplo: Pedro de Montenegro declinó el honor alegando un catarro de carácter anárquico que le tenía sumido en un estornudo vitalicio, y Hupreth de Baviera, colocado en un Banco de Viena, manifestó lo imposible que era dejar su empleo.

(1) Haber etiqueta *es* una expresión de origen corso que significa tanto como existir entre dos partes lo que pudiéramos llamar "una des-armonía educada".

(2) Alude al sello que cuelga de las bulas y que por un lado tiene las efigies de S. Pedro y S. Pablo, y por el otro, la faz del Papa.

Guillermo de Hohenollern, el ex Kaiser, dijo que iría si le permitían sentarse en el lugar del Papa. Se le advirtió que eso *no* podía ser. Y entonces contestó:

—¡Pues que vaya "*Fritz Müller!*" (1)

Era el mismo hombre de 1914.

LA "REUNIÓN" DE LAS IGLESIAS

Conseguidos estos resultados, el Pontífice prosiguió su labor, invitando a la "Reunión de Todas las Iglesias".

Aquí tropezó con dificultades insuperables. Como el "*Te Deum*" iba a celebrarse en acción de gracias por la venida de Dios, y Dios había elegido España por lugar de llegada, las Iglesias se negaron a la "Reunión". En vano el Papa repetía las palabras convincentes que ya le dirigiera al Duce, al Rey de Italia y a los demás príncipes destronados :

"Viene una Potestad que está por encima de todos".

Fue inútil, y el Santo Padre hubo de resignarse, no sin desahogar su desilusión con las expresiones más pintorescas del Milanésado que le están permitidas para desfogar sus rabietas a un Santo Padre.

EL ACTO SE AVECINA

Con todo esto llegó la fecha señalada para el solemne "*Te Deum laudamus*", el 20 de abril.

Roma estaba atestada de turistas nacionales y extranjeros, y en la ciudad del Vaticano no cabía una pulga.

Una multitud estupenda llenó la parte de la Basílica que se desatinó al público y abarrotó la plaza de San Pedro, las arcadas de la Columnata, el Obelisco y los alrededores.

A las once menos cuarto llegaron Mussolini y los Reyes de Italia en el ferrocarril miniatura que une Roma y la urbe vaticana.

Trescientos músicos soplaron en sus instrumentos la "*Giovinezza*" (2) y ocho mil camisas negras y seis mil *balillas* la entonaron a coro elevando el brazo derecho:

(1) O, como diríamos en España, "Perico de los Palotes".

(2) Himno fascista.

"Su, compagni in forti echiere
marciam verso l'avvenire,
Siam falangi audaci o fero
pronte a osare, pronte a ardire,
Trionfi al fine l'ideale
per cui tanto combattemos
Fratellanza nazionale
l'Italiana civita
"Giovinezza, giovinezza,
primavera di bellezza,
nel facismo é la vatvezza
della nostra libertad".
¡Alalá!

Con el cortejo llegaron también —por fin— los reyes destronados que se decidieron a asistir. Fueron ovacionadísimos y ellos saludaron amablemente, pero con esa sonrisa escamada del que sabe que es bueno no fiar demasiado en las ovaciones de la multitud.

EL "TE DEUM"

El "*Te Deum*" comenzó a las once en punto.

Los Obispos de que el Papa pudo echar mano asistieron con mitras de lino, y se sacó la antigua silla de San Pedro (1)

La Radio se disponía a difundir el acto por todo el planeta. Un equipo de diez altavoces electrodinámicos se hallaba instalado sobre las comisas, a 18 metros de altura (perfectamente estudiado el evitar efectos de eco y resonancia), y seis micrófonos abrían sus fauces, para recoger el sonido desde el Trono Pontifical, el altar y el coro. Un amplificador de 600 W, y otro amplificador microfónico suministraban la energía necesaria. La longitud total de los conductores de alimentación de los altavoces sobrepasaba los dos kilómetros y se había cuidado particularmente el hacer invisibles estos hilos para no afean la arquitectura espléndida de la Basílica.

A las doce, el Sumo Pontífice hizo una breve y hermosa alocución en latín.

No le entendió nadie, pero gustó mucho.

Dijo que jamás el Orbe, desde el año I, había atravesado por una circunstancia más extraordinaria, no había vivido

(1) Es decir: se llevaron a cabo los ceremoniales máximos.

horas más emocionantes. Exhortó a la Cristiandad a prepararse adecuadamente para gozar en toda pureza espiritual de la presencia divina. Anunció que la llegada de Dios iluminaría quizá muchos puntos no bien comprendidos del dogma y declaró cuánto confiaba en que, de allí en adelante, los hombres iban a ser buenos y justos.

Al acabar su alocución el Papa, diez o doce insensatos se hicieron un lío y aplaudieron, como si aquello fuera un mitin radical-socialista. El Papa los miró severamente. Ellos, azorados, sin saber qué hacer, intentaron encender un cigarrillo, advertidos a tiempo, guardaron el cigarrillo en un bolsillo del chaleco y acabaron fingiendo ataques de tos y cubriéndose las caras con las chisteras.

RESUMEN

Por fin concluyó el "*Te Deum*".

Había durado tres horas y media y nadie pudo evitar al terminar un desfile de bocas bostezantes.

Durante el grandioso acto hubo muchos enfermos de calor.

En la plaza de San Pedro murieron siete espectadores, dos de insolación, cuatro despachurrados por la multitud y el último ahogado en el pilón de una de las fuentes.

En suma: lo que se dice un éxito.

PELIGROSA ACTITUD DEL GOBIERNO ESPAÑOL
DEBATES Y ESCÁNDALO

La emoción de saber a España, elegida por Dios para su llegada fue indescriptible.

Él está con nosotros.

Dios es español.

Reina en España.

Somos el pueblo elegido.

Estas y otras muchas expresiones parecidas se leían, pronunciaban, escribían y repetían a diario.

Al principio el Gobierno pretendió desentenderse del asunto, pero las minorías se encargaron de advertirle el peligro que corría.

—¡ ¡ Cuidado!! ¡ La nación no está dispuesta a tolerar neutralidades sospechosas de ateísmo, y si lo considera necesario, pasará por encima de vuestros cadáveres!

Los socialistas se unieron a ellos al grito de "*¡Cristo inició el socialismo!*"

El Gobierno, aunque flaqueado por fuerzas poderosas, intentó mantener su actitud.

—¡ ¡ Somos de aquellos hombres de la índole del acero, que se cimbrean, pero no se doblan!! —gritó el presidente del Consejo al final de un discurso.

—¡ ¡ ¡Cursi!!! —le aulló más de media Cámara, puesta en pie.

—¡ ¡ ¡ Cursilazo!! —le vociferaron desde las tribunas. —
¡Camello de Arabia!

—¡Burra de los Pirineos!

—¡Cerdo de Yorkshire!

Fue un escándalo horrendo.

El presidente del Congreso rompió once campanillas de la propiedad de la Cámara y acabó rompiéndose la propia campanilla. Tuvo que retirarse a visitar a un otorrinolaringólogo.

Cinco tinteros, hábilmente colocados en la nariz del jefe del Gobierno con la violencia innata en los tinteros cuando se deciden a cruzar por el aire un salón, vistieron inesperadamente de luto a Su Excelencia (1).

RENDICIÓN DEL GOBIERNO

A las ocho de la noche el pueblo invadió el Palacio Legislativo. ¡No nos intimidaréis! —rugía todavía el jefe del Gobierno—. ¡Somos de acero!

Un grupo de ciudadanos asaltó la meseta presidencial y la tribuna secreta de secretarios llevando unos chismes confusos al hombro. En un santiamén colocaron aquellos chismes unos encima de otros y los atornillaron. Entonces se vio que aquellos chismes eran una ametralladora.

Se corrió en todas direcciones.

—¡ ¡ Somos de acero!! —seguía rugiendo el presidente del Consejo—. ¡ ¡ Somos de acero!!

El ministro del Trabajo, lívido, a su lado, le advirtió con palabra sabia:

—Es que la ametralladora también es de acero, presidente. . . —En fin, señores. . . Quiero evitarle a España horas de sangre. . .

JUBILO NACIONAL

La sesión concluyó de madrugada, al grito unánime de "*¡Viva Cristo Rey!*"

El Gobierno había prometido dedicar *al "acontecimiento maravilloso" toda la excepcional atención que merecía*, y el júbilo renació en el país.

Dios va a venir.

Dios está con España.

Dios nos protege.

En vista de que la protección de Dios era indudable, todo el mundo abandonó sus ocupaciones.

Y se inició una huelga general de brazos levantados (al cielo) que nadie podía calcular cuando acabaría.

(1) ¿Acaso Lutero no se libró del Diablo tirándole un tintero, en Wartburg?

—Sí, señor, sí.

LA "MARCHA SOBRE MADRID" CIERRE DE FRONTERAS

La Agencia Cook había anunciado en todos los países un viaje económico en grupos para presenciar la llegada de Dios, y diariamente atravesaban las fronteras millares y millares de extranjeros, que afluían en interminables caravanas hacia Madrid. Pronto la capital de España pasó de dos millones de habitantes y amenazó con llegar a tres.

El Gobierno, resuelto por fin a actuar como tal en aquel asunto, cerro las fronteras el 17 de abril. Ya era tiempo. En tal momento el número de los inmigrantes excedía los nueve millones.

Pero si las fronteras podían cerrarse al paso de los extranjeros, era imposible impedirlos al tránsito por vía férrea y por carretera a los naturales del país. Y no había que olvidar que cada ciudadano español tenía pensado en su fuero interno:

"Yo no me pierdo la llegada de Dios. El día 10 de Mayo me amanece a mí en el Cerro de los Angeles o dejo de llamarme Eleuterio (1).

La "*marcha sobre Madrid*", como denominaban a aquel éxodo los periódicos, se había iniciado muy pronto desde el Norte, el Sur, el Este y el Oeste de España. Se llegaba en tren, en auto, en bicicleta, en carro, en tartana, a pie, en triciclo, en patines, a caballo, en burro, en buey y a hombros de mozos de cuerda de los alrededores de Arganda

(1) Esto decían los que se llamaban Eleuterio, claro. Los demás decían otras cosas parecidas.

El día 20 de Abril mientras se celebraba el "*Te Deum*" en el Vaticano, Madrid rebosaba y no había una sola plaza en hoteles, fondas y casas de huéspedes.

El día 23 el gobernador civil se dirigió a los propietarios que tuvieran pisos desalquilados en sus fincas obligándolos a ponerlos a disposición de los viajeros sin albergue.

El día 25 ya hubo necesidad de habilitar los cuarteles, los edificios de las escuelas, las oficinas dependientes del Ayuntamiento y la Diputación, los mercados, las Casas de Socorro, etc., etc.

Y el día 30 se fijó en todas las esquinas un bando merced

B A N D O

al cual *se autorizaba para dormir en las calles, plazas y plazuelas de poco tránsito*, mediante el pago de unos boletos que valían seis reales. Los guardias andaban ojo avizor por aquellas alcobas improvisadas al aire libre, despertando inexorablemente a los que no habían adquirido su boleto y haciéndoles vagar de un lado a otro. Muchos se acostumbraron a dormir de pie, y varios habían aprendido a roncar yendo a paso gimnástico.

La ciudad tenía un aspecto bíblico y catastrófico. Poco a poco se convirtieron en campamentos, primero las calles de escaso tránsito, y luego las muy transitadas.

Los puestos conseguidos se conservaban de una noche para otra.

DIÁLOGOS RAROS

Se oían diálogos raros:

—¿Dónde están instalados ustedes?

—En la Plaza Mayor, tercer soportal de la derecha.

—¡Excelente sitio! Nosotros hemos podido conseguir un escalón de la iglesia de San Ginés.

—Suerte la de unos amigos míos de Pamplona. . .

—¿Pues?

—Que se han hecho dueños de la estatua de Isabel la Católica en la Castellana.

—¡Sopla!

—Hay gentes que nacen de pie, sí, señor.

LOS MONUMENTOS

Realmente, los monumentos públicos resultaban comodísimos, y a seis reales por persona podían considerarse regalados. El grupo de viajeros —unos ocho o nueve— que habitaba en el Retiro la estatua del general Martínez Campos era envidiado por todos, pues aparte de que allí se disponía de una verja que evitaba intromisiones, se disfrutaba de un césped mullidísimo y de un magnífico estanque donde hacerse por las mañanas la *toilette*. Al caer la tarde, el sol doraba el estanque y sus cisnes navegando a la vela, y el lugar se ponía precioso e invitaba al amor.

Miles de almas estaban de acuerdo en que la estatua del general Martínez Campos era una verdadera "residencia" de millonario yanqui en vacaciones.

PRIMEROS DE MAYO

A primeros de Mayo, aunque la "*marcha sobre Madrid*" había continuado incesante, la capital comenzó a descongestionarse.

Era que se acercaba el día 10, la *fecha* por excelencia, y las multitudes iniciaban su instalación en el Cerro de los Angeles.

O mejor: en las cercanías del Cerro de los Angeles, en aquellos treinta kilómetros cuadrados de estepa que, felizmente, se hallaban despoblados en torno al Cerro.

Porque el Cerro, sus faldas y su explanada, estaba *reservado* por orden del Gobierno —(y así lo manifestaban los regimientos que formaban cordón a su alrededor a cuantos intentaban acercarse)— para que se colocaran los privilegiados, es decir, el *elemento oficial*.

PROBLEMAS QUE SE PLANTEARON Y
SOLUCIONES QUE ENVÍO EL SANTO PADRE

CONSULTAS Y CONSEJOS

El Gobierno español, por intermedio del Nuncio de Su Santidad, tuvo que ponerse al habla varias veces con el Vaticano para pedir detalles, hacer consultas y recibir indicaciones, inspiraciones y consejos acerca de multitud de puntos oscuros.

Estos extremos tenebrosos habían sido varios.

—¿QUIÉN DEBÍA RECIBIR A DIOS?—

—¿CUÁL TENIA QUE SER EL PROTOCOLO DEL RECIBIMIENTO?—

—¿QUE TRATAMIENTO SE LE DABA?— —¿QUE CLASE DE FESTEJOS EN SU HONOR ERAN LÍCITOS?—

—¿CÓMO DEBÍA SALUDARLE EL PUEBLO?—
(Etc., etc.)

Roma no tardó en enviar adecuadas respuestas. El Santo Padre, a quien el intensísimo trabajo de aquellos últimos tiempos amenazaba agotar, lo tenía todo previsto.

De sus previsiones se dedujo que a Dios debía recibirle El mismo, para lo cual ya llevaba adelantadísimos los preparativos de traslado a España. De esta nación tendrían que hallarse presentes a la llegada del Supremo Hacedor:

El jefe del Estado.—Gobierno en pleno—Cámara o Cámaras Legislativas. — Nuncio y sus camareros secretos.— Obispos de Madrid-Alcalá. Cardenal Primado.—Patriarca de las Indias.—Príncipes, Princesas y toda clase de Individuos de la Sangre Real.—Grandeza.—Alta

Magistratura.—Caballeros de las Ordenes Militares Nacionales y Extranjeras.—Tribunal de la Rota. — Cuerpo Diplomático — Ordenes Religiosas. —Unión de Damas Católicas.—Adoración Nocturna. — Asociaciones, Cofradías y Hermandades Cristianas. —Venerable Orden Tercera.—Cuerpo Colegiado de la Nobleza.—Clero de Madrid con Cruz Alzada.—Parroquias, etc., etc.

Y, en opinión personal del Papa y por parecerle que le sería grato a Dios Nuestro Señor, personal de redacción y talleres de *El Debate*, con linotipias bajo palio.

EL PROTOCOLO

Respecto al protocolo, contestó el Sumo Pontífice que, a su tiempo, lo enviaría con un Legado Apostólico, pero que, entretanto, sería bueno que se tuviesen dispuestos dos Reyes, un Emperador y un caballo blanco con gualdrapas de púrpura y arreos de oro.

— ¡No es nadie el Papa pidiendo! —había gruñido al enterarse el presidente del Consejo.

EL TRATAMIENTO

En el tratamiento adecuado a Dios, el mismo Pontífice se armaba un poco de barullo. Acabó indicando el de DIVINA MAJESTAD REAL E IMPERIAL, pero advirtiéndole que no estaba seguro de que ese tratamiento fuera dilecto del Altísimo.

LOS FESTEJOS

En lo que afectaba a los festejos lícitos en honor de la Divinidad, el Papa recomendaba "*cuantos emanaran deleite puro, más mirando al espíritu que a los sentidos, y no contravinieran las leyes de un refinado buen gusto*". Le daba al Nuncio la comisión de pensarlos, seleccionarlos y elegirlos "*per il splendore é la felicità che porta seco*", decía el Pontífice. (Sic).

EL SALUDO A DIOS

Finalmente, y con respecto a cómo debía de saludar a Dios, también enviaba respuesta el Santo Padre.

Era aquel un extremo importantísimo, considerando sobre todo la enorme masa humana, de infinitas clases sociales, que iba a recibir al Señor, y el delirio entusiástico y frenético que se apoderaría de ella al ver al Hacedor Supremo en persona. Había que poner de acuerdo a esta importante masa humana. Había que enseñarle "un saludo adecuado", pues si no, se corría el riesgo de oír a las gentes gritar "*¡ Viva Dios!*" y quién sabe si "*¡ Vira la Virgen!*" o cualquier otra expresión cariñosa, pero impropia

El Sumo Pontífice también tenía previsto el caso y, como "saludo adecuado" para ser puesto en labios del pueblo aconsejaba, aparte del clásico *¡HOSSANA!*, las palabras hebreas: *¡MARANA THA!* ("*Aquí está el Señor*".)

¡MARANA THA!

Por espacio de tres semanas las Estaciones transmisoras de España radiaron diez veces diarias aquel "saludo adecuado":

—MARANA THA! — MARANA THA! — MARANA THA!

—*No lo olviden, queridos radioyentes: "Marana tha"!* . .
—*¡Al aparecer, el Señor en el Cerro, deberán gritar únicamente: "Marana tha"!*

—*¡Sólo "Marana tha"!*

—*"Marana tha"!* "*Marana tha"!*

—*¡No hay más saludo que "Marana tha"!*

Millones y millones de seres repetían:

—*Marana tha!*

—*Marana tha!*

—*¿Está usted enterado?*

—*Sí, señor, Marana tha!*

Marana tha!, eso es.

—*Únicamente Marana tha!*

—*MARANA THA!*

Pero ¿dónde había que hospedar a Dios?

Era ésta la única pregunta no contestada.

Se insistió cerca del Santo Padre.

Y el Santo Padre respondió con evasivas. Indudablemente, el mismo Pontífice dudaba.

Realmente el hospedaje de Dios no era cosa baladí, y considerados como pobres y deleznable para Majestad tan Grande los propios palacios reales ¿qué sitio era lo

suficientemente digno para albergar el lecho donde debía reposar el Supremo Hacedor?

Importantes cerebros meditaban sobre ello, sin que un rayo de luz viniera a atravesar las densísimas sombras.

Para que se fíe uno de los rayos de luz.

OTROS PROBLEMAS

LA ALIMENTACIÓN

No fueron éstos los únicos problemas que las circunstancias les plantearon a las autoridades.

El de la alimentación de aquellas multitudes adquirió proporciones fantásticas, y sin la solución de crear *mercados ambulantes*, camiones llenos de subsistencias, que recorrieran la urbe vendiendo y repartiendo, nadie sabe el conflicto que se hubiese originado.

LA CIRCULACIÓN

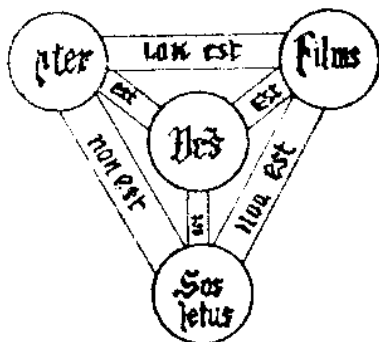
Para la circulación hubo también que adoptar medidas especiales, reglamentando las horas de rodaje, dividiendo la ciudad en parcelas y prohibiendo a los vehículos salirse en sus recorridos de la parcela donde se hallara su cochera o su *garage*.

TRABAJOS EN EL CERRO

En el Cerro de los Angeles fue preciso llevar a cabo trabajos extraordinarios: concluir la pequeña basílica cuya construcción no estaba más que iniciada; rematar la base del monumento al Sagrado Corazón; restaurar la ermita de Nuestra Señora de los Angeles, etc., etc.

En la gran explanada se construyeron tres suntuosísimas tribunas: una —blanca, tapizada de damasco y pieles de armiño— para el Papa. Al frontis se colocaron las armas pontificias. Otra —con los colores nacionales combinados

en sedas— fue destinada al Gobierno, y su emblema era el escudo de España. La tercera, vestida de terciopelo rojo y oro debía de ocuparla el Alto Clero, la Alta Milicia y la Alta Nobleza. En ésta campeaba el triángulo místico:



Los alrededores inmediatos al Cerro se roturaron, haciendo accesible el paso para automóviles, y en cada roturación se colocaron carteles, visibles de día y de noche, que decían: *Cuerpo diplomático. — Ministerios. — Excelentísimo Ayuntamiento. — Hermandad del Refugio. — P. N. A. — Unión de Damas. — V. O. T. — Círculo de Bellas Artes. — Diputación Provincial. — Casino de Madrid. — Personal de "El Debate", etc., etc.*

En la explanada se colocó también una plataforma alta de dos metros provista de pupitres y encabezada con el letrero:

P R E N S A

Y a su lado, otra plataforma metálica, de seis metros de altura destinada a

FOTÓGRAFOS Y OPERADORES CINEMATOGRAFICOS

Frente a esta plataforma se alzaba la estación retrasmisora de Radio: cuatro micrófonos y seis alzavoces.

Se instalaron cinco órganos, traídos de las catedrales de Burgos, Segovia, León, Toledo y Avila.

La colina se adornó con plantaciones artificiales de palmeras, pitas, redodendros, naranjos en flor y pinos-para-soles.

Desde que comenzaron las obras, tres regimientos impedían el acceso al Cerro: Húsares. Lanceros y Caballería de Marina.

LO QUE HIZO LA PRENSA. — COMO QUEDO
DECIDIDA Y RESUELTA LA PRIMERA INTERVIÚ
CON DIOS

FIN DE LAS CAMPAÑAS

Si con todos aquellos sucesos la Humanidad pareció volverse loca, España se había vuelto seis veces más loca que las cinco partes del Mundo reunidas.

Las campañas de Prensa habían cesado. Ya no había *negros ni blancos*. No obstante, aun podía observarse cierta frialdad en algunos periódicos de izquierda. Pero esa frialdad iba a concluir totalmente de pronto. He aquí la causa; un diario comunista, que todavía se obstinaba en las burlas y que se seguía encabezando las noticias relativas al *asunto* con la titular ideada por "*La Razón*" y que ya nadie se había atrevido a reproducir:

LA "TOURNEE" DE DIOS,

tuvo la mala ocurrencia de insertar cierta caricatura satírica de la llegada del Supremo Hacedor con una leyenda que decía: *El aterrizaje*.

¿Cómo en dos horas pudo enterarse Madrid, y reaccionar, ponerse de acuerdo y planear el hecho? Imposible determinarlo. Pero es lo cierto que, dos horas más tarde, un gentío enorme invadió la calle donde estaba emplazado el diario, asaltó la Redacción y los talleres, sacó a hombros la rotativa, machacó con los pisapapeles las cabezas de todo el personal, prendió fuego a la finca y procedió —en fin— de tal suerte que, cuarenta minutos después, no quedaba de!

diario comunista más que dos trocitos de retrato de Lenin y un gato con el rabo chamuscado.

Al otro día, los periódicos de izquierda se apresuraron a alabar *espontáneamente en* primera plana y a dos columnas el "*Santo Nombre de Dios*".

Uno de ellos fue más allá, y anunció que el "jueves próximo" comenzara a publicar en forma de folletín encuadernable el Evangelio de San Lucas.

Tuvo que aumentar sesenta mil ejemplares la tirada.

EL TEMA ÚNICO

Nadie hablaba ni se ocupaba más que del viaje de Dios. Nadie vivía sino para comentarlo, idear conjeturas y hacerse preguntas. Y la Prensa se vio obligada a seguir la corriente general, dedicando al tema la casi totalidad de sus números corrientes y de sus frecuentísimos extraordinarios.

INTERVIUS

Se publicaron intervius con el Nuncio y con teólogos eminentes. Con los jefes de los partidos de extrema derecha, con los *leaders* de las izquierdas...

Los primeros se limitaron a repetir que la venida de Dios a la Tierra era dogmática. Y los segundos tampoco opinaron nada de interés. En realidad, las fuerzas políticas estaban ya incondicionalmente al lado de Dios, y, en el fondo, cada una de ellas esperaba que el Criterio Divino aplaudiese su propio programa. Hasta los comunistas, ateos por esencia, habían reflexionado y comenzaban a decirse si su credo de igualdad y de comunización no sería eminentemente cristiano.

EL DIRECTOR DEL OBSERVATORIO

También fue interrogado el director del Observatorio Astronómico.

—*¿Ha aparecido una nueva estrella, que anuncie la llegada de Dios, como sucedió el año del nacimiento de Cristo?*

El director del Observatorio se rascó una oreja, con un movimiento natural cuando llevaba a cabo sus habituales observaciones constelares, y les soltó a los repórter una excelente empollación.

Habló de la existencia de un astrónomo que viviera doscientos años antes de Jesucristo: Kiddimnu.

Les explicó luego el desarrollo y muerte de los astros, diciéndoles que las estrellas jóvenes son muy blancas, debido al hidrógeno, al helio y al misterioso nebulium que las envuelven; que las menos jóvenes aparecen de color amarillo con rayas negras, como las corbatas de los empleados de Aduanas, lo cual denota la existencia de metales en fusión; que son viejas cuando las citadas acumulaciones de gases se consolidan; y que —por último— llegadas a planetas, las estrellas se mueren de frío.

Después citó la ley de Kepler, relativa a la aparición (nacimiento) y desaparición (muerte) de los astros:

1,575: 1,260: 945: 630: 315: 0.

que demostraba la verdad de la existencia de la estrella de Belén el año 4004 de la Creación y primero de la Era Cristiana.

Pero acerca de lo preguntado, el director del Observatorio no dijo ni pío.

Los *reportes* se retiraron llenos de desconfianza en la Astronomía. Sin embargo, al día siguiente publicaron lo dicho por el director y hasta incluyeron la ley de Képler, con error en las cifras, según es costumbre al tratar cuestiones científicas en los periódicos.

OPINIONES PROPIAS

Por último, los *reportes* extendieron su actividad hasta pedirles opiniones del acontecimiento a escritores, publicistas, cómicos, catedráticos de Derecho canónico y *estrellas* de variedades.

Y cuando ya no quedó nadie a quien entrevistar, los *repórters se lanzaron* a opinar por su cuenta.

Escribieron tales cosas que, de haber leído periódicos Dios, es seguro que se habría arrepentido de su visita a la Tierra.

REUNIÓN EN "A B C"

El día 4 de mayo hubo una importante reunión en el salón de actos de A B C.

La convocatoria, enviada a todos los diarios y Agencias, y a representantes de Prensa extranjera, decía que se suplicaba la puntual asistencia.

"Para decidir un importantísimo asunto que a todos nos interesa por igual..."

A las seis en punto, el gran salón estaba abarrotado, presentes los directores y redactores-jefes de *El Sol* — *Heraldo de Madrid* — *El Siglo Futuro* — *El Liberal* — *La Voz* — *El Debate* — *El Imparcial* — *Informaciones* — *La Época* — *La Razón* — *El Socialista* — *Ahora* — *La Libertad* — *La Correspondencia* — *Luz*; de las Agencias "*Fabra*"

— "*Febus*" — "*Prensa Latina*" — "*Sagitario*" — "*Associated Press*" — "*Wolf*" — "*Mancheta*" — "*Reuter*" y de las revistas *Blanco y Negro* *Nuevo Mundo* — *Mundo Gráfica* — *Estampa* — *Ondas* — *Crónica* — *Lecturas*, etc., etc., además de los representantes de sesenta y ocho periódicos de provincias y cuarenta y cinco diarios del extranjero de Hispanoamérica.

En total, unas doscientas personas con cédulas de diversas clases.

PALABRAS DE LUCA DE TENA

En medio de la expectativa general, se levantó a hablar el marqués de Luca de Tena.

—Queridos amigos —dijo—, mi objeto al convocarles a esta reunión extraordinaria que ahora celebramos, prueba evidente de la unión que, por encima de la diferencia de criterios, existe entre todos nosotros, no es sino el de ponernos de acuerdo respecto a lo que hemos de hacer con motivo del imprecendente y magno acontecimiento de la llegada de Dios.

Acto seguido delineó la situación con palabra fácil y vehemente.

—Dios va a venir —declaró—. Madrid, España, Europa, el Mundo entero tiene la respiración en suspenso y los desorbitados ojos puestos en el Cerro de los Angeles. A la prensa española y a los dignos representantes de la Prensa extranjera en Madrid, nos toca el honor de satisfacer la exasperada curiosidad universal. Pero no basta con dar las amplias y naturales informaciones que cada periódico planea ya por cuenta propia. Es necesario, es ineludible deber periodístico —por ejemplo— *hacerle una interviú a Dios*. . .

Al llegar aquí un rumor general interrumpió la nerviosidad del orador. Otra nerviosidad, más amplia todavía, sacudía a todos.

¡Ya lo creo que era ineludible deber periodístico hacerle una *entrevista a Dios!* ¿Qué director, qué redactor-jefe no había pensado en aquello? ¿Qué *reporter* no había soñado con lograr esa *entrevista*, pisando así de un solo golpe y para siempre la cúspide de su carrera?

El director de *A B C* dominó los rumores para exponer su punto de vista.

Había que reconocer que aquella *entrevista* era, potencialmente, imposible. No se trataba ahora de un presidente del Consejo Extranjero, ni de un "*gángster*" famoso, ni de un prestidigitador mundialmente renombrado, al que perseguir con unas cuartillas en una mano y una estilográfica en la otra. . . (*Risas*). Se trataba nada menos que de Dios, del Hacedor Supremo.. ¿Podía tolerarse que quince, veinte *reporters* cayeran sobre Dios, lápiz en ristre, para someterle a la tortura de un cuestionario imprudente? (*protestas de "No, no".*)

— ¡Y con el genio que debe de tener el Dios del Sinaí! — exclamó una voz que, por el momento, no se supo a quien pertenecía. (*Risas prolongadas.*) (1).

El Marqués de Luca de Tena, ocultando el mal efecto que le había producido la *boutade*, prosiguió:

—Es evidente que una cosa así no podría tolerarse; es más: *hay que evitar que ella ocurra* por decoro y dignidad de la clase... ("¡Muy bien! ¡Muy bien!") Y al mismo tiempo, la *entrevista* con Dios debe celebrarse. .. Amigos míos: para conciliar estos extremos es para lo que les he reunido.

A continuación explicó un proyecto que sometía a discusión para su aprobación o rechazo. A saber:

1* *Redacción de un interrogatorio breve, que no pase de media docena de preguntas, pero en el que estuvieran condensadas todas las curiosidades que el Hombre siente despiertas ante el misterio de tal Creación.*

2* *Nombramiento de un solo reporter, que presentase a Dios el interrogatorio en nombre de la Humanidad, y que —con ayuda de dos taquígrafos— recogiera las respuestas divinas escrupulosamente y*

3* *Invencción de un sistema de transmisión extrarrápida de dichas respuestas a todos los periódicos y agencias de España, y a los representantes de provincias, extranjero y América.*

(1) Más tarde se averiguó que el autor de la frase había sido el popular director de Heraldo de Madrid, don Manuel Fontdevila.

El proyecto fue aprobado por unanimidad y se pasó a discutir el primer punto, que era el más arduo: la redacción del interrogatorio que Dios debía contestar.

COMIDA

A las diez de la noche, como la discusión continuaba, el director de A B C obsequió a todos los presentes con una espléndida comida, servida por el *Ritz*, en una de las salas de máquinas.

Después de comer, todo el mundo volvió a encerrarse...

EL CUESTIONARIO

Por fin, cerca ya de las tres, el "cuestionario" dirigido a Dios quedaba decidido. Sólo faltaba redactarlo. Quería dársele una forma tan sumamente sencilla que, después de romper veinte o treinta borradores, hubo que avisar a la redacción de A B C y hacer que subiera uno de los informadores de sucesos, el cual lo expresó en dos plumazos.

El interrogatorio, encabezado con el tratamiento que en medio de dudas había aconsejado el Papa para dirigirse a Dios, era como sigue:

PRIMERA PREGUNTA:

—¿Cuándo hizo la tierra Vuestra Divinidad?

SEGUNDA PREGUNTA:

Vuestra Divina Majestad ¿está satisfecha de cómo quedó la Tierra al concluirla?

TERCERA PREGUNTA:

—¿Cuándo y cómo creó Vuestra Divina Majestad a Adán y a Eva?

CUARTA PREGUNTA:

—¿Qué opinión tiene del Diablo Vuestra Divina Majestad,

QUINTA PREGUNTA:

—¿Cuál es, según el Divino juicio de Vuestra Majestad, la forma ideal de Gobierno para los estados de la Tierra?

SEXTA PREGUNTA:

—¿Cuándo acabará el Mundo, Divina Majestad?

SEPTIMA PREGUNTA (y última):

—¿Está Vuestra Divina Majestad arrepentida del Diluvio o volverá alguna vez a repetirlo?

HEREJÍA

Ciertamente que podían haberse preguntado muchas otras cosas relativas a Misterios fascinadores: la *Trinidad*, el *Origen*, la *Encarnación*, etc., pero tales indagaciones habían sido rechazadas al través de la discusión por considerarlas indiscretas.

—Cuando la indiscreción se comete cerca de Dios es herejía —opinó el marqués de Valdeiglesias.

Y todos fueron de la opinión del ilustre director de *La Época*.

"LUNCH"

Redactado el cuestionario, la Asamblea se trasladó de nuevo a la sala de máquinas, donde la dirección de *A B C* había hecho servir un magnífico *lunch*.

Eran las cuatro menos diez.

CONTINUA LA DISCUSIÓN

A las cuatro y media prosiguieron las deliberaciones.

Se pasó entonces al segundo punto del proyecto: el relativo al nombramiento de un *repórter*, que, en unión de dos taquígrafos, presentase a Dios el cuestionario. Luego del consiguiente debate, se logró una lista de treinta y dos hombres, elegidos entre lo más selecto de la profesión, y en la que incluso figuraban varios directores de diarios y muchos redactores-jefes.

Se escribieron los nombres en sendas papeletas y se echaron a un bombo, haciéndolo girar. Se buscó la mano de un inocente, y fue reconocido como tal uno de los reunidos, que era afiliado al partido de don Melquíades Alvarez.

El bombo da la última vuelta. Emoción, Sacan la papeleta decisiva.

¿A ver? ¿Quién? Cabezas que se alargan... ¿Quién es?

Se grita el nombre:

—¡Don Leandro Blanco!

Es un redactor de *A B C* popularísimo y de inteligencia contrastada. Todo el mundo lo estima, y, sin embargo el hecho de que sea un redactor de *A B C* el agraciado provoca sordos murmullos en algunos rincones del salón. Muchos otros gritan:

—¡Leandro! ¡Leandro! ¡Blanco! ¡Blanco!

Las voces llegaron a todos los rincones del edificio.

Diez minutos después aparece un ujier, declarando:

—Don Leandro Blanco no está en la Casa.

El marqués de Luca de Tena susurra:

—No me extraña. Siempre le ocurre igual...

Y en alta voz propone:

—Opino que debe repetirse el sorteo, señores.

El segundo elegido sí se halla presente: es una de las autoridades máximas del periodismo moderno.

¿Hará falta decir que se trataba del director de *La Razón*, don Pedro Cadafalch, más conocido por Perico Espasa.

DESAYUNO

Se aplaudió la justísima elección del azar; Perico Espasa recibió muchas felicitaciones. Y, como eran las ocho de la mañana, los reunidos bajaron al patio de máquinas, donde les estaba servido un sólido desayuno.

ALMUERZO

A las ocho y media se trasladaban nuevamente al salón de actos. Todos convinieron que quedaba por tratar el tercer punto del proyecto, que no podía echarse a barato y que duraría la discusión hasta la hora de almorzar.

Así fue.

Hasta después del almuerzo —un almuerzo exquisito servido por *Tournié*— no quedó el proyecto definitivamente discutido y aprobado.

Entonces se les hizo una foto a los assembleístas, agrupados en el rellano de la escalera principal, y la reunión se disolvió entre saludos, abrazos y parabienes.

Los gastos, cargados en la cuenta de la dirección de *A B C*, fueron:

CONCEPTOS

Pesetas

<i>Comida el día 4. (300 cubiertos) (Hotel Ritz)</i>	5,600
<i>Lunch de la madrugada del 4 al 5. (ídem)</i>	1,200
<i>Desayuno del día 5. (Hotel Palace)</i>	900
<i>Almuerzo del día 5. (Tournié)</i>	4,400
<i>Total.....</i>	12,100

No era demasiado si se consideraba lo satisfecho que se marchaba todo el mundo.

DE COMO LOS CABALLEROS COLOMBOS DE
NORTEAMÉRICA LE REGALARON UN DIRIGIBLE
AL PAPA

INCERTIDUMBRE DEL PAPA

Santo Padre había dicho, dirigiéndose al Gobierno español, que *"a Dios debía recibirle El mismo, para lo cual ya llevaba adelantadísimos los preparativos de traslado a España"*.

En efecto, Dios le ordenaba HONRARLE LA LLEGADA y en estas circunstancias el Sumo Pontífice se veía obligado a estudiar los pormenores de su viaje a Madrid: fecha de salida, sistema de locomoción, acompañamiento, etc. etc.

Lo del acompañamiento era protocolario y lo tenía resuelto de antemano; no así el medio de locomoción a emplear y la fecha de viaje. Y aun esto último resultaba también fácil de determinar: la fecha mejor era la del mismo 10 de mayo, elegida por Dios para su propia llegada, sólo que horas antes que el Supremo Hacedor; el Papa decidió, pues, arribar a Getafe al amanecer del 10, a las cinco o las seis de la mañana. Pero... ¿qué sistema de locomoción emplearía? ¿El tren? ¿El barco y el tren? ¿El automóvil?

EL COMISIONADO

En esta incertidumbre pontificia el día 25 de abril, alguien, que acababa de caer en Roma desde la orilla de los mares, pidió audiencia en el Vaticano. El nombre y filiación que dio en la Secretaría aparecían clarísimos:

JULIUS H. WOOD

3,203 Park Avenue

NEW – YORK –

(CITY)

Insistió hasta hacerse recibir por el Papa.

Era un comisionado. Venía con la representación de los Caballeros Colombos de Norteamérica y con el encargo de saber si el Pontífice aceptaba un regalo.

—¿Lo traes ahí, hijo mío? —indagó dulcemente el Papa.

—No, Santidad.

—¿Qué regalo es?

Julius H. Wood contestó:

—Un dirigible.

—Comprendo entonces que no lo traigas ahí —objetó el Pontífice

Y añadió:

—¿Acaso lo has dejado fuera?

El yanqui volvió a negar. Luego explicó que los Caballeros Colombos de Norteamérica, sus representados, habían resuelto en la eterna lucha mantenida contra la Masonería y el ateísmo, comprarle al Santo Padre un aeróstato para que se trasladase en él a España: pero Julius no traía aún el dirigible; antes había creído prudente averiguar si el Papa lo aceptaba, y en tal caso, dirigirse a adquirirlo a Friedrichsháfen; lo que sí traía era un cheque por valor de un millón seiscientos mil marcos oro. Y sacó el cheque de su cartera.

El Santo Padre llamó a un familiar, le pidió un vaso de agua y se lo bebió de un golpe.

LA COMPRA

Fue aceptado el dirigible.

Julius H. Wood se largó a Friedrichsháfen en avión, sin detenerse en Roma más que lo imprescindible para agarrar una borrachera de Chianti (*actividad de neoyorkino*). Y el día 28 de abril telegrafiaba al Vaticano.

"ADQUIRIDO DIRIGIBLE. EQUIPÁNDOLO. LO ENVÍO PASADO MAÑANA. CONVENDRÍA, PARA

MAYOR EFECTO, AMARRARLO CÚPULA DE SAN PEDRO. HAGAN PREPARA-TIVOS—Wood".

Realmente amarrar el dirigible a la Cúpula de San Pedro era una idea tan yanqui como de excelente efecto.

Se adoptó en el acto.

Rodeóse la inmensa Cúpula con cuatro cables de acero, provistos de seis garfios gigantes! (*De que la Cúpula resistiera no cabía dudar: Miguel Ángel, en materia de arquitectura, siempre supo lo que se hacia, y además, en sus tiempos, el cemento no se usaba más que para empastarle los dientes a Pablo III*).

LLEGA EL DIRIGIBLE

El día 28, Roma se echó a la calle a presenciar la llegada del dirigible. Este fue puntual. Y a las diez de la mañana evolucionaba sobre el Tíber, ahumado por los aplausos de una multitud ardiente y estremecido por los cañonazos de bienvenida que se disparaban desde Sant'Angelo. Una hora después "picada de proa" en dirección a la Basílica y cien soldados de Aviación lo amarraban a los garfios de la Cúpula. Abultaba sobre la mole colosal de San Pedro lo que un cigarro puro colocado en el mostrador de un estanco.

BAUTIZO

Se lo bautizó solemnemente. {¿No era acaso un dirigible luterano?} Y se le puso por nombre:

"AGNUS DEI"

"Cordero de Dios", sí, Cordero, porque era blanco como una nube (y, como las nubes, flotaba en la atmósfera), "Cordero de Dios" porque, dócil a la voz del Altísimo, iba a servir para trasladar la Piedra Fundamental de la Iglesia.

EL MANTO

Equipado estaba ya. Pero ¿y adornado?

Todas las bordadoras de Italia se prestaron a fabricar un manto resplandeciente con destino al dirigible.

Se trabajó noche y día de un modo febril en enormes pedazos sueltos y calculados para ser unidos más tarde.

El 3 de mayo fueron concluidos los respectivos trozos (espléndidos, cuajados de hilillo de oro, de plata y de

pedrería) y ellos y el "*Agnus Dei*" se trasladaron al aeródromo Centocelle.

Allí cosieron los trozos hasta formar el total apetecido, y desde los andamios de un hangar se le colocó el manto al dirigible.

A la otra mañana se intentó el regreso a Roma. Sacóse el aeróstato del hangar, pusiéronse en marcha los motores, se soltaron las amarras y se maniobró para elevarlo.

Empresa inútil. Se negó a despegar. El dirigible no podía con el manto, que pesaba exactamente diez y ocho mil trescientos kilos.

Hubo de quitárselo.

Aquella noche lloraron todas las bordadoras de Italia.

EN VÍSPERAS DE LA LLEGADA DE DIOS
MADRID, DESIERTO

9 de mayo. Al día siguiente va a llegar Dios.

Madrid parece desierto.

Muchas calles tienen el aspecto de los lugares donde ha habido instalado un campamento que ha sido levantado precipitadamente. Terreno removido, latas de conservas, pedazos inservibles de objetos que sirvieron. Sillas rotas, cocinas desmoronadas.

Pero "la carrera" tiene aspecto muy distinto. Paseo de las Delicias, Paseo del Prado, calle de Alcalá, Puerta del sol, calle del Arenal, plaza de Oriente, Viaducto hasta San Francisco el Grande, donde ha de celebrarse el esplendoroso "Te Deum" de la llegada, todo este trayecto se halla preparado para el Recibimiento.

Las multitudes se han encargado de aliarse con El Municipio para llevar a cabo estos trabajos, y han asaltado y han cubierto de alfombras seis kilómetros de asfalto. En las aceras, una fila ininterrumpida de plantas de salón, proporcionadas por hoteles, casinos, museos y casas particulares, dan la sensación de un bosque artificial. Once mil balcones chorrean flores y trepadoras; de lado a lado, por encima del arroyo, cuelgan guirnaldas naturales, banderas y flámulas.

Pero las calles se hallan desiertas y, en la noche silenciosa, patrullan tropas de guardia civil.

Aquella multitud que lo llenaba todo está ahora en los alrededores del Cerro de los Angeles y en los doce primeros kilómetros de la carretera de Andalucía.

EL FINAL DE LA ULTIMA NOCHE
DESOLACION

—¡No llegamos!

De nuevo el ruido parecido al tableteo de la ametralladora se acerca. Ahora, en sentido inverso a la inacabable caravana. Por la cuneta de la izquierda surge la moto que lo produce; una "Harley" de reglamento. Aúlla el megáfono, que sostiene un sargento embutido en el sidecar:

—¡¡No se puede pasar más allá!! ¡¡Todo el camino está ya ocupado hasta el Cerro!! ¡¡Dispóngase a pasar la noche aquí!!

La responde un coro de interjecciones, de gritos, de protestas.

—¡No es posible!

—¡Una arbitrariedad!

—¡ ¡ Sargento!!

Muchas cabezas asoman por las ventanillas de los coches gritándole al sargento del megáfono la filiación de los ocupantes:

—¡ELEMENTO OFICIAL!

—¡PRENSA!

Pero la moto —sorda— desaparece para seguir llevando la desolación y la rabia más allá.

Los ánimos hierven tanto como el agua de los radiadores. Es una indignación en masa.

—¡ Una burla!

—¡Mi país reclamará!

—¡Le voy a encender el pelo al gobernador desde mi periódico!

Se acude a los agentes de la circulación. Se enseñan carnets, insignias, documentos personales. Todo en medio de un tumulto

espantoso, entre pisotones, codazos, abrir y cerrar de portezuelas, rotura de cristales y aullidos.

—¿No ve usted por dónde anda? —Esto no es un coche, caballero.

—¡Zas! ¡Nos han hecho puré un faro!

—¿Quién?

—Aquel tipejo del bastón.

—¡ ¡ Está usted tocando a mi señora!!

—Perdone, caballero. La había confundida con mi hija.

—Pero, ¿no eres soltero?

—¡ Qué calor!

—¡¡Elemento oficial, guardia!! ¿Cómo se lo vamos a decir a usted?

Los agentes de circulación se encogen de hombros mientras se quitan los cascos para enjugarse el sudor.

—Nosotros no tenemos orden...

—¡ ¡ Bochornoso!!

—Después de que nos habían dicho...

¡ADELANTE!

Llega otra moto. Más gritos desde el megáfono.

—¿Qué dice? ¿Cómo?

—¡¡*El elemento oficial que se disponga a seguir la moto que va a venir ahora por la cuneta de la derecha!! ¡De uno en uno!*

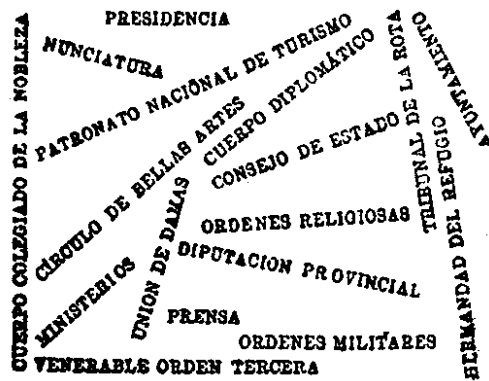
—¡¡*Avancen de uno en uno!! ¡¡Y los demás pasen la noche aquí!!*

Unos se alegran; otros —los más— se entristecen definitivamente. Pronto llega la moto anunciada, salpicando arena en abanico.

—¡¡*Adelante el elemento oficial!! ¡¡De uno en uno!! ¡¡De uno en uno!!*

El rebaño se dispersa con dificultades angustiosas. Van destacándose coches, metiendo las ruedas delanteras en la cuneta, dando bandazos, trepando por los montones de grava, dejándose virutas de esmalte en los palos del teléfono. Vuelcan cinco y hay que levantarlos a pulso. Se rompen las ballestas de dos y hay que dejarlos en el ribazo, como trastes viejos. Se incendia uno y hay que hacerlo migas a garrotazo limpio para que no comunique el fuego a los demás.

Al costado derecho del resto del rebaño —inmóvil— la fila de autos del elemento oficial va avanzando, oscilantemente, detrás de la motoguía. Diez agentes piden la documentación, comprueban la identidad y pegan tiras de papel engomado en los parabrisas:



—¡Adelante! ¡Sigán! ¡No se estacionen!

Y la hilera de coches privilegiados sigue trepando dificultosamente hacia el Sur, teniendo a su derecha los postes telefónicos y limitada a su izquierda por el resto de la manada: los que, no pertenecen al elemento oficial, los particulares, los que, después de haber cruzado media España para llegar, tendrán que pasar la noche allí, sin haber logrado alcanzar la meta. Es decir: sin poder acercarse al ansiado Cerro de los Angeles, en cuya cúspide, dentro exactamente de once horas, VA A APARECER DIOS.

NUESTROS AMIGOS

En uno de los autos del rebaño, clasificado con el papel engomado de PRENSA, se apretujan codo con codo, en los baquets delanteros, Perico Espasa, Federico Orellana y un fotógrafo; atrás, en el asiento se asfixian cuatro redactores de La Razón, que llevan en las rodillas a dos mecanógrafas rubias y un taquígrafo zurdo; en el suelo del auto se esfuerzan por seguir viviendo un empleado de la administración y su hija y el ayudante del fotógrafo. Total: trece personas, una máquina fotográfica, un cajón con cuarenta chasis para instantáneas y dos frascos de magnesio.

Perico Espasa conduce recurriendo a sus cinco sentidos, con el motor al *ralentí* y matizando la marcha merced al pedal de embrague Nadie habla a bordo. Todos están agotados por este viaje de cuatro kilómetros en el que han invertido siete horas y media.

LLEGAN AL CERRO

A las dos de la mañana el coche se halla, al fin, a trescientos metros del Cerro de los Angeles.

Allí la aglomeración es absolutamente indescriptible. En una cuneta, un montón confuso de acero llama la atención de todo el mundo.

—¿Qué es eso?

Del interior del "*Packard*" sale una voz de asombro:

—¡¡Una linotipia!!

—¿Una linotipia?...

Efectivamente, es una de las linotipias llevadas bajo palio por *El Debate*, según indicaciones del Vaticano, que se ha venido abajo y se ha hecho cisco.

Los caballos de los húsares caracolean por entre los automóviles tascando el freno, echando espuma por la boca y fuego por los ojos. Frecuentemente llueve estiércol fresco sobre los *capots*.

Perico Espasa y Federico se desgañifan desde sus ventanillas indagando:

—¿La Prensa, dónde?

—¿Cuál es nuestro sitio?

Desde otros coches se grita igual.

Nadie se entiende.

Un capitán llega, al fin, dando detalles precisos. Hace cuatro días que no duerme ni se desmonta.

—La *Prensa*, allá, al final, a la derecha...

Y cuando ha acabado de marcar tal dirección con su sable desanudo, se derrumba sobre la silla y cae al suelo de cabeza, desmayado

—¡ Ese oficial!

—¡¡Cuidado!!

—¡ Eh!!

—¡ Oh!!

Nada que hacer. Las ruedas delanteras de un "*Lincoln*" le han machacado ya. Se lo llevan convertido en un pingajo. Espacio acordonado por tropas. Terreno libre.
.. ¡¡Al fin!!

Los coches escapan carretera adelante, con bufidos de libertad. Transcurren dos minutos.

Aquí está el Cerro. Quince reflectores del Ejército lo lavan con los chorros blancos de luz. Tiene un aspecto fantasmagórico. Es como un inmenso plato de arroz con leche con moscas.

En la nitidez, miles de banderas aletean.

Monte arriba trepan los faros de centenares de automóviles. En lo alto, perdidos entre las estrellas, también zumban motores; se diría que algunos de aquellos automóviles han seguido trepando más allá del monte: hasta el cielo. Las hélices arremolinan la brisa nocturna con schssdchst de seda rasgada.

El anhelado letrero luminoso aparece:

P R E N S A

Las últimas energías nerviosas de Perico Espasa dirigen el "Packard" hacia allí. Ya llega. Ya se reúne con los demás coches que hay estacionados en la roturación. Un nuevo aceleraje. Cierre de contacto Y el motor, tras unas lentas revoluciones enmudece. ¡ Aaaaaah!

—¡ Y ahora, a dormir! —dice alguien.

* * *

LOS LECTORES IMPACIENTES PUEDEN

SALTARSE A LA TORERA EL
CAPITULO QUE SIGUE
(ES ASQUEROSAMENTE
DESCRIPTIVO)

LAS PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA DEL DÍA 10

DIANA

Todo va despertando en un radio de varios kilómetros.

Emergen la estatua del Sagrado Corazón con sus simbólicos grupos laterales, la Basílica, la Ermita, las tribunas y las plataformas metálicas, del resplandor gris de un amanecer gaseoso.

Las cornetas lloran aquí y allá. Relinchan caballos. Nace un rumor reciente. Los megáfonos comienzan también a distribuir órdenes:

—¡¡PREVENIDOS!! ¡¡TODO EL MUNDO A SUS PUESTOS!!... ¡¡ SON LAS CUATRO!!

Sí. Ya son las cuatro.

MIRADA CIRCULAR

Perico Espasa, Federico, el taquígrafo, el fotógrafo y el ayudante han trepado a la torre, de seis metros de altura, donde los operadores de cine ultiman ya sus instalaciones, y contemplan desde allí arriba los campos.

El novelista murmura:

—¡ Es fantástico!

Y el periodista deja escapar un ¡ah! admirativo.

En la lejanía se extienden llanuras inmensas, limitadas, al Norte por los contornos brumosos de Madrid e iluminadas por el Este con la claridad amarillenta que precede al sol, y estas

llanuras, hasta donde alcanza la vista, con un campamento infinito por el que se bulle un hormiguero de seres humanos.

—¿Cuánta gente habrá ahí?... —exclama estupefacto Perico Espasa.

Giran: en el horizonte circular todo aparece igualmente abarrotado de tiendas de campaña, barracas, barracones, carros, tartanas, autos, camiones, cocinas, muebles, mantas esparcidas...

—No sé. Es imposible calcular. Quizá tres millones de personas... Tal vez cuatro... Y si cupieran más, más habría...

La carretera, en los dos ramales que van hacia el Norte y hacia el Sur, es invisible bajo los automóviles que no han podido seguir adelante. Estas masas de coches colocados de "tres en fondo" se pierden, se esfuman, hasta desaparecer en el azul de la atmósfera: allá, muy lejos, en lo remoto.

—¡Qué fantástico! ¡Qué fantástico!

ACTIVIDAD

La actividad de las muchedumbres ha llegado en pocos minutos a su desarrollo máximo, en todas partes humean miles y miles de fuegos: son las cuatro: el Papa va a llegar de cinco a seis; horas después aparecerá Dios y cada cual se apresura a hacer su desayuno, dar fin a aquel último trabajo, para no dedicarse ya más que a ver, a ver con toda el alma puesta en los ojos.

ACTIVIDAD OFICIAL

Sobre el Cerro, en la gran explanada, hay también actividad, siquiera sea una actividad más inútil. Gentleman de chaquet y damas elegantísimas (extraídas de una portada de "Vogue" o del "Good Tater"), ancianos de levita y señoras vestidas con severos hábitos o de riguroso luto (arrancadas de un cuadro de Pantoja), se presentan, se saludan; brujulean nerviosamente de aquí para allá, entre Cardenales, Arzobispos, Obispos, Generales, Coroneles, Caballeros de Montesa, de Alcántara, de Calatrava, de Santiago, Diputados, directores generales, altos representantes de la Prensa, Ministros, Embajadores, Príncipes de la sangre y Grandes de España. Y se pregunta, se habla, se comenta, se lanzan admiraciones, vaticinios, conjeturas.

EL NUNCIO

El Nuncio Apostólico da a besar su anillo incesantemente a derecha e izquierda, con un ademán a la vez místico y garboso que hace palpitir los corazones ajenos y las moradas vestiduras propias.

El Jefe del Estado, rodeado por el Patriarca de las Indias, el Cardenal Primado, la Junta de la Adoración Nocturna, la de las conferencias de Paúl, el Director del Banco de España y la Embajada Italiana en Madrid, consume sándwichs de chorizo de Pamplona. Hay que disculparle: está fatigado y tiene hambre. Cualquier otro jefe de Estado haría lo mismo en su caso.

LA RADIO

Más allá, los empleados de Radio, a las órdenes de tres ingenieros, comprueban sus aparatos.

MAS DETALLES

En el Sagrado Corazón el jardinero mayor y diez ayudantes retocan el "adorno" del monumento, que ha corrido a su cargo: una "fantasía" en lirios blancos e "isopiros farrieris" (1), planta china que ha enviado graciosamente para el caso el Gobierno del Celeste Imperio. Una fila de soldados impide que se pise la alfombra de seda y pedre-na que cubre las escalinatas, baja a lo largo de ellas y se extiende hasta la tribuna del Sumo Pontífice.

Los que aun trabajan no hacen caso de las personalidades que hay allí, y se les da la espalda al jefe de Estado y al Nuncio con esa indiferencia que los hombres libres llaman democracia y los que creen en la libertad denominan grosería. Pero no hay en ello ni grosería ni democracia; es que ambas dignidades de la Tierra han perdido toda importancia para estas gentes que llenan el Cerro aguardando al Papa... y luego a Dios.

Dos de las tribunas rebosan de invitados a quienes la emoción y la impaciencia no dejan estarse quietos.

TAZAS DE MANZANILLA

Las angustias pasadas en el viaje desde Madrid y la mala noche anterior han puesto enfermos a muchos y en un cuarto de hora la "Cruz Roja" sirve tres mil tazones de manzanilla. —¡Nunca la "Cruz Roja" había caído tan abajo! —murmura un caballero que no está enfermo.

—¡Nunca hubiera sospechado que la "Cruz Roja" fuese tan útil...! —opina otro caballero que estaba malísimo y al que la manzanilla le ha puesto como nuevo.

EL ALOJAMIENTO DIVINO

Al Presidente del Consejo le rodean los periodistas.

—¿Noticias, Presidente?

—Que no hay crisis—contesta él.

Esta "salida" humorística del Presidente es celebrada con el exceso con que suelen celebrarse las "salidas" humorísticas de los clowns musicales.

Pero después Su Excelencia se cree en la obligación de hablar en serio, lo que resulta mucho más humorístico. Enuncia y desarrolla seis lugares comunes. Consume doce minutos en decir bobadas (*la resistencia de Su Excelencia es portentosa*) y, al cabo, facilita las noticias pedidas. Da cuenta de unos radios recibidos de Palma de Mallorca y de Valencia, en los que se señala el paso del dirigible pontificio por aquellos lugares a las once y quince de la noche y a las dos y treinta de la madrugada, respectivamente, con rumbo Oeste.

—Entonces, ¿el Santo Padre está al llegar?

—Sí, señores. En estos momentos el dirigible comunica ya con Getafe con onda corta y, de no haber contratiempo en los últimos kilómetros del recorrido, dentro de media hora volará sobre nuestras cabezas...

Emoción, un reporter emite la pregunta que todos llevan preparada:

—¿Hay algo nuevo respecto al alojamiento de Dios, Presidente?

—Eso es asunto resuelto —contesta—. Pero tengo que cambiar impresiones con el Nuncio. El Ministro de la Gobernación les ampliará detalles. .. Hasta luego, señores.

LOS FOTÓGRAFOS

Los fotógrafos no descansan, galopan de derecha a izquierda con sus cámaras y sus trípodes, cogiendo vistas de conjunto y "primeros planos".

—¡Maldita sea! ¡Ya he tirado ocho placas!
—¿Y te quejas? Para eso hemos venido. . .
—Es que las placas que he tirado las he tirado porque me habían salido mal.

MAS SOBRE EL ALOJAMIENTO

La bandada periodística se ha posado sobre el Ministro de la Gobernación.

Este amplía detalles, en efecto.

Refiere a los reporters que la tarde anterior cuando mayor era la consternación del Gobierno por no haber quedado decidido todavía el alojamiento e instalación de Dios, un radiograma recibido, ¡por fin!, del Vaticano iluminó la cuestión con luz tan sencilla y a la vez tan diáfana que sólo podía calificarse de divina.

Es increíble, señores, cómo no hemos caído ninguno en la cuenta de que Dios tiene en el Mundo Millones de alojamientos propios —dijo el Ministro de la Gobernación.

Y explicó:

—¿No son "casas de Dios" las iglesias?

Acabó manifestando que a aquellas horas ya estarían ultimados los trabajos para la instalación de Dios en la Santa Iglesia Catedral de San Pedro.

SENSACIÓN

Entretanto, la sensación crece. La impaciencia aumenta. La actividad se multiplica hasta el límite.

TODOS EN SU PUESTO

En el Cerro todo el mundo está ya en su puesto: la Prensa, en su plataforma; los operadores de cine ("*Hearst Metrotone*".—"*Fox Movietone*". — "*Noticario Español*". — "*Novedades Internacionales Gaumont*" — "*Sucesos Mundiales Paramount*"), en la torre metálica desde donde ametrallan el horizonte con los teleobjetivos y captan las conversaciones, el clamoreo, los mil rumores, en sus "*cámaras del sonido*". En la tribuna, que ostenta los colores nacionales, se aglomeran el jefe del Estado, el Gobierno, el Cuerpo Diplomático. Decano (el Nuncio), al frente y acompañamiento de la Nunciatura, la Cámara Legislativa en

pleno, la alta Magistratura, el alto personal de Ministerio, damas invitadas, etc. La tribuna en la que campea el triángulo místico de la Trinidad rebosa también. Se estrujan en ella Príncipes y Princesas, el Cardenal Primado, el Obispo de Madrid - Acalá, el Patriarca de las Indias, la Grandeza, los Caballeros de las Ordenes Militares, el Tribunal de la Rota, la Venerable Orden Tercera, etc.

COFRADÍAS

En la explanada ante la Basílica se apiñan el Clero de Madrid y las parroquias con cruces alzadas, la Unión de Damas y el Refugio.

Las Conferencias de Paúl ocupan la colina de la ermita de Nuestra Señora de los Angeles.

La adoración Nocturna, el Santo Sepulcro, docenas de Hermandades, Asociaciones y Cofradías, han enviado sus representantes y sus pendones.

VIEJAS BANDERAS

Viejas banderas gloriosas, que dormían en el polvo de los Museos, se unen a los estandartes, a los palios, a las insignias, a las imágenes, a los mil símbolos cristianos para formar una selva de mástiles y de telas desplegadas al viento.

EL EJERCITO Y LA AVIACIÓN

Seis Cuerpos diferentes del Ejército forman dando la cara al Sagrado Corazón, el sol naciente brinca de bayoneta en bayoneta, de sable en sable, de casco en casco, para lograr chispas de oro y de plata mientras las bandas militares mezclan sus pífanos y sus trompetas al redoble enervante de los tambores y mientras, a doscientos, a cien, a cincuenta metros de altura, escuadrillas de aviones en "flecha de combate" evolucionan, saltan, giran, hacen el "looping" y entran en barrena con un zumbido de insectos venenosos.

LOS "SPEAKERS"

Los *speakers* hablan a los micrófonos enterándole al Mundo, a los millares de ciudadanos del Mundo, de cuanto

allí sucede, de las brillantísimas personalidades que se hallan presentes, del aspecto que ofrece el Cerro y hasta hacen descripciones geológicas del terreno.

—*La erosión de los siglos* —dicen— *ha arrastrado y allanado en esta región las arcillas tortonienses, y el Cerro constituido por rocas, puede asegurarse que es un foco del viejo geiserismo extinto...* (Los radioyentes se quedan bizcos).

EL SAGRADO CORAZÓN

El jardinero mayor y sus diez ayudantes han concluido sus trabajos de "*adorno*" en el Sagrado Corazón y el monumento aparece ya dispuesto, con el altar revestido de brocado de oro, resplandeciente bajo las mejores joyas que en los tesoros de veinte catedrales se guardaban y preparado, en fin, para la solemne misa de pontifical que en él ha de celebrarse.

COSAS PROTOCOLARIAS

Doce Caballeros Distinguidos de la Grandeza, vistiendo arreos del siglo XVI, dan guardia al altar, colocados a unos treinta pasos y del lado del Evangelio. Seis llevan arnés ligero de Milán, de acero blanco con labor de ataujía de oro y en la celada vistoso penacho de los colores pontificios: los caballos son negros con jinetes también de acero blanco recortado y aplicado sobre terciopelo carmesí, con armas, borlas, plumajes y figuras alegóricas en el testuz y la grupera. Y los otros seis visten tela de oro parda con botones de perlas y aplicaciones de chapería, y en el penacho, los colores de España: sus caballos son alazanes tostados con cubiertas, de chapa y gualdrapas bordadas en canutillo sobre tela de oro parda, iguales a las del vestido.

A la cabeza de estos Doce Caballeros Distinguidos se yergue el Protonotario Apostólico, enviado de Roma dos días antes. El Legado viste de morado —(manto cardenalicio con capilla calada sobre la que resalta el capelo)—, monta una mula pía enjirelada de morado igualmente y lleva en la mano derecha el Guión Pontificio, que es de damasco blanco, con la tiara y las llaves por un lado y un Cristo en la Cruz por el otro. Tres pasos delante del Legado hay situados dos lictores, y tres pasos detrás pueden verse otros dos en la librea, llevando las *fascas* de los antiguos cónsules

romanos (1). Escoltan por fin, al Guión, dos maceros alejandrinos y cuatro españoles.

Entre el Legado y los Caballeros Distinguidos aplasta el suelo una esbelta hacanea blanca (2) con gualdrapas de púrpura, frenos y estribos de oro y sillón de plata, sin jinete.

Esta hacanea ha de jugar papel principal en las ceremonias de la llegada de Dios y a ella se refería el Santo Padre al encargarle al Gobierno español que tuviese preparado un caballo blanco.

Según el protocolo que el Sumo Pontífice ha podido redactar, revolviendo papeles de antiguos y máximos honores eclesiásticos en la Biblioteca del Vaticano y en la Maglialecchiana, de Florencia —protocolo de que ha sido portador el Legado —la hacanea debe estar prevenida para ser montada por Dios. Dos Reyes sujetarán los estribos y un Emperador el rendaje. En ausencia del Emperador, el laico más noble.

El Gobierno español se ha vuelto loco buscando un Emperador y dos Reyes en situación de *disponibles* y sólo suplicándose al pretendiente de Navarra, don Fernando de la Quadra Salcedo y a un notario de Zaragoza que estuvo a punto de demostrar su derecho a la Corona de Bizancio, pudo resolverse el conflicto.

CABALLOS

Patalean nerviosamente los caballos de las tropas, sacuden sus orines y pliegan y despliegan sus belfos piafantes.

CAÑONES

Seis baterías de cañones "*Schneider*", colocadas en orden de ataque, con los carros de municiones al lado, levantan al cielo sus largos morros grises, dispuestos a vomitar la pólvora optimista de las salvas.

LA MULTITUD

El clamoreo de las multitudes se hace tan espeso que parece sólido.

(1) Las fascas les fueron concedidos a los Papas por el Emperador Constantino en señal de suprema reverencia. Y ustedes perdonen, ¿eh?

(2) Se llama hacanea a la jaca de dos "cuerpos" que no llega a tener las siete cuartas de la alzada normal.

Tanto la hacanea como el anilo fueron en un tiempo símbolos del vasallaje o investidura del Poder temporal de los Reyes sobre Nápoles. Lean la "Historia de Nápoles", de Pandolfo Colentucci; verán cómo se aburren.

UN RUGIDO UNANIME

De pronto, un rugido unánime, un rugido salido de tres, de cuatro millones de gargantas; un rugido que corre como un buscapiés hasta el horizonte, estalla y retiembla.

Allá lejos, en el cielo rosáceo, muy alta, rodeada por una nube de aeroplanos del tamaño de moscas, se dibuja la silueta de un dirigible.

Es el "*Agnus Dei*".

En él viene de Roma el Santo Padre.

EN DONDE TOCA TIERRA EL DIRIGIBLE DEL
PAPA Y
LA LLEGADA DE DIOS ES INMINENTE
MOMENTOS DE EMOCIÓN

Los megáfonos aúllan enfocando sus amplias bocinas sobre el océano de cabezas:

¡EL AGNUS DEI ESTÁ A LA VISTA!

Ensondece el clamoreo. Aquí y allá salen pañuelos blancos que se agitan. Más pañuelos blancos. Más pañuelos blancos. Ya toda la multitud saluda así y se diría que una nube monstruosa de papeles revoloteando se cierne sobre la Tierra.

Los *speakers* comunican:

—El "Agnus Dei" *está a la vista. El entusiasmo es indescriptible.* En el...

Todo el mundo se ha puesto de pie.

A la orden breve y aguda de un clarín, las bandas militares callan y los cinco órganos gigantescos, traídos de

las Catedrales de Burgos, León, Segovia, Toledo y Avila, atacan juntos la "*Misa Solemne*" de Beethoven

Ya nadie grita. Ya nadie habla.

El dirigible avanza, flotando, y las llamaradas del sol que van a morir suavemente en la seda tersa de su envoltura le dan el aspecto de un lingote de oro pulimentado. De las barquillas penden colgaduras de damasco y en el aire tranquilo se retuercen lentamente largas flámulas con cruces estampadas. A popa resplandece la enseña de la Marina de Guerra Pontificia, sobre cuyo fondo rojo despiden chispas de luz las estrellas simbólicas.

A proa, tremolante, va la bandera blanca y amarilla de la Santa Sede, y en la misma proa, a modo de aplustro, un magnífico "*Agnus Dei*" de plata.

Los motores ronronean como gatos satisfechos, y, alrededor del majestuoso navío aéreo de la cristiandad, cuatrocientos aviones —españoles, italianos, ingleses, franceses, yanquis— que han cruzado continentes y océanos para llegar hasta allí, tejen una apretada malla ideal de giros, contragiros, círculos, elipses, parábolas y *zigzags* vertiginosos. Súbitamente, del fuselaje de los aviones salen chorros de humo espeso y azulado, que dejan el firmamento convertido en un inmenso dibujo geométrico, en una especie de fantástico encaje de Va-lenciennes. Y una extraordinaria emanación de perfumes, en la que triunfa la densidad del incienso, lo invade todo en un radio de muchos kilómetros de distancia.

El clarín de órdenes vibra de nuevo perforante y las baterías de "*Schneiders*" comienzan a escupir estampidos, que el eco multiplica, retrocediendo a cada disparo como para tomar aliento, y adelantándose enseguida para volver a disparar. Los cañonazos se suceden formando una gran cordillera de explosivos.

Y los cuatrocientos aviones van subiendo, subiendo, en línea recta, y, al pasar sobre el dirigible pontificio, vacían sobre el cargamento de flores de quince países. El "*Agnus Dei*" se halla en él y los megáfonos braman:

TODO EL MUNDO DE RODILLAS!!

Y la explanada entera cae de rodillas, empujada por fuerzas invisibles.

El Sumo Pontífice está bendiciendo cuanto abarcan sus ojos. Y una y otra vez, hasta cuatro, se dibuja en el aire la Cruz Papal. Son las cinco y media de la mañana.

EL PAPA DESCIEENDE

Vuelto hacia el Norte: - le nomine Patris et File et Spiritu Santis

y repite: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Vuelto hacia el Sur: . - le nomine Patris et File et Spiritu Santis

y repite: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Vuelto hacia el Este: - le nomine Patris et File et Spiritu Santis

y repite: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Vuelto hacia el Oeste: - le nomine Patris et File et Spiritu Santis

y repite: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

A las seis, el “*Agnus Dei*” queda sujeto al poste metálico de amarre que se alza entre la pequeña Basílica y la ermita de Nuestra Señora de los Angeles.

En este instante, los órganos callan y los clarines atruenan el espacio.

El Papa va a descender.

De nuevo se hace el silencio entre la multitud.

Cesan también los clarines y sólo se oyen los *chac-chac* de las máquinas fotográficas y el rodaje de las cámaras de cinematografía.

El Jefe del Estado, el gobierno, el Nuncio, con los respectivos séquitos, se adelantan. Avanzan detrás de ellos el Legado Apostólico, los cuatro lictores, los seis maceros, la hacanea blanca, llevada del bridaje por los dos Pretendientes, y andando con paso de ambladura (1), los doce Caballeros Distinguidos, dando al aire sus penachos.

(1) Paso de procesión que se les enseñaba antiguamente a los caballos y que consiste en hacerlos mover a un tiempo la pata y la mano del mismo lado, en lugar de moverlas en cruz, que es lo instintivo de los cuadrúpedos y en algunos escritores.

El Presidente del Consejo, con sus gorduras flácidas y su chaquet de sesenta duros, se encuentra un poco en evidencia en medio de este cortejo suntuoso; pero lo disimula con una sonrisa de hombre superior, en la que nadie se fija.

Así llegan hasta el pie del poste de amarre. Desde arriba dos *bussolanti* echan una colgadura de seda con las armas pontificales. Luego cae una escala que se sujeta fuertemente al suelo. Ya sale alguien de la barquilla papal... Ya este alguien pone la planta en el primer peldaño.

Los órganos rompen con el "*Ave María*" de Gounod.

Tras, tras, tras, tras,... La figura solemne va bajando la escala de acero. Llega a tierra ..

El Jefe del Estado se adelanta. Hince una rodilla para besar la sandalia, mientras murmura emocionado:

—Santidad. .. ¡Oh, Santidad!

Pero el otro le sujeta y retrocede, protestando humildemente:

—*Eccellenza... Eccellenza...*

No es el Papa, es un Cardenal. El Jefe del Estado se ha colado. Está azoradísimo por culpa del protocolo... (*Se ha protocolado*).

Risas contenidas.

Pero ya abandona el dirigible otra figura solemne...

Y otra, y otra, y otra ..

El Jefe del Estado y el Gobierno (*y los que se habían reído antes*) van colándose sucesivamente, tomando por el Papa a seis Caballeros de Malta, que descienden a continuación.

Y, así, cuando baja por fin el Sumo Pontífice, nadie le hace caso, creyendo que es el Caballero de Malta número siete.

Gracias al Legado y al Nuncio, que conservan la serenidad, no se queda el Papa sin ceremonial a su llegada.

PRIMERAS PALABRAS DEL PAPA

El Santo Padre no viene solo.

(Nadie puede calcular la gente que cabe en un dirigible que se ha tomado por asalto la tarde anterior en el aeródromo Centocelle, ante la azulada y lejana perspectiva de los montes Albanos y en medio de algunos estacazos certeros).

Al pie del mismo poste de amarre se forma el cortejo para ir hasta la tribuna blanca del Pontífice.

Abren calle doce trompetas y la recámara. Van después el Legado la hacanea y los doce Caballeros. Les sigue el Papa, andando bajo la sombrilla de seda roja que sostiene un camarero secreto, y limitado a derecha e izquierda por sendos flabelos con sus abanicos; dos Cardenales llevan las borlas de los lados de la capa pluvial; la cola corre a cargo del Jefe del Estado, a quien se le cae tres veces en los dos primeros metros del recorrido. Continúa detrás el cortejo: Secretario de Estado del Vaticano; señores de la Orden Toscana de San Esteban, Caballeros de la Orden de Cristo, de San Mauricio y San Lázaro, Cardenales, *bussolanti*. Chambelanes de túnica morada y calzón corto. Caballeros de Malta, Camareros secretos con ropilla negra de la época de Felipe II, Gendarmes pontificios con alabardas, Guardia noble y Suizos de largas espadas. Sigue el Nuncio Apostólico, las Grandezas vaticanas e italianas, el Ministro de Negocios Extraordinarios en representación del Duce, el duque de Parma en representación del Rey, los directores de *L'Osservatore* y de *la Correspondenza*, la Prensa de Italia. Y cierra la marcha el Gobierno español y todo el acompañamiento.

Total, nadie.

Así se llega hasta la tribuna central, tapizada de pieles de armiño, y allí toma asiento el Pontífice, seguido de los *flabelos*, en un alto sitio de brocado con dosel movable de damasco blanco y goteras de pedrería, sostenido por seis barras de oro en forma de lanzas. Dos Príncipes, dos Embajadores y dos Grandes empuñan esta *umbrella del baldaquino* (1). Los ojos del Papa, que fulgen tras los cristales de los lentes, dirigen una mirada circular contemplativa a todo el fantástico espectáculo del Cerro y de las multitudes incontables, que se domina desde allí. Sonríe. Luego murmura, como explicación a su largo silencio, dirigiéndose al Nuncio, las encantadoras palabras de Leonardo de Vinci al fin de su vida:

—*Nella contemplazione delle cose sta la calma serena e il placere della vita. . .*

Y el Nuncio sonríe también.

Y mil rostros al ver sonreír al Papa y al Nuncio, sonríen asimismo.

Y centenares de seres indagan:

—¿Qué ha dicho? —¿Qué ha dicho?

(1) Varas del palio.

Y alguien explica a su modo las palabras del Pontífice.

Y de boca en boca avanza y se extiende por treinta kilómetros cuadrados, en diez minutos, esta "traducción":

—EL PAPA HA SONREÍDO Y HA DICHO QUE ESPAÑA LE GUSTA MUCHO, QUE SUS MUJERES SON MUY HERMOSAS, SUS HOMBRES, MUY INTELIGENTES, Y SUS NARANJAS, ESTUPENDAS."

Y se comenta:

—¡ Qué simpático!

—Un hombre de mundo.. .

—El Papa más listo que ha habido...

—Creo que las mujeres se lo rifan.

—Lo harán Santo.

—Y mártir.

—¡Y con bien de razón, si es verdad eso de que al pobre se lo rifan las mujeres!

PROTOCOLO

Presentación oficial. (*Una hora.*)

MAS PROTOCOLO

Desfile pleito-homenaje.

Desfile de personalidades e Instituciones, seguido por el de Cofradías con estandartes, religiosos con pendones y parroquias, con cruces y clerecía, y finalizando por el de tropas.

(*Dos horas y media.*)

MAS PROTOCOLO AUN

Ceremonia de beso de la sandalia. (*Una hora larga*)

Entre las personas de pro que le besaron la sandalia al Papa, figuraban seiscientas damas congregantes, que lo hicieron poniendo los ojos en blanco.

—¡ Estas brujas!.. . —se le oyó susurrar dos veces al Pontífice.

Al acabar, la sandalia del Santo Padre estaba hecha un asco.

MISA

Misa de pontifical, dicha por el Cardenal-obispo de Burgos en el altar del monumento al Sagrado Corazón, y al final de la cual se cantó el *Regina coeli loetere*.

(Hora y cuarto.)

* * *

Eran las diez y media en punto.

Faltaban treinta minutos para la llegada de Dios.

DEUS PATER, FILIUS ET SPIRITU SANCTUS

ANGUSTIA

La tensión de nervios había alcanzado su soportabilidad máxima. Cuatro millones de almas estaban allí reunidas y no se oía ni la respiración de una sola.. .

Los maridos no se ocupaban ya de sus mujeres, ni las mujeres de sus maridos, ni los padres de sus hijos, ni los hijos de sus padres. Ni nadie del Papa. Ni el Papa de su sandalia estropeada.

*Era la
ausencia de todo*

EL VACIO

EL LIMBO

Los corazones no latían.

Los cerebros no pensaban

Era el papel en papel en blanco.

Así.

Y una sola idea fija

A LAS ONCE
APARECERÁ DIOS



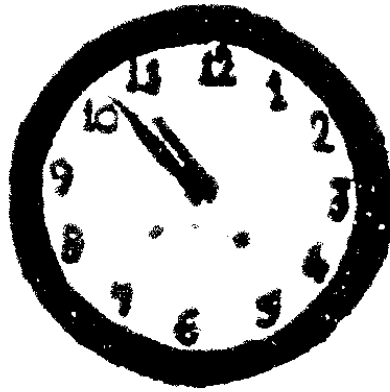
A LAS ONCE

APARECERA DIOS



¡ A LAS ONCE

APARECERA DIOS!



¡ A LAS ONCE,

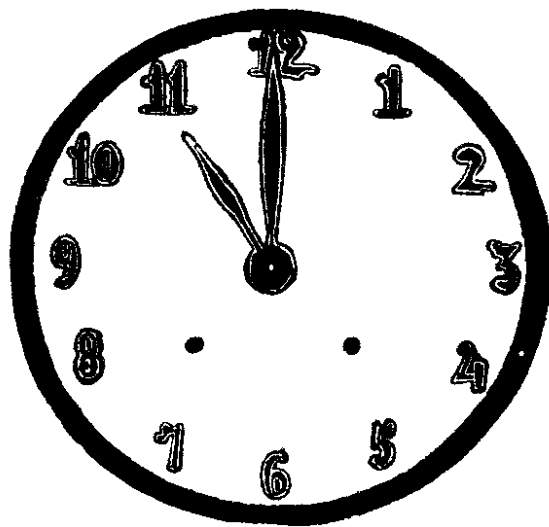
APARECERA DIOS ;



¿QUIÉN LO VERA PRIMERO?

QUIZA LOS AVIADORES.....

¡ LAS ONCE!



Lloran niños extraviados

A veces rasga el aire un grito agudo.

Hay mujeres que no pueden resistir más y caen víctimas de ataques histéricos.

Un hombre, enloquecido, se suicida.

No se sabe quién ríe a carcajadas.

¿Hacia dónde mirar? ¿Va a aparecer en el cielo? ¿En el monumento? ¿En la Basílica? ¿En la ermita? ¿Al lado del Papa? ¿Junto a la hacanea? ¿Sobre el dirigible?

¿Dónde? ¿Dónde? ¿DONDE?

Han transcurrido dos minutos.

....Y LLEGA "UN HOMBRE"....

De súbito, todos los rayos del sol se concentran, como si delante del astro formidable *hubiesen puesto* una gigantesca lupa. Todos los rayos del sol se concentraron en un solo haz de brillo irresistible; el resto del firmamento queda de color gris perla; y ese haz, amarillo rabioso, de luz irresistible, *se mueve de un lado a otro*, como un inmenso reflector.. . Como un inmenso reflector, *que buscase por el campo el objeto que va a iluminar*.

Las multitudes, el Papa, el Nuncio, *todo el mundo* comprende.

Y ocho millones de pupilas desorbitadas *siguen las evoluciones* del haz de rayos. Y el haz de rayos se detiene... ¿para alumbrar el *que?*.. . Para alumbrar un insignificante olivar que existe en la falda noroeste del Cerro y en el que nadie se ha fijado.. .

Un montecito de olivos.. .

¡ ¡ Gethsemaní!!...

El Papa, *que acaba de ver claro*, enjuga el sudor de su frente.

¡¡ ATENCIÓN!!

Del campo de olivos ha salido *un hombre*.

Lívida claridad le circunda.

Representa unos sesenta años. Es fuerte, recio, más bien bajo. Tiene ojos azules, con una expresión entre cándida y enérgica. Usa barba: una barba corta y blanca.

Viste traje oscuro y un guardapolvo encima. Lleva hongo de color café.

Este hombre, al salir del campo de olivos, emprende a pie, ágilmente, la subida del Cerro.

Y el gigantesco reflector, formado por el haz de todos los rayos solares, *le va iluminando en la subida.*

"SIEMPRE QUE INTERVENGO YO OCURRE
ALGO SEMEJANTE..."

"SEÑOR" Y "DE TU"

Seres inmóviles. Cuerpos clavados en el suelo.

Hasta los caballos han quedado quietos, rígidos estatuados, como en pedestal de monumento bélico. Y por entre jinetes, automóviles, cañones, órganos, aparatos, reflectores, armones, banderas, flámulas, estandartes y

SILENCIO

banderines, el *hombre del hongo* color café, y del guardapolvo, va subiendo, va subiendo... En medio de aquel silencio *el hombre* va subiendo... En medio del estupor múltiple, el *hombre* va subiendo, va subiendo, va subiendo... Ya corona el Cerro. Ya entra en la explanada, y por entre uniformes, *chaquets*, levitas, capelos y

chales, echarpes y chaquetas y tirando al aire gorras, sombreros y banderas:

Dios se queda perplejo.

—¿Qué dicen? — pregunta, resbalando una mirada por la multitud.

—Dicen “Marana tha” Señor — contesta el Santo Padre.

—¿Y eso qué es?

El Papa está a punto de echarse a llorar tiernamente. Balbucea:

—Eso es ... Es... Unas palabras hebreas que

—¿Hebreas? ¡Ah! Hebreas

—.... que significan “*aquí está el Señor*”.

—Sí, sí

Entretanto las máquinas fotográficas y las cámaras de cinematografía trabajan vertiginosamente.

Los *repórters* escriben con furia. Mil estilográficas toman notas.

El telégrafo Morse pica la atmósfera. Punto; raya; punto; raya; raya; raya; punto; raya; punto.

La Radio chisporrotea, con un ruido de aceite frito, enviando su voz a todo el Universo.

Los *speakers* explican:

—*Viste el Señor de obscuro. Lleva un guardapolvo. . .*

Nuevas salvas vomitadas por los *schneiders*.

Repican campanas. Repican las campanas de *todas* las iglesias.. .

Los aviones rozan el campo arrojando cestos de lirios y de azucenas y agotando sus depósitos de humos perfumados. Uno de ellos mide mal las distancias y se lleva por delante la tribuna del Gobierno integra.

El Presidente del Consejo observa, parodiando una frase célebre:

—Mejor: así recibiremos el sol de plano.

También desde el "Agnus Dei" se arrojan flores. Flores y tabaco, que no sabe quién ha intentado colar en España de contrabando.

Pero este hermoso, este espléndido, este radiante cuadro dura poco.

AVANZAN LAS HORDAS

De pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, las multitudes se lanzan hacia el Cerro, ansiosas de ver a Dios de cerca. Ya no avanzan: corren. Ya no corren: galopan.

Suben por el Cerro; por las cuatro vertientes del Cerro. Ascenden. Trepan. Gatean. Son como un torrente, como un alud, al revés. Son como una catarata que *Cayese de abajo arriba*. Son como una avalancha que, en lugar de precipitarse de la cúspide al valle, se precipitara del valle a la cumbre. Empiezan a invadir la explanada.

Todo ese horizonte humano se agita en las convulsiones de movilización de esa ola apocalíptica.

Caen seres pisoteados.

No importa. Adelante... ¡Adelante! ¡Adelante!

Los heridos piden socorro, pero los que avanzan aúllan, acallando toda otra voz.

Y ¿se va a consentir esto?

No. No se va a consentir.

Suena pimpinante el clarín de órdenes. Y las tropas se despliegan dispuestas a defender la explanada de aquel ejército sin armas, mil veces más terrible que cualquier ejército armado.

Es inútil. La masa, ciega y brutal, llevada de su terrible impulso y sometida a la presión incontrastable de las otras masas que vienen detrás, llega hasta las tropas, las aborda, las domina, las envuelve, las arrolla. Los soldados desaparecen bajo el pataleo de millares de pies. Unos cuantos gritos aislados y ya no existen.

Y la multitud innumerable sigue avanzando. Es una riada que va tragándose los obstáculos. Jinetes, banderas, personalidades, todo lo que emerge, se bambolea bajo las fuerzas volcánicas de las enormes masas y se disuelve al punto en el tumulto.

—¡*Marana tha!* ¡*Marana tha!*

—¡Queremos verle!

—¿Dónde está?

Ya llegan a la torre metálica de los operadores de cinematógrafo, ya la rodean y la rebasan, y, como si fuera un junco, la torre oscila y cae al suelo con estrépito, arrastrando a todos los ocupantes, con aparatos y enseres, fundiendo músculos, partiendo huesos, en medio de una confusión terrible de ayes, sangre, seres dispersos, objetos pulverizados y caballos que se desbocan.

La plataforma de la Prensa corre la misma suerte. Y la ola gigantesca sigue su avance devastador desde cuatro puntos cardinales distintos que van a converger en la tribuna blanca, donde el Pontífice, aterrado, ampara entre sus brazos a Dios.

—¡¡QUEREMOS VERLE!! ¡¡QUEREMOS VERLE!!

—¿DÓNDE ESTA?

El alud entra como un ariete en la barrera de carne de las Congregaciones religiosas, de las Asociaciones, de las Cofradías, llevando la disgregación a derecha e izquierda, pataleando, triturándolo todo... Estandartes, cruces parroquiales, mangas y distintivos flotan a la deriva sobre las cabezas, igual que restos de naufragios. Y la catarata sigue triunfadora y cerril.

Para hallar algo semejante, hay que retroceder a las grandes revoluciones de la Historia, a los pueblos huyendo enloquecidos de la erupción de un volcán y destruyendo ellos mismos mucho más que las lavas ardientes, o a las invasiones de hordas salvajes cayendo sobre Roma.

También ahora se intenta caer sobre *Roma*, y si no es destructor, en fin son los medios.

¿DÓNDE ESTA?

—¡DIOS! ¡¡DIOS!! ¡¡¡DIOS!!!

¡¡QUEREMOS VERLE!!

—¡ ¡ ¡ MARANA THA!!! ¡ ¡ MARANA THA!!

El Papa, el Gobierno, el Nuncio, el Legado y la mayor parte de los séquitos están a punto de perder la cabeza.

—¿Qué va a ocurrir dentro de tres, de dos, de un minuto?

—¿Qué va a ocurrir cuando las masas, enloquecidas, por el ansia de ver a Dios de cerca, salven el último obstáculo y lleguen hasta allí?

Y no hay entre los presentes quien no vuelva sus ojos hacia Dios en busca de un milagro.

Pero Dios, que al contemplar el espectáculo del torrente humano haciéndolo todo astillas a su paso, se ha limitado a sonreír, como ante una travesura, cuando observa cómo se le apremia a su alrededor para que Él resuelva el conflicto, se alza de hombros y exclama:

—Todo está terminado.

Las hordas se hallan a cien pasos. Ahora han destrozado y despedazado la tribuna de la Grandeza, de la alta Milicia y del alto Clero, que aun se mantenía erguida. Y las que vienen detrás, cada vez más densas, más apretadas y más incontenibles, han derribarla el poste de amarre del "*Agnus Dei*", y el dirigible —libre— de un golpe, de un solo tirón, alcanza una altura de dos mil pies. Ya las primeras filas gesticulantes, con las ropas rotas por los diversos choques, con las vociferantes bocas abiertas, con las pupilas dilatadas por el extravío, son visibles a sesenta pasos, a cincuenta, formando un círculo que se cierra por instantes.

Entre los séquitos aterrados zigzaguea una frase.

—" ¡ *Van a aplastar a Dios!*">

SANGRE A DERECHA E IZQUIERDA.

Entonces un capitán del Ejército, movido por brusca inspiración, toma a su cargo toda la responsabilidad que puede derivarse del rasgo de evitar la catástrofe.

Ruge órdenes breves. Se adelantan dos coches de la roturación próxima. Se adelantan también seis motos blindadas provistas de ametralladoras. Y el capitán se encara con Dios señalándole uno de los autos.

—*Sube, señor.*

Dios obedece.

Y el Papa sube detrás y el Nuncio, y diez o doce personas se acomodan en los autos sin más selección ni más derecho jerárquico que el que impone el hallarse cerca de los coches en aquel momento.

—¿Adónde vamos?

—¡Hay que abrirse paso, cueste lo que cueste, hasta Getafe! Allí puede tomarse el tren de Madrid. . .

Cierre rápido de portezuelas. El Papa se pilla un dedo:

—¡ Santa Madonna !

Alguien le chafa el hongo a Dios.

— ¡¡ Señor!! . . .

—No es nada, no es nada. .

Braman los cilindros nuevamente. Dos motos se colocan en vanguardia; otras dos se ponen a los lados de los coches; las últimas, dan escolta.

—El capitán, desde el estribo del auto donde va Dios, ordena: —¡ ¡ Adelante!! ¡Y fuego si no se apartan!

Bufido de ocho tubos de escapes.

Las máquinas, bajo el esfuerzo del primer acelerón, trepidan, saltan, se lanzan, buscando la carretera que bordean el Cerro, de cara a las multitudes clamorosas.

—¡ Ahí va Dios! —¡ Ahí va Dios! —¡ Ahí va Dios!

—¡ ¡Se lo llevan!!

—¡ Canallas!

—¡¡ Hasta a Dios lo quieren para ellos solos!!

No. Nadie se aparta. Por el contrario las filas se estrechan y se cierran aún más ante el cortejo de motores rugientes, intentando cortarles el paso. Caen piedras sobre los mecánicos.

El capitán grita:

—¡ Prevenidos!

En las motos suenan los *crac-crac* que producen las ametralladoras al ser montadas. Pero nadie retrocede; por el contrario: se ataca ya francamente. Y la orden decisiva estalla:

—¡¡Fuego!!

Las seis "*Thompson*", dispuestas en tiro rápido, inician su crujido de molinillos de café. ¡*Tac, tac!* ¡*tacatacatatá!*

¡*Tacata, tacata!* ¡*Tacatacatatatacatatá!* ¡*Tac, tac!*

Empieza a caer gente, empieza a caer gente; adelante; atrás; a los lados. Empieza a caer gente por todas partes

¡*Tacatacatá, tacatacatatá!* ¡*Tac, tac!* ¡*Tacata!*

Caen, caen..

¡ Asesinos! ¡ ¡ Asesinos!!

Manos crispados, rostros descompuestos, bocas desgarradas en gestos de rabia y de dolor emergen del humo de la pólvora.

La curiosidad ha sido sustituida por la indignación, y ahora las turbas se arrojan furiosas contra los dos autos.

Pero las ametralladoras se interponen —¡*tacata, tacata, tacatacatatá, tac, tac!*— con un vomitar incesante y un escupir de casquillos vacíos y las turbas furiosas caen, caen, caen.

Se abren claros. Filan las máquinas dejando regueros de heridos, de sangre, de muertos, de seres que se retuercen, que se elevan para volver a derrumbarse o que se desploman, quedando definitivamente inertes,

— ¡¡Asesinos!! ¡Asesinos!

—¡¡Asesinos!!

Zumban los autos. Zumban las motos. Zumban las ametralladoras. ¡*Tacatacatá!* ¡*Tacatacatatá!* ¡*Tac, tacata!* Y abordan las masas humanas, las tunden, las perforan, las traspasan.

Y desaparecen entre gritos, gases, humos, sangre, polvo.

DENTRO DE LOS COCHES

Dentro de los coches el terror tiene a todo el mundo silencioso. Al capitán que ordenó el fuego le tiemblan las mandíbulas. El Papa se ha cubierto el rostro con las manos a los primeros disparos.

El Nuncio, el Legado y los demás, protestan: —¡Es horrible! ¡Es horrible! Sólo Dios permanece ausente.

Y hasta que el Pontífice se vuelve hacia Él y, queriendo justificar aquella terrible mortandad, le dice:

—Señor. . .Te hubieran arrollado, te hubieran pisoteado: había que abrirse paso. . . Yo no creí que iba a hacerse a costa de vidas. . .

Hasta ese momento, el Señor, el Creador, el Hacedor Supremo, el Dios del Sinai, no fija sus ojos en la estela de muertos y heridos que van dejando los automóviles.

Y entonces murmura con un acento en el que quizá hay cierta melancolía fatigada:

—Sí... Siempre que intervengo yo, ocurre algo semejante.

LAS SIETE PREGUNTAS DE PERICO ESPASA
Y LAS SIETE RESPUESTAS DE DIOS
EN GETAFE

Así llegan los dos autos y las seis motos blindadas a la estación de ferrocarril de Getafe.

Pero la noticia sensacional ha corrido más que ellos.

Y allí se sabe ya lo sucedido en el Cerro y se da cómo seguro que Dios continuará en tren su viaje hasta Madrid.

El gentío se agolpa en el andén y los alrededores de la estación.

Por fortuna, los millones de almas de antes, ahora ya no son más que centenares, y, además, puestos al tanto del trabajo homicida que han llevado a cabo las ametralladoras, los grupos no se brindarán a ser dianas de tiro y van a proceder con más cautela.

Rumor de motores. Ya están aquí. Ocho frenazos sucesivos. Alto.

El gentío aplaude y vitorea:

—*¡Marana tha! ¡Marana tha!*

Para retroceder enseguida instintivamente, aterrado: los autos y las motos llevan salpicaduras de sangre. El tapacubos de una rueda trae enganchados jirones de ropas también ensangrentadas. Sobre el blanco grisáceo de la carrocería del coche donde viene Dios, la huella de una mano dibuja claramente la estrella roja de cinco dedos.

Jadean las motos y las ametralladoras todavía despiden humo acre y caliente.

Un gran silencio envuelve al gentío, y en medio de este silencio funeral las portezuelas se abren. Alguien se quita unas vestiduras blancas y las extienden en el suelo. Y Dios, tranquilamente, con la sencillez suprema que pone en todos sus actos, apoya un pie en el estribo, el otro en la vestidura blanca y desciende.

Su gesto, exento de afectación, gana de nuevo todos los corazones y se repiten las aclamaciones y los vítores, contestados con bríos a lo largo del andén.

Esta vez no puede evitarse que Dios sea rodeado tocado, abrazado, apretujado, acariciado. Desaparece en el tumulto para volver a aparecer más lejos y desaparecer de nuevo y surgir de nuevo más allá. Se le besan los pies y las manos, se le hacen súplicas y rogativas.

Se le arrancan pedazos del traje para conservarlos como reliquias. El pueblo, con su instinto certero, le da el tratamiento que Él desea: *Señor y de tú*, como en el Padre nuestro.

—Señor, acuérdate de mis hijos...

—Señor, mi marido se muere...

—Señor, estoy en un apuro que. . .

—Señor.

—Señor, escucha...

—Óyeme a mí, Señor...

—¡A mí!...

—¡A mí!

—¡A mí!

—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!

Y el señor *no oye a nadie*.

Va de un lado a otro, arrastrado, transportado, con su eterno aire indiferente y su inacabable sonrisa enigmática, entre cándida, enérgica y fatigada.

Le alzan en hombros, lo elevan, lo izan, le pasan de mano en mano, aclamándole, reverenciándole.

Nunca Dios se ha sentido más ídolo.

SALE EL TREN

Por fin después de una larga hora, personas del acompañamiento y soldados consiguen arrancarle de los tentáculos del gentío y acomodarle en el interior de un vagón.

El tren se pone en marcha. Todavía racimos humanos se agarran convulsos a las portezuelas,

—¡Dejadnos verle!

—¡Dejadnos pedirle!

—¡Canallas! ¡Canallas!

—¡*Tras, tras, tras!* Suenan culatazos. Y los racimos humanos van disgregándose. Hasta que los estribos quedan limpios y el tren que lleva a Dios silba victorioso.

FALTA GENTE

—¿Y el Papa?

—¿Y el Nuncio?

—¿Y el Gobierno?

—No sé..

—No los he visto..

—Creo que no pudieron bajar de los coches.

—Los perdimos en el gentío. . .

—Quizá se equivocaron de tren. . .

Pero ¿a quién puede importarle, después de todo, el Gobierno, ni el Nuncio, ni el Papa en un vagón del tren-tranvía de Getafe en el que se goza la presencia de Dios?

EL UNIFORME DEL REVISOR

—¡Señor! Te han desnudado...

Dios alza los ojos y acentúa ligeramente su sonrisa.

Sí. Le han desnudado. Su hongo parece una alcachofa. Media ala rota le cae sobre la oreja; la cinta que antes rodeaba la copa le corre ahora a lo largo del óvalo del rostro en forma de barboquejo. Su traje oscuro está hecho unos zorros y su guardapolvo cuelga en jirones.

Es imposible que entre así en Madrid.

Se buscan ropas para Dios. Todo el mundo ofrece las suyas, pero unas resultan demasiado grandes y otras demasiado pequeñas. Por fin se encuentran las que le van relativamente bien.

Y Dios se pone aquellas ropas. Son el uniforme del Revisor de la Compañía Eladio Somancas.

ORACIONES Y BOSTEZOS

Hay una pausa violenta en el vagón. En la confusión de la fuga se ha formado alrededor de Dios un acompañamiento extraño: dos curas párrocos, un Grande de España, tres *chauffeurs*, un diputado por Badajoz, un Obispo, un portero del Refugio, treinta y cuatro soldados, dos parejas de la Guardia civil, un radiotelegrafista, el jefe de tren, dos guardafrenos. . .

Todos ellos se hallan de pie en el vagón, azorados, rodeando a Dios, mirándole con los ojos muy abiertos, como la chiquillería de un pueblo rodea contempla al prestidigitador que trabajará por la noche en el Casino y

que está tomándose un "vermouth" a la puerta de un bar de la plaza pública. En el pasillo asoma la cabeza el revisor que ha dado su uniforme, y, detrás, se agolpan gentes que han logrado trepar al convoy, y todo el tren en masa, que se ha corrido hasta allí repartiendo codazos, atizando pisotones a derecha e izquierda, subiéndose en los hombros de los que están delante espoleados por un mismo deseo.

Pasada la primera emoción de la llegada y alejado el peligro de las multitudes destructoras, nadie sabe qué decir ni cómo proceder.

Pero tampoco este silencio puede prolongarse. He aquí una cosa que piensan todos. ¿Acaso el silencio no ha de parecerle a Dios indiferencia? Y, sin embargo, sin embargo. . . ¡es tan difícil hablar! ¿Qué debe decirse? Cada cual estruja sus meninges en busca de una frase, de una pregunta, de una observación. . . Nada. No se les ocurre nada

El malestar de todos crece.

¡Tanto recibimiento, tanta emoción vivida a lo largo de dos meses, tanta voluntad puesta en movimiento para recibir a Dios y ahora que Dios está aquí a medio metro, *no hay nada que decirle!*. . .

Al cabo, el Obispo presente tiene una idea. Es cierto que aquella situación no puede prolongarse; es cierto que no se puede permanecer así mirando a Dios de hito en hito y sin decirle nada: es cierto que hay que hablarle. Y ¿qué? ¿Acaso *el lenguaje de Dios no es la oración?*

Sonríe, como el sabio que ha dado, al fin, con la fórmula de su invento, y cruzando las manos —las pupilas clavadas en Dios— comienza:

—PADRE NUESTRO, QUE ESTAS EN LOS CIELOS, SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.. .

Todos, pensando: "*¡Es verdad! ¡Qué talento tiene el Obispo! continúan con él:*

—.... VENGA A NOS EL TU REINO, HÁGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO....

Y SIGUE ya a coro el tren entero:

— ...EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA
DÁNOSLE HOY Y PERDÓNANOS NUESTRAS
DEUDAS ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS A
NUESTROS DEUDORES Y NO NOS DEJES CAER EN
LA TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MAL, AMEN.

Y al acabar, empiezan otra vez; y al acabar, empiezan otra vez; y al acabar, empiezan otra vez; seguros ya de haber dado en el quid, convencidas de que su conducta no podía ser más que ésta, ni sus palabras otras palabras; satisfechos, en fin, dé ver satisfecho a Dios.

En efecto; Dios mueve su cabeza aprobando; los mira durante un rato.

Y al cabo, cubre ligeramente sus labios con la mano mientras de la abierta boca le sale un profundo:

—¡Aaaaaaaaah!

Sí. No hay más remedio que reconocerlo: en un bostezo.

Un bostezo enorme seguido inmediatamente de otros varios.

Y todo el mundo calla en el vagón.

EL MAQUINISTA Y EL FOGONERO

Felizmente algo imprevisto viene a sacar a los presentes del nuevo aprieto en que se ven metidos.

El tren va perdiendo velocidad poco a poco y se para por completo en medio del campo.

Hay un sobresalto general. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Es que no se va a poder llegar a Madrid tranquilamente?

Pero no ocurre nada grave. Y cuando se sabe la causa de la detención todo el mundo ríe.

El maquinista y el fogonero querían ver a Dios de cerca y para conseguirlo no han encontrado mejor procedimiento

que frenar el convoy. Ya han saltado de la locomotora y corren a lo largo de las ventanillas rebosantes.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡Allí! ¡Allí! —les señalan centenares de manos.

Ambos llegan al vagón indicado, se encaraman en los cojinetes de las ruedas y miran por los cristales. Sus rostros negros se aplastan con expresión de asombro. ¡Aquel es Dios!. .. Aquel buen señor, de aire burgués, embutido en un uniforme de revisor de la Compañía...

Dios ordena bajar el cristal. Lo hace el Obispo rápidamente. El Supremo Hacedor se encara con los rostros negros:

—¿Qué tal esa locomotora? ¿Marcha bien?

Los rostros negros se llenan de confusión y no aciertan a contestar nada, pero se ve que Dios con sólo aquella pregunta, ha ganado dos almas para Sí eternamente. Una pausa que divierte a todos.

Luego los rostros negros desaparecen. Y enseguida vuelve a aparecer el del maquinista, para decir emocionado:

—Iremos despacito... Y así no habrá traqueteos. . .

Y se marcha corriendo hacia su máquina, azorado de la propia valentía.

NUEVOS PERSONAJES

La detención ha servido para que un auto, que venía persiguiendo al tren, lo alcance, lo aborde y permita a sus ocupantes trepar al vagón de Dios.

Se intenta cortarles el paso, pero un hombre grueso que marcha a la cabeza deshace todos los obstáculos en medio de grandes voces.

—¡Prensa! ¡Prensa! —repite. (*Es Perico Espasa*).

Y por si eso no bastara, otro hombre grueso pero mucho más bajo; echa por tierra todo intento de resistencia, repitiendo entre el estupor y el asombro de cuantos lo oyen:

—¡Apártense! ¡Soy íntimo amigo de Dios!. . .
—(*Es el doctor Flagg*).

LIMÓN HELADO Y "MURATTIS"

Se han encontrado de pronto, en medio del tumulto espantoso del Cerro, cuando Federico Orellana no sabía ya qué decir y Perico Esposa se veía fracasando en una interviú por primera vez en su carrera.

Pero el doctor Flagg, que asistía al acontecimiento desde la tribuna del Gobierno (para llegar a la cual le bastó con declararse hermano del Presidente del Consejo), les saca rápidamente de su incertidumbre.

Lo imposible no existe —ha dicho— ¡ Pronto! Vamos hacia Getafe; tal vez lleguemos antes de que arranque el tren, y si no, nos será difícil alcanzarlo . . .

Y en un auto cualquiera, cogido al azar entre los miles de coches abandonados, han llegado, persiguiendo el tren, hasta allí.

Flagg tiene razón. No hay nada imposible. Ya se ha colocado en el vagón, con Federico Orellana y el taquígrafo zurdo, que le siguen. Ya entran. . Ya llegan hasta Dios, y le besan el traje y se sientan a su lado...

Y el doctor Flagg se justifica ante Dios con una desenvoltura cuyo secreto sólo él posee:

—Perdona, Señor, que haya mentido diciendo que soy íntimo amigo tuyo; pero no había otro recurso para llegar hasta Ti. . .

Y Dios murmura:

—Claro, claro:

Y Perico Espasa se presenta también, aunque con menos desenvoltura que el doctor:

—Soy el director del periódico *La Razón*. Me han designado parra hacerte una interviú, y me es imprescindible interrogarte, Señor. . .

A lo que Dios responde:

—Es lógico.

—Por lo demás — sigue el doctor, tratando de fijar sus posiciones y las de su amigo— desde el momento en que el Sumo Pontífice declaró que Tu visita a la tierra la hacías en forma humana, hemos comprendido que deseabas que se te tratase con respeto, pero *como a hombre*.

—¡Naturalmente!—aprueba Dios

—Y puesto que Tú mismo advertiste que en tu encarnación estarías sujeto a la pequeñez, fragilidad y *padecimiento* humanos, yo he calculado que en estos momentos, mejor que oraciones y alabanzas, *lo* que desearías es un vasito de limón helado. . . ¡Aquí está!. .

Y destapando un thermo que lleva debajo del brazo, el doctor escancia el vasito de limón helado y se lo brinda a Dios.

Una ráfaga de aire frío, más frío aún que el limón, traspasa a todos los presentes. Pupilas incendiarias se fijan en el doctor Flagg. Querrían pulverizar a aquel insensato que le ofrece a Dios un vaso de limón helado. Querrían impedir el gesto, pero es tarde: ya Dios vuelve el rostro hacia el doctor Flagg, exclamando con alegría, con verdadera alegría:

—¡Gracias, hijo! ¡Sólo tú me has comprendido!

Después de lo cual, se bebe el vasito paladeándolo.

Los ocupantes del vagón respiran; pero se sobresaltan de nuevo al observar que Flagg abre su pitillera y se la tiende abierta a Dios.

—¿ Un cigarrito?

—¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar?

Pero no pasa nada.

Dios acentúa ligeramente su sonrisa para decir:

—Muchas gracias. . . No fumo.

—Son "*Murattis*" —insiste Flagg.

Dios hace un gesto amable.

—Bueno. . . Por no despreciar. . .

Y enciende el cigarrillo con el mechero del doctor.
Desde aquel momento podía asegurarse que Flagg y su grupo tenía ganada la partida.

RESPUESTAS AL CUESTIONARIO

Flagg debió de comprenderlo así, puesto que se erigió en primero de a bordo y mandó desalojar el vagón.

—Lo siento; de veras que lo siento —exclamó—. Pero debemos tratar con Dios algunos asuntos de índole privada....

Y los fue empujando a todos hacia el pasillo: Obispos, curas párrocos, diputados, Grande de España, *chauffeurs*, portero del Refugio, radiotelegrafista, jefe de tren, Guardias civiles, guardafrenos y soldados le obedecieron sin rechistar, y cuando hubo cerrado la puerta detrás de ellos, Flagg se volvió para aclararle:

—Son unos idiotas. . .

Dios, aspirando las bocanadas del "*Muratti*", apoyado en el brazo de la butaca y recibiendo en su frente la brisa de los campos, parecía feliz.

Perico Espasa presentó a Federico Orellana, al que el Señor acogió con la mejor de sus sonrisas, y luego hizo lo mismo con el taquígrafo, para quien Dios tuvo frases de elogio.

—¡Gran cosa la Taquigrafía! —dijo— ¡Una gran cosa!

Y agregó con aire preocupado:

—¡ Parece mentira que no se me ocurriera a mí!

—Si se te hubiera ocurrido a Ti, Señor —intervino Flagg—, hubieras hecho que la dominase Moisés y él habría podido tomar rápidamente el texto de las Tablas de la Ley.

—Exacto, exacto. .. Y hubiéramos acabado antes —aprobó Dios, encantado de la claridad humorística del doctor.

Perico Espasa, animado por el sesgo que tomaba la conversación, se decidió a plantearle a Dios la cuestión que le había llevado hasta allí.

—La presencia del taquígrafo, Señor —dijo, es absolutamente premeditada.

—¡Ah!

—Sí. La Prensa española, reunida hace seis días con los representantes de la extranjera y de la americana, decidió, para no molestarte excesivamente, elegir un solo y único repórter, que en unión de dos taquígrafos...

Pero el doctor Flagg le interrumpió:

—¿Por qué tantas explicaciones, Perico? ¿Con quién crees estar hablando? El Señor, que lo sabe todo, conocerá de sobra lo ocurrido en *ABC* y...

Esta vez el que interrumpió fue Dios:

—Déjale. Flagg. Es cierto que yo lo sé todo, pero ¿qué importa eso para que él me lo cuente? *Todos me contáis lo que ya sé.* ¿Es que al rezar para pedirme algo os calláis, por ventura, la causa de vuestra aflicción o dejáis de exponerme cuáles son vuestros deseos? No. Ciertamente que no. Todos, al rezarme, os apresuráis a aclarar el motivo de vuestro rezo, diciéndome: "*Para que se cure mi madre*". "*Para que no muera mi hijo en la guerra*". "*Para obtener éxito en este o en aquel negocio. . .*" Y mis propios Ministros en la Tierra me han acostumbrado a oír el ofrecimiento previo de los Rosarios, Novenas y Ejercicios que dirigen, especificando, *verbi gratia*, al comenzar: "*Por la paz y concordia entre los príncipes cristianos*" o "*Por las benditas ánimas del Purgatorio*". Y hasta en las misas aplicadas se creen en la obligación de preadvertirme: "*Por el eterno descanso de Fulano de Tal*", y me citan el nombre con acopio de datos biográficos. Cierto es que yo lo sé todo y lo conozco todo, pero puesto que ni los hombres ni mis propios Ministros *se dan cuenta exacta de esto* e incurrn a diario en pecado de redundancia, hasta el punto de *tenerme ya habituado a él*, no hay por qué hacer una excepción con tu amigo. . .

Hubo un silencio, y Dios le advirtió al doctor.

—No vengo a la Tierra como Dios, sino como hombre Flagg, y mi propósito es, por tanto, *convivir con hombres*.

De ahí que alcanzarán mi predilección los que se muestren más humanos. Tú te me has mostrado humano al ofrecerme el vasito de limón helado, y por ello mi predilección te alcanza; persiste, pues: sigue humano y no quieras elevarte sobre lo que eres, porque ciertamente te digo que eso no es elevarse, *sino descender....*

Luego, volviéndose hacia Perico Espasa, que se hallaba enfrente, Dios le invitó a continuar:

—Decías que en la reunión de representantes de Prensa...

Animado así, Perico Espasa contó lo sucedido en el salón de acatos de *A B C* el pasado día 4, explicando cómo él personificaba en aquel momento la Prensa de todo el Globo, y cómo se disponía a presentare el famoso *cuestionario*, cuyas respuestas exactas debía recoger el taquígrafo que les escuchaba.

—Esto último tiene por objeto —explicó— no confundir Tus contestaciones, Señor; porque si el hombre es falible comúnmente, cuando se trata, como en mi caso, de un repórter, resulta más falible todavía.. .

Dios acentuó otra vez su sonrisa, y perdiendo la mirada en el árido paisaje que corría ante la ventanilla, al fondo del cual aun se distinguía la cúspide del Cerro de los Angeles, dejó escapar:

—¡Los repórter!. .. ¿Qué vas a mí a decirme, hijo, qué vas a mí a decirme?...

Suspiró:

—He conocido de cerca a los primeros repórter de la Tierra y no eran superiores a vosotros en exactitud, créeme...

Y como Perico Espasa, Flagg, Federico y el propio taquígrafo hicieran un gesto común de sorpresa, Dios aclaró acto seguido:

—Al decir que he conocido de cerca a los primeros repórter de la Tierra, *me refiero a los Evangelistas.*

Y agregó:

—Todos vieron los Hechos de mi Hijo con sus propios ojos. Todos fueron testigos presenciales de la Catástrofe, y,

sin embargo, *cada cual contó* la cosa de un modo diferente... ¡Repórters, repórters!.. No te avergüences, que sé de sobra lo que es un repórters. Y ahora vamos a ver tu cuestionario.. .

Había llegado el momento cumbre de la vida de Perico Espasa y, probablemente, *de* la vida de la humanidad. El momento en que

Dios iba a ser entrevistado sobre problemas que siglos enteros habían dejado en pie y para los que inútilmente se habían ideado respuestas a respuestas.

Rebosante de una emoción bien justificada al fin y al cabo, Perico Espasa extrajo de su bolsillo el interrogatorio redactado días antes y se lo brindó a Dios con mano temblorosa. El Señor, vuelto de nuevo hacia la ventanilla y abismado en la contemplación del paisaje, no denunció haber percibido el gesto.

Pero su voz se dejó oír, diciendo:

—¿ Primera pregunta?. . .

Perico Espasa, ahogadamente, deletreando, leyó:

—"*Cuándo hizo la Tierra Vuestra Divina Majestad?*"

Dios contestó textualmente:

¡QUE SÉ YO! ¡HAGO TANTAS AL CABO DEL DÍA!

Garrapateó el lápiz del taquígrafo. Y Perico Espasa, Flagg y Federico Orellana se miraron fijamente. Algo extraño e inexplicable flotaba en el vagón. Dios no había dejado de hablarles desde que ellos irrumpieron allí, y, sin embargo, hasta este momento, no habían sentido pesar, gravitar sobre sus cabezas la Palabra Divina. De pronto todo acababa de adquirir un prestigio, una importancia, una gravedad, una especie de *suntuosidad espiritual*, una profundidad histórica, un aire dogmático, una trascendencia eterna. . .

Y quizá hubieran permanecido horas enteras mirándose los tres en silencio, tal vez Perico Espasa no habría

continuado el interrogatorio, de no haber indagado Dios nuevamente:

—¿Segunda pregunta?

Lo que obligó a Perico Espasa a hacer un violento esfuerzo sobre sí y a leer en el cuestionario:

—"*¿Vuestra Divina Majestad está satisfecha de cómo quedó la Tierra al concluirla?*"

Y Dios contestó, acentuando aquella sonrisa suya que parecía iluminarlo todo:

—NO, AHORA LA HABRÍA HECHO MEJOR PORQUE COMO HAY TANTOS ADELANTOS. .

Otra pausa; otra consternación por parte de Flagg, Federico y Perico Espasa. ¿Cómo había que tomar aquello? ¿En su sentido directo e inexplicable o como una broma disparada contra la soberbia del hombre? No resultaba fácil determinarlo, pero, de ser broma, nadie podría negar que se trataba de una broma divina; de una broma inimitable, de un maravilloso rasgo de humor en el que tenían mucho que aprender Fernández Florez y Jardiel Porcela, ese par de pelmazos del humorismo español contemporáneo.

Perico Espasa insistió abordando la tercera pregunta:

—"*¿Cuándo y cómo creó Vuestra Divina Majestad a Adán y Eva?*"

Y Dios respondió claramente:

—YO NO ME OCUPO DE ESO: YO HAGO LA MATERIA PRIMA.

... de nuevo se miraron unos a otros. ¿Entonces?. . . ¿Entonces es que el Hombre y la Mujer no eran la *razón* de la Creación, sino una de sus *consecuencias*? ¿Entonces es que?. . .

Pero volvió a interrumpirles la voz de Dios, quién tal vez se esforzaba por apartarles del peligroso camino del análisis, para decir:

—¿Cuarta pregunta?

Y Perico Espasa leyó:

—"*¿Qué opinión tiene del Diablo Vuestra Divina Majestad?*" Dios se alzó de hombros con un gesto de marcada indiferencia despectiva, murmurando:

—ES UN CASO DE OBCECACIÓN. ESTA COMPLETAMENTE LOCO, LO HE DEJADO YA POR IMPOSIBLE.

Y agregó al punto:

—¿Qué sigue?

Perico le dirigió la quinta indagación:

—"*¿Cuál es, según el Divino criterio de Vuestra Majestad, la forma ideal de gobierno para los Estados de la Tierra?*"

Aquí Dios se detuvo. Su mirada se hizo vagorosa e irreal, como si se sumiese en el pasado o en el futuro.

—(Pero...¿acaso para Dios existen *futuro* y *pasado*?) — Suspiró profundamente; fue a hablar y calló de nuevo. Por fin, pareció decidirse y dijo:

—LA FORMA IDEAL DE GOBIERNO EN LOS ESTADOS DE LA TIERRA SON LAS DICTADURAS. PARA GOBERNAR NO HAY MAS QUE UN CAMINO: QUE UN SOLO HOMBRE INTELIGENTE CREE AL MISMO TIEMPO UNA LEY JUSTA Y UNA PENA TERRIBLE. Y, TRANSGREDIDA LA LEY, APLIQUE LA PENA SIN APELACIÓN, SIN INDULTO Y POR LA ETERNIDAD.

Y añadió:

—PERO ERA OCIOSO HACERME A MÍ ESA PREGUNTA..

Nuevo silencio pobló el vagón.

El taquígrafo trazaba en el papel sus patitas de mosca.

Todos estaban muy impresionados. Y así que el taquígrafo hubo concluido, Perico Espasa se decidió a pasar adelante.

—"*¿Cuándo acabará el Mundo, Divina Majestad?*"

A lo que Dios respondió:

ESO PUEDE DECÍRTELO CUALQUIER ASTRÓNOMO: ES FÁCIL DE CALCULAR.

Y se llegó a la última pregunta:

—"*¿Está arrepentido del Diluvio Vuestra Divina Majestad o volverá alguna vez a repetirlo?*"

—¡HE TENIDO QUE ARREPENTIRME DE TANTAS ACCIONES INÚTILES! —exclamó Dios— ¡HICE TANTAS COSAS QUE NO DEBÍ HABER HECHO!. ..

Y ciñéndose al asunto pedido, agregó:

—POR LO QUE AFECTA AL DILUVIO, VERDADERAMENTE TE ASEGURO QUE "NO SE REPETIRÁ NUNCA". YA LO DIJE ASI "ENTONCES" Y YO SUELO CUMPLIR MIS PROMESAS. ADEMAS, EN LOS TIEMPOS QUE CORREN —observó melancólicamente— UN DILUVIO COMO "AQUEL" SERIA IMPOSIBLE, PUES "LAS ARCAS DE NOE" QUE FLOTARÍAN, SIN MI CONSENTIMIENTO, EN LAS ONDAS DE UN DILUVIO MODERNO, RESISTIENDO IMPÁVIDAS EL TEMPORAL, IMPORTÁNDOLES POCO QUE LAS AGUAS LO CUBRIERAN TODO Y BURLANDO LA TORMENTA, EL RAYO Y EL CICLÓN, SUMARIAN CENTENARES Y CENTENARES DE TODAS LAS RAZAS Y DE TODOS LOS PAÍSES.. .

Y como sus oyentes tuvieron el aire de no haber comprendido bien el alcance de las divinas palabras, Dios explicó en un tono de voz indefinible:

—ME REFIERO A LOS SUBMARINOS.

TRIUNFO DE PERICO ESPASA,
ÉXITO DE FLAGG, POPULARIDAD DE FEDERICO,
FORTUNA DEL REVISOR
Y SUERTE DEL TAQUÍGRAFO ZURDO

EL REPORTAJE

El triunfo alcanzado por Perico Espasa con su reportaje del tren no había tenido precedentes en la historia de la Prensa. Al día siguiente centenares de periódicos publicaban a toda plana y con letra mayor que la propia titular lo siguiente:

EN UN VAGÓN DEL TREN DE GETAFE

MEDIA HORA
HABLANDO CON DIOS

A continuación de lo cual un sumario sensacional arrastraba inexorablemente a leer el reportaje.

*SE LLEVAN A DIOS ENTRE AMETRALLADORAS.—
ENCUENTRO CON EL DOCTOR FLAGG.—
PERSEGUIMOS AL TREN DONDE VA DIOS.—FRENTE
A FRENTE CON EL SEÑOR.—DIOS ACEPTA LIMÓN
HELADO Y UN CIGARRILLO. —
—HABLA DIOS.*

Y después, de nuevo, en letra grande:

*OPINIÓN DE DIOS SOBRE EL
GOBIERNO DE LOS ESTADOS*

Y luego, en letra mayor todavía:

*RESPUESTAS DIVINAS
AL CUESTIONARIO*

Y más abajo:

*CREACIÓN DE LA TIERRA
LO QUE PIENSA DIOS DE LA CREACIÓN
CREACIÓN DE EVA Y DE ADÁN
EL DIABLO
EL FIN DEL MUNDO*

*LOS SUBMARINOS HAN HECHO IMPOSIBLE
OTRO DILUVIO*

Y por último:

RESUMEN

SUPOSICIONES, REFLEXIONES, CONJETURAS Y FINAL.

En su reportaje, que ocupaba columnas enteras, Perico Espasa, con aquel estilo suyo, nervioso y pintoresco, que le había hecho acreedor al título de periodista "cien por ciento", todo cuanto vieran sus ojos y oyeran sus oídos desde el momento en que la fuga de Dios le dejaba indeciso en el Cerro hasta el instante en que el tren-tranvía entraba en agujas en la estación de Atocha.

La anterior y lo siguiente no era cosa suya, y por ello ni siquiera le rozaba: él había ido al Cerro exclusivamente a entrevistar a Dios, y Dios quedaba entrevistado.

El público devoró la prosa archinteresante del director de *"La Razón"*. Los incidentes de la entrevista fueron extraordinariamente celebrados por millones de seres. El nombre de Federico Orellana, en su calidad de testigo presencial de la escena, se amplió en popularidad cuanto es susceptible de ampliarse en popularidad un nombre ya popularísimo. Brotó del anónimo otro nombre: el del taquígrafo zurdo, Adolciso Martínez, que tomara directamente la entrevista, y que con aquel motivo podía decirse que había hecho su suerte (1). Y adquirido también importancia súbita y decisiva el revisor de la Compañía que cediera a Dios su uniforme. Fueron tantos los donativos de familias piadosas que recibió en poco menos de una semana este

(1) En efecto, poco tiempo después, el Gobierno español le nombró Director general de Taquigrafía y Abreviaturas del Estado, cargo adscrito al Presupuesto de Instrucción Pública, que fue creado exclusivamente para recompensarle a él. . . y para colocar a treinta y tantos amigos del ministro del ramo, que se quemaban, hacia tiempo en las divinas ansias de vivir sin trabajar.

bravo Eladio Simancas, que, sin dejar de prestar servicio, porque se trataba de *"un carácter"*, hizo suyas la mitad más dos de las acciones de la Compañía. En cuanto al doctor Flagg, todo queda dicho advirtiéndole que pasó a ser un héroe nacional primero, y mundial más tarde. Su intervención en aquel asunto, el vasito de limón helado, el cigarrillo *"Muratti"*, sus rasgos de humorismo para con Dios y finalmente la Opinión Divina —a la llegada a Madrid— de qué *el doctor era simpatiquísimo*, pusieron a Flagg en primer término ante la batearía del escenario del Mundo. Se repetían sus frases, se tradujeron a todos los idiomas sus teorías, sus aventuras y sus mentiras, se publicaron novelas que le tenían por protagonista, y, en suma: jamás humano alcanzó más deprisa un grado semejante de universalidad. (*Napoleón y "Charlot" tardaban años para colocarse en la vertical que Flagg conseguía en dos semanas.*)

El éxito popular fue para el doctor Flagg; el profesional cubrió por entero, naturalmente, a Perico Espasa.

"La Razón" subió de golpe a los 230,000 ejemplares, y hasta los más reacios en el reconocimiento del mérito ajeno, se inclinaban ya a afirmar que Perico era el primer repórter español.

Su trabajo resultaba, ciertamente, digno del triunfo obtenido. Porque no era sólo la amenidad, la agilidad, la gracia y el *esprit* con que en él se contaba todo lo sucedido, *esprit* que procedía en su mayor parte de Federico Orellana, muchas de cuyas frases y observaciones aprovechaba Perico Espasa con el mimetismo y la repentiación propios del periodista; no era eso únicamente. Quizá lo que más cautivó a las gentes fue el *"Resumen"* de la información: las suposiciones, reflexiones y conjeturas que el repórter edificaba sobre los sólidos cimientos de la Palabra Divina.

Particularmente dos de las respuestas de Dios al "cuestionario" le daban pie a Perico Espasa para comentarios interesantísimos.

LOS COMENTARIOS A LA INTERVIU

¿Qué había querido indicar el Señor, por ejemplo, al contestar que *"hacía muchas "Tierras" al cabo del día"*, por lo cual ya *"no sabía cuándo había hecho la "nuestra".?*

¿No era esto tanto como dejar declarado para siempre la pluralidad de los mundos habitados? Y Perico Espasa, que contestaba afirmativamente su propia pregunta, salía al paso de la posible oposición recordando dos versículos del Evangelio de San Juan (el 16 del X capítulo y el 16 del XIV) en donde se lee, respectivamente:

"Et clias oves habeo que non sunt ex hoc ouili".

(Otras ovejas tengo que no son de este aprisco), y *"In domo patris mei mansoines multoe sun".*

(En la casa de mi padre hay muchas mansiones).

"En la casa de mi Padre hay muchas mansiones" — decía Jesucristo cerca de dos mil años antes, abriendo el camino a las actuales palabras del propio Padre—. Y aún añadía: *"Otras ovejas tengo que no son de este aprisco"*. Padre e Hijo se hallaban absolutamente de acuerdo para hacer ver a los hombres que supieran mirar cómo el Mundo, que en su soberbia habían creído uno y único, no era sino una insignificante bolita, volteando en las abismales distancias del espacio entre millones y millones de otras bolitas semejantes.

También la indagación acerca de cuándo había creado el Señor a Adán y a Eva espoleaba la pluma de Perico Espasa haciéndole revivir teorías audaces y fascinadoras, para lo cual exprimía hasta el rampojo las palabras de Dios: *"Yo no me ocupo de esos: yo hago la materia prima"*.

¿No había que entender en esta respuesta que la Creación era verificada de un modo *racional: comenzando prístinamente por la nebulosa*? ¿No había que entender que, luego de creada por Dios la nebulosa, *ésta evolucionaba y de ella surgían* las tierras, los mares, los árboles, las plantas, y más tarde los animales, con el *hombre* como final? ¿No había que entender, por último, que este hombre, logrado por la evolución, estaba primitivamente provisto de los dos sexos, que sólo en ulteriores evoluciones se dividía en macho y hembra, y que así nacía el *Amor*, es decir, el impulso que arrastraba al hombre hacia la mujer y la mujer hacia el hombre, con el deseo ciego e incontenible de *completarse, de juntarse de nuevo*?

Cierto que, interpretando de tal manera las palabras del Señor, caía al suelo la leyenda, generalmente admitida, de la Creación bíblica: la trama novelesca del Paraíso Terrenal, los siete *días* de trabajo de Dios, afanado en fabricar seres animados e inanimados para descansar después de haber creado la pareja humana; pero, en cambio, *se robustecían los criterios científicos sin negar al Hacedor Supremo*, antes bien: afirmándolo más que nunca. Y si el evolucionismo por un lado, y el mito platónico, por otro, parecían confirmarse; si con esto, al cabo de los años se les daba la razón, de una parte a Platón y de otra a Darwin (demostrando, además, la exactitud de las investigaciones de su continuador Hackel) también quedaba confirmado que nuestro Mundo *había salido integro, en esencia, de las manos de Dios*. "En resumen —escribía Perico Espasa—, la respuesta de Dios, como no podía menos de ser así, *lo concilio todo* y prueba a un mismo tiempo a la Humanidad que corona la frente de los exploradores científicos de la Biología y a la que se posterna emocionada ante el Todopoderoso esfuerzo de la misteriosa Divinidad Creadora."

Y concluía con palabras que eran como una fervorosa oración. Decía:

"Hoy más que nunca, podemos llamar a Dios "PANTOCRATOR"; esto es: *Autor y Señor de todas las cosas*".

Verdaderamente, la alusión con que terminaba el reportaje Perico Espasa demostraba toda la sagacidad de su talento. Nada más oportuno podía hallarse para tratar una cuestión en la que se conciliaban los criterios científicos y creacionista que el recuerdo del antiguo "*Pantocrator*", término con el cual ya Newton, en 1713, había rematado la 2a. edición de sus "*Principios matemáticos de filosofía natural*".

RESULTADO

A las cuarenta y ocho horas de publicado en España el reportaje de Perico Espasa saltaba las fronteras más remotas e iba a posarse sobre las platinas de todos los periódicos del globo, los cuales lo insertaban desde la cruz a la fecha, elogiando en los más diversos y di-tirámicos tonos las agudas "suposiciones y conjeturas" conque finalizaba su trabajo el director de "*La Razón*".

En la cabecera del reportaje reproducido así podían leerse estas líneas, redactadas en todos los idiomas conocidos:

LO QUE DICE UN INTELIGENTÍSIMO PERIODISTA Y PENSADOR ESPAÑOL

Gracias a lo cual, el nombre de Perico Espasa cubrió por entero los dos hemisferios y fue repetido y ensalzado en millones de hogares y en miles de tertulias por boca de ciudadanos de veintinueve países distintos.

Como la piperacina Midy.

EN DONDE SE DA IDEA DE LO QUE DECÍAN
LOS PERIÓDICOS Y DE LO ACAECIDO EN
LA ESTACIÓN DE ATOCHA

LA INFORMACIÓN

En cuanto a la información de todo lo sucedido en el Cerro de los Angeles, en la estación de Getafe y en la de Atocha a la llegada de Dios, así como la reseña del Gran Desfile hasta San Francisco el Grande, el solemne "*Te Deum*" que allí se cantó, los diferentes actos religiosos-oficiales de aquel día indescriptible y finalmente, la instalación de Dios en la santa iglesia-catedral de San Isidro el Real, aparecía en la totalidad de los diarios con epígrafes como éstos:

*EL SUBLIME SUCESO DE HOY
EN EL CERRO DE LOS ANGELES*

DIOS APARECE A LAS 11 Y 3
EN UN CAMPO DE OLIVOS

El Sumo Pontífice había llegado seis horas antes

LA MULTITUD ESTUVO A PUNTO DE ARROLLAR A DIOS.—HUBO QUE ESCOLTARLE HASTA GETAFE Y CON ESTE MOTIVO SE PRODUJERON DESORDENES Y VICTIMAS. —EL "AGNUS DEI", SUELTO, FUE A ESTRELLARSE EN LOS ALREDEDORES DE UNA ALDEA DE LA PROVINCIA DE SORIA.—DETALLES DE LA ENTRADA DE DIOS EN MADRID. —DIOS TUVO ELOGIOS PARA EL CIELO DE ESPAÑA.—EL DESFILE SE VERIFICO EN MEDIO DE PRECAUCIONES EXTRAORDINARIAS.—LA TROPA SE VIO OBLIGADA A ENFILAR LOS CAÑONES CONTRA LA MULTITUD, PERO SOLO EN CUATRO SITIOS DEL TRAYECTO TUVO NECESIDAD DE DISPARAR.—EL NUMERO DE MUERTOS NO ES EXCESIVO SI SE TIENE EN CUENTA QUE "MÁS SUCUMBIERON EN JERI CO".—TERMINA EL DESFILE

—"TE DEUM" EN SAN FRANCISCO EL GRANDE.—EL PAPA, ENFERMO DE LA EMOCIÓN, HA SIDO HOSPITALIZADO EN LA NUNCIATURA: DIOS DICE QUE NO ES COSA DE CUIDADO—LOS ACTOS DE HOY.— RECEPCIÓN Y COMIDA PRIVADA EN EL PALACIO DE LAS CORTES.—BENDICIÓN DE DIOS A TODOS LOS ESPAÑOLES DESDE LA PLAZA DE LA ARMERÍA—MAS ACTOS OFICIALES.—A LA CAÍDA DE LA TARDE, DIOS, FATIGADISIMO, QUEDO INSTALADO EN LA CATEDRAL DISPUESTA PARA RESIDENCIA. — AUDIENCIAS ANUNCIADAS. — LO QUE SE PREPARA PARA MAÑANA.—EL ASPECTO FANTÁSTICO QUE OFRECE MADRID—EFERVESCENCIA EN LAS CALLES—LA CIUDAD PARECE HABER ENLOQUECIDO—CASOS DE FANATISMO.—LA NOTICIA EN PROVINCIAS Y EN EL EXTRANJERO.—OTROS DETALLES.

Seguían a estos epígrafes sensacionales planas y más planas de información: anécdotas, hechos, minuciosas descripciones, partes facultativos, lirismos, citas, bíblicas, alabanzas, comentarios literarios. . .

En las secciones de "*Ultima hora*" se leían columnas enteras de nuevas noticias encabezadas así: PARECE SER QUE DIOS SOLO PIENSA ESTAR EN MADRID DIEZ DÍAS: SALDRÁ A PROVINCIAS EL 29 Y EL 2 DE JUNIO PARTIRÁ PARA ITALIA.

Y en las que en efecto, se lanzaba a la publicidad el rumor, corrido a avanzadas horas de la tarde, de que Dios había fijado exactamente la fecha en que tenía resuelto marcharse de Madrid y *continuar "su tournée"*.

BALANCE POLICLINICO

Funcionaron incansablemente día y noche las emisoras de Radio de todo el Mundo; se intensificó hasta el *surmenage* de sus empleados el trabajo de las Agencias de Prensa y una información casi tan completa como la de los diarios de Madrid pudo leerse, pocas horas después, en los restantes periódicos de las cinco partes del planeta.

Sin embargo, pocos fueron —quizá ninguno— los que expresaron la exacta verdad de lo sucedido a la llegada de Dios en el Cerro de los Angeles, en la estación de Atocha y en las calles de Madrid.

Todos procuraron ocultar, por ejemplo, bajo el efecto esplendoroso de la *Emocionante Aparición* y del *Divino Desfile*, las horas de sangre y de luto que Madrid, con sus masas de ciudadanos llegados de los cuatro puntos cardinales, había vivido estremeciéndose de angustia.

Lo que los periódicos calificaban *de desórdenes* y *víctimas en el Cerro* había sido en la realidad una escabechina que ponía los pelos de punta. El trabajo de las

seis ametralladoras "Thompson" abriéndole el camino a Dios produjo docenas de muertos y centenares de heridos; pero la lucha que después se entabló allí entre las masas furiosas y el ejército (lucha que duró horas, lucha inaudita para finalizar la cual se intentó mandar tropas desde Madrid, las cuales no pudieron llegar a causa de que el acceso entre aquellos millones de seres acampados era totalmente imposible, lucha que sólo concluyó cuando dos escuadrillas de aviones de Getafe bombardearon el Cerro y sus alrededores) constituyó una verdadera hecatombe.

Sólo diez días más tarde pudo lograrse una estadística de las *bajas* producidas en el Cerro de los Angeles por la llegada de Dios, y esa estadística, entre seres ametrallados, pisoteados, aplastados y linchados por la propia multitud, arrojó las monstruosas cifras de:

7.321 MUERTOS
18.900 HERIDOS
21.482 CONTUSOS
Y VARIOS IDIOTIZADOS.

Y, sin embargo, *no era eso todo*. .. Había que sumar por otra parte:

LOS FALLECIDOS

en las apreturas inverosímiles de la estación de Atocha a la llegada del tren-tranvía de Getafe.

LOS SUCUMBIDOS

en las calles de Madrid; es decir: el resultado de los *agujeros* que los cañones de tiro rápido se vieron precisados a abrir en las masas humanas que cubrían la "carrera", las

cuales —lo mismo que en el Cerro—, en su deseo loco e imposible de acercarse a Dios, tuvieron que ser barridas en varios sitios del trayecto para evitar que hicieran trizas al "*Pantocrator*".

Y todavía *no era eso todo*. ..

Todavía era necesario agregar a la suma fúnebre:

LOS QUE PERECIERON ESTRELLADOS

durante el *Desfile Divino* por haberse desplomado aleros de tejados, cornisas de edificios y ramas de árboles, en las que se agolpaban racimos de espectadores de tal modonumerosos que nada pudo soportar su peso.

Y aun *no se completaba así la lista*...

Aun tenían que agregarse:

LOS QUE CONCLUYERON ASFIXIADOS ENTRE EL GENTÍO

entre los cuales había:

120 CHIQUILLOS

Y todavía en estas listas no se enumeraban:

LOS SUICIDAS FANÁTICOS

los que se tiraron de los balcones y azoteas al paso de Dios; los que conseguían, a costa de sobrehumanos esfuerzos, ponerse en primera fila para —al llegar ante ellos el Cortejo— dispararse un tiro en la cabeza, tomarse unos gramos de estricnina o hincarse un cuchillo en el corazón; en una palabra: los que, ansiosos de ofrecer algo al

Altísimo, y no teniendo qué ofrecerle, le *ofrecían la existencia*.

RESUMIENDO: Desde las 11 y 3 minutos de la mañana en que apareció el Señor en Getafe hasta las 8 de la noche en que quedó instalado en la santa iglesia-catedral de San Isidro, murieron aquel día 10 de mayo.

14.863 PERSONAS

Y, entre heridos, enfermos, contusos e idiotizados, llegaron a los

53.262

Lo que hacía un total de

68.125 BAJAS

Nada en el Mundo, ni los más sangrientos combates, ni las más enconadas luchas políticas, ni las mayores catástrofes provocadas por las fuerzas de la Naturaleza, ni siquiera el consumo de leche esterilizada, habían causado más víctimas en menos tiempo desde las lejanas edades en que el *hombre de Neanderthal* le dio el estacazo al *mammuth* hasta que, en 1927, el holandés Switz ganó el campeonato europeo de



Nada de esto dijeron los periódicos, no.

Ni dijeron tampoco que aquel día 10 de mayo se robaron en Madrid y sus alrededores:

2 millones 864,970 relojes.

1 millón 131,456 carteras.

789,296 estilográficas.

48,053 automóviles.

2,262 bolsillos.

307 sujeta-ligas de señora.

3 bisoñés.

1 locomotora.

Ni dijeron los periódicos que aquel día se extraviaron

14,462 niños.

Y se "perdieron"

2,823 señoritas honradas.

de las cuales no volvieron a saber sus papas hasta que meses después fueron invitados a otros tantos bautizos.

EN LA ESTACIÓN DE ATOCHA

Pero en lo demás, ¡qué derroche de detalles!

¡Qué descripciones se leían, por ejemplo, del momento en que el tren-tranvía de Getafe que conducía a Dios entraba en agujas en Atocha!

El Papa, el Nuncio, el Legado, el Gobierno, todos los séquitos y acompañamientos, perdidos por el camino en aquella fuga y aquel desorden formidables que siguieron al avance de las multitudes y al ataque de las ametralladoras, habían conseguido alcanzar la estación antes que el tren, utilizando toda clase de medios de locomoción. Pero llegaban en un estado verdaderamente impresentable. ¿Dónde estaba la suntuosidad de dos horas antes? El polvo del camino, el calor, el oleaje destructor de las masas, la gasolina y el aceite, la angustia, la pólvora, el sudor, la noche sin dormir y el calzado que sin saberse por qué, les apretaba a todos, hacían de la brillante comitiva grupos inconexos de desharrapados internacionales.

Eran como los coros de un teatro de ópera de una capital de provincia.

Ya el presidente del Consejo no tenía que avergonzarse de su *chaquet* de sesenta duros, porque si realmente su *chaquet estaba hecho un asco* y su *chistera* parecía un bandoneón, las ropas de los demás personajes que le rodeaban podían codearse con su *chaquet* y su *chistera* sin establecimiento de diferencias visibles.

Al Nuncio —pestañas rebozadas en polvo y vestiduras ajadas y sucias— podía confundírsele con un párroco rural regresando al pueblo después de un día de caza en el monte.

El Legado, los Cardenales, los individuos de las Ordenes Militares y Religiosas, el Cuerpo diplomático y la Grandeza no ofrecían mejor aspecto; y en cuanto a aquellos doce Caballeros Distinguidos de la Nobleza, tan ostentosos antes en el Cerro, bajo sus estupendas armaduras y arreos del siglo XVI, ahora tenían el aire de guerreros supervivientes de una Cruzada en la que los turcos les hubieran perdonado la vida a condición de cambiarles sus flamantes indumentarias por otras procedentes de un baratillo de Constantinopla.

En lo que afecta al Papa, el desastre era tan grande como corresponde a un Ser de su altura y que, además, viste de blanco.

ACLARACION DEL AUTOR

"Al llegar aquí, el autor se ve obligado a recordar a sus lectores, el constante respeto con que ha tratado a Su Santidad el Papa siempre que ha tenido que referirse a él a lo largo de este libro. No pueden existir, pues, sospechas de irreverencia. Las relaciones del autor con el Vaticano son cordiales, y si el autor nunca ha ido en peregrinación a Roma no ha sido porque sus deseos de acudir allá no fueran arrolladores, sino por falta absoluta de ganas. Al autor le interesa que conste dicha cordialidad entre él y la Santa Sede y, hechos la aclaración y el recordatorio, el autor prosigue su narración para decir que. ..)

El Papa, con las blancas sedas holladas por tanto acontecimiento adverso, estaba cochambrosísimo; estaba hecho una birria.

Durante un buen rato y mientras llegaba el tren que conducía a Dios —él cual se eternizaba sobre los rieles para "*venir despacito y sin traqueteo*", como había anunciado el maquinista—, aquellos cortejos antes esplendorosos se

dedicaron furiosamente a un pintoresco "trabajo de tocador". Papa, Nuncio, Legado, Gobierno, Caballeros, Nobles, Alta Milicia, Alto Clero, Cuerpo Diplomático, Cámara Legislativa, etc., rivalizaban en pedirles cepillos a los empleados de la estación, y todos y cada uno se apresuraban a tratar de limpiarse ocultamente los zapatos con los cortinajes de las "salas de espera" o con las vestiduras del personaje que tenían más próximo. Los Caballeros de Calatrava, a causa de sus amplísimos y flotantes hábitos fueron los que más tocaron las consecuencias de este prurito de aseo general, y no bien se distraían hablando u oteando el horizonte por donde el tren iba a surgir, cuando un Príncipe, un Arzobispo o un Embajador se aprovechaba inmediatamente de su distracción para quitarse el polvo del calzado frotándoselo enérgicamente con las nobles telas de la Orden que vestía el distraído caballero.

Hubo, como ya podrá suponerse, bastantes broncas; pero gracias a la hábil intervención de los individuos del Cuerpo Diplomático presentes, no pasaron a mayores.

Para decir verdad, quien más sufrió con aquel estado de cosas fue el propio Pontífice: su amor a lo suntuoso, a lo brillante, a lo magnífico; su megalomanía desbordada de hijo de Milanésado, se veían heridos y mancillados, produciéndole atroz desasosiego.

En estas circunstancias, verdaderamente lamentables, se oyó silbar el *tren divino* que detenido a cien metros del puente metálico del semáforo, pedía vía libre para entrar en la estación. La confusión fue tremenda. Tratose, casi inútilmente, de organizar los grupos, las presidencias, los séquitos. Se corrió de aquí para allá. Se pisotearon unos a otros, y los calzados, limpios a costa de tan heroicos esfuerzos, volvieron a ponerse hechos una mugre.

—¿Y el Papa?

—¿Y el Papa?

Buscáronle nerviosamente. No estaba. Por fin, apareció en el lavabo de un vagón de cierto tren formado para

Aranjuez, donde luchaba por conseguir agua del grifo con la que hacerse una *toilette* somera. No pudo lograrlo, porque en diez minutos el grifo del lavabo sólo manó tres gotas. (*Sin embargo, no debía culparse de este descuido a la Compañía. La Compañía ya ponía, por su parte, los lavabos. En cuanto a poner agua, eso —como se sabe— es deber de la Naturaleza*).

Arrastrado fuera del vagón, el Papa se colocó al frente de las personalidades receptoras.

El tren avanzaba ya bajo la marquesina.

—¡Esas músicas! ¡Pronto! ¡¡Qué ataquen!!

Circularon órdenes para que se tocasen las piezas preparadas. Era inútil. De las completas y maravillosas orquestas organizadas para el Divino Recibimiento en el Cerro, sólo habían conseguido llegar a la estación un cornetín y dos primeros violines, y de estos últimos (los últimos serán los *primeros*) a uno se *le* había perdido el instrumento y el otro sólo conservaba el arco.

Y así se dio el imprevisto caso de que el tren que conducía a Dios, a su entrada en la estación de Atocha, se viera saludado por los acordes únicos de un cornetín.

Resultaba triste. Palabra de honor.

Al detenerse el convoy hubo una ráfaga de estupefacción. Nadie podía decir cuál era Dios entre aquellas sartas de viajeros asomados a las ventanillas.

—¡Allí! ¡Allí! —se grita.

—¡En el segundo coche!

Riada de personalidades hacia el segundo vagón.

—¡ Señor! ¡ Señor!...

El hombre con hongo, repechado sobre el marco de la portezuela, pone cara de primo.

No es Dios. Es el farmacéutico de Getafe.

Consternación. Vuelta a buscar. El Papa y los séquitos galopan jadeantes a lo largo del andén.

Es el momento en que lo han invadido ya las multitudes y por instantes el terreno en que se mueven los

recipiendarios oficiales se limita y empequeñece. Olas de gente; olas de gente. Más olas de gente. Ya no se puede dar un paso; ya están abarrotados los techos de todos los vagones, y los trenes que iban a salir no pueden hacerlo, porque las vías desaparecen bajo el gentío.

Vuelven a sonar aclamaciones y atronadores vítores.

Vuelve a dominar la confusión inenarrable en la que nadie se entiende.

A esta hora —doce y media de la mañana— fue cuando no se sabe quién robó una locomotora.

¿Cómo pudo ocurrir? Problema insoluble. Lo cierto es que en el depósito de máquinas humeaban media docena de "4-8-2" con los fuegos encendidos y los manómetros a presión, y que al volver al depósito los fogoneros y mozos de engrase que lo abandonaron para presenciar la entrada del tren divino, en lugar de media docena de locomotoras, había cinco.

¿Quién pudo llevarse la locomotora que faltaba? ¿Cómo? ¿Conduciéndola a donde?

Extremos inexplicables. Pero la locomotora no apareció ni aparecerá más.

Valía trescientas ochenta y seis mil pesetas.

Fue un buen "golpe".

La confusión crece. Y la consternación también.

La busca de Dios se hace frenética. Al cabo, cuando el Papa y todo el *elemento oficial* han recorrido seis veces la extensión del convoy y se hallan junto al furgón de cola, allá en cabeza, junto al tender, hay un remolino formidable, un griterío condensado y suenan distintamente las palabras mágicas:

—¡Marana thah!

¿Es posible? Sí. Es posible. Ya lo han encontrado. Las masas levantan entusiastas sobre sus cabezas a un revisor de la Compañía.

Es Dios.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR EL DESFILE

También de lo que siguió daban amplios detalles los periódicos. Y particularmente en las referencias de la entrada del Señor en Madrid, y del desfile por las calles desplegaban una gran minuciosidad.

Por lo demás, aquello no era sino una repetición de lo sucedido en el Cerro, con una "pequeña" diferencia: la que existía entre la anterior brillantez de la comitiva y su desastrado aspecto de ahora.

Al principio, las multitudes estacionadas a lo largo de los paseos y que, desde muchas horas antes, aguardaban a pie firme el paso del Divino Cortejo, lo vieron aparecer y desaparecer en medio de un silencio mezcla de incredulidad y de turulatz.

¿Pero aquel anciano cochambroso era el Papa?

¿Pero aquella balumba de desgalichados era el Acompañamiento Oficial?

¿PERO AQUEL REVISOR DE LA COMPAÑÍA DE FERROCARRILES DE "MADRID-ZARAGOZA Y ALICANTE" ERA DIOS?

Por fortuna para el éxito del desfile, las noticias de lo sucedido en el Cerro caminaron por entre el gentío a una velocidad superior a la del Cortejo, y cuando éste embocaba el segundo trozo del paso del Prado ya se sabía todo, y entonces sí que se desbordó el entusiasmo de las masas, un entusiasmo mayor que todos, hijo directo de la reacción. Especialmente el rasgo sencillo y democrático de Dios, aceptando aquel uniforme usado por un honrado obrero, excitó a las multitudes hasta los límites del paroxismo. (*Allí tuvieron que "actuar" por primera vez los cañones*).

SUICIDAS

En la calle de Alcalá, esquina a la de Barquillo, fue donde un hombre se tiró de cabeza a los pies de Dios, desde lo alto del Banco del Río de la Plata. Algunos pasos más allá se tiró una mujer y ya, en adelante, menudearon estos casos de suicidio fanático. Guardias de Seguridad, rápidamente prevenidos, ocuparon las azoteas del resto del trayecto, donde había personas en actitudes sospechosas, con el fin de evitar nuevos suicidios; pero, como los suicidas obedecían a un impulso desequilibrado e incontrastable, al llegar el momento de lanzarse, luchaban a brazo partido con los agentes prohibicionistas y merced a aquella prudentísima medida lo que se consiguió fue que —en lo sucesivo— en lugar de suicidas solos, cayesen a los pies de Dios suicidas y guardias.

A guardia por suicida.

(*Frente a la Granja del Henar la furia de la multitud, lanzándose de nuevo contra el Cortejo para acercarse a Dios, obligó a los cañones a disparar por segunda vez.*)

Un poco más arriba había sido donde Dios se volvió hacia el presidente del Consejo para decirle que *"el Cielo de España era maravilloso, aunque reconocía que no estaba bien que él lo dijera"* (1).

CANTE FLAMENCO

En la Puerta del Sol el cortejo se detuvo un cuarto de hora. Se quería que Dios *viere bajar ja bola* de Gobernación y hubo que estropear el mecanismo del reloj para que la bola bajase a destiempo. Una lluvia de flores, de palomas y de frascos de perfumes que se rompían contra el suelo envolvió a Dios durante el tiempo que duró la detención. (*Por cierto que uno de los frascos de perfumes, mal dirigido, le partió la ceja al ministro del Trabajo*). Se daban vivas entusiastas. Se enloquecía aplaudiendo y gritando. Desde el Centro Hijos de Madrid unos flamencos cantaron infinidad de saetas, entre las cuales se celebró mucho aquella que decía:

"Mírale por dónde viene vestido de revisor. . . Pero, vista como vista, siempre se nota que es Dios."

Fue el delirio.

Por fin, se consiguió que la bola bajase a la una y media, y, presenciado el acto, la Comitiva siguió adelante.

(*Al reanudar la marcha, los cañones tuvieron que disparar nuevamente para despejar la "carrera"*).

Hasta las dos —tal era la lentitud con que se avanzaba— no llegó el Cortejo a San Francisco el Grande.

EL ALMUERZO OFICIAL

Terminado el *"Te Deum"*, que Dios oyó dando claras señales de aburrimiento, se regresó, deshaciendo parte del recorrido, al Palacio de las Cortes, donde estaba preparado el almuerzo oficial.

(1) Al elogiar el cielo de España, Dios, realmente, alababa una cosa que El mismo había creado; de ahí el que, por impulso de su Perfección Divina, añadiese al elogio aquella coletilla.

La asistencia, aun llevada a cabo por rigurosísima invitación y visada y controlada varias veces, se elevó a la cifra de mil novecientos catorce comensales. Las mesas del banquete estaban distribuidas entre el hemiciclo (donde se sentaron Dios, el Papa, el Legado, el Nuncio, el Gobierno y representantes de la Grandeza, la Milicia, el Cuerpo Diplomático, etc.), el "Salón de conferencias" y varias "Secciones". Un servicio de micrófonos colocados en el hemiciclo, y de alzavoces, situados en las "Secciones" y en el "Salón", permitía que en éstos y en el exterior) se óyese cuanto se decía en aquél.

Como ocurre siempre cuando la asistencia a un acto oficial se hace por rigurosísima invitación, varias veces visada y controlada, muchas altas personalidades, dignas e importantes, habían quedado excluidas de las listas de asistentes y, en cambio, entre los mil novecientos catorce comensales bullían trescientos doce maleantes (carteristas, "tomadores del dos", etcétera), los cuales pusieron a brillante altura sus pabellones *operando* billeteros, alfileras de corbata, sortijas cruces Pectorales y otras alhajas seglares y eclesiásticas.

Pero, en fin —y aquí coincidían todos los periódicos—, esto no era cosa demasiado lamentable, teniendo en cuenta que en San Francisco el Grande habían robado el Copón. (*Y dos lámparas colgantes de oro y pedrería*).

El *menú* de la comida oficial, no olvidando el rango del Divino Homenajeado, había sido elegido de excelente manera. Sin embargo, pudo comprobarse al punto que para Dios resultaba excesivo. De todos los abundantes platos de la lista, el Supremo Hacedor sólo aceptó una pequeñísima parte, con la que completó la siguiente *carta*:

ENTREMESES

ACEITUNAS

PLATOS

PALOMA ASADA
CORDERO EN SALSA

POSTRE

HUESOS DE SANTO
TOCINOS DEL CIELO
CABELLO DE ANGEL

LICORES

LACRIMAE-CHRISTI

Se comentó muchísimo este menú en el que todo tenía una relación, un "contacto", un precedente divino. En el "*Lacrimae Christi*", *el cabello de ángel*, *el tocino de cielo*, y en los *huesos de santo*, la relación y el contacto eran nominativos; pero la paloma (*espíritus santus*) y el cordero (*agnus dei*) presentaban el antecedente divino de modo absolutamente claro y entrañable. En cuanto a aquellas aceitunas ¿no se referían al huerto de olivos de Gethsemaní al que ya el Padre hiciera alusión tácita apareciéndose en otro huerto de olivos del cerro de los Angeles?

El almuerzo resultó brillantísimo y saturado de sobrehumana emoción.

A la hora de los discursos, Dios se levantó y dijo únicamente con voz clara:

—Hijos míos, buen provecho.

Y nadie se atrevió a intentar hacer uso de la palabra después de aquello.

El poeta Marquina se quedó sin leer unos versos que había escrito para el acto.

Ochenta y tres discursos, que se preparaban, quedaron asimismo embotellados

Era lo único que, al término del almuerzo, quedaba embotellado; los discursos.

Porque de los vinos no quedaba embotellado ni medio litro.

MAS ACTOS OFICIALES

Siguió al almuerzo una infinidad de actos oficiales.

También los periódicos daban larga reseña de ellos, pero fueron todos tan aburridos que el lector de diarios se saltó esa parte de la información a la torera.

(El lector de "LA TOURNEE" DE DIOS debe seguir su ejemplo.)

LA BENDICIÓN

A continuación describía la Prensa la ceremonia de bendecir Dios al pueblo español que, con solemnidad fantástica, se celebró a las cinco de la tarde en la Plaza de la Armería.

Fue una ceremonia solemne, sí; pero sencilla.

Sencilla, sí; pero hermosa.

Hermosa, sí; pero pintoresca.

Pintoresca, sí; pero radiante.

Fue una verdadera preciosidad; fue un encanto; fue una delicia.

Fue...

Pero ¿para qué ponerse pesados?

Fue una bendición de Dios.

LA ENFERMEDAD DEL PAPA

Asimismo contaron los periódicos veladamente y dando del hecho muy distintas versiones, cierto incidente —al parecer trivial, pero, en el fondo, uno de los más

trascendentales de aquella época— que sobrevino al concluir la ceremonia de Bendición.

En dos palabras: todo se redujo a que el Papa, que, a partir de la hora del Desfile, arrastraba una melancolía incalificable, declaró de pronto hallarse muy enfermo, y segundos después, caía desplomado en brazos de sus Camareros Secretos.

Hubo un extraordinario revuelo en el cual el único que conservó su serenidad y sangre fría fue Dios.

—Eso no es nada.. . —dijo textualmente, sin mirar al Papa siquiera.

Los familiares se llevaron al Pontífice y, a petición suya, quedó instalado en el Palacio de la Nunciatura. Una vez allí se dio la extraña circunstancia de que el Santo Padre no permitió que avisaran a ningún médico. Explicó misteriosamente su actitud.

—Mi dolencia —declaró— no afecta al cuerpo.

Y agregó:

—Por eso es incurable (1).

FIN DEL "AGNUS DEI"

También relataban los periódicos lo ocurrido con el "*Agnus Dei*" el flamante dirigible de los Caballeros Colombos de Norteamérica, en donde el Papa hiciera su viaje a España (víctima igualmente de los desórdenes del Cerro de los Angeles) el cual, abandonado por sus tripulantes una vez que quedó sujeto al poste de amarre, había perdido en el espacio, *sin* gobierno ni control, cuando las multitudes enloquecidas derribaron el poste y rompieron los cables.

Durante varias horas el viento jugó con aquel inmenso balón de *rugby*, cuyos motores parados le tenían

(1) Por el momento dicha actitud misteriosa —que aún no había trascendido al gran público carecía de toda explicación verosímil. Pero iba a explicarse más tarde, cómo el lector tendrá ocasión de comprobar.

convertido en un simple "*montgolfier*", y a la caída de la tarde el "*Agnus Dei*" cayó también y fue a estrellarse al muladar de una aldea de la provincia de Soria con la envoltura desgarrada, el costillaje partido, las banderas y flámulas en estado comatoso y las hélices y los timones hechos puré.

Realmente nunca dirigible destinado a más altos fines pudo encontrar un fin más bajo.

DIOS SE RETIRA A DESCANSAR

"A las ocho de la noche, Dios, fatigadísimo del ajetreo de todo el día, expuso deseos de retirarse a descansar" — seguían explicando los periódicos.

Cuantos le rodeaban acogieron con júbilo esta decisión, porque el Cortejo Divino no era ya a aquellas horas más que un puñado de seres adormilados y mortecinos, con las bocas pastosas, las gargantas reseca y los riñones "a la broche".

Quizá a causa de ello el ceremonial de dejar al Señor instalado en la Santa Iglesia Catedral de San Isidro, preparada como ya se ha dicho para el caso, perdió solemnidad, suntuosidad y brillantez.

Se hizo rápidamente, deseando concluir pronto.

Y no fue Dios quien menos se alegró de ello.

Cerradas y selladas las puertas; dispuesta la Guardia del Ejército, el Clero y la Nobleza que debía velar al Divino Descanso, los séquitos se disolvieron a una velocidad pasmosa.

Y cinco minutos más tarde, si se exceptúa la citada Guardia Noble, dos regimientos de Infantería, otro de Artillería y un escuadrón de Húsares, no quedaba frente a la Catedral donde Dios reposaba su fatiga, más que el pueblo: las inmensas e incansables masas del pueblo que comentaba los incidentes de aquella jornada maravillosa en voz baja *para no molestar a Dios...*

DIOS Y LA FOTOGRAFÍA

Todo eso decían los periódicos.

Así eran de completas y de abundantes sus informaciones.

Y además de estas informaciones abundantísimas, en cada diario se publicaron un derroche de anécdotas, descripciones, lirismos, comentarios literarios, dibujos de Dios "tomados del natural", etc.

Pero...

Lo que no publicaban los periódicos, lo que no publicaba absolutamente ningún periódico, era *fotografías de Dios*.

Y, sin embargo, se Le habían hecho docenas, centenares, miles de fotografías.. .

—¿Entonces? —dirá el lector.

Pues nada, señores: que Dios "no *daba*" en las *fotografías*.

Es decir: que *no hería la sensibilidad de las placas*.

Más claro: que *NO "SALÍA"*.

En suma, que su Naturaleza Divina le hacía no existir para la realidad; y, así, en cuantas fotografías se habían tomado en el Cerro, en Getafe, en la estación de Atocha y durante el Desfile y los actos oficiales, *el espacio que debía ocupar la Divina Figura aparecía ocupado por las personas, o las cosas que había detrás de Ella*.

Los fotógrafos y los operadores de cine, al darse cuenta, creyeron morir de desesperación.

COMO DURMIÓ DIOS EN LA ATEDRAL
DIOS DUERME

Al día siguiente, a las once, Dios dormía aún.

Y a las once y media.

Y a las doce

Y a la una

Y a las dos

Y a las tres, el Señor seguía durmiendo todavía.

EL "COODFYADASH"

En las primeras horas de la mañana se había reunido, en sesión definitiva, el "C.O.O.D.F.Y.A.D.A.S.H." (*Comité Oficial Organizador de Festejos y Agasajos Dedicados Al Supremo Hacedor*).

El "*Coodfyadash*", como se le llamaba corrientemente para abreviar y para hacer el indio, contaba escasísimos días de existencia, y su creación nacía —aparte de un prurito de imitación de lo extranjero, propio de los españoles y de los monos

platirrinos— de la necesidad de que funcionase un organismo independiente y autónomo, exclusivamente dedicado a Dios.

Porque no era cosa, naturalmente, de tener en jaque y de aquí para allá al Jefe del Estado, al Gobierno en pleno, a la Cámara legislativa, a la Nobleza, al Ejército, al Alto Clero, a los Séquitos, en fin, que se habían movilizado el día de la llegada, durante todo el tiempo que el Señor se hallase en España.

La estancia de Dios era un acontecimiento extraordinario, maravilloso, sublime; pero —como había dicho el presidente del Consejo en las Cortes dos semanas antes— "no hay acontecimiento, por maravilloso que sea que deba perturbar y paralizar el mecanismo de la vida de un pueblo" (1).

Organizado por el Nuncio —a quien el Papa había encargado, según se recordará, la dirección de los festejos en honor del Altísimo—, el "*Coodtyadash*", con su aspecto de marca de neumático, tenía que agradecer también, muy principalmente su constitución al "P.N.T." (*Patronato Nacional del Turismo*), a la "A. D. L. P." (*Asociación de la Prensa*), al "C. D.I." [*Comité de Iniciativa*], al "C. D. E. H." (*Centro de Estudios Históricos*), al "C. D. B. A." (*Círculo de Bellas Artes*), al "E. A. D. F." (*Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid*), a la "D. G. D. S." (*Dirección General de Seguridad*) y a otras Corporaciones que no citamos porque, de hacerlo, agotaríamos las letras mayúsculas.

En adelante, y después de esa reunión definitiva, celebrada en las primeras horas de la mañana del 11 de mayo, el Gobierno y todo el "elemento oficial" volvía a sus ocupaciones, y el hacerle "los honores" a Dios era ya asunto que quedaba en manos del pueblo y del "*Coodfyadash*".

DIOS DESPIERTA

A las tres y media de la tarde Dios seguía durmiendo.

Los individuos del "*Coodfyadash*", con su presidente —el Nuncio— a la cabeza, dudaban.

(1) Sesión del 28 de abril. "Ruegos y preguntas".

¿Debía despertarse a Dios como a un escolar a quien se le echa encima la hora de ir a clase, o dejarle dormir indefinidamente, como a un juerguista que se ha acostado al amanecer y sin quitarse las botas?

Perplejidad. *Embarras du choix*. Incertidumbre.

Felizmente, en medio de esta exasperada situación, a las cuatro, el Señor se despertó *por sí mismo*.

LA NOCHE ANTERIOR

La verdad es que Dios había pasado una noche malísima.

A cualquiera en su lugar le hubiese sucedido otro tanto.

Dormir solo, completamente solo, en un lecho suntuoso, cubierto con un dosel de brocado y pedrería y colocado en las gradas del altar Mayor de una Catedral, es, sin duda, hermosísimo y digno de una Divinidad en la Tierra. Es hermosísimo, sí; pero no es cómodo. En calidad de alcobas, las Catedrales— hora es ya de decirlo— resultan grandes, pero carecen de todo confort.

Y la Santa Iglesia-Catedral de San Isidro el Real, de Madrid, no constituía excepción en su clase.

Una vez encerrado allí dentro, lo primero que no pudo hacer Dios fue desnudarse. Es más: en cuanto descubrió su encanecida cabeza, rompió a estornudos.

Hacia frío, mucho frío en la Catedral. Soplaba un viento lúgubre y gélido que no se sabía de dónde partía ni por dónde se marchaba, pero que, al pasar, lo dejaba a uno tieso.

Dios no se quedó tieso, porque era Dios; sin embargo, notó sus carnes estremecidas lo suficiente para que los dientes le castañetearan.

—¡Caramba! ¡Caramba! —murmuró. Y eso que estamos en mayo... Si se me ocurre venir en invierno me luzco.

Inició unos cuantos paseos, frotándose enérgicamente las manos y, por fin, a más de las nueve, se acostó.

Dada vueltas en el amplísimo lecho. Era imposible dormirse. Al frío se unía la humedad. Las sábanas parecían mojadas y su contacto traspasaba los huesos.

Dios se levantó, cogió unos incensarios que, por fortuna, estaban encendidos y trató de meterlos en el lecho para que hiciesen de caloríferos; pero sólo consiguió volcar la lumbre en las ropas. Tuvo que tirarse rápidamente a deshacer la cama para que no ardiera todo con un olor de incienso y chamusquina a partes iguales.

Y se encontró como antes, sólo que con las mantas, las sábanas y la colcha en el suelo.

Entonces pensó que tal vez en un confesionario no se estuviese mal.

Dobló el colchón, lo abrazó, lo levantó y cruzó el templo con el enorme colchón a cuestas. Por asociación de ideas se acordó de su Hijo en el Calvario, y esto le hizo exclamar:

—Un colchón pesa más que una cruz; está visto.

Metió el colchón en el confesionario; llevó también las mantas y la almohada. Se acomodó en la garita sacramental lo mejor que pudo y cerró los ojos con un profundo suspiro.

Pero no tardó en volver a abrirlos. Sufría tortícolis. Cambió de postura, y como la segunda postura fuese notablemente peor que la primera, fenómeno que suele repetirse en el mundo de los que intentan dormir. Dios volvió a su postura anterior.

Transcurrió media hora más.

Decididamente no podía ser... Tenía los pies helados.

El Señor se levantó de nuevo.

Intentó distraerse viendo las pinturas murales y los cuadros de las capillas, pero la obscuridad hacía inútil el esfuerzo.

Entonces organizó unas carreras para que los pies le reaccionaran y circunvaló seis veces el recinto de la Catedral corriendo a paso gimnástico y pisando fuertemente. Una vez le sorprendió en esta faena Alguien, seguramente un

individuo de la Guardia Noble, que velaba Su descanso al otro lado de la puerta, temiendo algo anormal, gritó desde la gran cerradura con autoridad amenazadora:

—¿Quién anda ahí?

Dios quedó inmóvil, con un pie en el aire.

—¿Quién anda ahí? —volvió a rugir la voz. Dios contuvo la respiración.

Así pasó un interminable cuarto de hora. El Señor se helaba por momentos. Al cabo del cuarto de hora, como el celoso guardián se hubiese ya tranquilizado, Dios deshizo su inmovilidad y se encaminó de puntillas hacia el fondo de la Catedral.

Subió al altar mayor y, arropándose en una de las mantas, se sentó allá arriba —la barbilla sobre las rótulas y las manos cruzadas alrededor de las piernas— entre una imagen de San Isidro Labrador vestida con túnica granate y un simbólico arado romano pintado de amarillo

(Era la primera vez que el Dios Creador de Todo ocupaba un sitio en un altar.)

Así pasó el Señor su primera noche de estancia en Madrid.

Y ya de día, cuando el sol, filtrándose por los altos vitrales, comenzó a dar una "sensación de calor", entonces el Señor volvió al confesionario, arregló de nuevo las ropas y, al fin, consiguió dormirse.

EN DONDE DIOS CONCEDE AUDIENCIAS A DAMAS
CATÓLICAS, A LOS JUDÍOS Y A LOS
LADRONES MADRILEÑOS

TRABAJOS DEL "COODFYADASH"

Hecha su toilette con agua bendita, Dios pidió el desayuno y los periódicos.

Leyó éstos de cabo a rabo y se tomó rápidamente el desayuno. Frugalísimo: siete higos secos.

Luego comenzó a recibir.

Entraron, naturalmente, en primer lugar, los miembros del "C.O.O.D.F.Y.A.D.A.S.H.", que se presentaron, poniéndose en el acto a Su servicio.

—Señor —había advertido el Nuncio—, somos los individuos que componemos el "Coodfyadash".

—¿El qué? —había advertido el Nuncio—, somos los individuos que componemos el "Coodfyadash".

—¿El qué? —preguntó Dios, creyendo que el Nuncio le largaba un camelo.

El "*Coodfyadash*", Señor —insistió el Nuncio.

Y se apresuró a explicar lo que era y para lo que se creara el "Comité Oficial Organizador, etc.

Dios le oyó sonriendo, con aquel aire Suyo en el que, aun cuando no se lo propusiera, brillaba siempre una inexpresable superioridad, y al terminar el Nuncio sus explicaciones, el Señor ofreció:

—Bueno, hijos; estoy a vuestra disposición. . .

Entonces el Nuncio le trasladó a Dios el gran sentimiento del Sumo Pontífice, que enfermo todavía, se veía forzado a no abandonar la Nunciatura, contrariando sus deseos más vivos de unirse a los miembros del "*Coodfyadash*" en los *agasajos y festejos proyectados*.

Pero con general sorpresa de los "coodfyadashenses", Dios no se interesó por la salud del Santo Padre, sino que ni aparentó haberlo oído al Nuncio siquiera.

En vista de lo cual, se pasó adelante.

El Nuncio, en su calidad de Presidente del "*Coodfyadash*", comenzó a cumplir su misión, dando cuenta a Dios de los cablegramas, telegramas y radios de bienvenida recibidos hasta aquella hora. Eran incontables. A la cabeza de la colección figuraban los despachos de todos los Jefes de Estado del Mundo, desde Jorge V a Stalin, pasando por el Gran Lama del Tibet, que saludaban respetuosamente a Dios y que daban aguardando impacientes la visita Divina a sus países.

El Señor hizo un ademán vago que había que traducir por:

—Bueno, bueno. . . Ya se supone. . . Sigue. . .

Y el Nuncio Apostólico prosiguió, informándole de las peticiones de Audiencias recibidas.

—¿Cuántas son? —inquirió Dios.

—Seiscientas ochenta —contestó el Nuncio.

Dios dejó escapar un silbido.

Seiscientas ochenta comisiones de todas clase de Sociedades, Agrupaciones, Cofradías, Sindicatos, Clubs, Círculos, Comités, Federaciones, etc.— (la vida nacional entera, en suma, sin distinción de política, ideas ni clases)— esperaba aquel día 11 de mayo ser recibidos por Dios para formularle peticiones o, simplemente, para rendirle pleitesía.

Después de dejar escapar aquel silbido, el Hacedor Supremo amplió su sonrisa dando a entender que lo dilatado de la cifra convertía en imposible el propósito.

El Nuncio, adivinando esto último, se disculpó.

—Yo he querido rechazar las instancias, advirtiéndoles la dificultad insuperable de conceder seiscientas ochenta Audiencias, pero todos me han replicado que para Ti, Señor, no hay nada imposible.. .

—¿Y por qué no les recordaste que he venido a la tierra como Hombre y no como Dios?

El Nuncio ya les había recordado aquello a todos los aspirantes a ser recibidos en Audiencia, sólo que ninguno tomó en consideración sus palabras. Dios venía a la Tierra como Hombre, sí; pero ¿y qué? ¿Acaso Jesús, su Hijo, no vino también a la Tierra como Hombre? Y, no obstante, eso no le impidió llevar a cabo milagros fascinadores. . .

Y fue entonces, al acabar de referir aquello el Nuncio Apostólico, cuando Dios, con muestras de nerviosa impaciencia, pronunció una frase sensacional que en pocas horas dio la vuelta al Mundo para causar en todas partes el mismo asombro, igual estupor e idéntico revuelo.

—Sí, sí. . . —empezó afirmando—. De sobra recuerdo que mi Hijo, venido a la Tierra como hombre, llevó a cabo milagros propios de Dios...

Y agregó:

—*Pero yo nunca he estado de acuerdo con mi Hijo.* — Hubo un silencio emocionante que nadie se atrevió a turbar. Los individuos del "*Coodfyadash*" se miraban.

Dios paseaba de largo a largo la Catedral con las manos a la espalda y el mentón clavado en el pecho (1).

TRES AUDIENCIAS

Al cabo se detuvo en sus paseos y resolvió:

—Voy a conceder tres únicas Audiencias.

—Sí, Señor —aprobó el Nuncio.

—¿Tienes ahí la lista de aspirantes?

—Sí, Señor —dijo el Nuncio de nuevo.

—Pues elige el primero, el de en medio y el último, y diles que pasen.

Y así fue como Dios recibió en Audiencia privada al Comité de Damas Católicas —agrupación en primer lugar— a la representación del Pueblo Judío (que se hallaba en medio de la lista) y a la comisión de los Ladrones y Rateros españoles, que era la última apuntada.

La audiencia concedida al Comité de Damas Católicas se desarrolló de un modo desagradable.

(Y había de influir mucho en lo porvenir).

Las Damas, severamente vestidas de negro, con grandes crucifijos colgados sobre el seno, llevaban —en ofrenda a Dios— cirios de doce duros.

(1) ¿Qué había querido decir Dios? Constantemente, desde la llegada del Altísimo, iban saliéndole al paso a la Humanidad puntos oscuros y problemas inextricables que vanamente intentaban desentrañar los hombres más preparados para el caso. La indiferencia de Dios ante la matanza llevada a cabo en el Cerro de los Angeles, sus respuestas al interrogatorio de Perico Espasa especialmente las que afectaban al Diablo y al gobierno de los Estados de la Tierra— el desacuerdo con Su Hijo ahora...

(Todo iba a quedar suficientemente aclarado más adelante; pero por el momento y para los que ignoraban esto último, la actitud Divina resultaba tan inexplicable como monstruosa.

Sin embargo, quizá su frase: "Yo no he estado nunca de acuerdo con mi "Hijo", era la más diáfana de todas, pues en ella se "patentizaba" y "atestiguaba" una vez más el desacuerdo, ya señalado por algunos teólogos, existente entre el Antiguo y el Nuevo Testament

Desfilaron ante el Señor, arrodillándose a sus pies y besando el suelo. En vano, Dios les advirtió que el suelo estaba muy sucio y que, para expresar adhesión, no era absolutamente necesario que se engullesen varios millones de microbios: su amor fanático pudo más que la divina advertencia, y de otra parte, el Señor las dejó enseguida por imposibles.

Casi todas lloraban y no resultaba demasiado agradable verlas (en plena decadencia física la mayor parte) con ese descuido que da al cuerpo la regionomanía, los rostros encarnados y rebozados en llanto, y las pelambres colgando, como amasijos de estopa.

Otras — los ojos secos y ardientes, extrañamente clavados en Dios— no lloraban en absoluto, pero lanzaban de pronto un grito agudo para caer sobre las losas de la Catedral víctimas de terribles ataques histéricos. Los individuos del "*Coodfyadash*" tuvieron que sacar a muchas del templo, y ni fue trabajo fácil porque aquella especie de histeroepilepsia que producía en ellas la presencia de Dios les prestaba terribles energías y se defendían a mordiscos, entre gritos como aullidos y convulsiones espantosas en las que con las ropas deshechas y una semidesnudez que ningún amante de la belleza podía agradecerles.

El mismo Dios no ocultó el desagrado. Ni la violencia que tenía que hacerse para resistir el espectáculo. Su semblante comúnmente impasible o inclinado a la sonrisa compasiva, se alteraba en un gesto de disgusto profundo y el más analfabeto habría leído en El el anhelo de que el Comité de Damas se marchase cuanto antes.

Por fortuna, ello iba ya a ocurrir; la Audiencia tocaba a su término. Las Damas Católicas fueron desfilando nuevamente ante el Señor, ofreciéndole ahora los cirios de que habían venido provistas.

Pero esta última parte de la ceremonia tuvo un desenlace imprevisto y poco feliz para las Damas. Cuando la primera

se adelantaba hacia el Supremo Hacedor y ponía a sus pies el cirio correspondiente, Dios exclamó sorprendido:

—¿Cirios? ¡No, no! ¡Nada de cirios!. . .

Y se inclinó, recogió del suelo la vela para devolverla con un ademán brusco, mientras agregaba:

—¿Cirios a mí? ¡¡Eso queda para los Santos!! . . .

Acto seguido dio media vuelta y se puso a hablar aparte con el Nuncio, de espaldas al Comité de Damas Católicas.

Estas se retiraron en silencio, corridísimas.

Pero al salir fueron los comentarios...

LA SEGUNDA AUDIENCIA

También la segunda Audiencia, concedida por elección del azar a los representantes del Pueblo Judío, tuvo su parte pintoresca, que merece la pena de ser relatada.

Cuarenta y siete individuos irrumpieron en la Catedral así que la Guardia Noble que custodiaba las entradas, dirigiéndose al inmenso gentío apiñado en las gradas y a lo largo de la calle Toledo, gritó por tres veces:

¡Segunda Audiencia! ¡Segunda Audiencia! ¡Segunda Audiencia!

Ahora bien: esos cuarenta y siete individuos, ¿a qué clase, a qué casta de judíos pertenecían? ¿Eran sefardíes? ¿O simplemente *aschkenazis*? ¿O vulgarísimos *Polaks*? (1).

(1) Los judíos actuales —como generalmente no se sabe— se dividen en tres clases o castas: sefardíes, *aschkenazis* y *polaks*. Los sefardíes se creen poseedores de la verdadera tradición hebraica. Descienden de los judíos de España y Portugal, Italia, norte de África Arabia, Persia, Turquía y Grecia y suelen hablar de paquetilla, especie de castellano del siglo XV, viciado con algunas voces orientales. —Los *aschke-nazis* habitan aquellos países en que se habla el yidish o judío-alemán. A esta casta, despreciada por los sefardíes, pertenecen, por ejemplo, los judíos que, en Londres pueblan en casi su totalidad Whitechapel. —Por último los *polaks* son los judíos de la Europa oriental, los que habitan la Galitzia, Polonia y Rusia, y a los que desprecian por igual los sefardíes y los *aschikenazs*. Es decir, son los cenicientos de la raza.

(Para más informes sobre los judíos, diríjense ustedes a cualquier gran millonario del Mundo).

Imposible fijar exactamente su filiación. Pues ¿qué? — dirá el lector— ¿acaso a los judíos no se les nota que lo son simplemente con mirarles a la cara?

Sí, lector; es cierto; basta con mirarle a la cara a un judío para saber que lo es. Pero, de aquellos cuarenta y siete individuos que, bajo la denominación de "representantes del Pueblo Judío", se colaron en la Catedral, sólo dos tenían cara de judíos. Los judíos se parecían a los judíos todo lo que un "Austin" puede parecerse a un automóvil.

No dejó de chocarle al Nuncio —y a los restantes miembros del "*coodfyadash*"— esa anomalía, pero se abstuvo por completo de comentarla.

Los judíos entraron, se prosternaron ante Dios y no abrieron el pico. Sólo aquellos dos de entre ellos que *tenían cara de judíos* hablaron para dirigirse a Dios plañideramente.

—Señor. Dios Padre —dijeron después de haberle dado mil veces las gracias por la concesión de la Audiencia—, ten piedad de nosotros. ..

—¿Piedad? —preguntó Dios—.¿Es que estáis, por ventura, en pecado mortal ? ¿ Acaso no habéis observado la fiesta de Macabeo (1) o los ayunos de Tebeth(2) o no habéis santificado el *schabes*? (3). ¿Es quizá que habéis tomado leche o que habéis dejado de estar *kosher en Pascua*? (4).

—No, Señor Dios Padre, nada de eso hemos hecho — contestaron los dos judíos que llevaban la voz cantante—. Por el contrario, cumplimos todos los Santos Preceptos rigurosamente.

(1) La correspondencia a nuestra Navidad.

(2) El mes de la Pascua.

(3) El sábado, que los judíos consideran como día festivo.

(4) En la Pascua, a los judíos les es vedado tomar leche y, en ese lapso de tiempo, todo —personas, objetos, animales— tiene que estar *kosher-alpesach*, esto es: limpio, casto, purificado.

—¿Entonces?

—Al suplicarte piedad sólo reclamamos tu divina ayuda

—Explicad.

—Seguimos siendo el Pueblo despreciado, Dios Padre.

De nada nos ha servido la proclamación de los Derechos del Hombre, obtenida a costa de tanta sangre. Para nosotros no reza en el Mundo la igualdad: las demás razas nos desprecian, nos desdeñan, nos humillan, y desde que murió en la Cruz nuestro Rey, Tu Hijo, somos esclavos de los otros pueblos del Mundo...

Calló. Y el otro judío siguió así:

—Queremos pedirte...

—¡Peticiónes de judíos! No oigo otra cosa desde hace miles de años —murmuró el Supremo Hacedor.

—Sólo los desventurados tienen que pedir, Señor... —arguyó, poniendo cara de perro perdido, el judío que había hablado primero.

Y el otro judío, que hacia dúo, especificó:

—Queremos pedirte protección. Deseamos, Señor, que nos independices, que nos libres de la esclavitud a que nos tienen sojuzgados los demás pueblos. Eso es todo, Señor. Nada más...

Y sonrió con la boca apretada y los ojos humildes.

Y su compañero sonrió también con los ojos humildes y la boca apretada.

Hubo un silencio. Dios, que los contemplaba en silencio, contestó por fin:

—Mirad, hijos míos, a mi no me vengáis con cuentos...

Sorpresa de los oyentes.

—Eso de que sois esclavos de los demás —siguió Dios— es un truco, que vosotros cultiváis, como vuestros tatarabuelos cultivaron los ajos y las berzas...

Sorpresa, todavía más grande que la anterior, de los oyentes.

—Por el contrario —continuó el Señor— si en la Tierra existe hoy un pueblo que sea tirano de los demás, ese pueblo sois vosotros. Tenéis todo el dinero y la influencia posibles. Dueños de las grandes empresas, agitáis el cetro de las finanzas y regís la vida del Mundo. Sois el resorte del Poder, el barómetro de la riqueza y la balanza de la actividad. Tenéis todo eso; sois todo eso... y os parece poco. Los humanos os entregan su bolsillo y todavía queréis que os entreguen el corazón... Arbitros del Capital y del Poder, aun ambicionáis el arbitraje del Sentimiento... Vamos, vamos...

Y añadió:

—¡Formalidad!

Otra pausa cayó a plomo, como un águila, sobre los presentes.

—Pero... —murmuró el judío primero.

—Es que... —susurró el judío segundo.

Dios hizo un gesto terminante:

—No os daré nada. Bastante tenéis con lo que vosotros habéis conseguido.

Resumió, despidiéndolos con la mano:

—De todo corazón os deseo suerte en los negocios.

Ya no quedaba qué hacer, era evidente. Ya la comisión, formada por los judíos que tenían cara de judíos y los judíos que no tenían cara de judíos, no podían seguir otra conducta que la de largarse con viento noreste (1) Pero no se marcharon. El judío primero y el judío segundo se acercaron nuevamente a Dios. Suplicaron:

—Señor... Concédenos al menos...

—¿El qué?—exclamó Dios.

—Puesto que el afecto de la Humanidad no quieres concedérmelo, puesto que nada vas a hacer por nosotros en ese sentido, Señor, haz otra cosa mucho más sencilla... Haz...

Y el otro judío concluyó la frase:

(1) Con viento fresco.

—Haz, Señor, que suban los dólares, porque tenemos una combinación de Bolsa que...

Pero Dios se negó también a la petición financiera, diciendo: —¿Hacer subir los dólares? Ya advertí que no he venido a la Tierra a obrar milagros... (1)

Y cuando los representantes del Pueblo desfilaban, como un rebaño, hacia la puerta, Dios llamó de nuevo a los que le habían dirigido la palabra para advertirles:

—Me figuro que no supondréis haberme engañado... Ya sé que vosotros dos sois judíos, pero también sé que esos cuarenta y cinco individuos que os acompañan no lo son en absoluto...

Y los dos judíos que tenían cara de judíos, viéndose descubiertos, sonrieron como antes.

—Es verdad, Señor... —confesaron—. Es verdad. Esos otros no son judíos, son gentes que estaban en la calle, entre la multitud, esperando ser recibidos por Ti, ni siquiera los conocemos. Pero al saberse que sólo concedías tres únicas Audiencias, ahí fuera ha habido un desencanto y una consternación general, y entonces yo y Samuel (*y señaló a su compañero*) tuvimos una idea... ¡Los tiempos están tan malos!... Tuvimos una idea y la pusimos en práctica: reunimos a los que parecían más tristes, a los que demostraban más interés por verte vis-a-vis y por oírte hablar de cerca, y les propusimos que entraran con nosotros, fingiéndose judíos.

Concluyó:

—Ellos, aceptaron. Era baratísimo. Siete mil pesetas por persona, Señor Dios Padre.

(1)Luego se supo que aquellos dos judíos pensaron dirigirle a Dios una tercera petición, rogándole que hiciese subir la peseta, operación financiera que también les interesaba, pero no se atrevieron, juzgando sabiamente que si hacer subir el dólar constituía para Dios un milagro, la petición de hacer subir la peseta iba a creer ya que era un pitorreo.

LA TERCERA AUDIENCIA

La tercera Audiencia duró poco. Se trataba de la comisión de los Ladrones y Rateros españoles —integrada por una veintena de individuos— que la verdad es que nadie podía sospechar con qué objeto habían presentado instancia para ser recibidos.

Pronto se supo, sin embargo.

Iban a darle las gracias a Dios por los resultados, singularmente brillantes para la clase, logrados el día anterior gracias a la llegada del Altísimo.

Tomó la palabra Manuel Roa, alias el "*Poresosmundos*", famosísimo ladrón internacional, de vida agitada y pintoresca (1), el cual se expresó con palabra torpe.

(Pero había que disculparle esa falta de habilidad para manejar el idioma, teniendo en cuenta —sobre todo— su exceso de habilidad para manejar la palanqueta).

Enumeró el *trabajo* llevado a cabo el día anterior por él y sus compañeros:

2 millones 864,970 relojes.

1 millón 131,456 carteras.

789,206 estilográficas.

48,053 automóviles.

2,262 bolsillos.

301 sujeta-ligas.

3 bisoños.

1 locomotora

(1) Véase "*¡Espérame en Siberia, vida mía!*", novela del mismo autor, publicada también por "Biblioteca Nueva".

Dijo luego que nunca su gremio recordaba un éxito mayor conseguido en menos tiempo y consignó a continuación el agradecimiento propio y el de sus camaradas para con Dios que, desfilando por las calles de Madrid, había provocado aquella aglomeración y aquel barullo gigantesco, en cuyo desorden de río revuelto pescaron ellos el magnífico botín.

Y, por último, el "Poresosmundos", que vestía un correctísimo chaquet afanado en el Rastro seis horas antes, rogó a Dios que desfilara de nuevo por las calles de Madrid.

—Dos desfiles más, Señor, y nos retiraremos del negocio mis compañeros y yo —exclamó persuasivamente—. Dos desfiles más en lo que podamos *limpiar* otro tanto de lo que limpiamos ayer y no habrá uno de nosotros que no sea propietario, y nos convertiremos todos en ladrones honrados, de esos que sólo trabajan para conservar las facultades.

Pero Dios se negó en redondo a la petición.

UNA SEMANA DE FIESTAS QUE
DEJO SOFOCADO A DIOS

PROYECTO

Concluidas las Audiencias, el Nuncio le presentó al
Señor el

**PROYECTO DE FESTEJOS
DEL
C.O.O.D.F.Y.A.D.A.S.H.**

Dedicados al Supremo Hacedor en su visita
a España y que se celebrarán los días
11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19

Ocupaba doce páginas, en las cuales aparecía especificado el programa íntegro de cada día, desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche —desayuno, almuerzo y comida incluidos— con una minuciosidad, una metodología y una exactitud tan extraordinarias, que durante esos nueve

días Dios no iba a tener tiempo libre ni para arreglarse las uñas.

El Señor leyó el *Proyecto*, lo aceptó y se puso al arbitrio del "*Coodfyadash*".

Jiras al Escorial, a Toledo, a Segovia y Aranjuez.

Excursiones a Gredos y Guadarrama.

Visitas a los Museos, Archivos, Bibliotecas, Armerías reales, Caballerizas, Palacios, Ministerios, Monumentos, Hospitales, etc.

Recorrido a pie y de noche, bajo la luna, del Madrid viejo.

Contemplación de la caída de varios suicidas por el Viaducto.

Visión panorámica de Madrid desde la terraza de la Telefónica.

Visita y paseo por los túneles del Metro.

Fiestas acuáticas en el estanque del Retiro, lago de la Casa de Campo, piscina del "Madrid F. C", río Tajo y mar de Ontígola.

Fiestas aeronáuticas en Barajas, Cuatro Vientos, Getafe y Guadalajara.

Conciertos teatrales con versitos de Marquina (¡Al fin!)

Encuentros de fútbol, boxeo y rugby.

Campeonato de golf en el Club de Puerta de Hierro.

Carreras a pie de campeones de cross.

Carreras a pie de sindicalistas perseguidos por guardias.

Carreras de bicicletas, dirt-track y circuitos de bólicos.

Simulacro de incendio del quiosco de "El Debate".

Maniobras militares.

Ejercicios de bomberos.

Fiestas de sociedad.

Sesiones en la Cámara de los Diputados. (Nota cómica).

Inauguración de monumentos.

Iluminaciones.

Reparto de comidas a los pobres.

Reparto de bebidas a los ricos.

Visita a fábricas y talleres. (Dos talleres y una fábrica).
Visita a redacciones de periódicos.
Whiskys de honor en varios cabarets.
Asistencia a un concurso de alpinismo en las calles en reparación, con premios.
Fiestas religiosas.
Charla de García Sanchiz, que desarrollará el tema: "Dios o la Primavera sin verano".
Paseo por el Jardín Botánico con detención en cada árbol y lectura de la tarjeta clasificadora.
Recepción en la Academia de la Historia y visita a la Casa de las Fieras.
Festival en el Circo Parish.
Audición de discos en la "Sala Aeolian".
Pugilato de cantos regionales en la Plaza de Toros.
Corridos corrientes.
Corridos extraordinarios con cogidas de toreros, preparadas.
Velada en Unión Radio.
Asistencia a las "XII Horas" (Navacerrada) y a las "Cuarenta Horas" (Iglesia de San Luis).
Banquetes.
Concurso de escalatorres.

SE EMPIEZA A MURMURAR

Desde aquel mismo día, Dios, empujado y arrastrado por los individuos del "*Coodfyadash*", comenzó a cumplir exactamente el programa.

Y los periódicos le siguieron paso a paso en esta peregrinación.

No pudo hacer otro tanto el pueblo.

El "*Coodfyadash*" tuvo buen cuidado de publicar en los diarios su *Proyecto de Festejos* absolutamente equivocados, esto es: anunciando un viaje a El Escorial el día que iba a hacerse una jira a Toledo y advirtiendo que iba a

verificarse una visita al Museo del Prado la mañana en que Dios daba un paseo por la Casa de Campo, etc.

Las multitudes acudían desde el amanecer al lugar que los periódicos de la noche anterior indicaban, y allí se estaban varias horas aguardando inútilmente la presencia de Dios, mientras Este se dirigía a un sitio totalmente opuesto y lejano.

Merced a la hábil estratagema se logró que el formidable barullo del día de la Llegada no volviera a repetirse.

Y se consiguió asimismo que el pueblo comenzara a murmurar.

En efecto: al tercero o cuarto "mico" las gentes exclamaron irritadas.

—¡Estos sinvergüenzas que rodean a Dios han decidido que no le veamos más!...

Y entonces alguien replicaba:

—La culpa no es sólo de los que le rodean; Él tiene la culpa también...

—¿...?

—Porque si Él quisiera no ocurriría esto.

—Pues es verdad...

—Pues tiene razón...

—¡Pues naturalmente!...

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

¿Disfrutaba Dios con todos aquellos festejos?

Nadie podía contestar exactamente.

Seguía conservando su inalterabilidad, su sonrisa entre melancólica y fatigada, y a lo sumo, un observador que tuviera muy pirograbado en el recuerdo la expresión del Divino Rostro al llegar a Madrid quizás encontraría ahora una chispa de más melancolía y de mayor fatiga en su sonrisa. Pero eso era todo.

¿Qué le había gustado a Dios y qué no le había gustado de cuanto vio en aquellos días?

También esto fue imposible determinarlo.

Sin embargo, nosotros podemos asegurar, de un modo particularísimo, varias cosas. Por ejemplo: que las actividades literarias y artísticas las desdeñaba Dios incontrovertiblemente.

EN EL "MUSEO"

En el Museo del Prado recorrió salas por espacio de dos horas y escuchó atentamente, al parecer, las explicaciones del director general de Bellas Artes, el cual, por error sólo justificable con la nerviosidad del momento, achacó a Velázquez la *Maja* de Goya y a Goya el *Cristo* de Velázquez. Pues bien, al acabar la visita, el único comentario de Dios fue susurrar, dando un último vistazo a la rotonda:

—¡Qué inútil es todo esto!

EN LA "BIBLIOTECA"

En la Biblioteca Nacional, mientras contemplaba desde los puentecillos metálicos del gran salón a las masas de lectores que, bien ajenos a que Dios estaba visitando el edificio, se inclinaban sobre sus pupitres, exclamó:

—Libros, revistas, folletos, periódicos. . . Creo que, en general, leéis demasiado. Es muy difícil que seáis dichosos... El director de la Biblioteca se atrevió a decirle:

—Y no es más cierto, Señor, ¿que la dicha está en la lectura, en la cultura, en el saber?

—¡ ¡Qué cosas se oyen!! —replicó Dios con un bufido, abandonando el puentecillo metálico y dando por terminada la visita.

VELADA TEATRAL

En la velada teatral donde leyó versos Marquina, cuando el poeta concluyó su recital, Dios se volvió hacia el Nuncio, que se hallaba detrás de él, de pie en el fondo del palco para preguntarle:

—Y este Marquina, ¿a qué se dedica?

LA "CHARLA"

La charla de García Sanchiz, por el contrario, le gustó. Opinó.

—Habla bien, no ha dicho nada, pero ha hablado bien. Y hablar bien sin decir nada tiene mucho más mérito que hablar bien diciendo sandeces, que es lo que hacen todos los demás.

DIOS EN LAS FIESTAS RELIGIOSAS

En las fiestas religiosas, como de costumbre, conservaba un aire de aburrimiento que adquiriría caracteres épicos conforme el "*Coodfyadash*", creyendo darle una satisfacción, las repetía y prodigaba.

La gente no acababa de comprender —ni de admitir— esta postura de Dios ante lo Religioso, que ya se había señalado en el vagón del tren-tranvía de Getafe y en el "*Te Deum*" de San Francisco el Grande el día de la Llegada.

Pero todo el mundo iba a comprenderlo en lo sucesivo.

Durante las "*Cuarenta Horas*" que Dios oyó en la iglesia de San Luis, al Nuncio, que —como de costumbre— estaba cerca del Señor, le atacó un leve bostezo que se apresuró a ahogar con el pañuelo, fingiendo que tosía.

Dios, sin embargo, capturó lo ocurrido.

Le dijo:

—¿Te aburres, verdad?

—Señor... —murmuró el Nuncio asustado.

Pero Dios se apresuró a tranquilizarle.

¿Qué tiempo hace que te dedicaste a la Iglesia y que, por lo tanto, te ves obligado a asistir a ceremonias religiosas? —le preguntó.

—Cincuenta y un años, Señor. Desde que me ordené de menores en Roma.

—Pues yo —replicó Dios—, desde que murió mi Hijo en Jerusalén. Hace justamente mil ochocientos noventa y nueve años.

Agregó:

—Y ahora, imagínate... Si a ti te hace bostezar esto...
¡¡ Lo que me ocurrirá a mí!!

EN EL ESCORIAL

De El Escorial dijo:

—Creí que era más grande.

EN ARANJUEZ

En Aranjuez le dieron fresa de otra parte, lo que le hizo preguntar: —Para comer fresa de Aranjuez, ¿adonde hay que ir? Y se le contestó que a Valencia. (*Añadiéndole que para comer naranjas de Valencia tendría que ir a Londres*).

EN SEGOVIA Y ANTE EL ACUEDUCTO

En Segovia, cuando le dijeron que el Acueducto había sido construido en una sola noche por el Diablo, protestó despectivamente:

—¡Ese qué va a hacer!

Entonces se le advirtió que se trataba de una leyenda. Que quienes lo habían edificado eran los romanos.

—Tampoco —remató—. Es mucho más antiguo. Es de tiempos más "científicos".

(Esta observación se comentó muchísimo).

EN TOLEDO

Toledo no le gustó.

—Hay demasiadas cuestras, demasiados cadetes, demasiado mazapán y demasiadas posadas donde se han escrito libros famosos.

LOS DEPORTES

Lo deportivo, en cambio, le entretenía y, nada más al llegar, ya se hizo del "*Madrid*" y se puso la insignia en la solapa del guardapolvo. *(Un guardapolvo nuevecito que se había mandado comprar en una tienda de la calle Imperial)*. Tan simpático se le hizo el famoso *Club* madrileño que, sin poder contenerse, lo tomó bajo su protección. No se hizo esperar el resultado y fue que, en lo sucesivo, el "*Madrid*" quedó triunfador en todos los combates. Zamora desarrolló una larga serie de tardes, rotundamente victoriosas, en las que no marró una sola parada.

En cambio, el "*Athlétic*" de Bilbao, eterno enemigo del "*Madrid*", empezó a fracasar ruidosamente.

—Están dejados de la mano de Dios —decía el público. *(Y era verdad)*.

OTROS FESTEJOS

Le gustaron también las carreras de sindicalistas perseguidos por guardias, las fiestas de aviación, la caída de

suicidas por el Viaducto y las corridas de toros con cogidas graves.

—Sólo donde hay dolor hay belleza —explicó.

LOS CONCIERTOS

Los conciertos le aburrieron.

Y después de un recital de piano en el que oyó, entre otras cosas:

Sonata en la bemol.—Weber.

Apasionata.—Beethoven.

Cajita de música.—Leadou, y

Estudio en negras.—Chopín (con su delicadísimo *glisado*),

Dios se encaró con el director de la Filarmónica, que le acompañaba, para decirle:

—Ser músico es una profesión absurda.

—¿Absurda, Señor?

—Completamente.

Y especificó:

—¿No es absurdo vivir de escribir ruidos en un papel para que otros puedan producir, con la ayuda de un instrumento, los mismos ruidos que escribió el anterior?

El director de la Filarmónica bajó la cabeza sin saber qué contestar.

EN EL METRO

El recorrido de los túneles del Metro y la contemplación de la gran obra de ingeniería, con el fluir y refluir incesante de viajeros, le hizo murmurar:

—¡Qué ganas de complicarse la vida!

EN LOS CABARETS

Los *cabarets* los encontró inocentones y estupidísimos.

EN EL BOTÁNICO

El paseo por el Jardín Botánico y la lectura de las tarjetas clasificadoras clavadas en los árboles le hizo sonreír abiertamente.

—Bueno... —dijo—. Y una vez que tenéis todos los árboles y todas las plantas clasificadas, ¿qué?

Tampoco entonces le supo contestar nadie.

EN LA "ACADEMIA"

En la recepción de la Academia de la Historia se durmió.

EN EL CIRCO

Y podemos asegurar también que el sitio en donde Dios se divirtió de veras fue en el Festival del Circo de Parish.

El clown *Patsy* y su *augusto* *Robinet* ejecutaron una *entrada cómica*, alusiva a Dios, con su lenguaje fingidamente infantil:

"—¿Tú sabes quién hizo el Mundo, *Robinet*?

"—Sí lo sé, *Patsy*.

"—Vamos a vé si lo sabe... ¿Quién hizo el Mundo *Robinet*?

"—El Mundo lo hizo aquel Señor... Y señaló al palco ocupado por Dios. Este rió alegremente. (Todo el Circo, ocupado por personalidades, rió alegremente entonces.)

Siguieron los *clowns*:

"—¿Y sabe en cuánto tiempo disen que hizo Dios el Mundo, *Robinet*?

"—¿En cuánto tiempo, *Patsy*?

"—Pues dicen que lo hizo en siete días, Robinet. Nada más que en siete días."

A lo que contestó Robinet:

—"*¡Así ha salido ello!*"

Fue un éxito estruendoso.

Dios llamó al palco a Robinet y a Patsy y los felicitó calurosamente.

POSICIÓN DE DIOS

Durante una semana, del 11 al 18, Dios *convivió con los hombres*, como Él mismo anunció a su llegada que se proponía hacer.

(*O, como decían los periódicos, le "tomó el pulso a la existencia terrenal".*)

¿Y cuál era la posición de Dios ante la *vida de los hombres*? ¿Qué le parecía la *existencia terrenal*? ¿Le extrañaba algo? ¿Había sorpresas para Él? O, por el contrario ¿guardaba la actitud del que está por encima de todo, porque lo sabe todo, lo conoce todo y lo prevé todo?

Ni una ni otra cosa.

Observaba, contemplaba, sonreía y muy de tarde en tarde hacía un comentario; pero ni de su observación, ni de su sonrisa, ni de sus ligerísimos comentarios se desprendía o traslucía el efecto que la vida del Hombre le causaba.

Procedía, en fin, como procede un ministro de Instrucción Pública cuando las fiestas del centenario de Cervantes — por ejemplo— le obligaron a jirar una visita a su Instituto o a un Liceo. El ministro entra sonriendo, saluda a los alumnos y al catedrático sonriendo, se sienta sonriendo en un gran sillón de terciopelo rojo y le pide sonriendo al catedrático:

—Siga... Siga usted la clase como si no estuviera yo presente...

Después el ministro asiste sonriendo al interrogatorio de varios alumnos: de éstos, algunos contestan bien y el

ministro sonríe, y algunos contestan mal y el ministro sonríe igualmente. Por último, el ministro se pone de pie sonriendo, dice, sonriendo, un par de generalidades, vuelve a saludar sonriendo y, sonriendo, se va.

 Qu  piensa el ministro?  Se marcha satisfecho?  Se va decepcionado?  Alegre?  Triste?  Se ha dado cuenta de los aciertos de algunos alumnos?  Ha caído en las equivocaciones de los otros?  Sab a él lo que ignoraron los muchachos?  Ignoraba él lo que ignoraron los muchachos?  Ignoraba él lo que los muchachos supieron?

Misterio. Misterio. Misterio. Pues igual le sucedía a Dios.

LO ÚNICO QUE LE SORPRENDIÓ

Sin embargo, hubo algo en la *existencia terrenal* que le extraño a Dios, que le sorprendió, que le hizo exclamar al verlo:

— Caramba, qué curioso!  Qu  bien ideado! Es sencillo, es práctico, es útil y, sobre todo, es ingenioso... Está muy bien.  Pero muy bien!...

Me gustaría conocer al hombre que lo ha inventado...

 Qu  era esto que le extrañaba y le sorprendía a Dios?  Qu  era esta única cosa que le llamaba la atención al Hacedor Supremo?

Sencillamente:

LA MAQUINA "GILLETTE" PARA AFEITAR

(Circunstancia excepcional que —llevada y traída por las agendas telegráficas con infinidad de comentarios— pronto fue conocida en América y aprovechada todo lo utilitariamente que saben aprovechar los yanquis las circunstancias excepcionales.)

(Y así, cinco días después, en los principales periódicos norteamericanos, la "Gillette Safety Razor Company" insertó este anuncio, que ocupaba planas enteras) :

DE VENTA EN TODAS PARTES

(Y los pocos hombres que todavía iban a la peluquería a que los afeitasen con navaja, se afeitaron, en lo sucesivo, en su propia casa con máquina "Gillette".)

FATIGA

Del 11 al 18 de mayo, Dios, con el "Coodfyadash" al frente, corrió jadeante de un lado para otro, saltó de automóvil en automóvil, ocupó tribunas, solios, butacas, palcos, sillones y altares; pisó callejas, surcó aguas, entró en edificios, irrumpió en campos deportivos, aeródromos, autódromos e hipódromos; escuchó explicaciones, lecturas, discursos, conferencias, músicas, cantos; contempló bailes, carreras y hazañas de todas clases.

Y al llegar el día 18, Dios estaba sofocadísimo.

Y con unas ganas locas de descansar.

EN DONDE SE COMENTA LA ESPECIE DE
DESPECHO GENERAL HACIA DIOS QUE
BROTO EN LAS GENTES DURANTE
AQUELLA SEMANA DE FIESTAS

VARIACIONES

El 18 de mayo las cosas habían variado bastante en Madrid, en España y aun en el Mundo entero.

Hacía entonces justamente ocho días que Dios se apareciera en el Cerro de los Angeles; estaban ya lejos la nerviosidad, la emoción de aquella jornada, se había tenido tiempo de reflexionar, serenamente y, en el fondo, nadie conservaba la posición espiritual de entonces.

La *curiosidad* de conocer a Dios ya no existía. Miles de almas conseguían verle a pocos metros de distancia, y millones y millones de almas —la Humanidad en total— tenía ocasión de contemplar su rostro, si no fotografiado, al menos dibujado, pintado y grabado por los mejores grabadores, pintores y dibujantes del Mundo.

La sensacional pregunta que cada cual se había planteado antes de la llegada "*¿Qué hará al venir?*", estaba contestada suficientemente y su sensacionalismo, expresado y exhausto.

La emocionante esperanza de ver a Dios hacer milagros había muerto también en el corazón de todos.

El pajarito brillante de la fe, que cada ser cobijó en su interior y que a cada ser también le hizo confiar en que Dios *arreglaría sus asuntos*, huyó bien pronto, perseguido por el fusil implacable de la realidad.

El misterio no existía ya tampoco.

La novedad había pasado a ser una cosa corriente.

La interrogación era respuesta.

El Mito se convertía en Historia.

El verso, en prosa.

El poema épico, en noticia periodística.

Y el Dios Inconcebible y Maravilloso, en un buen señor que visitaba el Museo del Prado y asistía a las maniobras militares en Carabanchel.

DESILUSIÓN

No. La posición espiritual de la Humanidad, de los españoles en especial y de los madrileños en particular, no era ya la misma que la del día de la llegada del Supremo Hacedor.

El hombre, al pasar de lo desconocido a lo conocido, se había desilusionado una vez más.

DESPECHO

Y una especie de despecho comenzaba a morder a todos. ¿De dónde manaba este despecho?

Quizá de que Dios, rodeado por unos cuantos, no atendía a los más.

Quizá de aquellos micos que el público se había llevado cuando, esperando ver al Señor en El Escorial, como decían los periódicos, acudía rápidamente y allí se encontraba con que Dios había ido a Avila o a Aranjuez.

Quizá el despecho manaba también de la indiferencia de Dios para los muertos el día de la llegada, indiferencia que se tomaba por crueldad y por injusticia.

Y quizá provenía asimismo el despecho de algunas respuestas de Dios, como fue la de decir que El no se había ocupado de crear a Adán y a Eva y que no se acordaba de cuándo había hecho la Tierra

DOS CAUSAS MAS

Pero era un despecho demasiado general para que no tuviera también otras causas.

Las tenía.

Causas íntimas, apasionadas, ciegas, disolventes, susceptibles de ferocidad.

Y estas otras causas eran dos:

La Política.

Y la Religión.

LA POLÍTICA

Dios le había dicho a Perico Espasa que la FORMA IDEAL DE GOBIERNO PARA LOS ESTADOS DE LA TIERRA ERA LA DICTADURA: UN SOLO HOMBRE INTELIGENTE, QUE CREARA AL MISMO TIEMPO UNA LEY JUSTA Y UNA PENA TERRIBLE, Y QUE, TRANSGREDIDA LA LEY, APLICASE LA PENA SIN APELACIÓN, SIN INDULTO Y POR LA ETERNIDAD.

Y estas palabras no se habían olvidado.

Al principio, los hombres cuyas ideas se sentían heridas por la Opinión Divina callaron, temerosos de represalias por parte de las multitudes. (*Estaba aún reciente el incendio y destrucción del diario comunista.*) Pero conforme nació y

creció el despecho general, estos hombres comenzaron a recordar las palabras de Dios en reuniones y tertulias, acompañándolas de sarcasmos amargos y de razonamientos corrosivos.

¿Qué Dios Infinitamente Bueno e Infinitamente Sabio era éste que ensalzaba la tiranía haciendo una apología de la autocracia?

¿Es que la Humanidad se había desangrado en cuarenta siglos de luchas horribles, combatiendo por el progreso y la civilización, para retroceder, al cabo de ese tiempo, al *clan*, a la horda?

¿Es que había que amparar nuevos Atilas?

¿Es que...?

¿Es que... *(Todo lo que ustedes quieran añadir por este estilo.)*

Y aquella especie de despecho de la Humanidad creció.

LA RELIGIÓN

Dios había bostezado en el tren-tranvía de Getafe cuando los que le acompañaban en el vagón —pensando que la oración era el lenguaje divino— le rezaron a coro varios Padrenuestros.

Dios había bostezado también en cuantas fiestas religiosas se habían celebrado.

Dios —en fin— había rechazado los cirios que le llevaban las Damas Católicas, exclamando:

—¡ Eso se queda para los Santos!

Nada de esto se había olvidado tampoco.

Y de igual suerte que la postura política de Dios hirió los sentimientos y las ideas de muchos seres, su postura ante lo religioso causó estragos en muchas conciencias y en muchos corazones.

También al principio se calló (aunque las Damas Católicas la verdad es que no callaron, ni al principio), pero

también, al surgir el general despecho, la riada de los ofendidos comenzó a inundarlo todo. Y se murmuraba.

¿Qué Dios era aquél, que así menospreciaba la Religión?

¿Cómo podía tenerle sin cuidado la enfermedad del Vicario de su Hijo?

¿Cómo podía decir —y que lo había dicho era patente:— que *El nunca había estado de acuerdo con su Hijo?*

¿Cómo Dios podía —en fin— bostezar durante las Misas, rechazar unos cirios con humillación para los Santos y plantar en la calle, igual que a criadas despedidas, a un puñado de piadosísimas y virtuosas Damas?

¿Cómo?...

¿Cómo... ? (*Todo lo que ustedes quieran añadir por este estilo.*) Y aquella especie de despecho de la Humanidad creció, creció...

OTRAS VARIACIONES

El aspecto ciudadano de Madrid también había variado notablemente.

Estaban olvidados los días en que se dormía en las calles y en los monumentos públicos.

Hubo una reducción rápida y considerable de la población flotante. Muchísimos extranjeros se habían vuelto a sus países, comprobando que ya no ocurría *nada nuevo* y deseando hallarse en sus casas para contar a todo el mundo lo visto. Infinidad de gentes de provincias se habían ido a sus provincias también, llevadas de idéntica idea.

LA NORMALIDAD

Sin embargo, no todo eran variaciones. Había algo que amenazaba con durar siempre.

Nos referimos a aquella vagancia de carácter general y epidémico que atacó a todos los habitantes de España no bien quedó comprobada la noticia de la "tournée" de Dios.

Chicos y grandes, obreros y empleados, productores y consumidores cesaron por completo entonces en sus trabajos (considerando que con la protección de Dios tenían bastante) y ni todavía se habían decidido a reanudarlos ni podía adivinarse cuándo se decidirían.

En vista de ello, el Gobierno se vio obligado a votar una *ley de vagos* en la que aparecía penada con cárcel la ociosidad voluntaria.

La ley no tardó en dar su fruto: volvieron a abrirse los cafés, las tiendas y las oficinas; se reanudaron las comunicaciones, los transportes y las obras interrumpidas. Chirriaron, al ponerse nuevamente en movimiento, los volantes de la gran máquina social. Las calles recobraron su tránsito canalizado y rítmico.

Se anunciaron próximas huelgas.

(Lo que indicaba que se había vuelto ya al trabajo.)

En algunas ciudades hubo tiroteos entre obreros y autoridades, actos de sabotaje, explosión de bombas, cargas, muertos y detenciones.

(Lo que indicaba que la "normalidad de la vida" era ya indiscutible.)

* * *

Pero aquella especie de despecho general hacia Dios que latía en las gentes seguía creciendo.

DE COMO UN ARTICULO DE PRENSA EXCITO
LOS ÁNIMOS Y LE OBLIGO A DIOS A
ANUNCIAR UN MITIN

"¿Y... ESTO ES TODO?"

Aquella especie de despecho general hacia Dios seguía creciendo. Y un día —el 16 de mayo— *Heraldo de Madrid* se había lanzado a hacer alusión al tema por vez primera en un artículo sin firma titulado:

"¿Y. .. ESTO ES TODO?"

Era un artículo diáfano en la superficie y turbio en el fondo: como los lagos suizos y las tinajas de Soria.

Se hacía en él un resumen de la existencia que llevaba Dios en Madrid, aludiendo a episodios y anécdotas sucedidos en sus visitas, jiras y excursiones, y comentándolos con un tono agradable, pero que traducía cierta benevolencia despectiva.

Se hablaba luego de la enfermedad del Pontífice, recordando cómo Dios había dicho que "*no era nada*" y

subrayando el hecho de que el Pontifice seguía hospitalizado en la Nunciatura, en lo cual palpitaba una intención aviesa hacia el Señor.

Y, por último —y esto era la almendrilla (amarga) del artículo—, se le dedicaban a Dios unos párrafos líricos de adhesión y de agradecimiento, cantando, en voces de calurosa simpatía, la sencillez con que venía el Hacedor procediendo en el mundo de los hombres, para acabar diciendo en las líneas finales, con estilo de apariencia *castelarina* y con realidad sarcástica y cruel:

"Hermoso es el espectáculo que brinda Dios a la Humanidad, poniendo su Alta Majestad Divina al humilde nivel de los mortales. Magnífica en su desenvoltura, sorprendente su adaptación al medio, prodigiosa su comprensión para las pequeñeces de la Tierra. Lo mismo en las recepciones oficiales al llegar, que en la Bendición General de la plaza de la Armería recién llegado, que en El Escorial o en Toledo días después de la llegada, Dios ha derrochado amabilidad, indulgencia y —¿por qué no decirlo?— "bonhommie"... Se recordarán años enteros, siglos enteros, a través de generaciones y generaciones, sus frases oportunas, sus rasgos de suprema ironía, sus gentilezas, sus bondadosas síntesis, sus opiniones benévolas y agradables... Nuestros nietos, gracias a las referencias de sus abuelos, tendrán de Dios una idea más natural, más simpática, más humana que la que nosotros mismos hemos tenido...

"Sí. Todo esto ocurrirá, como consecuencia de la actual visita de Dios a la Tierra.

"Pero. . .

"¿Y ESTO ES TODO?"

"¿Y esto va a ser todo? La estancia de Dios entre los hombres ¿sólo ha de servir para esto? ¿Tan extraordinario

acontecimiento quedará reducido a unas fiestas, a unas excursiones a lugares históricos, a unas visitas oficiales, a unos desfiles? Con respecto al Futuro y al beneficio de la Humanidad, ¿el viaje de Dios no va a significar más que el de un presidente de República, el de un hombre de ciencia, el de un artista o el de un aviador glorioso?

"No. No es posible. No es posible, porque semejante resultado repugna por igual a la conciencia ética, a la norma teológica y a la razón filosófica.

"La Humanidad está demasiado desamparada; el Hombre es demasiado débil, demasiado impotente, demasiado inerte; camina demasiado a ciegas y es lo suficientemente menor de edad para necesitar todavía que le aconseje, le guíe, le oriente y le tutele "quien todo lo hace", "quien todo lo puede", "quien todo lo sabe". . .

"Por primera vez, desde la cúspide del monte Sinaí, Dios aconsejó, guió, orientó y tuteló al Hombre.

"Por segunda vez, siglos más tarde. Su hijo volvió a aconsejar, guiar, orientar y tutelar al Hombre desde la cumbre del monte del Gólgota.

"¿Y el hombre de hoy va a quedarse ahora sin el consejo, la guía, la orientación y la tutela que esperaba recibir desde las alturas infinitamente más accesible para él, del Cerro de los Angeles?"

Con esta interrogación sensacional acababa el artículo.

Al día siguiente, todos los periódicos lo reprodujeron y glosaron. Y una vez más se repitió, en aquella singularísima época, el milagro de que derechas, e izquierdas se hallasen de acuerdo.

Sí. Izquierdas y derechas reconocían la necesidad de que se manifestase públicamente el Pensamiento Divino, y opinaban, a dúo, que era ineludible *saber a qué atenerse*, pues en las brevísimas palabras que Dios había pronunciado desde el día de su llegada, unos y otros advertían un confucionismo que les hacía preguntarse:

A LAS DERECHAS: *si ellas coinciden realmente con el criterio del Supremo Hacedor.*

A LA IZQUIERDA: *si realmente no coincidiría Dios con su propio criterio.*

En fin, un lío.

EL SENTIR GENERAL

El efecto que el artículo y los comentarios de los demás periódicos produjeron en el público fue extraordinario.

Ya estaba centrado, aclarado y definido aquella especie de despecho que las gentes mostraban hacia Dios. Ya todo el mundo sabía a qué atenerse respecto a sus ideas más íntimas.

El articulista expresaba probablemente sin sentirlo, lo que cada lector sentía sin saberlo expresar.

DEFRAUDADOS

Lo que les sucedía a las gentes era *que esperaban "algo grande" de Dios, y Dios no había hecho nada grande todavía; que aguardaban una nueva Ley Divina, y la Divinidad no había promulgado ninguna ley nueva.*

Es decir: que las gentes estaban defraudadas.

SE ENVENENA EL DESPECHO

—Dios debe hablar...

—Dios debe decir algo...

—Dios debe dirigirse a la Humanidad...

—No se puede venir a la Tierra para asistir a partidos de fútbol únicamente...

—Y a corridas de toros...

—Y para visitar la Armería Real...

El día 17 de mayo no se oía otra cosa, ni se leía otra cosa, ni se ocupaba nadie de otra cosa.

Y, como Dios, que debía de estar enterado de sobra de aquel anhelo general, no decía nada, el despecho de las gentes se envenenó.

UN DATO GRAVE

El día 18 —martes— ocurrió algo que resultó tan profundamente desagradable como gravemente sintomático.

Y fue que, a las cuatro de la tarde, cuando Dios, acompañado por la plana mayor del "*Coodfyadash*" y escoltado por la Guardia Noble, se dirigía, en coche cerrado, a las carreras de galgos del "Stadium", sufrió tres detenciones en otros tantos nudos de la circulación. Esto hizo que el público se diese cuenta por tres veces de la presencia y paso de Dios por las calles...

Y sin embargo, *no sólo no hubo que lamentar aglomeraciones, tumultos y desgracias, sino que NO SE OYÓ NI UN APLAUSO NI UN VIVA.*

EN LAS CARRERAS

—Señor —le dijo a Dios el Nuncio en un descanso de las carreras de galgos— no tengo más remedio que decirte que esto no puede seguir así...

—Tienes razón; llevamos perdidas veintiocho pesetas —contestó Dios creyendo que el Nuncio se refería al desarrollo del espectáculo.

—No aludo a los galgos, Señor...

—¡Ah! ¿No aludes a los galgos?

—No, Señor.

—¿Entonces?

—Me refiero, Señor, a Tu actitud con respecto a los hombres...

Y ante el "*Coodfyadash*" en masa, que rodeaba a Dios en la tribuna, el Nuncio delineó claramente la situación y

explicó el porqué del silencio de la multitud en las calles momentos antes: los comentarios en los periódicos desde hacía cuarenta y ocho horas y lo que toda la Humanidad, y en particular los españoles, esperaba del Altísimo desde el día 10.

Dios oyó sin interrumpir, y al final —según costumbre— acentuó la sonrisa. Por unos instantes se le vio batallar con sus propios pensamientos, fue a hablar y se calló. (*hizo exactamente lo que había hecho en el vagón del tren de Getafe antes de darle a Perico Espasa su opinión sobre el Gobierno de los Estados de la Tierra*). Por último, dijo sencillamente:

—Está bien. *Lo esperaba*. Puesto que los hombres aguardan y desean mi palabra...

Una pausa un suspiro; y concluyó:

—. . . les hablaré.

—¿Es posible, Señor? —barbotó el Nuncio.

—Es posible —reafirmó el Hacedor Supremo.

Y quedó de nuevo pensativo y totalmente ajeno a los galgos, que habían reanudado sus galopadas por la hierba.

—¿Y de qué manera les hablarás, Señor? —indagó el Nuncio—. ¿Qué medios piensas utilizar?

Hubo otra pausa aún.

—Si hubiera venido a la Tierra como Dios —replicó el Altísimo— no tendría necesidad de utilizar un medio material y divulgador para hablar a los hombres, me bastaría con *desear que ellos supieran lo que quería decides* para que mi *pensamiento* volase a todos y estuviera al punto en la conciencia de cada cual.

Agregó:

—Pero he venido a la Tierra como Hombre y necesito recurrir por fuerza a un procedimiento material divulgador y dispersivo para llevar a todas partes mi palabra.

Y, como mereciese meditar en la busca de aquel procedimiento, el Nuncio se apresuró a ofrecer una idea:

—La Radio —dijo.

Y el "*Coodfyadash*" apoyó contentísimo:

—¡Eso, eso! La Radio...

Dios, por su parte, no se sumó al optimismo del "*Coodfyadash*".

Por el contrario, rechazó enseguida:

—No. La Radio, no.

Aclarando:

—¡Pues buenos son los hombres para oírme hablar sin verme! Si les hablase por la Radio creerían que no era yo el que hablaba... Creerían que era el *speaker*, que fingía la voz...

Rieron el Nuncio y los demás miembros del "*Coodfyadash*" la aguda y exacta observación del Señor. El cual resolvió:

—Hablaré *siguiendo las costumbres preestablecidas*.

Y como ninguno tuviera aspecto de haber comprendido, añadió encarándose con el Nuncio:

—Puedes hacer pública la noticia de que pasado mañana, jueves, a las once de la mañana, *disertaré en la Plaza de Toros*.

Y resuelto aquel asunto, Dios mandó que le apostaran ocho duros al número 6, que era el galgo llamado "*Lohengrín*", y acodándose en la tribuna, se dispuso a aguardar, con los ojos fijos en la pista, a que se celebrara la carrera.

Se celebró la carrera y perdió "*Lohengrin*".

—Aquí no gano ni yo —murmuró quedamente el Altísimo.

ANTES DEL DISCURSO DE DIOS

EL INTERÉS MUNDIAL

Renació en el Mundo el interés obsesionante de los pasados días. De nuevo la fiebre ardorosa (41 grados y bacilos de Bruce) del interés, secó las fauces y abrasó la piel de los humanos.

LA PRENSA

De nuevo los periódicos lanzaron extraordinarios y más extraordinarios y publicaron noticias encabezadas con letras enormes:

LA CÚSPIDE DEL VIAJE DIVINO

* * *

DIOS VA A DIRIGIR LA PALABRA A LA HUMANIDAD

Y comentaron prolijamente el suceso.
Y de nuevo las Agencias sembraron los diarios de todo el Globo con sus rimeros de papel cebolla, y chisporroteó la radio, repiqueteó el telégrafo y vibró el teléfono.

LA ORGANIZACIÓN

De nuevo el Gobierno y las autoridades municipales se vieron obligados a dictar medidas especiales para organizar el nuevo gran Acto.

LA AFLUENCIA

De nuevo afluyeron a Madrid, en el espacio de treinta horas, manadas de gentes ansiosas por presenciar aquel espectáculo sin precedentes.

De nuevo se llenaron los hoteles y se abarrotaron las fondas.

De nuevo tuvo que reunirse el "elemento oficial", y de nuevo se cotizaron los puestos a precios inverosímiles y de nuevo el gigantesco oído del Mundo se dispuso y preparó para escuchar la Divina Palabra.

EL MOMENTO CUMBRE

Era aquel, en efecto, el momento cumbre de la famosa "*tournee*". Dios iba a hablar... ¿Qué iba a decir Dios?

LOS "BLANCOS" Y LOS "NEGROS"

Otra vez conjeturas, cábalas, suposiciones...

Y otra vez al hacerse preguntas, el imaginarse respuestas, el querer adivinar, acertar, prever.

Y otra vez la Humanidad se dividió en dos bandos: surgieron los "blancos" y reaparecieron los "negros".

Ambos grupos estaban ahora integrados del modo siguiente:

NEGROS	BLANCOS
Republicanos	Monárquicos
Socialistas	Conservadores
Radicales	Agrarios
Sindicalistas	Militaristas
Libertarios	Nacionalistas
Comunistas	Tradicionalistas
Nihilistas	Fascistas
Anarquistas	Cavernícolas 3
	(1)

Y unos y otros esperaban que Dios, en su discurso de la Plaza de Toros, les diese la razón y se la quitase a los demás.

OPINIÓN GENERAL DE LOS "BLANCOS"

"Está fuera de toda duda —decían los "blancos"— que Dios tiene que aprobar nuestros programas, los cuales nacen directamente de las puras doctrinas divinas. ¿Cómo Dios no va a hallarse del lado de la causa del orden, del Catolicismo, de todo cuanto significa amor a la Patria y a la Historia; amor a las sabias Instituciones de nuestros padres, amor al

(1) "Cavernícolas 3", es lo mismo que "cavernícolas elevados al cubo".

Ejército, que tanto combatió por El y que de tan eficaz manera mantiene la paz, haciendo respetables a los Pueblos; amor a la familia; al hogar, al Rey, que es imagen divina; amor a Dios, al Papa, al Vicario de Cristo, y a Cristo, en fin, y a la Iglesia su Esposa?"

"Sí. Es indudable que Dios se halla al lado de todo esto, y así va a quedar comprobado en el próximo discurso de la Plaza de Toros. Pues. . . ¿qué? El simple hecho de haber elegido como local esa misma Plaza de Toros, heredera directa de los Circos romanos, donde morían los mártires del Cristianismo, ¿no prueba ya que Dios está de nuestro lado?"

OPINIÓN GENERAL DE LOS "NEGROS"

Y, por su parte, los "*negros*" decían:

"Sólo con nosotros puede estar Dios."

"Sólo nosotros tenemos verdadera noción de lo que Dios puede desear, aconsejar y pregonizar a la Humanidad, la igualdad de todos, los derechos de todos a todo, la armonía universal, que únicamente puede apoyarse en un sano y amplio concepto de libertad, de amor mutuo, de comunidad de bienes".

"El hombre, por la circunstancia de ser hombre, ya nace digno de obtener todos los dones de la vida. Las castas son una injusticia monstruosa, y los derechos de un ser sobre los otros seres, un feudalismo repugnante que Dios tiene que rechazar con asco y condenar sin remisión. Las guerras y el Ejército (su causante) son odiosos y Dios no puede aceptarlos. La tiranía, que nosotros combatimos, es, seguramente, combatida asimismo por Dios. Nosotros queremos al hombre libre dentro de un Estado libre, incorporado a un Universo igualmente libre. Nosotros aspiramos a rechazar lejos del Hombre el dolor, y estamos ciertos de que Dios piensa exactamente lo mismo."

"Sí. Es incuestionable que Dios se halla de nuestra parte, y así va a demostrarse el jueves en el mitin de la Plaza de Toros. Pues ¿qué? El simple hecho de haber elegido como local la plaza de Toros ¿no prueba ya que Dios quiere elevar su voz pacificadora y dulce allí donde habitualmente se cobijan la lucha feroz y la crueldad?"

RESULTADO

El resultado de todo esto fue que las multitudes, esas inmensas multitudes que habitualmente carecen de opinión, no tardaron en inclinarse de uno y otro lado, llenas, respectivamente, de un fervor partidista que se parecía mucho al frenesí.

Caldeáronse los ánimos vertiginosamente y se pusieron a 60 atmósferas.

Se estableció ese pugilato nacional, ese hervor, ese apasionamiento que precede a unas elecciones, y todos los entusiasmos se condensaron alrededor de Dios con el ansia de saber hacia qué lado iba Él a inclinarse y con la esperanza furiosa, por parte de ambos sectores de multitud de que fuese hacia su lado hacia el que se inclinara.

Instintivamente, surgió en todos un prurito de halago, de atracción afectuosa, de *propaganda* para la propia idea y sucedió, que aquellas multitudes, que el día 18 habían visto desfilar a Dios por las calles *sin hacerle objeto de un aplauso ni de un viva*, el día 19 y en las primeras horas de la mañana del 20, *le ovacionaron con verdadero furor* y estuvieron a pique de provocar una escabechina —como la de la mañana de la Llegada— por culpa del *entusiasmo rabioso con que querían acercarse al coche del Hacedor Supremo*.

LA PLAZA DE TOROS

Se engalanó la Plaza de Toros. Alineáronse millares, de sillas en el redondel, en el callejón de barreras, en los palcos y en los tejados.

De esta manera dispuesto, el circo era capaz para treinta y seis mil espectadores. (*Es decir: una centésima parte, aproximadamente, de los que soñaban con ocuparlo.*)

De nuevo hubo que acondicionar tribunas especiales, y montar los *servicios* clásicos de estación transmisora de Radio, Prensa nacional y extranjera, etc., etc.

La Tribuna Divina fue instalada en la meseta de toriles.

Detrás de la Silla Pontificia, que debía ocupar Dios, fueron colocados dos amplificadores de sonido de ochenta centímetros de diámetro.

Se prohibió la venta durante el acto de almohadillas, naranjas, gaseosas de bolita, etc.

Se autorizó, en cambio, la venta de escapularios y crucifijos, aunque con la reserva de que, para venderlos, no fuesen arrojados por el aire, como es costumbre hacer con las cosas que se venden en las Plazas de Toros.

Se prohibió también a la aviación evolucionar sobre el local durante el acto, con objeto de que el ruido de los motores no apagasen ni por un instante la voz, tan deseada, del Altísimo.

HORAS ANTES

La noche antes, a las nueve, ya la Plaza de Toros estaba abarrotada, y todavía masas incalculables, que llenaban la calle de Alcalá, de acera a acera, hasta la plaza de la Independencia, confiaban en lograr un puesto.. .

Y durante toda la noche aquellas masas, de un modo lentísimo, pero ininterrumpido, avanzaron, avanzaron, avanzaron....

EL LECTOR.—*¿y dónde se metían?*

EL AUTOR.—*En la Plaza de Toros.*

EL LECTOR.—*¿No dice usted que la Plaza de Toros estaba abarrotada ya?*

EL AUTOR.—*Si. Allí no cabía un alma.*

EL LECTOR.—*¿Entonces?*

EL AUTOR.—*No cabía ya un alma, pero seguía entrando gente. La "ley de la impenetrabilidad de los cuerpos" es un mito. He tenido muchas ocasiones de comprobarlo. ¿Usted no ha observado que, después de que en un tranvía o en un vagón del Metro ya no cabe nadie más, todavía se cuelan treinta viajeros y dos sacerdotes.?*

EL LECTOR.—*Es cierto.*

EL AUTOR.—*Pues igual ocurría allí.*

Durante toda la noche siguió entrando gente... y más gente... y más gente...

POR LA MAÑANA, A LAS OCHO

Por la mañana, a las ocho la Plaza de Toros reventó. Reventó como revienta un globo demasiado hinchado o una caldera con demasiada presión. Reventó como revienta un traje que se ha quedado pequeño, o como revienta una persona mal educada.

El gentío archiexcesivo, formando una masa aglutinada, ejerció en determinado momento tan bárbara fuerza contra los muros de la Plaza, que los echó abajo.

Se oyó un espantoso clamoreo, taladrantes gritos de dolor y desesperadas voces de auxilio.

(Y a las 68,125 bajas que ya había causado la presencia de Dios en España, hubo que agregar cuatrocientos muertos y mil setecientos veinte heridos más aplastados o magullado en el siniestro.)

Ocho toros, que aguardaban en los corrales, la hora de la próxima corrida, quedaron en libertad y galoparon a sus

anchas por entre la multitud. (Se "cargaron" a otros cuarenta y seis ciudadanos que fueron a engrosar las listas de los pasaportados para el otro barrio.) Pero minutos después caían a su vez los toros, brillantemente *baleados* por la Guardia civil en medio de calurosos aplausos y alentadores ¡oles! de los buenos aficionados madrileños. Al Benemérito Andrés Carasco se le concedieron las dos orejas y el rabo de uno de los toros.

Y no bien *doblaron* éstos definitivamente y fueron retirados lo muertos, transportados los heridos y reorganizadas las tribunas deshechas en el derrumbamiento, resplandeció la alegría otra vez.

Ya no había problema; ya todo el mundo podía oír a Dios. Las multitudes de dentro y de fuera tomaron posiciones sobre las ruinas de la Plaza de Toros y sus alrededores: en una fantástica circunferencia de más de un kilómetro de radio.

Y no hubo nadie que no se felicitara de lo ocurrido, a excepción de los guardias de Seguridad y Guardia civil que —con elementos del Ejército— debían mantener el orden, los cuales mirando escamadísimos los enormes montones de cascotes que el desplome había acumulado, se decían unos a otros:

—Lo que como esto acabe mal y a la gente se le ocurra *discutir*... ¡estamos listos!

EXPECTACIÓN, IMPACIENCIA, LAS DIEZ Y MEDIA

Conjeturas, cábalas y suposiciones habían llegado al máximo y la pasión, que volvía a cegar a "*negros*" y a "*blancos*", como en los mejores días de las primeras Apariciones, promovió no pocos incidentes entre el público. Hubo bofetadas y estacazos a granel. Y en los escombros que correspondían al tendido del 8, resultó un "*blanco*"

muerto por taconazo en el cráneo. El agresor y la bota homicida, pasaron a presencia del señor Juez de guardia.

A las diez y media llegó el Gobierno acompañado del "elemento oficial" y séquitos.

Séquitos y Gobierno tomaron asiento entre los cascotes correspondientes al palco presidencial y contiguos. Al instalarse, el ministro de Fomento se torció un pie, pero no quiso retirarse a la enfermería.

(Fue ovacionado).

El presidente del Consejo habló unos instantes para aconsejar al pueblo la serenidad y corrección imprescindibles.

—"Si las palabras de Dios —concluyó diciendo—, no estuvieran de acuerdo exactamente con aquello que algunos de vosotros pensáis, procurad que la desilusión no nos obligue a un comportamiento censurable. Recordad el respeto que le debemos todos: los de arriba, los de abajo, los de las derechas y los de las izquierdas. Además no olvidemos que El es ahora nuestro huésped y que los españoles nos hemos distinguido siempre por las virtudes hospitalarias."

(Aplausos prolongados.)

A LAS ONCE MENOS CUARTO

A las once menos cuarto los megáfonos anunciaron la salida de Dios de la Catedral con rumbo a la Plaza de Toros.

Un formidable abejorreo de las multitudes siguió a estas palabras emocionantes.

LAS ONCE

Y señalaba las once el gran reloj de la Plaza, que un grupo de hombres de buena voluntad había desenterrado de

los cascotes para utilizarlo de asiento cuando hizo su aparición el Señor.

Vestía sencillamente, como siempre, traje oscuro, guardapolvo gris y hongo color café. Pero *no sonreía*. Por el contrario, *traía un aire entristecido*. Tenía el aspecto de un hombre que va a hacer algo que no quisiera hacer y que lo hace obligadamente.

Su acompañamiento también era sencillo. Se reducía al Nuncio y elementos principales del "*Coodfyadash*".

Se comentó muchísimo el que tampoco a este Acto extraordinario asistiera el Sumo Pontífice:

—*Debe de estar enfermo y de cuidado realmente...*

—*Pero, ¿y por qué no dicen lo que tiene?*

—*Es muy raro todo esto...*

—*¿QUE SI ES RARO? Como que aquí hay gato encerrado.*

—*¡Y tanto que hay gato encerrado! Un ojo apostaría yo.*

—*Y yo el otro ojo.*

—*Y yo los dos, caballero.*

—*¿Los dos ojos de usted?*

—*No. El de usted y el de ese otro señor.*

El estruendo de vítores, aplausos y aclamaciones con que las multitudes acogieron al Altísimo duró diez minutos largos.

Y sólo entonces, y por espacio de unos instantes, volvió la Humanidad a disfrutar de la vista de aquella sonrisa melancólica, que ya no debía brillar más para el Mundo.

DIOS VA A HABLAR

No hubo discursos previos, naturalmente. No hubo "presentación" del orador, naturalmente también. Dios ocupó la Silla Pontificia; las personalidades más importantes allí próximas celebraron un breve *besamanos*, y acto seguido el Señor se puso de pie, bebió un sorbito de agua con azucarillo quemado y se dirigió con un movimiento envolvente de su brazo derecho, a la Humanidad: a la Humanidad española

presente y a la Humanidad de los demás países del planeta con la que le ponían en relación los micrófonos de Radio.

Un silencio impresionante se apodero de las multitudes.

Los taquígrafos aguardaban lápiz en ristre.

Y los empleados de nueve casas de discos de gramófono apoyaron las agujas receptoras en la cera virgen para recoger en discos la Palabra de Dios.

EL DISCURSO DE DIOS EN LA PLAZA DE
TOROS

EXORDIO

Dios comenzó así su discurso:

"Yo no soy orador...

"No me gusta *hablar*, sino *hacer*. Casi, casi estoy por decirlo, que "*no sé hablar*, tal es mi falta de *costumbre*. Y, en realidad, he aquí la primera vez que me dirijo directamente a vosotros los hombres, porque los Mandamientos de la Ley, que dicté un día, no os los dicté a vosotros; se los dicté a Moisés, mi Secretario (MURMULLOS.) ¡Hablar!... (ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS.) Hablar es "cosa humana, y por mi parte, *yo no tengo nada de humano*: me apresuro a advertiroslo *para evitar desilusiones*. (SENSACIÓN.)

"Digo que nunca, hasta ahora, me he dirigido directamente a vosotros, y agrego que, sin embargo muchas veces,

millares de veces, cada año, cada mes, cada semana, cada día, cada hora, cada minuto, habéis tenido ocasión, de escuchar mi Palabra y de oír mi Voz. (HONDO E INTERESANTE SILENCIO.) ¿No adivináis aún cuál es mi Voz y cuál es mi Palabra? Pues sabed que mi Palabra es la voz de la Naturaleza y mi Voz es la palabra de los Elementos. (EXTENDIENDO SUS BRAZOS, COMO PARA ABARCAR LA CREACION.) Mi Voz es los Arboles, las Plantas, los Seres, la Primavera, el Verano, el Invierno, el Otoño, el Mar, los Campos, los Montes, las Llanuras, el Desierto, la Selva; y mi Palabra es la Tempestad, la Lluvia, la Nieve, el Relámpago, el Trueno, el Rayo, la Galerna, el Tifón, el Terremoto, las Cataratas, el Fuego, el Viento, y también el apacible silbar de la Brisa entre las ramas, el ronco hervor del Oleaje, la infantil canción del deslizar del Río, las tintas cárdenas del Crepúsculo, las sombras progresivas de la Noche y las claridades del Amanecer. (EMOCIÓN.)

"Eso es mi Voz y nada menos que todo eso es mi Palabra. ¿Que falta debía hacer, pues, que yo os convocara aquí y, aprovechando *un viaje sin objeto*, os hablara con el *lenguaje imperfecto* del Hombre? Ninguna falta, en verdad. Este discurso mío debía ser innecesario.

"Debía serlo, porque en la obligación estáis de *conocer mi Opinión*, que os he expuesto millares de veces, cada mes, cada semana, cada día cada hora, y cada minuto; ya en la vida de los seres ya en el devastar de la Tempestad o en el fructificar de los Campos. Pero *todavía no conocéis mi Opinión...* y, lo que es más triste: *no la conoceréis nunca*. (MURMULLOS PROLONGADOS.)

"*Sé cómo sois*. Ansiáis una Ley, y no bien la tenéis la despreciáis. Suspiráis por conocerla, y una vez conocida saltáis sobre ella para alucinaros con otras leyes que creéis más justas. Pedís que se os marque un camino, para seguir otro camino cuando ya el primero lo tenéis marcado. Exigís un Dios, y cuando el Dios se os da, inventáis otro.

(MURMULLOS DE CARINOSA PROTESTA.) ¡Oh! No protestéis: es pleito antiguo. Era mi pueblo el elegido, el pueblo de Israel, y ya entonces suplicó el Hombre a Moisés que fuera en mi busca. Y antes de que Moisés tuviera tiempo de encontrarme, *el Hombre había levantado altares al Becerro de Oro.* (NUEVOS MURMULLOS.)

"Nada ha cambiado desde entonces y hoy mismo digo que mis últimas palabras se perderán en el aire..." (GRANDES E IMPOTENTES PROTESTAS DE ADHESIÓN Y DE AFECTO. DELIRIO DE IDENTIFICACIÓN CON DIOS QUE DURA LARGO RATO MILES DE ALMAS SE PONEN DE RODILLAS Y APOYAN LAS FRENTES EN LOS CASCOTES DE LA PLAZA. EL SEÑOR DOMINA EL TUMULTO Y SE DIRIGE A LOS ARRODILLADOS.) "Levantad vosotros, los que os humilláis *sin necesidad.* Y los demás, y todos, cesad en vuestra protesta de amor y de entusiasmo. No os engañéis con ellas ni supongáis que yo voy a engañarme porque al Hijo *que me matasteis en la cruz,* también *le vitoreabais y le echabais flores* la mañana que entró en Jerusalén". (SILENCIO EMOCIONANTE. LAS TRES CUARTAS PARTES DE LAS MULTITUDES LLORAN A MOCO TENDIDO.)

"Voy, pues, a hablar, *a pesar* de todo, con todo, sobre todo *v por todo...* Escuchadme atentos". (DIOS HACE UNA PAUSA Y BEBE UNOS SORBOS DE AGUA CON AZUCARILLO QUEMADO. EL NUNCIO Y LAS PERSONALIDADES MAS PRÓXIMAS A EL LE BESAN LAS BOTAS.)

PROMESA

Dios continuó de esta forma:

"Leo en vuestros semblantes ansiosos que esperáis mucho de mis palabras, leo que esperáis mas que mucho,

leo que esperáis *demasiado*. Vuestro principal defecto ha sido siempre esperar demasiado de mí, como si yo *todavía tuviera* que daros algo. . . Como si yo *no os lo hubiera ya dado* todo (ESTUPOR EN LAS MULTITUDES.)

"Todo, sí, todo os lo di al permitir que fuerais parte del Universo. Yo os di la Vida, y la Muerte antítesis esplendorosa, yo os di la Conciencia, la Inteligencia, la Voluntad, el Entendimiento y la Memoria; yo os di la facultad sexual con su emocionante consecuencia, la Procreación; y os di los Sentidos; y os di el Dolor —bien supremo— y *haciendo que el Dolor no fuera continuo, sino intermitente, hice nacer "el Placer* (cesación del Dolor) y os lo di asimismo.

"Todo, pues, os di, Y hoy ni puedo ni quiero daros nada. (LARGO RUMOR DE DESENCANTO).

"Se perfectamente lo que esperáis de mí y de mis palabras. Esperáis la felicidad, ¿no es cierto? (AHORA LAS MULTITUDES AFIRMAN CALLANDO.) ¿Y por qué esperáis de mí la felicidad? '¿Por qué me ofendéis suponiendo que yo haya podido estar miles de años sin daros una cosa que os pertenece? ¿Qué clase de monstruo injusto pensáis que soy yo para aceptar el que os dé a vosotros —precisamente a vosotros— la felicidad: lo que equivale a suponer que se la negué a los Hombres que os precedieron? ¿O es que imagináis que sólo vosotros habéis sido desgraciados? Pero, volviendo a lo que esperáis de mí: ¿porque es precisamente la felicidad lo único que confiáis en que *os caiga de arriba?*. . .

LA FELICIDAD

"Escuchadme bien. Vuestra conducta es absurda.

"Todo os lo procuráis por el propio esfuerzo: el dinero, la casa, los alimentos, las comodidades, lo necesario y lo superfluo, el éxito la gloria, el poder... Todo esto os lo

procuráis sacándolo de vosotros mismos, y *sólo la felicidad la esperáis de los demás.*

"De tal suerte os entregáis al amor, por ejemplo, con la loca esperanza de que sea una mujer —o un hombre si sois mujeres— el que os hará feliz, y al daros cuenta de que no sois felices con el amor, os revolvéis furiosos contra él. De la misma manera esperáis la felicidad de vuestros padres, o de vuestros hijos, o de un tío que tenéis en el Extranjero y que no escribe hace once años; y ante el desmoronamiento de vuestros sueños, maldecís de los padres, de los hijos y *del tío Extranjero.* O esperáis la felicidad de la Lotería Nacional, con el consecuente y lógico desencanto. O esperáis la felicidad de un nuevo Gobierno, lo que os arrastra a vivir en un perpetuo deseo de crisis. O, en fin, esperáis la felicidad de un cambio de régimen político y

ensangrentáis vuestras manos en el charco rojo de las revoluciones para caer luego en la pesadumbre de haber cometido crímenes inútiles.

"Ahora es de mi de quien esperáis la felicidad.

"¿En qué lugar me catalogáis entonces? ¿Como tío del Extranjero o como Presidente de la República? ¿Como Lotería Nacional o como compadre de Stalin? (RISAS QUE SE PROLONGAN UN BUEN RATO.)

"La felicidad (CONTINUA DIOS) os la di yo también cuando os di la Vida y la Muerte, la Conciencia, la Inteligencia, la Voluntad, el Entendimiento, la Memoria, la facultad sexual y la Procreación; los Sentidos, el Dolor y el Placer, y todo lo Creado. *La felicidad está en eso.*

"La felicidad brota espontánea de cualquiera de esas partes y *también del todo.* La felicidad se consigue *manejando discretamente* cada uno de esos elementos, y también todos a la vez...

"Pero ¿tengo yo la culpa de que vosotros manejéis esos elementos, y el todo de *un modo idiota?* No. Yo no tengo la culpa. *La culpa es vuestra.* (GRANDES RUMORES).

"Razonad conmigo unos instantes, aunque me consta que ni aun así os vais a convencer de que la culpa es vuestra... (SILENCIO EXPECTANTE.) Tomemos al azar uno de esos elementos que yo os he dado y que encierran la felicidad y examinémoslo. Tomemos el que *más interés ha despertado en vosotros*: la facultad sexual y su emocionante consecuencia, la Procreación. Yo os lo di para que fuerais felices con él. Yo *ideé* el separar las almas de los cuerpos, *que es dolor*, para que vosotros los unierais en el abrazo de los sexos *que es placer*, placer extraordinario y maravilloso y *en el cumplimiento de mi idea hay una felicidad*. ¿Pero tengo yo la culpa de que vosotros practiquéis uniones disparatadas o estúpidas o *extraviadas*? ¿Tengo yo la culpa de que *elijáis mal*? ¿O de que os *hartéis* mañana de lo que habeis elegido ayer? ¿O de que os unáis *sin previa elección*? (RUMORES TEMPESTUOSOS EN LAS MULTITUDES.) "Yo ideé la Procreación, que *es dolor*, para lograr el exquisito resultado de que perpetuarais vuestro amor y vuestras vidas en el Hijo: lo cual *es placer*, placer incomparable y *felicidad* como no hay otra. Pero ¿qué culpa tengo yo de que *os pesen los hijos*? ¿Qué culpa tengo yo de que hayáis complicado la vida de manera que los hijos resulten para vosotros una carga? ¿O qué culpa tengo yo de que os unáis *sin desear el hijo*? ¿Y de que hayáis hecho del amor una frivolidad. ¿Y de que *evitéis los hijos* con lavados *post coiturn*, con pastillas ácidas, con abluciones ováricas? ¿Qué culpa tengo yo, en fin, *de que de una felicidad purísima* hayáis hecho vosotros *un amontonamiento asqueroso*?" (PROTESTAS HOSTILES EN ALGUNAS MASAS, AHOGADAS POR LOS SISEOS DE LAS MAYORÍAS).

(DIOS CONTINUA ASI) :

"Todo, todo, absolutamente todo cuanto os di y puse *dentro de vosotros y alrededor de vosotros* lo puse para que de ello extrajeseis la felicidad, y vosotros habéis sido tan torpes que habéis extraído de todo la desgracia. (NUEVOS

RUMORES RUIDOSÍSIMOS). Os di la Inteligencia para que vierais claro que la felicidad está en la sencillez de la vida y vosotros habéis utilizado la Inteligencia *para aspirar a más, siempre a más*, y con el nombre de *Progreso* habéis inventado máquinas, doctrinas, costumbres, teorías, sentimientos, ideas, objetos e instituciones que sólo os sirven para envenenaros la existencia y hacerla agria, difícil problemática, indomable.

"Os di el campo como recreo de vuestra vista y como *elemento vital* y vosotros lo habéis llenado de letreros anunciando marcas de automóviles... Y estropeáis con presas y canales la salvaje belleza de los ríos, y echáis abajo los árboles para construir muebles cursis, y matáis preciosos pájaros para que se engalanen con sus plumajes media docena de prostitutas en los cuadros finales de las Revistas. Yo os di una Naturaleza *feliz* y habéis hecho de ella una cosa triste y utilitaria. Yo os di los Sentidos para que gozarais de ellos y vosotros extraviáis vuestros sentidos. Yo os di la Voluntad para que lograrais la dicha del trabajo y vosotros la habéis empleado en lograr la desgracia del vicio. Todo cuanto os di para ser bien usado lo habéis usado mal y en lugar de *felicidad* encontráis *amargura*... ¿A quién podréis culpar, más que a vosotros mismos, de todo esto? ¿A quién podréis culpar —poniendo ejemplo— de esa preciosa facultad del alma que es la Memoria, si en lugar de utilizarla para recordar las tristezas del pasado, lo cual os haría feliz el presente, la utilizáis para recordar el pasado venturoso, lo cual hace vuestro presente desdichado y tristísimo?"

"Y ahora yo os digo: no esperéis de mí la felicidad. No la *esperéis de nadie*. Para vosotros la felicidad es *ya imposible*" (ESTALLAN PROTESTAS TUMULTUOSAS QUE OBLIGAN A CALLAR A DIOS LARGUÍSIMO RATO. EL SEÑOR APROVECHA PARA BEBER UN NUEVO SORBQ DE AGUA, SIN QUE NI EN SU ROSTRO NI

EN SU ACTITUD SE ADVIERTA EL MENOR SIGNO DE SORPRESA O DE ALTERACIÓN).

CONDENA

Cuando el tumulto cesó por completo, Dios prosiguió de esta manera:

"Si. La felicidad es ya imposible para vosotros. (NUEVAMENTE ESTALLAN LAS PROTESTAS). Es ya imposible, porque las condiciones de vida en que os habéis situado *asfixian todo intento de felicidad*, y, al mismo tiempo, vosotros ya no concebís la vida *sino en las condiciones en que la tenéis*.

"Estáis, pues, expuestos *a desgracia perenne*. (TUMULTO MAYOR QUE LOS ANTERIORES).

"Y mi palabra es ésta: ¡aguantaos, pues obra vuestra es todo...! (ESCÁNDALO INDESCRIPCIÓN, LA GUARDIA CIVIL SE VE OBLIGADA A PRACTICAR ALGUNAS DETENCIONES, CON LO CUAL EL ESCÁNDALO ARRECIA).

BLASFEMIA

Hasta media hora más tarde no pudo Dios continuar. Dijo así, con el mismo tono tranquilo de antes:

"Pero no es sólo en busca de la felicidad a lo que habéis venido aquí. Algo más perseguís al provocar este Acto. Voy a decirlo yo mismo. Deseáis que explique y amplíe las declaraciones que hice, el día de mi llegada, a un periodista, y deseáis también que justifique algunas actitudes que he observado durante mi estancia entre vosotros... No temáis que vuestra conducta me hiera. Estoy habituado a que el Hombre *me pida cuentas a mí* cuando los negocios *no le van bien a*

él... Es lo que se conoce con el nombre de *blasfemia* y se halla penado inútilmente en vuestros Códigos". (RUMORES).

DIOS Y EL DIABLO

"En lo que afecta a las declaraciones que hice al llegar la explicación y ampliación son innecesarias a todas, *salvo una*. Aquel mismo periodista a quien se las dicté, las explicó y amplió acertadísimo en su periódico. (ESPONTANEA OVACIÓN A PERICO ESPASA QUE OCUPA UNOS CASCOTES NO LEJANOS A LA SILLA DE DIOS). Pero digo que una de mis declaraciones no está explicada ni ampliada. Voy a hacerlo, porque es *punto de arranque de algo sustancial que necesitan saber*.

"Me refiero a la *relativa al diablo...*" (MURMULLOS DE SENSACIÓN).

SU DESACUERDO

"Yo dije hace diez días, al llegar, que el diablo *es un caso de obcecación; que está completamente loco*, y que ya lo *he dejado por imposible...*

"Ampliando la declaración *diré ahora la verdad* de por qué el diablo y yo no *hemos estado nunca de acuerdo...*

"La verdad es que él y yo *tenemos un concepto totalmente distinto de la existencia*.

"Para mí, *la existencia está basada en el Dolor* y su consecuente *es el Placer*.

"Para el diablo, *la existencia está basada en el Placer* y naturalmente, su consecuente *es el Dolor...*

"Esta, y nada más que ésta, es la razón del desacuerdo existente entre él y yo. ¡Pero ya es bastante!" (RUMORES DE INFINIDAD DE COMENTARIOS).

EL DOLOR

"Decía que el asunto del diablo es punto de arranque de algo sustancial que necesitáis saber.

"Vamos a ello. Y ello es que para mí *la existencia está basada en el Dolor*. Recordad bien esto. .. Recordad bien esto y os *explicareis muchas cosas*.

"Sin el Dolor *no hay nada*. El Dolor *lo es todo*.

"Mirad en derredor: el Dolor os circunda. El es la vida y sólo por él se vive y puede vivirse. Dolor de vivir. Dolor de morir. Dolor de obedecer. Dolor de ser grande y poderoso. Dolor de ser pequeño y humilde. Dolor de haber hecho lo que se hizo. Dolor de no haber hecho lo que se hubiera querido hacer. . . Dolor del deseo incumplido. Dolor, aún más terrible y angustioso, del deseo satisfecho. .. Por todas partes... Dolor, Dolor. Dolor. .. *Afortunadamente.. . Afortunadamente, sí*.

"Pues, ¿cómo sería de tediosa, de insípida, de vacua, de inane vuestra vida sin el Dolor? No os digo que hoy la encontréis agradable, puesto que vosotros mismos *la habéis estropeado*; pero sí os aseguro que sin el Dolor *se os antojaría irresistible*.

"Todos vuestros goces están elaborados con Dolor. Las sensaciones encierran su gran parte de Dolor correspondiente. La excitación es Dolor, y por eso cuando la excitación concluye encontráis en ello placer. Y la risa es placer porque ella resuelve un previo estado congestivo de Dolor.

"En todo, en todo, hasta en lo aparentemente más deleitable, hay —poco o mucho— Dolor. Vosotros mismos acatáis esa ley sin daros cuenta, y al pan que coméis le ponéis su parte de levadura amarga, y al *vermouth* le echáis *bitter* y a la carne asada la untáis con mostaza.

"Gracias al dolor, que aisla al que sufre dentro de sí propio, surge la meditación, la invención, la creación. Gracias al Dolor se salva el alma de caer en una continua, estúpida e inútil frivolidad. En lo que se ansia hay

Dolor. En lo que se ambiciona hay Dolor también. El Dolor mueve, agita, arrastra. El Dolor impulsa: *toda espuela es dolorosa*.

"Como consecuencia del Dolor surge el Placer. Por eso ¡oídmelo bien! Por eso es *mentira* que yo condenara a la Mujer a parir sus hijos con Dolor. Es una de *tantas leyendas que se me han colgado*. Es una de *tantas incomprensiones*. No. Yo no condené a la Mujer a parir con Dolor sus hijos, sino que la hice *donación* de ese Dolor para proporcionarle *el Placer de la maternidad*: porque *sin el Dolor el Placer no "existe"*. (GRANDES, PROLONGADOS Y APASIONADOS COMENTARIOS) .

LA INDIFERENCIA DE DIOS ANTE EL DOLOR

Dios bebió agua nuevamente y siguió de esta forma:

"Y ahora os explicaréis *mi indiferencia hacia las víctimas* el día de mi llegada. Ahora os explicaréis que fuera yo el *único* que no se horrorizó ni se conmovió cuando vi *suicidarse hombres y mujeres* ante mis pies y cuando mi coche avanzaba *entre los regueros de muertos y heridos* que iban dejando las ametralladoras".

"Ahora que sabéis que para mí la vida está basada en el Dolor, comprenderéis por qué *nada de aquello me afectó lo más mínimo*. Para vosotros el Dolor os horroriza. A mí me produce indiferencia." (FORTÍSIMOS RUMORES).

"Y ahora os explicaréis, ¡al fin!, *mi pasividad* cuando os afligen *grandes catástrofes*. Es decir: os explicaréis por qué cuando rezáis pidiéndome la conclusión de uno de vuestros dolores, *yo no os hago "caso..."* (TUMULTO, NUEVA INTERRUPTIÓN. DIEZ MINUTOS DESPUÉS, DIOS CONTINUABA CON ESTAS INTERESANTÍSIMAS PALABRAS).

RELIGIÓN Y POLÍTICA

"Pero hablemos de política y de Religión... (SENSACIÓN EN LAS MASAS. SISEOS. SILENCIO PROFUNDO AL CABO). Hablemos de política y de religión, puesto que vosotros no sólo habéis venido aquí en busca de la felicidad y en demanda de explicaciones, sino que habéis venido también a saber cuál es mi opinión en religión y en política".

"Constituís dos bandos: los *"blancos"* y los *"negros"*. Unos formáis vuestro programa posponiendo a todo las ideas de Patria, Historia, Ejército, Orden social, Familia, Iglesia, Dios, y creéis estar en "posesión de la verdad..."

"Los otros habláis de Igualdad, de Libertad, de Unión, de Solidaridad, de Democracia, de Socialismo, de Comunismo y de Anarquía en confusa mezcla, y también creéis tener la verdad de vuestra parte. Lo que para los unos es Historia, para los otros es Porvenir, lo que unos llamáis Patria otros denomináis Universo, lo que unos queréis que sea Igualdad, otros queréis que sea Clases, cuando unos decís Iglesia Católica otros decís Ateísmo. Y otros creéis tener razón y esperáis ver hacia qué lado me inclino yo y a quién le doy la razón... ¡pues bien! (EXPECTACIÓN INDESCRIPCIÓN). (UNA PAUSA).

ESCÁNDALO

"Pues bien; *yo no os doy la razón a ninguno. Yo no estoy ni con los "blancos" ni con los "negros"...* (TUMULTUOSA DECEPCIÓN. CLAMORES DE PROTESTAS. GRITOS. DENUESTOS. BURLAS. SARCASMOS. DE UN DESORDEN. UN ESCÁNDALO SIN PRECEDENTES. TRES CUARTOS DE HORA MAS TARDE DIOS NO HA PODIDO AUN REANUDAR SU DISCURSO. MUCHAS, MUCHAS MASAS DE GENTE

VAN ACOMPAÑANDO SU MUTIS CON COMENTARIOS AGRIOS Y OPINIONES HIRIENTES. POR FIN, A LA UNA DE LA TARDE, DIOS LOGRA SEGUIR HABLANDO. UNA CUARTA PARTE DEL PUBLICO HA ABANDONADO LA PLAZA Y SUS ALREDEDORES).

DIOS, CONTRA LOS "NEGROS"

Dios continuó así, sin hacer alusión a lo ocurrido: "Ya dije al llegar qué forma de Gobierno aconsejaba para los Estados de la Tierra: las dictaduras inflexibles. (SILBIDOS). Añadí que *yo no podía aconsejar* otra cosa. Y ahora agrego que yo no podía aconsejar otra cosa, *porque nunca he sido más que un inflexible dictador*. Os dicté una Ley y os marqué una pena, y al que transgrede aquélla, le aplicó ésta sin apelación, sin indulto y por la *eternidad*. . . Recordad que *esa fue* la forma de Gobierno que aconsejé para los Estados de la Tierra: porque *es imagen de la mía*. . . (MAS SILBIDOS). Allá vosotros si creéis que yo *me equivoco*, que *yo puedo equivocarme*. . . Os he dicho que estoy acostumbrado a *vuestras blasfemias*. . . No obstante, recapacitad, ¡oh, vosotros los negros! (AQUÍ DIOS ADOPTO SU ACTITUD Y SUS GESTOS MAS BÍBLICOS). ¡Recapacitad, fatuos, soberbios, gentes engreídas por una Inteligencia que *yo os he dado!* ¡Decidme!. . . ¿Es que creéis tener *más talento que yo?* (SILENCIO EMOCIONANTE).

¿Adonde vais con vuestra libertad, con vuestra igualdad? ¿Cómo aspiráis a ser *iguales* si yo os he hecho *diferentes*? ¿Cómo aspiráis a ser *libres* si yo os he hecho *esclavos*? Si uno es valiente y otro es cobarde, si uno es torpe y otro es inteligente, si unos sois hermosos y otros sois feos, si unos sois fuertes y otro débiles, si unos audaces y otros tímidos, si unos sois ambiciosos y otros no tenéis ambiciones, si unos estáis sanos y otros estáis enfermos, si

unos nacéis esbeltos y otros nacéis contrahechos. . ¡decidme, necios!, *¿Cómo vais a ser iguales?* Lucharéis, forcejearéis, asesinaréis, destruiréis para crear la igualdad, y cuando os parezca que la habéis creado, los valientes, los audaces, los fuertes, los ambiciosos, los sanos, los inteligentes *dominarán de nuevo* a los cobardes, a los tímidos, a los débiles, a los que no tengan ambición, a los enfermos y a los torpes... Y advertiréis que *la igualdad SOLO era un sueño...* (APLAUSOS DE LOS "BLANCOS" Y HOSTIL SILENCIO DE LOS "NEGROS"). Y en cuanto a la Libertad, palabra hueca, concepto utópico, deseo iluso, ¿qué libertad pretendéis, si seguís —y seguiréis por los siglos de los siglos— siendo esclavos de las pasiones, de los vicios, de las virtudes, de las costumbres, de vuestro propio organismo, del Dolor, de la atmósfera respirable que os rodea y de Mí, en último término. . . ¡de Mí que soy la Naturaleza, la Tempestad, el Tifón, el Rayo, el Fuego, la Galerna!.. .

"¿A qué libertad aspiráis, ¡oh tontos inconmensurables, si unos ojos de mujer o la palabra balbuciente de un niño os atan y os dominan, os empujan y os conducen? ¿A qué libertad aspiráis si un papirotazo mío, si una inundación, si un ciclón, si un terremoto, si una guerra, si una plaga os pueden dejar tan desnudos y desvalidos como al salir del vientre de vuestra madre? ¿A qué libertad aspiráis cuando basta una parálisis o un simple reuma para haceros presos años y años en un sillón, en un pobre, en un humilde, en un triste sillón? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! (Y DIOS SE RÍE CON RISA QUE DA FRÍO. LUEGO APOSTROFA TODAVÍA A LOS NEGROS)". ¡Bobos y mil veces bobos! Vuestras ideas *están en pugna con los principios 'eternos* de la Naturaleza y *todos sucumbiréis* en esa lucha, absurdamente desigual. ¡ Y en cuanto a vosotros, los comunistas ateos, negadme, que no por eso *podréis escapar a mi poder de Amo*, y yo seguiré riendo!. . Y vosotros, los anarquistas de acción, destruid, que yo, la Naturaleza gigantesca e inquebrantable, *seguiré*

riéndome también de vuestros ridículos esfuerzos de pigmeos!"

(Y DIOS RÍE, RÍE, RÍE). (GRANDES MASAS DE PUBLICO DESFILAN EN SILENCIO).

DIOS, CONTRA LO6 "BLANCOS"

Luego siguió hablando de esta suerte:

"¡Y escuchadme ahora vosotros, los "*blancos*", los que me aplaudíais hace un instante por creer que os daba la razón! Escuchadme y sabréis que *tampoco estoy con vosotros*. . .

"Vosotros defendéis las ideas de Patria, de Ejército, de Historia, de Orden social, de Familia, de Iglesia, de Dios. Defendéis esas ideas, sí. Pero ¿quién os ha dicho que yo apruebo vuestra defensa? ¿Queréis conocer mi opinión respecto a lo que llevasteis a cabo con esas ideas, que, a vuestro juicio, son mías. Pues mi opinión es ¡qué *os habéis hecho un lío con esas ideas!* (SENSACIÓN ENTRE LOS BLANCOS).

"Decidme, ¿cómo podré estar con vosotros, gentes injustas, si sois los descendientes directos de los que *persiguieron a mi pueblo elegido?* ¿Si vosotros mismos tenéis en poco el *trataros* con hebreos y sólo los toleráis a vuestro lado cuando son ricos y presiden los Consejos de Administración de los Bancos?

"¿Y cómo podré estar con vosotros si constantemente me *hacéis de menos* adorando a ejércitos de Santos en lugar de adorarme a Mí? ¿Es que no os dais cuenta de que *sois gentiles*, de que levantáis demasiados altares, de que habéis materializado con *objetos representativos* lo más espiritual de mi Idea, de que habéis pluralizado mi religión, de que incurris en *constante pecado* de fetichismo y de politeísmo? ¿Cómo podré estar con vosotros, insensatos, *si no os diferenciáis en nada de los paganos de la antigua Roma.*? Ellos tenían un Dios propicio para cada ramo de la actividad humana, y

vosotros los tenéis igualmente. *¿Qué líos son esos* de Santa Lucia, abogada de la vista, San Isidro, protector de la Agricultura, San Antonio arbitro del matrimonio, Santiago, patrono de la guerra? . . . *¿Cómo suponéis que pueda yo aceptar una Señora de Lourdes que cure la parálisis. o un San Cristóbal que proteja a los automovilistas cuando viajan por carretera? ¿Qué hay que entender por Sagrado Corazón"? ¿Y por Cuerpo Incorrupto de San Isidro? ¿Quién os ha dicho que adoréis vísceras, reliquias y objetos? ¿A que viene lo de orar a docenas de Vírgenes distintas y asegurar que ésta es más milagrosa que aquélla? ¿Por qué rezar ante docenas de Cristos diferentes, diciendo que uno mueve los ojos y otro llora, que el de más allá desclava una mano y el de más acá mana sangre? ¿Qué clase de barullo confuso, de galimatías embrollado, habéis hecho de mi sencillísima religión? ¿Cómo, después de esto, podéis creer que estoy con "vosotros?*

"¿De qué manera grotesca e infantil habéis interpretado mi Idea y mi Ley? ¿Pensáis que tenga yo algo que ver con vuestros desfiles, con vuestras procesiones, con vuestros conciertos sacros, con vuestros millares de imágenes, con vuestros centenares de oraciones? ¿En qué cabeza cabe que yo pueda aprobar vuestras peregrinaciones, vuestros cilicios, vuestras ofertas, vuestras promesas, vuestros cirios, vuestras joyas? ¿No comprendéis que nada de eso puede ir conmigo?

*"Yo no admito más que una oración: el Padre nuestro. Y es sólo una oración de conformidad; por eso decís en ella: *hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo*. Yo no admito más, que un himno: el "Te Deum", y es sólo un himno de gratitud. Y lo demás que rezáis *no reza conmigo*.*

"¿A qué vienen vuestras oraciones de petición?

"¿No sabéis que yo soy INMUTABLE, es decir, que no puedo cambiar de opinión? ¿Por qué me pedís, entonces, que ocurra una cosa o que deje de ocurrir otra? Si no me entendéis, si no me comprendéis, si todavía no sabéis cómo soy, ¿a quién se le ocurre pensar que yo pueda estar con vosotros, los "blancos", los

que *presumís de estar conmigo?*" (NUEVAS MASAS DE ESPECTADORES SE MARCHAN AL LLEGAR DIOS A ESTA PARTE DE SU DISCURSO.)

DIOS CONTRA LOS "NEGROS" Y CONTRA LOS "BLANCOS"

Y abarcando con sus brazos extendidos a "*blancos*" y a "*negros*" en conjunto, Dios dijo:

"Por todo lo expuesto, no estoy ni con vosotros los "*blancos*", ni con vosotros los "*negros*". Y no estoy con ninguno, además, porque unos y otros *tenéis ideas comunes*, igualmente equivocadas y *contrarias a mí*.

"Unos y otros habláis de humanidad; esto es: de dulzura, de sentimentalismo, de protección al débil... Y yo os digo: *ninguna de esas ideas son mías...* (MAS DESFILE DE ESPECTADORES). Ya advertí al empezar mi discurso que yo *no tengo nada de humano*. Y ahora agregó que *estoy muy lejos de vuestro sentimentalismo*. Os he advertido también que mi palabra es la voz de la Naturaleza y que mi voz es la palabra de los Elementos: Y bien: ¿no estáis hartos de oír esa palabra y esa voz? ¿Y os han hablado esa voz y esa palabra de sentimentalismos, de dulzura, de protección al débil? Cuando los Elementos se desencadenan, ¿no los veis rasgar, hendir, arrasar, quemar, anegar, matar, destruir, destrozar por igual al débil que al vigoroso?... Y la voz de la Naturaleza ¿de qué os habla? ¿De qué os ha hablado siempre sino de lucha, de crueldad, de triunfo del más fuerte? Los insectos, los animales, las plantas, los árboles, los mares, los ríos, ¿qué hacen más que combatir eternamente unos con otros, en un combate sin cuartel, sin piedad, sin dulzura? ¿Os creéis vosotros superiores a ellos, ilusos?

"¿Por qué entonces me enmendáis la plana?"

LA GUERRA

"¿Por qué habláis de paz y de supresión de las guerras, por ejemplo, si yo he sido partidaria de la guerra siempre? Yo instituí la guerra y os la enseño. Yo fui, quien, para prohibir la entrada al primer rebelde —Adán—, coloqué a la puerta del Paraíso, el primer soldado armado de una espada. ¿No habéis leído en el "Deuteronomio" que yo, por boca de Moisés, incité a mi pueblo al combate y le prometí la victoria, colocando a los sacerdotes en vanguardia? Yo tuve al sol dos días sin ponerse, con objeto de dar tiempo a Israel para completar su triunfo. Yo aprobé miles de combates, con las crueldades que les son afines. Aprobé el que Débora atravesase con un clavo la cabeza de Sisara. Y aprobé el que Gedeón se vengara de las autoridades de la ciudad de Senhot, que le habían negado víveres, haciéndolos morir a golpes de látigo de espinas. Y aprobé el que David rajara a sablazos a los vencidos hijos de Arrimón y los aplastase luego bajo las ruedas de los carros y amasase los restos, como la arcilla... "Escrito está el que yo aprobé lodo eso... ¿Acaso no lo habéis leído, según es vuestra obligación?" (MUTIS DE OTRAS NUEVAS MASAS DE ESPECTADORES, QUE SE RETIRAN HORRORIZADAS.)

DIOS Y SU HIJO

Dios siguió cada instante más grandioso, más formidable, sinaítico: "¿Cómo voy a estar con unos y con otros, si en parte todos habéis asimilado la dulzura y el sentimentalismo maravilloso y equivocado de mi Hijo, y yo, según ya he dicho, no he estado nunca de acuerdo con mi Hijo? Pues ¿qué? ¿No sabéis que yo no opinaba como El? Mi Hijo es el que ama a todo el género humano y yo soy el que mata a todo el género humano, a excepción de Noé, los suyos y una pareja de animales de cada especie. ¿No sabéis que no aprobé la conducta de mi Hijo cuando os ofreció a los hombres el

sacrificio de su Vida? ¿No sabéis que lo dejé abandonado a su destino al ver que no podía convencerle? ¡Tampoco eso está escrito! ¿No os acordáis? ¿No os acordáis de que mi hijo confesó lo ocurrido entre nosotros al decir en la Cruz, dirigiéndose a mí: "Señor, ¿por qué me abandonáis?" (SEMARCHAN NUEVAS MASAS DE GENTES. ESTE ES EL MOMENTO EN QUE EL NUNCIO DE SU SANTIDAD, CONSIDERANDO QUE EL ES REPRESENTANTE DE CRISTO EN ESPAÑA, SE VA TAMBIÉN, SEGUIDO DEL ELEMENTO OFICIAL Y TROPEZANDO EN LOS CASCOTES.) Yo no estoy de acuerdo con mi Hijo. El creía que se os puede dominar por la dulzura. ¡Yo sé que con vosotros no hay otra razón que el látigo! ¡El látigo! ¡El látigo y nada más que el látigo.! ¿Y sabéis por qué? Yo os lo diré, puesto que me hacéis hablar. ¡¡ Porque sois los seres más viles salidos de mis manos!! ¡¡Porque sois mi vergüenza y mi único arrepentimiento!!..."

APOSTROFE FINAL

El aspecto de Dios al llegar aquí, al echar en cara su vileza a la humanidad, producía espanto. Así debía de ser su aspecto cuando se le apareció a Adán después de la Desobediencia. Así debía de ser su aspecto al presentarse ante Caín después del Crimen. Así debía de ser su aspecto cuando abrasó Sodoma y Gomorra; y cuando ordenó abrirse las cataratas del Cielo para conseguir el Diluvio; y cuando destruyó los ejércitos de Faraón, cerrando sobre infantes, caballos y jinetes las aguas espumosas del Mar Rojo. Y así, debía de ser su aspecto, en fin, cuando vio cómo los brutales soldados de Roma clavaban en un madero el Cuerpo convulso de su Generoso Hijo, aquel hijo alucinado por la propia bondad, que creyó que valía la pena de sacrificarse por esa bestia despreciable y lasciva que es el hombre, y por esa animal inmundo y despreciable que es la mujer.

Dios apóstrofo finalmente, con voz estruendosa, con inverosímil voz, con voz que rompió los micrófonos de Radio:

"¿Cómo? ¿Cómo voy a estar con vosotros? ¿Cómo voy a estar con los "negros"? ¿Cómo voy a estar con los "blancos"? ¿COMO? ¡SI YO "ESTOY SOLO! ¡Perpetuamente solo! ¡ENTERAMENTE SOLO!...

Y era verdad.

En la Plaza de Toros no quedaba ya un alma.



Es decir, sí; quedaban dos hombres, que avanzaban hacia Dios subiendo, bajando y haciendo equilibrios entre los cascotes. Perico Espasa y el doctor Flagg.

ASI
TERMINA EL
LIBRO SEGUNDO

**

PASANDO ESTA HOJA
ENCONTRARAN USTEDES
EL
LIBRO TERCERO

**

VALE LA PENA DE LEERLO

CRÉANME USTEDES....

LIBRO TERCERO

DIOS RENUNCIA A SU "TOURNEE"

LIBRO TERCERO

53

LA HUMANIDAD SE DEFRAUDA DEL
TODO Y EL PAPA SE VUELVE A
ROMA

El mundo entero emitió un:

—¡Ah!...

de desencanto y de protesta.

El discurso divino había defraudado del todo y alejado de Dios a la Humanidad, cosa que no iba a ser Dios precisamente a quien sorprendiese, puesto que Él conocía de antemano ese resultado. ¿Acaso no advirtió al principio de su discurso: "*y hoy mismo digo que mis últimas palabras se perderán en el aire?*"

Efectivamente: sus últimas palabras se perdieron en el aire, como los cohetes de verbena y los juramentos de amor. Dios se había quedado solo.

A lo largo de su discurso, el Señor *dominó*, pero no convenció (lo cual, por otra parte es fenómeno propio de todos los dictadores y ya El se confesaba como un dictador inflexible).

Y cuando la Humanidad dejó de hallarse bajo su *dominadora* voz, los comentarios fueron rotundos.

LOS CATÓLICOS (*y su Prensa*)

estaban furiosos:

—¿Pero habéis oído? —decían—. Ha hablado en un sentido protestante. ..

—Luterano...

—Hussista...

—No sabe lo que se dice....

LOS HOMBRES DE ORDEN

se hallaban escandalizados:

—¡No me faltaba más que oír! Ha hecho un canto a la rebelión.

—A la anarquía...

—¡ Justo, justo! Todo lo que ha dicho es puramente anárquico.

LOS SOCIALISTAS (*y su Prensa*)

trinaban:

—Ya lo están ustedes viendo.. . Para El la solidaridad universal, la paz, la protección al débil son músicas...

LOS COMUNISTAS (*y su Prensa*)

opinaban sonrientes:

—¿Qué? ¿Se convencen ahora los que creían en El?

Su mejor defensa sigue consistiendo en declarar que no existe...

Y LOS CRISTIANOS,

los que se sentían eminentemente cristianos, los que tenían una chapita del Sagrado Corazón clavada en la puerta de su casa, se cubrían el rostro con las manos, diciendo:

Más vale no comentar...
—Olvidarlo, sí. . .
—Es imposible que El sea Dios.
—Imposible...
—Imposible, imposible. . .

Con estos últimos, con los eminentemente cristianos, estaba el Nuncio: es decir, la Iglesia.

¿Y el Papa?

El Papa, siempre encerrado en la Nunciatura, en su calidad de enfermo, parecía ser ajeno a todo.

Pero ni era ajeno a todo ni siquiera estaba enfermo.

¿Pues qué hacía el Sumo Pontífice encerrado en la Nunciatura día y noche?

Digámoslo de una vez: sentado en un sillón, junto a un ventanal, e! Papa leía las obras completas de Julio Verne.

EL LECTOR.— ¡¿Cómo?!

EL AUTOR.—Lo que usted oye, amigo mío.

* * * * *

Sí. El Papa leía las obras completas de Julio Verne desde la tarde del día de la llegada de Dios, en que, al final de la ceremonia de la Bendición en la Plaza de la Armería, se retiró, fingiendo una brusca enfermedad, al palacio de la Nunciatura.

Por lo demás, su voluntario confinamiento era explicable: el Papa se veía postergado desde la llegada de Dios. Nadie le hacía caso a él, ¡a él!, habituado a ser el centro y el eje del orbe cristiano... No sólo las multitudes: hasta los periódicos le relegaban a un segundo lugar, y el Santo Padre —humano al fin— sintió su espíritu

conturbado y bamboleado por míseras pasiones. Nada en el cuerpo; ninguna alteración en su organismo: en el espíritu tenía el mal.

Y a causa de eso no había permitido que se avisara a ningún médico.

Y a causa de ello había dicho taxativamente:

* * * * *

—*Mi dolencia no afecta al cuerpo; por eso es incurable.* . Pero su dolencia curó. Como todas las dolencias y todos los embutidos.

Curó no bien el Santo Padre supo por la autorizada boca del Nuncio el resultado del discurso de la Plaza de Toros.

—¿Es posible? ¿Eso ha dicho? —barbotó levantándose de su sillón y dejando caer al suelo el ejemplar de "*Miguel Strogoff*" que se estaba echando al colete—. ¿Ha dicho eso? —Eso ha dicho, Santidad —contestó el Nuncio. —¡Pronto! ¡Papel y pluma!

Su petición fue obedecida en el acto y el Sumo Pontífice escribió rápidamente una carta. Al concluir, la pegó, la cerró y pasándosela al Nuncio, dijo:

—*Que se la entreguen.*

Nadie preguntó a *quién* había que entregársela. Se suponía. En aquella carta el Padre le anunciaba a Dios su regreso a Roma manifestándole que esperaba que el clima de Italia *le devolviera la salud.*

Y aquella misma noche, entre las ovaciones de la multitud, el Pontífice se dirigió a la estación y tomó el expreso de Valencia —seguido de sus camareros, sus *flabelos*, sus *bussolanti*, etc., etc.— para embarcar en el Grao trece horas después con la proa hacia Génova, la *ciudad de los Ligures*, que dicen los cursis.

DIOS, PERICO ESPASA Y EL DOCTOR
FLAGG, AL FINALIZAR EL PRIMERO SU
DISCURSO

El doctor Flagg no pudo evitarlo: al llegar junto a Dios le dio un abrazo estrechísimo, mientras exclamaba:

—¡ Bravo! ¡ Así se habla! ¡ Muy bien, Señor!
¡Soberanamente bien! La Humanidad necesitaba que se le dijera un par de cosillas! Son una pandilla de bicharracos que...

Pero calló, sorprendido ante la actitud de Dios. El Señor, en efecto, había cambiado considerablemente de pronto. Su grandeza sinaítica de unos momentos antes, la expresión imponente de su rostro, su magnífica apostura, su formidable aspecto habían desaparecido por completo, se habían dispersado en el aire con la última palabra de su discurso. Volvía a surgir en El el humilde *hombre* brotado del olivar del Cerro de los Angeles, sólo que mucho más humilde todavía porque ahora *ese hombre lloraba*.

Lloraba, sí.

—¡ Señor! —murmuró Perico Espasa dando un paso hacia El.

—¡Señor! —susurró el doctor Flagg avanzando también.

Dios les contuvo con un gesto.

Y siguió llorando. ..

Abatida su grandeza, se había dejado deslizar hacia los escombros de los tendidos, en los que se alzaba la vacía Silla Pontificia, y se había sentado allí, con las rodillas a la altura de la cabeza y el semblante oculto en un enorme pañuelo rojo y blanco, que parecía la bandera de un trasatlántico japonés.

Por espacio de unos minutos, sin moverse de su postura, rodeado por todas partes de escombros y cascotes, el Señor que hacía pensar en el arruinado superviviente de un terremoto, lloró verdaderos pantanos de lágrimas.... Y Perico Espasa y el doctor Flagg no se atrevieron a interrumpirle.

Luego Dios levantó sus párpados, pasó sobre ellos otra vez la bandera de trasatlántico japonés que seguía conservando entre las manos, y susurró con voz que el silencio ambiente hacía perceptible:

—Disculpadme!...

—¡Señor!

—¡ Oh, Señor!

—Disculpadme este rasgo de debilidad. Vosotros no podéis haceros idea de lo que es *regañar con los hijos*. . .

Una nueva pausa. El Señor perdió sus miradas en la masa grisácea de Madrid, que se erguía en el horizonte, y continuó:

—Yo no quería hablar. . . No quería hablar, y al mismo tiempo *sabía* que tendría que hablar: que hablaría.. . ¿Os imagináis mi tortura? Hablar no podía conducir más que a esto.. . ¡Y esto es horrible!. . . ¡Y yo *sabía perfectamente que iba a ocurrir esto!*

Se enjugó aún la última lágrima con la bandera de trasatlántico japonés. Prosiguió:

—Uno *sabe* ya que los *hijos no lo aman*. Uno *sabe* ya que no tiene apoyo de los hijos. Conoce uno sus vicios, sus defectos, sus reservas mentales de todo género, uno está al tanto de que la adhesión de los hijos no va más allá del límite que imponen el egoísmo y los favores que puedan hacerseles. . . y, sin embargo, uno *se forja la ilusión* de que los hijos lo aman. . .

Confesó agitando sus cabellos dulcemente:

—¡Hasta *yo mismo me forjo esa ilusión!*. . .

Explicó:

—Y, consciente de todo, uno sigue callando, callando. . . Pero un día los hijos le hacen a uno hablar y entonces la desesperación de ver que los hijos no son como deben ser, como uno quisiera que fuesen... nos arrastra a apostrofarlos, a insultarlos, a destruirlos a veces...

(Era evidente que Dios, al llegar aquí se acordaba del Diluvio.)

Concluyó llorando nuevamente:

—Y los hijos huyen, creyendo que eso es odio... ¡cuando no es odio, sino amor!. . .

Y volvió a hundir su rostro en la bandera del trasatlántico japonés.

MEDIA HORA DE LLANTO DIVINO

—¿Y ahora qué vas a hacer, Señor? —indagó Flagg.

—No tengo a dónde ir —dijo al fin—. Sé que si pretendo volver a la Catedral *me la encontraré cerrada por esos*. . .

Flagg y Perico Espasa se escandalizaron.

—¡Cerrada!

—¡Cerrada!

—Cerrada, sí —afirmó Dios—. Y dentro de un rato, el Vicario de mi Hijo me escribirá diciéndome que se va a Italia a reponerse.

PERICO—Pero...

FLAGG.—Pero . .

—¿No me habéis oído decir que estoy solo?
¿Completamente solo?

PERICO.—¿Y nosotros?

FLAGG.—¡Nos tienes a nosotros, Señor!

La sonrisa melancólica volvió a aparecer en el semblante de Dios.

—Sí —murmuró—. Todavía os tengo a vosotros. . .

FLAGG.—¿Por qué no te quedas aún unos días en Madrid, Señor?

PERICO.—Yo te ofrezco mi casa. . .

—Mi viaje concluye aquí —manifestó Dios—. No visitaré ya el resto del Mundo; pero si que me quedaré aún en Madrid unos días. No obstante, permíteme que no acepte tu casa, Perico... Es mi deseo *vivir solo y en una fonda modesta.*

Y aquella tarde, a las cuatro, Dios alquiló una habitación de 7.50 "todo comprendido", en

"El Indio Comanche"

LA PENSIÓN IDEAL PARA FAMILIAS

Plaza del Ángel, 3

LIMPIEZA - BUEN TRATO - CONFORT - LUJO

Precios convencionales para viajeros
de Comercio

NO HAY TELEFONO

Un huésped, al saber que Dios se había instalado allí,
exclamó esperanzado:

—¡ Hombre! ¡ Me alegro! ¡ A ver si El hace el milagro de
que se decida la dueña a poner carne en las albóndigas!

VIDA DE DIOS EN LA FONDA, PASEOS Y NUEVAS
MENTIRAS DE FLAGG

Pero ni Dios consiguió que la dueña de "*El Indio comanche*" pusiera carne en las albóndigas.

Y esto hizo que perdiera la fe el último hombre que todavía tenía fe en Dios.

* * *

La vida del Señor en la fonda era sencillísima. Se levantaba tarde. Hacia su *toilette*, como siempre, con agua bendita que le traían exprofeso de la vecina iglesia de San Sebastián: hojeaba los periódicos, leyendo únicamente las secciones de anuncios por palabras y las esquelas de defunción, y almorzaba de modo frugal en su cuarto.

Después de almorzar se iba a tomar café a algún bar de Cuatro Caminos, Pardiñas o Puente de Vallecas. Prefería los barrios extremos y populares, y allí al aire libre, instalado en una de las mesas de la terraza del bar elegido, saboreaba el "mitad y mitad", viendo jugar a los chiquillos que se revolcaban en el polvo, oyendo regañar a las mujeres que se salían a coser a las

puertas de las casas, y contemplando la construcción de edificios, el adoquinado de las calles o la descarga de camiones.

Nadie le reconocía, porque aun cuando muchas de aquellas gentes habían presenciado su llegada a Madrid, ninguna podía sospechar que Dios caminase tan solo y abandonado. Y su aspecto tampoco era para llamar la atención: precisamente en los barrios populares en donde abundan los ancianos con barbita, guardapolvo y hongo.

Le tomaban por un comerciante de la barriada y a nadie chocaba su presencia.

El era feliz en el incógnito y sostenía largas conversaciones con los camareros del bar, con obreros que se sentaban a tomar unas cañas, con soldados, con criadas, con *chauffeurs*.

Muchas veces, ¡oh, muchas!, en el curso de estas conversaciones. salía a colación el viaje de Dios y le hacían toda clase de comentarios.

Lo general era el escepticismo. Entre aquellas gentes simples y primitivas nadie creía que Dios hubiera venido a la Tierra.

—¡Trucos del Gobierno *pa* retrasar las *elecciones!* —se decía—. *Ese* que ha venido era un *empleao*.

—Pero ¿y lo qué decían los periódicos?

—¡Novelas picarescas! —rezongaba un "soldador autógeno" con desprecio.

—¿Y los milagros de tirar las Iglesias y levantarlas otra vez?

—¿Tú los has visto?

— Hombre!, yo, la verdad, no lo he visto. Pero mi mujer tiene un tío...

—Sí. Y la mía tiene dos lunares.

Y todo acababa en risas y en pedir más cañas.

Y otras muchas, muchísimas veces, en el curso de estas conversaciones los *chauffeurs*, camareros, obreros, y cargadores, que solían quejarse de las dificultades de la vida, regañaban entre sí, se acaloraban y soltaban un par de blasfemias.

Entonces Dios *volvía el rostro hacia* otro lado, *haciéndose el distraído*.

Y no faltaba quien se diese cuenta del movimiento y le dijera al blasfemo:

—Bueno. Sin palabrotas, Emiliano, que hay en la reunión quien es creyente y no hay *pa* qué molestar. . . Y Emiliano se excusaba:

—Es *verdá*. *Ustés* disimulen si he ofendido en algo.

A las nueve, Dios se retiraba a su habitación de "*El indio comanche*", tomaba a guisa de comida una jicara de chocolate con bizcochos, iba a una sección de cine barato y se acostaba.

* * *

De cinco de la tarde a nueve de la noche solía pasear con Perico Espasa y el doctor Flagg, que, ya uno, ya otro, y con frecuencia los dos a la vez, iban a buscarle al bar de turno.

Nada más gozoso para Dios que aquellos paseos, que le permitían disfrutar de las perspectivas madrileñas —sin aglomeración angustiosa, entre la que hasta entonces, se había visto obligado a andar por Madrid— y le permitían disfrutar también de la charla de los dos amigos.

El doctor Flagg, especialmente, poseía la virtud de divertir a Dios.

Sus mentiras eran siempre acogidas con gran júbilo por parte del Hacedor Supremo, y Flagg, que lo sabía, procuraba exaltar hasta el colmo su de por sí exaltada imaginación.

Últimamente había dado en la flor de *inventar* vidas de Santos, y Dios *se moría de risa* con las historietas que se le ocurrían a Flagg.

—El Santo que más admiro —decía, por ejemplo, el doctor— es San Procopio.

—¿San Procopio? —exclamaba Dios.

—Sí, —replicaba muy serio Flagg—. Aquello que hizo en el Circo romano...

—¿Qué fue, qué fue? —pedía el Señor, impaciente por ver que nueva camelancia se le ocurría al doctor.

Y Flagg *contaba*:

Dos meses antes del martirio y muerte de San Pedro en Roma, bajo el imperio de Nerón, las persecuciones a los cristianos habían llegado a su máximo apogeo y las mazmorras del Ostriano estaban repletas de hombres, mujeres y niños destinados a morir, despedazados por las fieras, en el anfiteatro. Entre estos miles de infelices víctimas hallábase San Procopio. Era San Procopio un varón austero, recio, alto, de poblada barba negra y lentes.. .

—¡Lentes! ¡Lentes! —exclamaba regocijado el Supremo Hacedor—. ¡Lentes San Procopio!

Y reía hasta congestionarse.

Flagg seguía impertérrito:

—Triunfaba abril, un hermoso día de abril, cuando San Procopio, en unión de trescientos cristianos más, salió, empujado por los *mastigóforos* a la arena, sembrada de pétalos de rosa y de polvo de azafrán. El Circo, abarrotado, trepidaba. En su palco hallábanse las vestales; Nerón, en el suyo, rodeado de augustales, pretorianos y palatinos; arriba, en las galerías, aullaba la plebe, mascando carne asada que había hecho repartir el César y tirando los huesos chuperreteados a los míseros mártires. Los pebeteros, donde se quemaba el sándalo griego, no bastaban para ahogar el hedor de las sucias multitudes, y Nerón se llevaba a la nariz, de vez en cuando, un manojito de perfumadas violetas de Capri. Dominándolo todo, resplandecía el cielo azul, cortado a medias por el gigantesco toldo de tela de púrpura, que valía cuatrocientos mil ochocientos veintidós sextercios.

Nuevas risas de Dios. Flagg seguía así:

—A una señal de César, vibraron las trompetas, se abrieron los *funículos* y cien tigres del Eufrates saltaron a la arena. Bravos; aplausos; delirantes ovaciones.

"¡A muerte los cristianos! ¡A muerte! ¡A muerte!", oyese en todos los ámbitos del Circo. Y mientras tanto, los cristianos, aterrados, forman un grupo humilde en el centro de la gran elipse. Rezan; se despiden; elevan los ojos y las almas al cielo. De pronto cien tigres se lanzan sobre el grupo y... diez minutos después no hay más que cadáveres palpitantes, huesos rotos y miembros despedazados. Pero un cristiano sigue de pie, ileso, incólume. Los tigres se acercan a él, le miran y pasan de largo sin tocarle. Es San Procopio.

Nerón le llama a su palco.

—Estoy dispuesto a perdonarte la vida —le advierte— si me dices cómo has hecho para que los tigres no te ataquen.

San Procopio contesta:

—Es fácil. Los tigres han oído al pueblo gritar que mueran los cristianos y contra los cristianos se han dirigido.

..

—Sí.

—Pues bien; para salvarme, me he aprovechado de eso. Cuando los tigres se me acercaban, yo les decía en voz baja: "*Soy budista*", y ellos seguían adelante murmurando: "*¡Ah, bueno!*"

Dios reía a más no poder con estas y otras mentiras del doctor Flagg.

Y los días iban pasando.

EN DONDE DIOS DEJA DE SER UN "TEMA DE
ACTUALIDAD"

LUNES, 24 DE MAYO

(Cuatro días después del discurso en la Plaza de Toros).
Ya no hay comentarios. Ya no hay desencanto y protestas.

Ya no hay mas que indiferencia general y olvido premeditado. Ya nadie se ocupa de Dios, ni en España, ni en América, ni en el Extranjero.

* * *

Y en Madrid las gentes que le reconocen al pasar por las calles—por las calles limpias de banderolas, de colgaduras, de palmeras, de flámulas, de flores y de guirnaldas—, por las calles de tránsito corriente y normalizado, exclaman, dándose con el codo, pero sin sorpresa:

—¿Dios?

—Sí, hombre, sí, Dios. Aquel del hongo, que se ha parado a dejar pasar el camión de ladrillos. . . —¡Ah, sí!

Y agregan:

—¿Pero no se iba el jueves a provincias?

—Pues, por lo visto, no se ha ido...

Después de lo cual las gentes siguen hablando de sus cosas.

* * *

Y cuando un cronista le anuncia al director de su periódico:

—Voy a hacerle a usted un artículo sobre Dios, porque me han dicho que. . .

El director contesta:

—Será mejor que elija usted otro tema para su artículo, querido Menéndez. Por ejemplo, esos casos de tifus que ha habido en Logroño. . . O la actitud del Gobierno con respecto al cambio de uniformes en el arma de Infantería.

..

—¿.....?

—Hombre, porque Dios no es un "tema de actualidad". ¿A quién le va a importar ya eso? Sin contar con lo impopular que se le ha hecho a la gente. . . Créame, créame: es preferible que escriba usted una *cosita* sobre eso del tifus en Logroño.

DE COMO FEDERICO ORELLANA ACUDIÓ
LLORANDO AL DESPACHO DE
PERICO ESPASA

Sonaba en la sala de máquinas el trajín rumboso y lejano de las veintiséis intertipias, como aquella otra noche tres meses antes —¡ sólo tres meses antes y se diría que había transcurrido un siglo!— en que se recibió en "*La Razón*" la primera noticia de la aparición de Dios al Papa, cuando, a las dos y media de la mañana, se abrió la puerta donde se leía

DIRECTOR

y un hombre desolado, despeinado, tembloroso; un hombre que se arrancaba a puñados las lágrimas que inundaban sus ojos; un hombre en quien parecían haberse acumulado todos los dolores del Mundo, se precipitó en el despacho de Perico Espasa y se dejó caer del revés en un sillón.

—¡Federico!

Sí. Era Federico Orellana.

El director de "La Razón" fue hacia él, alarmado.

—¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

Pero el novelista no podía hablar.

(*Repiqueteo de timbre. Ordenanza.*)

—¡Un vaso de agua y *cognac*! ¡Aprisa! ¡Y cuidado con probar el *cognac* al traerlo!

—Descuide el señor director; me limitaré a lamer la copa.

El *cognac* y el agua reanimaron a Federico.

—¡El niño se muere! —fue su primera frase.

—¿El niño?... ¿Todavía?...

—¡Todavía, Perico! Pero ya falta poco para que todo acabe...

—Deliras.

—Ojalá.

—Agrandas tú mismo la gravedad del caso.

—Por desgracia, no. He aprendido mucho en estos tres meses.

Uno se pregunta cómo los médicos pueden equivocarse, después de años enteros de ejercer la profesión. Yo, en estos tres meses, he observado lo bastante para convencerme de que ahora va de veras. Se muere el niño, Perico, y, si eso ocurre me pegaré un tiro. . .

—No les darás semejante alegría a los novelistas contemporáneos. . . ni tu hijo se morirá. Ea, explícate.

Se explicó, ya más tranquilo. Por lo demás no tenía mucho que explicarle. El chiquillo seguía enfermo desde tres meses antes, víctima inerme y propiciatoria de una enfermedad cuya naturaleza nadie, ni el mismo Flagg que le asistía, había podido diagnosticar. En esos tres meses, ¡qué dudas, qué sobresaltos y qué esperanzas! A períodos de gravedad habían sucedido épocas de sosiego y de confianza pero la noche anterior la gravedad suma se presentaba nuevamente y. . .

—¿Sigues teniendo el niño en casa de aquel ama de ojos de color tranvía en domingo? —indagó Perico Espasa.

—Si Allí sigue.

Una pausa. Perico Espasa luchaba por decir algo que no se atrevía a decir. Por fin rompió.

—¿Quieres aceptar un consejo? Avisa a Natalia.

Pero Federico no protestó, como esperaba que lo hiciera el director de "*La Razón*". Por el contrario, contestó suavemente estas palabras inesperadas:

—Natalia *está a la cabecera del niño desde anteayer*. Ya hace dos noches que no duerme. . .

—¡ Ah! —susurró Perico Espasa.

Y, como si hasta entonces no hubiera llegado el momento de confesarse, Federico se puso de pie, tomó por un brazo al famoso periodista y le advirtió:

—He venido a pedirte un favor. . . Natalia es quien me ha impulsado a ello. . .

Y añadió, con aire ligeramente avergonzado:

—He venido para que me acompañes a buscar a Dios y le convenzas de que *cure a mi hijo*. Flagg y los otros médicos se baten ya en retirada, Natalia dice que *sólo Dios puede salvarle*. Y yo, Perico, yo —acabó, apretándole el brazo convulsamente— me parece *que lo creo también*. . .

* * *

En el "*Packard*" del director de "*La Razón*", que filaba vertiginoso hacia la Plaza del Ángel, continuaron hablando:

—Entonces —preguntó Perico Espasa—, ¿Natalia y tú habéis hecho las paces? Alégrate. El niño curará y vosotros volveréis a ser felices.

Orellana tuvo un gesto de repulsa.

—Eso es ya imposible —respondió—. Ahora nos mantiene uno al lado del otro el estado desesperado de nuestro hijo; pero entre ambos nada hay ya de común. Aclaró:

—Natalia se me presentó en casa anteayer. El niño se hallaba bien, dentro de su proceso febril, y casi estoy por

decirte que la aparición de Natalia me produjo una alegría íntima, dulce e imponderable. Pero a las primeras palabras comprendí lo inútil que es querer echarle parches al pasado. . . Natalia ya no es la Natalia de los primeros tiempos; en su espíritu no queda un átomo de lo que en otros días me atrajo, me sedujo, me absorbió. Ya no habla *como entonces*, ni se expresa como entonces tampoco. El medio ambiente del Teatro ha vuelto a captarle los nervios, y como, además, su admiración hacia mí no existe, porque la mató la vida común, resulta, Perico, que es una mujer distinta ante la cual me siento impasible y de la que estoy separado por la desigualdad de las sensibilidades; por ese mar sin fondo que es el matiz...

Resumió:

—Natalia habla vulgarmente. Se expresa de un modo pedestre, vacuo y lamentable. Perdido el control inteligente que yo ejercía sobre ella, piensa simplezas, cuenta bobadas: pequeñeces grotescas de su profesión o grandezas ridículas de su vida. Y opina tonterías, unas tonterías fantásticas. Hablando de literatura en nuestra primera entrevista, me dijo, por ejemplo, que Benavente es el príncipe de los escritores contemporáneos. . .

—¿La tomaste el pulso? —indagó Perico Espasa.

—Sí. Y estaba normal.

—¡¡ Es inexplicable!!

EN DONDE VOLVEMOS A OCUPARNOS DE LA
PRIMERA ACTRIZ NATALIA LORZAIN

DOS AÑOS

En el espacio de aquellos dos años Natalia había hecho lo siguiente:

estrenar diecisiete vestidos;

estrenar doce comedias;

reponer once obras del repertorio;

viajar;

regañar con el empresario;

bailar después de la función en los *dancings* de buen tono;

escuchar la lectura de veintidós piezas irrepresentables;

teñirse el pelo;

y volver a dejarse el pelo de su color natural.

... Y un día se había quejado ante un grupo de admiradores de que "estaba muy sola". Y a la mañana siguiente uno de estos admiradores le envió al hotel cierto perrillo chino de cara pretuberculosa y lanas colgantes. Y Natalia lo bautizó con el nombre de "*Whiskey II*", en memoria de aquel otro "*Whiskey*" que muriera bajo el peso

de Perico Espasa, una noche, en el camerino del "*Teatro de la Princesa Juana*". *Las mujeres siempre sustituyen al antiguo amante con un animal: perro, gato, loro, comerciante, autor de cuplés, etc.*)

Y esto fue lo que hizo Natalia en aquellos dos años.

EL REGRESO

Y de pronto, una tarde Natalia regresó al lado de Federico.

¿Porqué?

Un novelista les diría a ustedes, carísimos lectores, que fue la *saudade* la que empujó de nuevo hacia Federico a Natalia.

O que fue su hijo, el recuerdo de su hijo: que fue la fuerza de la sangre la que llevó a Natalia de la mano hasta el portal de la casa del escritor. ..

O que...

O que...

O que...

Pero yo no soy novelista. Creo que lo he advertido otras veces. Yo soy perito agrimensor, por lo cual nunca les diré a ustedes las bobadas que les habría dicho un novelista. Por lo cual les afirmo que a Natalia *no la empujó nada* a aquel acto.

Natalia regresó junto a Federico *pensando en otras cosas*. Como llevan cabo las mujeres sus acciones más decisivas: sin saber por qué. sin razonar. Con esa divina inconsciencia propia e innata, que es causa y origen de su dominio en el Mundo.

Natalia regresó junto a Federico porque a las cuatro de la tarde del día 23 de mayo decidió dar un paseo a pie y *echó a andar hacia casa de él*.

Simplemente.

FEDERICO HABLA CON NATALIA

Llevaba un vestido de crespón de China negro, un cuello en *peau d'ange* blanco, cubría con un sombrerito de paja "jade" adornado con cintas negras las virutas de hierro enmohecido de sus cabellos. En la mano derecha sostenía un bolso; en la izquierda, a "*Whisky II*".

Federico retrocedió al verla en el centro de su despacho, embebida en un no sé qué de flor desmayada, de flor muerta, de flor exangüe.

—¡Natalia! Natalia. . .

Todo resucitó en el interior de él. Seis años de su existencia, echados en el corazón. Olvidóse de pronto que, en realidad, era la desilusión lo que le separó un día de aquella mujer.

—¡Natalia!

Y avanzó hacia ella, temblando de nuevas ilusiones sin usar.

* * *

Pero lo que dijera a Perico Espasa era cierto. A las primeras palabras comprendió lo inútil que es querer echarle parches al pasado.

Natalia ya no tenía nada de *aquella* otra Natalia.

Le preguntó por el niño; manifestó vivísimos deseos de verle, y enseguida se engolfó en un relato pueril de cosas de su vida, de sus éxitos, de sus viajes, de. . . de. . .

Federico apenas oyó los dos párrafos del comienzo; la miraba con los ojos abiertos y fijos, con unos ojos de cristal en los que se reflejaba el ventanal frontero y las ramas de unos árboles que la brisa balanceaba en la calle: su alma, su espíritu, su pensamiento se hallaban ausentes.

¿Qué voz desconocida era aquella que hablaba junto a él y que sonaba bajo su cráneo como un grito emitido en las montañas?

¿Qué cosas grotescas y estúpidas las que decía esa voz?

¿Qué mundo diferente al suyo el que se descubriría tras aquellas cosas?

¡Ay! ¡La Natalia de la noche en que se conocieron! ¡La Natalia de sus cuatro años de felicidad!... ¡La Natalia que hablaba como él y se expresaba como él!... ¡La Natalia contagiada de sus gestos, de sus tecnicismos, hasta de sus muletillas! ..

Un gruñido le sacó de su abstracción.

{Tranquilícese el lector. El gruñido no provenía de Natalia, sino de "Whisky II", a quien se le hacía larga la visita.}

Natalia regañó a "Whisky II" y "Whisky II" dejó de gruñir.

Entonces ella se levantó, husmeó la mesa del despacho, abarrotada de libros, de revistas y de papeles, e hizo a Federico una pregunta, una sencilla pregunta:

—¿Has publicado algo en estos dos años?

El no pudo contestar. La pregunta se le antojó tan monstruosa que le quitó el habla, las fuerzas, la vida consciente. Pero Natalia había pasado ya a otros asuntos, sin aguardar respuesta.

—Estrenamos el viernes próximo —dijo—. Es una comedia que yo creo que te gustaría, porque. . .

Otra vez él dejó de oírla: otra vez su pensamiento volvió a huir.

¿Qué mujer era esa?

¿Dónde estaba, esfumada en qué atmósfera intangible vivía ahora aquella Natalia que Perico Espasa le presentó? ¿Qué había sido de la Natalia que devoraba sus libros y que, sola, en la intimidad del lecho, había exclamado muchas veces:

—*¡Qué hombre!*

—*¡Cuánta superioridad!*

—*¡Qué segura debe sentirse una mujer a su lado!*

¿Dónde estaba esa Natalia?

¿Dónde? ¿Dónde?

¡Ah! ¡Cómo recordaba las palabras que una noche, la víspera del nacimiento de su hijo, se había dirigido a sí mismo!

"En las mujeres no hay nada personal: todo es adquirido, inyectado, contagiado del hombre que aman".

—¿Qué exacta y desoladora verdad! Y ahora pensó:

—Bajo las sábanas donde el hombre y la mujer desarrollan su idilio, se verifica un proceso unilateral, de transmisión, de transfusión, de osmosis. El hombre nada recibe en su organismo porque todo lo lleva ya dentro. Y en tanto, la mujer, que nada tiene, todo lo recibe de la generosidad del compañero. No sólo asimila por vía natural los gérmenes de las vidas futuras, sino que por contacto de epidermis, por ósmosis, percibe las ideas de él, los sentimientos de él, sus teorías, sus expresiones: cuanto forma la personalidad. Pero un día el contacto cesa se separan el hombre y la mujer; el tiempo levanta sus paredes de olvido, y, mientras el hombre subsiste siendo lo que es: todo; la mujer pasa a ser lo que era antes: nada.

Otro gruñido de *"Whisky II"*.

—¿Quieres que demos un paseo por el campo?

—Bien —responde Federico con una absoluta frialdad.

FEDERICO HABLA SOLO

—Para otro cualquiera —se decía así mismo Federico horas después— nada de esto tendría importancia. Para un médico, un abogado, un catedrático, un ingeniero, *no habría problema*. Otro cualquiera en mi lugar hubiera empezado por no separarse de Natalia, puesto que ella no le había dado motivo *real* para *la separación*. Y si se hubiera separado, al verla venir de nuevo a los brazos, el ingeniero, el catedrático, el abogado, el médico, la estrecharía contra su corazón, sin advertir en ella cambio ninguno. ¡Pero cómo puede llegar a pesar un oficio en el alma del hombre! ¡Qué monstruo implacable es esto que llamamos *arte*! ¡Qué Dios cruel y tiránico! ¡Qué terrible Saturno! ¡Qué feroz Moloch!

El fantasma engañoso del arte nos coge al nacer a la vida de la actividad y sólo nos suelta al borde de la fosa última. Y durante su incesante dominio, rige, gobierna, conduce: nos empuja o nos detiene; nos hace hablar o nos amordaza, según los giros caprichosos de su voluntad. Esclavos de El vemos la vida, los seres y las osas al revés de sus ojos deformadores: pensamos *en artistas*; opinamos *en artistas*; juzgamos *en artistas*, a nuestros semejantes; las diversiones las gozamos, midiéndolas también con el estrecho doble decímetro del sentir artístico, y hasta el amor y la moral los sometemos al control de nuestro arte. Somos como almejas encerradas en las valvas del propio oficio: nada nos importa ni comprendemos del exterior, y cuando el exterior pretende imponérsenos, cerramos las valvas aisladoras y nos dormimos en el denso silencio de nosotros mismos. —¡Oh, Arte!— Borrachera, cárcel, manicomio, paraíso artificial, campana de máquina neumática. Por Ti amamos a seres indeseables que nos admiran como artistas. Por *ti* odiamos a adorables seres que no comprenden nuestras artísticas cualidades. Por Ti somos generosos y miserables, buenos y malos. Por Ti despedazamos al amigo o le abrimos al enemigo nuestra casa. Por Ti sufrimos amargas inverosímiles o disfrutamos deleites inimaginables. Por Ti renunciamos a la vida, y gracias a Ti tenemos vida nueva. Por Ti gastamos las energías en un combate feroz de todos los instantes; por Ti, en fin, caemos en la desesperación del olvido o nos elevamos a la alegría suprema de la fama. No. No *habría problema* para otro cualquiera, médico, ingeniero, catedrático, abogado. Pero yo soy un artista, yo soy un hombre que nada tiene que ver con los demás hombres, un hombre que no vive en el Universo conocido y tangible, sino en otro mundo aparte, ideal y vano, fantástico e inapreciable, donde la moral es una moral distinta y el amor un amor diferente, donde hay otras leyes, otro clima, otros seres, otro idioma, otros gestos, otros deseos, otras exigencias, otro concepto y otra idea de todo. Y por eso el cambio de Natalia, que los demás hombres

ni siquiera lo advertirían, para mí es un pecado sin perdón. Y su pregunta:

¿HAS PUBLICADO ALGO EN ESTOS DOS AÑOS?, es para mí peor que la peor de las injurias, peor que si me dijera AMO A OTRO, peor que si me dijera ME REPUGNAS.

El pasado a muerto, y tú, que eres el pasado, estás muerta para mí, Natalia Lorzain.

* * *

Esto se dijo sí mismo, horas después, Federico Orellana.

El autor ruega encarecidamente a los lectores que le disculpen.

EN DONDE DIOS PIERDE SUS
DOS ÚLTIMOS AMIGOS

La habitación, colgada de un último piso, es pequeña, pero aireada y limpia. Una gran ventana se halla al frente, y en la ventana, interrogando a la noche está Natalia.

Cerca de ella suspira el alma obesa de los ojos color travía en domingo. Y a cuatro pasos, dentro de su cuna, el hijo de Federico y Natalia agoniza en silencio. Tiene el pobrecito personaje la cara blanca, agotada por la fiebre, los rubios cabellos pegados a la frente en un rizo napoleónico y los ojos negros e inmensos, fijos ya en el inmediato porvenir.

Pasan los minutos —lentos— sobre la mujer gorda que suspira, sobre el niño silencioso, sobre la madre que se retuerce los dedos interrogando a la noche. Y en lo remoto campea cuatro veces el reloj.

* * *

Natalia se inclina fuera de la ventana para gritar:

—¡Doctor! ¿No se les ve?

Flagg, desde la calle donde está de centinela, responde:

—¡Aun no!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y el ama:

—¡Dios mío ! ¡ Dios mío!

De pronto, trepidación de motor. Un grito de Natalia. Una pausa profunda.

Y la puerta, bruscamente abierta, arroja tres hombres: Federico,

Perico Espasa y Flagg.

El último entra Dios.

En todos los semblantes hay ansiedad, crispación y esperanza. Sólo el rostro de Dios está impassible. Natalia se echa a sus pies, diciéndole en dos sílabas lo que haría falta horas enteras para decir:

—¡¡ Señor!!

Dios la levanta, la lleva del brazo a la habitación contigua y, dirigiéndose a los demás, murmura:

—Venid. . .

Le siguen todos.

Y cuando todos se le han reunido, cuando todos le han rodeado,

Dios dice:

Escuchadme bien. *Yo no puedo hacer nada. . .*

Un rugido de Federico.

Un alarido de Natalia.

—Nada —sigue Dios—, nada. . . Perded la esperanza de que vuestro hijo viva, porque vuestro hijo se muere.

—¡No! ¡¡No!! ¡¡No!!

¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Y Natalia, sin oír más, salta, se lanza, sale, irrumpe en la alcoba

coge al niño, lo aprieta contra su corazón maternal, que despierta ahora, al rumor de las pisadas de la Muerte.

Y se la oye gritar:

¡No se muere! ¡¡No se muere!! ¡¡No se muere!!

Pero Dios vuelve a decir inexorable:

—SE MUERE.

Entonces un Federico desconocido, un Federico torvo, reconcentrado, de mandíbulas apretadas y tembloroso, avanza dos pasos hasta colocarse delante de Dios, y cruzando los brazos y mordiendo las palabras, pregunta:

—¿Y POR QUE? ¿POR QUE se muere?

Dios le mira fijamente, con fulgurante mirada, con atroz expresión de ira; pero, poco a poco, su expresión cambia, se disuelve; su mirada se dulcifica y a los labios le asoma la Sonrisa de siempre. Y dice:

—¿Preguntaste al nacer por qué nacía?

—¡No es lo mismo nacer que morir! —protesta Orellana.

—ES LO MISMO —aduce Dios.

Federico parece recibir un golpe en la cabeza; busca con los ojos el suelo.

Dentro suena aún la voz de Natalia:

—¡No se muere! ¡No se muere!

Dios sigue:

Nació *porque sí*. Se muere *porque sí* también. Nació porque su nacimiento era un *movimiento* previsto y necesario, y ahora muere porque su muerte es un movimiento necesario y previsto. Nació y muere porque todo *se muere* a tu alrededor. Nació y muere por lo mismo que tú escribes, que Flagg miente, que se pone el sol, que cantan los pájaros, que amanere el día. Nació y muere porque *nada se está quieto*, y porque, gracias a ese voltear incansable, *existe* el Universo.

Hay otra larga pausa angustiada, durante la cual se oye distinta la voz de Natalia, que repite su *leit motiv*:

—¡No se muere! ¡No se muere!

Perico Espasa interviene cerca de Dios:

—Pero tú puedes, Señor. . .

—Yo no *puedo ni debo nada*. ¿Pues cómo he de quebrantar yo mis leyes?

—Pero ese niño. . .

—*Una gota en el agua del mar*.

—Y esos padres. . .

—*Vilanos en la inmensidad de los espacios*.

Dios apoya su mano diestra en el hombro de Federico.

—Sufre —exclama—. *No puedo darte mejor consejo*. Sufre por el hijo que se te muere. Lloras tus mejores lágrimas. No te canses de sufrir y de llorar. Pues ¿qué?, ¿*Crees que yo no sufro también?*. . . Sufre y llora sobre la cuna de tu hijo; sufre y llora tirado de bruces sobre su tumba, y cuando la boca te sepa a tierra, cuando esa tierra se haga barro bajo tus lágrimas, cuando sientas cómo tu acongojado corazón late contra el suelo, comunicándole al planeta sus latidos y sirviéndose de él como de una inmensa caja de resonancia, te sentirás tan angustiosamente feliz que no sabrás qué es más hermoso: si la vida o la muerte. Y entonces, *en la duda*, seguirás *viviendo hasta morir*. Y habrás cumplido *tu misión de gota de agua, de vilano en el espacio, de átomo imperceptible e insignificante*.

Federico, resignado ya con lo irremediable, hace no obstante, su definitiva interrogación:

—Pero y todo esto, la Vida, la Muerte, la Tierra, el Mundo, el Universo, ¿para qué?, ¿para qué?. . .

Y Dios contesta con su sonrisa más fatigada y melancólica, estas palabras extraordinarias:

—*Lo mismo me pregunto yo, hijo mío... ¿PARA QUE?*

* * *

Volvieron todos a la alcoba. Junto a la cuna, Natalia, de rodillas, *rezaba*.

Federico, para quien aquella mujer era ya por completo una extraña, la interrumpió secamente:

—¿A quién rezas? Dios está aquí y no puede hacer nada.

..

Entonces ella irguió el encendido rostro, rugiendo:

—¡¡Rezo a la Virgen del Carmen!!

Dios se volvió hacia Flagg, exclamando a guisa de explicación:

—Sí. . . Tiene más simpatías que yo. . .

* * *

Las cinco. Ya es día claro. La aurora, que saltaba, cogiendo flores por los caminos, se ha detenido a hacer un ramo. *La aurora tiene cosas así...*)

En la habitación colgada del último piso hay una consternación suprema. De súbito, Dios parece haber tomado una decisión heroica.

—¡Voy a hacer todo lo que puedo!

—¿Eh?

—¡Señor!

—¿Un milagro?

—Señor, Señor. . .

—¡ Señor!

Le siguen anhelantes; le siguen como condenados a muerte que ven llegar el pliego del indulto.

Dios se acerca a una mesita y manipula en ella. . .

—Esto es todo cuanto puedo hacer.. . —dice.

Y le pone al niño una inyección de aceite alcanforado.

El niño muere una hora más tarde.

Dios baja las escaleras rodando. Setenta y cinco peldaños.

A S I
TERMINA EL
LIBRO TERCERO

*

A LA VUELTA DE
LA PAGINA SIGUIENTE
ENCONTRARA N E L
EPILOGO

* *

¡ VALOR! ES CORTÍSIMO!

.

EPILOGO

ADIOS A DIOS

El señor está definitivamente solo.

Le quedaban dos amigos: un embustero, Flagg y un extraviado sexual, Perico Espasa. No podía decirse que fueran muy selectos, dentro de un orden moral, los dos amigos que le quedaban a Dios. . .

Pero, en fin, eran amigos.

Y ya ni esos le quedan.

Estos amigos no le han comprendido tampoco.

Ya lo sabía El. Ya sabía El que no le comprendería nadie, y por ello dijo bien claramente en el principio de su discurso de la Plaza *de* Toros: "*todavía no conocéis mi opinión*", y lo que es más triste: "*no la conoceréis nunca*".

No. Nadie conocerá nunca la opinión de Dios.

Se opone a ello la estupidez humana.

La incapacidad torpe, infinitamente torpe, del hombre.

y encima de la noticia de un robo de cabras en el pueblo de Cabrerros (Avila), podían leerse estas líneas:

DIOS SE VA

Mañana, en el tren-tranvía de Gerafe de las 8.45, saldrá el Supremo Hacedor con rumbo al Cerro de los Angeles. Le deseamos un viaje feliz.

Y, en efecto, al día siguiente, a las 8.45, Dios subía al tren en la Estación de Atocha

Ocupó un vagón solitario.

Iban ya a arrancar cuando el revisor Eladio Simancas, aquel revisor que se había hecho rico cediendo a Dios su uniforme, pero que seguía prestando servicio, porque *era un carácter*, entró en el vagón y reconociendo al Señor, indagó familiarmente:

—¿Qué? ¿Ya de vuelta?

—Ya —sonrió indulgente el ser Supremo.

—Poco acompañamiento ahora ¿eh?

—Poco —sonrió Dios de nuevo.

—Hace veintiséis días muchos honores, muchos vítores, mucho interés, mucho entusiasmo, y hoy....

Y el revisor sacudió la cabeza como hombre al que, por haber visto mucho, ya nada le sorprende, mientras filosofaba:

—¡Este es el Mundo!

Y agregó comentando la aventura de Dios:

—Lo mismo le pasó a Vedrines....

El tren comenzó a rodar.

La mañana era azul y alegre.

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE

	Páginas
DEDICATORIA	5
PROLOGO EN MESA REVUELTA	
El campo, la República las derechas, las izquierdas, este libro, su autor, Dios, los ateos, el comunismo y la Humanidad.....	7
Advertencia importantísima	25
LIBRO PRIMERO DIOS ANUNCIA SU "TOURNEE"	
20.—En donde se tiene la primera noticia de que Dios se le ha aparecido al Papa	29
1.—Datos de Perico Espasa y de su carrera periodística	33
2.—El increíble "caso" de dos escritores que no se odiaban	37
Continúa el 20	40
4.—Se refiere el encuentro de los dos amigos y cómo tomaron vermouth	41
5.—Se cuenta lo que sucedió acto seguido en el restaurant "Terminador"	45
6.—Sigue la conversación y se saben ciertas circunstancias de la actriz. Natalia Lorzain	49
7.—En donde se asiste a uno de esos enamoramientos súbitos que se denominan flechazos	52
3.—Se conocen algunas intimidades de la actriz Natalia Lorzain	59
8.—En donde se describe un idilio y se averigua por qué Natalia se retiró de la escena.....	61
9.—Transcurren cuatro años y Natalia se entera de que va a ser madre	65
10.—Transcurren nueve meses más y Natalia y Federico "hacen cuentas"	66
11.— En donde los protagonistas presencian una sesión de cine y se van antes de terminar.....	68
12.—En donde se inicia el planteamiento de una catástrofe sentimental	72
13.—La catástrofe sentimental queda definitivamente planteada.	77
14.—Se llega al último acto de la catástrofe sentimental	84
15.—Natalia Lorzain parece decidirse a dar a luz su primer hijo. .	88
16.—En donde surge nuestro antiguo y mentiroso amigo el doctor Flagg	92
17.—El doctor Flagg demuestra que los dolores del parto no tienen importancia	95
1.8.—En donde el doctor Flagg descubre su método y lo pone en	

práctica	98
19.—Natalia y Federico resumen por completo su catástrofe sentimental	102
Continúa y termina el capítulo 20	109
22.—En donde se indica lo que pasó en el Mundo como consecuencia del telegrama de la "Agencia Fabra"	113
23.—En. donde se desarrollan sucesos tan maravillosos como el de la torre inclinada de Pisa	118
24.—En donde se presencia la lucha de negros y blancos y Dios dice la última palabra sobre su viaje	127

LIBRO SEGUNDO

DIOS COMIENZA SU TOURNEE"

34.—Los doce primeros kilómetros de la carretera de Andalucía en la noche del 9 al 10 de Mayo	137
25.—En donde queda comprobado que la Humanidad tenía más miedo que vergüenza.....	142
28.—En donde se reseña el solemne "Te Deum" que se cantó en la Basílica de San Pedro el 20 de Abril.....	145
26.—Peligrosa actitud del Gobierno español	149
30.—La "marcha sobre Madrid"	151
27.—Problemas que se plantearon y soluciones que envió el Santo Padre	154
31.—Otros problemas	167
32.—Lo que hizo la Prensa.—Cómo quedó decidida y resuelta la primera interviú con Dios	159
29.—De cómo los Caballeros Colombos de Norteamérica le regalaron un dirigible al Papa	167
33.—En vísperas de la llegada de Dios	170
35.—El final de la última noche	171
36.—Las primeras horas de la mañana del día 10.....	176
37.—En donde toca tierra el dirigible del Papa y la llegada de Dios es inminente	184
38.—Deus Pater, Filius et Spiritus Sanctus	190
39.—"Siempre que intervengo Yo ocurre algo semejante"	197
40.— Las siete preguntas de Perico Espasa y las siete respuestas de Dios	204
43.—Triunfo de Perico Espasa, éxito de Flagg, popularidad de Federico, fortuna del revisor y suerte del taquígrafo zurdo . .	210
41.—En donde se da idea de lo que decían los periódicos y de lo acaecido en la estación de Atocha	221
42.—Continuación del anterior	230

44.—Cómo durmió Dios en la Catedral	237
45.—En donde Dios concede audiencias a las Damas Católicas, a los Judíos y a los ladrones madrileños	241
46.—Una semana de fiestas que dejó sofocado a Dios.....	250
47.—En donde se comenta la especie de despecho general hacia Dios que brotó en las gentes durante aquella semana de fiestas	260
48.—De cómo un artículo de Prensa excitó los ánimos y le obligó a Dios a anunciar un mitin	265
49.—Antes del discurso de Dios	270
50.—Discurso de Dios en la Plaza de Toros.....	278

LIBRO TERCERO

DIOS RENUNCIA A SU

"TOURNEE"

53.—La Humanidad se defrauda del todo y el Papa se vuelve a Roma	295
51.—Dios, Perico Espasa y el doctor Flagg al finalizar el primero su discurso	298
52.—Vida de Dios en la fonda paseos y nuevas mentiras de Flagg	301
54.—En donde Dios deja de ser un "tema de actualidad"	305
55.—De cómo Federico Orellana acudió llorando al despacho de Pe- rico Espasa	307
21.—En donde volvemos a ocuparnos de la primera actriz Natalia Lorzain.....	310
56.—Federico habla con Natalia	312
57.—Federico habla solo	314
58.—En donde Dios pierde sus dos últimos amigos	316

EPILOGO

Adiós a Dios	323
--------------	-----

*ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES GRAFICOS SALOMON HNOS.
AV. MITRE 3501 – AVELLANEDA
BUENOS AIRES - ARGENTINA*